

94950

© Biblio University of Alberta

94958





AKIGEL,
DE
LA MASONERIA

POR

NICOLÁS SERRA Y CAUSSA

Presbítero.

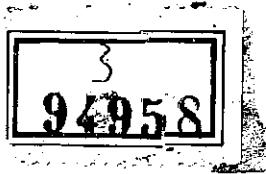
DE VENTA

Administración de la "Bandera Mexicana" Encarnación, 10
Imprenta y Librería del Sr. Terrazas, Puente de Santo Domingo, Número 2
Librería de Guillermo Herrero, San José el Real
Librería de Aguilar, Escalerillas y Encarnación.

MÉXICO

JOSE JOAQUIN TERRAZAS É HIJO, IMPRESORES
Puente de Sto. Domingo, 2

1894



R. 773983

Wwww

Mas.

ORIGENES

DE

94958

LA MASONERIA

NICOLÁS SERRV Y CAUSSA

Presbítero.

DE VENTA

Administración de la "Bandera Mexicana" Encarnación, 10
Imprenta y Librería del Sr. Terrazas, Puente de Santo Domingo, Número 2
Librería de Guillermo Herrero, San José el Real
Librería de Aguilar, Escalerillas y Encarnación.



MÉXICO

JOSE JOAQUIN TERRAZAS É HIJO, IMPRESORES

Puente de Sto. Domingo, 2

1894

ASEGURADA LA PROPIEDAD CONFORME Á LA LEY

AL LECTOR

La cuestión de sus *Orígenes* es bajo algunos respectos la más importante, ciertamente la menos conocida, de cuantas se refieren á la masonería. Difícil é intrincada de suyo, por el jurado propósito é innata tendencia de la secta á no dejar en lo posible huella ó rastro de sí, se hace obscura como boca de lobo para quien elige por guías de sus exploraciones á los escritores sectarios. Con esa hija de las tinieblas fallan casi por completo los ordinarios y razonables criterios usados en la investigación de la verdad histórica. ¿Se trata de averiguar los aborígenes ó los comienzos de un pueblo ó de una sociedad cualquiera? Se vienen á la mano sus tradiciones, sus monumentos, sus instituciones, los efectos permanentes de su acción, sus anales consignados en vetusto papiro, en pintado barro ó en la piedra. La masonería encerró siempre sus tradiciones en religioso secreto; pone el mayor ahínco en no legar monumentos que la denuncien; disfraza con nombres supuestos y señas mentirosas sus obras é inevitables efectos reveladores; reconcentra en sí misma sus instituciones y las envuelve en el misterio; no guarda historia tras sus pasos, á no llamarse tal el laberinto de fábulas, embustes y contradicciones, para el cual no hay hilo conductor de Ariadna que socorra ó que valga.

Luego el descubrimiento de esa primera fuente y origen será empresa vana é inasequible.

Pero no: por fortuna de la ciencia histórica, para advertencia y saludable cautela de la humanidad, ni la más solicita reserva puede sepultarlo todo en las sombras, ni enmascararlo todo el fingimiento y la doblez, ni alcanza la más fina sagacidad y astucia más redomada á borrar todos los vestigios, ni la Divina Providencia entrega ciego, inerme y sin escudo de protección el género humano á las maquinaciones y lazos de su gran enemigo. Un rasgo entre mil de esta amorosa Providencia brilló un día en el deslumbrador zigzag del rayo que hiera al sacerdote apóstata Lanz y le deja yerto y carbonizado al lado de su maestro Weishaupt, poniendo en manos del rey de Baviera la clave de la profunda conjuración iluminista.

No, el secreto de la masonería no es impenetrable.

Autores pocos han consagrado particular estudio á los *Orígenes de la masonería* con éxito vario. El P. Heurelmaus, de la ínclita Compañía de Jesús, y el masón converso Tirado apuntaron derechamente al blanco; pero no lo alcanzaron por falta de pólvora buena, digo, de pruebas concluyentes. Algunos en sus excursiones históricas hicieron alto á la mitad de la carrera: otros avanzaron más. León Taxil, en el capítulo que dedica á este objeto, lo mete todo á tres dos cuartos, y aun Druimont no se muerde la lengua para tacharle de encubridor por paga alzada, si mal no recordamos. Ninguno de los dos tiene frenillo en la lengua. Allá ellos.

Nosotros, después de un forzoso preliminar sobre el luciferismo de la secta, que de molde nos viene para nuestra resolución fundamental, clasificamos y pasamos revista minuciosa á todos los sistemas uno por uno, desde el más modernista al

más amante de la antigüedad. Exposición de cada sistema: patrones: fundamentos: examen de pruebas: fallo resultante.

Esta es la primera parte de las tres que comprenderá nuestro estudio. La segunda, sobre la naturaleza de la masonería, rezará de ella con claridad, con método y con fundamento cierto, cuanto se ha dicho y bastante más. La tercera, meraamente histórica, al narrar sus proezas, reveses y conquistas, puntuará hechos y nombres propios, y será la más escandalosa, es decir, (¡no alarmarse!) la más interesante en proporción del favor que esta primera parte y la segunda merecieren, y según la copia de datos y noticias seguras de todos los países del mundo, y en particular de toda la América latina, que se sirvan transmitirnos los estudiosos y diligentes enemigos de la secta tantas veces condenada.

A la mano de Dios.

NECESIDAD DE ESTUDIAR LOS ORIGENES DE LA MASONERIA

No es cuestión baladí la que nos proponemos dilucidar sobre el origen de la francmasonería. Reconocen su importancia los autores, amigos y enemigos de esta sociedad secreta, los cuales como introducción obligada de sus obras críticas ó expositivas, no se creyeron nunca dispensados de esta investigación: la persuade la razón y el más vulgar sentido común, que en todas las empresas humanas, para darse cuenta de ellas, al instante procura indagar sus principios, los nombres y calidad de sus autores, y rastrea los móviles de su confabulación, como primera base de juicio acertado y norma tal vez de conducta para adelante.

La masonería es una verdadera institución con su multiplicidad de miembros, unión corporativa, propio organismo, con carácter de estabilidad y garantía de duración: ¿quién podrá negarlo, que no sea ciego, sordo y loco? Por consiguiente hubo de presidir alguna idea á su fundación, idea que encerrase y en que se representase el futuro cuerpo moral, como se contiene en la bellota la encina; idea ejemplar que rigiese la acción de los fundadores, y que sea todavía el alma y la vida de la institución por ellos creada, la causa y fuente de todos sus efectos, la explicación y clave de los fenómenos con que se hace

perceptible y sensible al mundo. Ahora bien, si esta idea práctica necesariamente preñada de un fin principal y de fines parciales, de medios varios para plantear la institución, para difundirla ó propagarla, para asentar su existencia, conforme á la ley de natural crecimiento ó desarrollo y de propia conservación, si esta idea tan compleja no se ha de asimilar, á un vano fantasma, que sin tomo ni substancia, sin saber cómo ni de dónde viene, vaga por el aire ¿cómo no habrá de estudiarla con el mayor empeño y depurarla hasta sus últimos quilates el diligente inquisidor de la cosa representada en la idea? Y para tal estudio y conocimiento ¿habría de reputarse indiferente ó de poca monta la noticia de los autores que la concibieron, de los principios en que comenzó á actuarise aquel engendro de la mente? De ninguna manera, so pena de renunciar á la lógica y á todo prudente discurso.

Y no vale decir, como han dicho algunos críticos muy bien intencionados sin duda, pero poco advertidos, que lo que importa es hacer la guerra á la masonería, siendo cosa de poco más ó menos la cuestión de sus orígenes, de más curiosidad que provecho. ¡Valiente excusa de la molestia y fatiga que tal investigación forzosamente demanda! Cual si se pudiese combatir á quien no se llegó á conocer, al modo del que tirase tajos y reyeses á un enemigo invisible en las sombras. Porque puesto que la secta tenebrosa bastante deje transparentar lo que es con sus ceremonias y doctrinas, y á los ojos de cuantos los tienen se retrate de cuerpo entero en sus procederes y fechorías, y á buena fe que por ahí también nosotros le hemos de buscar el bulto, y bien buscado; todavía no es cosa tan llana y habedera la cabal interpretación de aquellos ritos, según lo muestra el desacuerdo de algunos autores, de León Taxil por ejemplo; á más que no faltará quien juzgue toda aquella máquina de fábulas, disfraces y mojigangas por niñerías y embelecos

de gente oceosa y maleante; quien de las doctrinas de los adeptos cargue toda la responsabilidad á sus solos atrevidos expo-
sitores, lavando así la cara á la madre que tales hijos parió; y
respecto al argumento de las proezas y diabluras masónicas,
que andan en las historias del mundo, no dejará alguno de res-
ponder, que si bien es cierto é indubitable aquello de que el
árbol se conocé por sus frutos, pero que no hay tal árbol, for-
jado de seguro en nuestras acaloradas fantasías, sino que todo
se ha de estimar pura y simplemente obra de la política y de
los partidos, de la ambición y de otras bastardas pasiones in-
dividuales. Que con estas y otras semejantes salidas, como
aquella que quiere ser picaresca, de que la masonería es no
más un hatajo de bellacos y de mentecatos, de explotadores y
explotados, sin más acá ni más allá, sin consecuencia de enti-
dad ni trastienda alguna, con esto dan vado á todas las recon-
venciones, y se hacen los sordos, los ciegos é insensibles mu-
chos católicos, que todavía no han aprendido á serlo, dado que
todavía no saben apreciar, reverenciar y acatar las terminantes
declaraciones y censuras de los Romanos Pontífices; y tratan
de amigo á amigo á los masones, les entregan hijos é hijas pa-
ra educarlos, los incorporan tal vez á sus familias, sostienen
los periódicos de la secta, coadyuvan á sus empresas coloreadas
con títulos especiosos, desentendiéndose en cambio de la
obligación que les corre con el culto, las asociaciones, la prensa
y las demás obras de nombre católico. Los cuales, si bien
ante Dios y la Iglesia, por el mal que cometen y por el bien
que omiten, son imperdonables, ni les aprovechan sus sandías
escapatorias, por cuanto á ojos vistas se condena la masonería
ella misma con sus ritos, doctrinas, procedimientos y perversas
hazañas; todavía esos denominados católicos más fácilmente
caerán de su burro, si pecan de ignorancia, ó en todo caso que-
darán redargüidos de malicia y traición más perentoriamente,

cuando se les haga ver, entender y palpar que la planta maldita de las sociedades francmasónicas fué dañada en su misma raíz y nacimiento, y que por tanto necesariamente han de venir sus frutos podridos y venenosos, ni puede suceder otra cosa. Lo cual se les muestra con sacar á luz y dar á la pública vergüenza los deshonrosos orígenes y antecedentes de la secta proscrita. Método á no poder más filosófico, como que nos remonta al conocimiento de la masonería en sus causas; método el más expeditivo, porque lleva derechamente al objeto, ahorrando la prolijidad de análisis más ó menos largos é intrincados; método el más eficaz para desengaño de los ilusos, por cuanto cierra el paso á hipócritas subterfugios y desenmascara á la fuerza toda disimulación y fingimiento.

Conste, pues, que es de gran momento la cuestión de dichos orígenes ó principios, tan soberanamente desdeñada por algunos escritores, de puro sabios harto lijeros. Más añadimos, avanzando una proposición que es imposible demostrar por el pronto, pero cuya verdad resurtirá brillante como fruto de la no fácil tarea que acometemos; nuestro método es indispensable y el único para lograr el conocimiento profundo de la masonería, para navegar con brújula cierta en el tumultuoso mar de su historia moderna y para desentrañar sus secretos al parecer más indescifrables. Por el descuido ó la pereza de entregarse con viril resolución á semejante estudio, muchos de los apologistas católicos, que loablemente se dedicaron á impugnar la malhadada institución, ó de ningún modo han sabido poner el dedo en la llaga y han andado casi á tientas, apacentando á sus lectores con generalidades ó con nocións salteadas, ó bien han defraudado á los hombres de recta voluntad de la noticia plena y ajustada que de sus libros quizás se prometieran, que es cosa mucho de sentir por el bien no logrado.

Mas entreinos ya en tela, y que nos alumbre en las caliginosas regiones que vamos á atravesar, no la *luz* de las logias inferiores, que es fuego fátnuo, ni siquiera la luz de la *estrella flamígera*, destello de Lucifer, que es luz engañadora, sino la luz de la historia, bien comprobada ó bien meditada, que no podrá menos de guiarnos á la verdad vencedora de todas las tinieblas masónicas.

CAPITULO I

Andaluzada de un masón y de muchos, y chanza de otro.—Devoción de la masonería á Lucifer expresada en prosa, en verso y de mil maneras.—Hablemos claro.—Luciferismo ó satanismo.—Un paseo aprovechado por los rituales de la secta.—El Dios auténtico de la masonería, su culto y su templo.—Sacramentos y ceremonias sacrílegas de la masonería.—Misa del diablo y demás diabluras ciertas.—Sobre magia.—A ciertos católicos.—Autoridades razonadas.—La masonería á la vez secreta y pública.—Siguen las autoridades.—Un desahogo motivado.

Formulando la cuestión en términos propios, preguntamos: ¿Dónde y cuándo tuvo origen la funestísima secta? ¿quién fué su fundador? Pero antes de entrar en la trabajosa resolución de estos puntos, surge al paso una duda. ¿Qué, la masonería comenzó alguna vez? ¿tuvo principio? ¿ó no pudo ser tan antigua como la creación misma, según malas lenguas? Como que por ahí anda un tal Bazot, insigne Dr. en el *Arte real*, que no me dejará mentir, cuando resiere:

“Según algunos, la masonería procede del mismo Dios y data de la época del caos. No se podría ir más lejos. Dios crió la *luz*: [1] consecuencia; Dios fué el primer francmاسón.”

Paso por el testimonio del h.^r. Bazot, y hasta le perdonó la guasa; pero ¿quién le ha dicho al respetable maestro que es ir

(1) Para los cofrades la mas.^r es la *luz*, y señalan una *era de la luz*, que suele ser la de la creación y coincidir con la era judaica.

demasiado lejos? Oiga, para meterle la risa en el cuerpo, oiga la rotunda afirmación de otro de la pandilla:

“En nada rebajaría la gloria de S. Miguel, si avanzase en honor de los hñ.: mm.: que este Príncipe de la milicia celestial merece, por la fidelidad á su Dios, el título de Gran Maestre de la primera logia de ff.: mm.:” [Le vrai F.: M.:, p. 57]. En edad S. Miguel bien se la empata al caos, ó le pisa los talones, según la versión que se adopte.

Me parece, sin embargo, que ese *verdadero francmاسón* saltó á la arena por haber oido campanas, y no supo donde; y que si por caso acertare en la fecha, erró manifestamente en la determinación del personaje. Porque en aquella fecha anti-caótica ó postraótica dos se distinguieron entre todos, uno S. Miguel y otro el que está á sus piés, y á no dudarlo nuestro *verdadero francmاسón* trocó los frenos; ó en otros términos, el primer Gran Maestre de la consabida en suposición sería, no S. Miguel, sino Satanás ó Luzbel.

Llegados á este punto, el curioso lector, entre sorprendido y escandalizado, nos preguntará si llevamos adelante la chanza de Bazot, ó si hablando por propia cuenta, entramos ya en las veras. Al cual cortesmente satisfacemos, diciendo que no se sobresalte ni nos acongoje, que en llegando que llegue la hora oportuna, como á buen pagador no duelen prendas, no nos haremos de rogar para meternos de hoz y de coz en la peliaguda cuestión, sentando clara, neta y precisa nuestra humilde opinión y defendiéndola, cuanto es posible en tan obscuro y enmarañado terreno, contra todas las opuestas é infinitas versiones de prevenidos y falaces masones y de no despreocupados católicos.

Mas entre tanto, ¡á quién no sorprende la fiel y acendrada devoción con que la secta honra al príncipe infernal? Fué em-

peño constante, ya desde el siglo pasado, de los escritores libertinos y filosofantes, sectarios presuntos ó confirmados todos ellos, negar cautelosamente la existencia del demonio, relegándole á las consejas de la gente idiota, ocultar su intervención en los negocios del mundo y atenuar á los ojos del pueblo el horror que justamente inspira el precito rey de las tinieblas. Mas en nuestra época, sea que estimen ya inútiles los recatados velos que aconsejaba la prudencia de otros tiempos, sea que su frenesí diabólico haya subido de punto con la lucha más activa y no puedan represarlo más dentro de los abominables antrios, muchos adeptos han cantado por lo claro y muy alto, y han desfogado en frases expresivas ó candentes su amor entrañable al antiguo homicida del género humano.

Véase en qué estilo lo declara el odioso apóstata Renan, el torpe forjador de novelas evangélicas, infame calumnijador de Cristo y miserable enemigo de su divinidad: á tal odio tal amor:

“De todos los seres, en otro tiempo malditos, á quienes la “tolerancia de nuestro siglo ha levantado el anatema que sobre “ellos pesaba, Satanás es sin disputa el que más ha ganado “con el progreso de las luces y la general civilización. La “Edad Media, que no entendía nada de tolerancia, le hacía á “su capricho malvado, le torturó y para colmo de desgracia, “le ridiculizó. Milton comprendió por fin á este *pobre calumniado*, y principió la metamorfosis que la alta imparcialidad “de nuestro siglo debía acabar. El [el Satanás de Scheffer] ha “perdido sus cuernos y sus garras, no ha conservado más que “las alas, apéndices que por sí solos le colocan en el orden so-“brenatural. Permitido le fué á la Edad Media profesarle el “odio implacable que se revelaba en el arte por una sombría “energía. . . Nosotros que respetamos la centella divina donde “quiera que se encuentre, vacilamos en pronunciar fallos ex-

“elusivos, por temor de envolver en nuestra condenación al-
“gún átomo de belleza.”

Y léase después con extremecimiento del alma cristiana aquella exclamación horrenda de Proudhon, vomitada al parecer por las bocas blasfemas de todos los condenados juntos.

“Ven á mí, Satanás, tú á quien la fe de mis padres cons-
“tituyó adversario de la Iglesia y de Dios: ven, ven, ó Satanás,
“el calumniado por los sacerdotes, para abrazarte y oprimirte
“contra mi pecho. Hace largo tiempo que yo te conozco y tú
“me conoces á mí. Ciento que tus obras, oh bendito de mi co-
“razón, no son siempre *hermosas ni buenas*; pero dan la ex-
“plicación del universo, y sin ellas este sería un absurdo. . . .
“Solo tú amas y fecundizas el trabajo, tú ennobles la rique-
“za, tú prestas su esencia á la autoridad, tú pones el sello á
“la virtud. Yo no brindo á tu servicio más que una pluma,
“mas esta vale por mil escritos, y juro no soltarla, hasta tan-
“to que vuelvan los días cantados por el poeta: *Devuélveme los*
“*días de mi infancia, oh diosa de la libertad.*”

Y no hace falta citar, por harto conocidos, los rabiosos cantores que en Italia, en el centro del catolicismo, encienden más y más el fanatismo de los *hijos de la viuda*: en sus grandes asambleas con estrofas como las siguientes:

“A te disfrenasi	“Salute, ó Satana,
Il verso ardito;	O ribellione,
Te invoco, Satana,	O forza vindice
Re del convito.”	Della ragione.”
“Via l'aspersorio,	“Sacri á te sàlgano
Prete, e il tuo metro!	Gli incensi é i voti!
No, prete, Satana	Hay vinto il Geova
Non torna indietro!”	Dei sacerdoti ”

Himno satánico, que es el eco prolongado de aquel *¡Viva el infierno!* á cuyo grito en Francia se degollaba en 1793 á los sacerdotes, se demolían las iglesias, se profanaban los santuarios, sustituyendo con la impúdica *Razón* las venerandas imágenes de la Virgen María; grito salvaje que resonó en las calles de París después del asesinato del duque de Berri y que se repitió en 1848 al estallar la revolución socialista; grito imitado en España, en 1834, por la musa callejera y guitarresca de Madrid, horas antes de aquella horrorosa hecatombe de religiosos inmolados al furor de Satanás:—“*Muera Cristo.* —*Viva Luzbel.* —*Muera Carlos.* —*Viva Isabel;*” grito profrido también por aquellos mismos años en Suiza como señal de encarnizada guerra á los católicos.

No hay para que mentar, por ser de notoriedad, la fundación, en Italia y en otras naciones, de sociedades distinguidas con títulos ó nombres satánicos, la abominable estigie de Satanás ostentada en triunfales estandartes, con insistencia reproducida por el buril, el pincel y el cincel en multitud de objetos y lugares, los innumerables altares consagrados al culto del demonio en el centro de ciudades cristianas, la sistemática repetición, desde Mesmer acá, de experimentos á todas luces supersticiosos, disfrazados con denominaciones varias, con fraseología y aparato científico, como para protestar unas veces contra el fallo condenatorio de Dios y de las generaciones cristianas, para dar otras carta de ciudadanía y familiaridad en el mundo moderno, para rehabilitar la triste memoria y enaltecer los nefandos hechos del ángel fulminado por la justicia del Altísimo. Obras estas y otras semejantes justamente atribuibles á la secta proscrita; como autora, promovedora, participante decidida y fautora de ellas, si bien se mira á los precedentes y circunstancias que las acompañan; si se atiende á los individuos ó corporaciones que en ellas figuran: testimonio vivo por

lo tanto y bien reforzado de la afición, rendimiento, servicios y homenajes tributados por la secta á la Majestad del Averno.

Valga todo esto cuando menos como un indicio vehemente de la íntima conexión de la francmasonería con aquel gran Malvado del cielo y de la tierra; valga como una prueba no del todo insignificante, ó si no se quiere tanto, como un barrunto de aquel atrevido pensamiento de muchos masones y de algunos *profanos* (1) acerca del origen totalmente primitivo de la pizmienta y condenada institución.

Mas ¿á qué andarnos por las ramas, cuando tanto da de sí el tronco mismo? quiero decir, cuando tan brillante é induditable argumento al mismo fin podemos sacar de las entrañas mismas de la masonería? Porque ¿qué cosa más íntima y expresiva de su propia esencia puede contener ésta en su seno, que sus doctrinas y práctica, llamémoslas religiosas, donde se descubre y muestra patente el fin último y supremo de todas sus aspiraciones, el móvil eficaz de su general acción en el mundo, la luz de todos sus misterios, la maligna escuela y oficina de sus obreros de iniquidad? Pues bien, allí en lo recóndito é impenetrable del negro conventículo, en aquel *templo* escondido y cerrado á toda vista y oído profano, allí reina Satanás, allí triunfa Satanás. Allí ilumina con siniestros fulgores la obscuridad de los más profundos secretos; allí levanta la cátedra de todos los errores que desatinan, confunden y desgarran á la misera humanidad; allí con el terrible vínculo de juramentos sobre juramentos encadena la voluntad y las almas de los que á ojos cerrados se le entregan; allí les enseña á blasfemar por principios, á corromperse por dosis y á perder la honra y vergüenza por grados, hasta el último extremo de abyección é infamia; allí los forma y modela á su imagen, les transfunde su espíri-

(1) *Profanos* llaman los masones á los que no son de la hoja.

tu repleto de malicia y preñado de rencores; allí les revela todos sus horrendos planes de muerte y perdición, les enseña por menor todas las artes de la hipocresía; allí los esclaviza hasta la más absoluta ceguera y embrutecimiento, exige de ellos los más indignos homenajes y los marca con el sello infame de la bestia; allí traspasa á sus corazones el odio formal de Dios, que es el infierno peor del ángel rebelde, y los asocia á su maldecida empresa de destronar á Dios en la tierra para entrónizarse él; allí forma los cuadros de esas innumerables legiones que pelean por su causa en toda la extensión del globo; allí enloquece y fanatiza hasta con mágicos portentos á sus esclavos y se da á su amor y á sus adoraciones como padre, como guía y maestro, como rey y como Dios. ¿Qué más se quiere?

Y para que se entienda que no hablamos á humo de pajas, y no vengan á hostigarnos con sus gastados motes de exagerados, calenturientos, ilusos y tragaldabas los incrédulos de uno y otro campo, que se cuenta por moda reinante y no en corto número aun en los católicos, y más adelante les habremos de ajustar las cuentas; vamos á probar con el ciento por uno todas nuestras habladas, aspavientos y exageraciones, sin dejar para ello ni un solo punto de la mano el análisis fiel de las tales doctrinas y prácticas por mal nombre religiosas, es decir, irreligiosas, impías y endemoniadas de la masonería.

Y al efecto nos bastará un ligero paseo por los rituales de la secta, para meternos sin querer en satanismo hasta los codos: no se diga que hablamos de oídas, ó á salga lo que saliere.

¿Cuál es el dios de la masonería? Es Satanás. A los pocos pasos, como si les hiciese tarde, en el grado de compañero, el *venerable* se da prisa á mostrar al aprendiz la *estrella flamígera*, representación geométrica de la humanidad, símbolo de la generación y al mismo tiempo cifra misteriosa, cuyo sentido no puede abrirse más que á los masones dignos que estudian y

perseveran. En el entre tanto, por sí ó por no, el h.: *experto* que acompaña á los aspirantes, se levanta y hace una genuflexión ante la letra *G*, que se destaca en el centro de la tal estrella, y por su mandato doblan también la rodilla los candidatos. Esto se llama hacer acto de adoración. Ya se explica más adelante á los aprovechados, á quién representan la estrella y la letra *G*: á *Eblis*.

¿Quién es ese bárbaro *Eblis* (1)? En la leyenda de Hiram ó Adonhiram, perteneciente al grado de maestro y que es el tema fundamental de todas las leyendas masónicas, se nos dice quién es ese raro personaje. "Eblis es el ángel de luz, el seductor de Eva, Espíritu del fuego, siempre envidiado de Jehová Adonai (*el verdadero Dios*), inspirador de las artes útiles y bienhechor del género humano, al paso que Jehová Adonai es todo lo contrario," conforme al texto masónico.

En el grado 5º ó de *Maestro perfecto* pregunta el *orador*: "¿Cuál es la Causa primera á que debemos el beneficio de la inteligencia? ¿Es el Dios envidioso, que con sus dogmas nos somete á examen y pretende ahogar nuestras almas con el apagador de la superstición? ¿O es el Angel de luz, cuya lucha sobrenatural. . . .?" Aquí solapadamente se trueca al demonio en Dios verdadero como Causa Primera, y al verdadero Dios en demonio. ¡Qué horror!

Pero esto no es nada. En el grado de *Rosa-Cruz*, el neófito es conducido á la cámara *infernal*. ¡Qué cosa es esta cámara? Una cámara dejada en una obscuridad casi completa y cuyas paredes están tapizadas de transparentes. Estos transparentes representan el infierno, un infierno gozoso y de dicha, cuyos moradores aparecen radiantes de júbilo en medio de las llamas y se mueven como si se hallasen en su elemento natural. Allí

(1) *Eblis*, corrupción de *diabolus*, es uno de los nombres de Lucifer y con él designan los mahometanos al demonio.

todos los malditos de la Biblia, como Caín, Canaan, Moab y otros, tienen cara de patriarcas y rebosan de ventura. Tubalcain fabrica rayos en una fragua servido por diablillos: Hiram es ceñido con una corona de oro por Eblis. . . . Este cuadro es la glorificación directa de Eblis, de Satanás.

Cada vez se ya desenmascarando más la secta maldita. He aquí como el *orador*, en el grado del *Gran Pontífice de la Jerusalén Celeste*, arenga á los aspirantes: “Para poseer de nuevo aquél paraíso, es necesario que la interdicción de Adonai, ‘de no tocar el árbol de la ciencia, no tenga efecto ninguno. ‘Por esto los descendientes de Caín y de Hiram subirán capitaneados por Eblis, al asalto de la Jerusalén Celeste, para ‘vencer á Adonai, príncipe del mal.’”

En el rito del *Gran Patriarca* se ordena al graduando encensar nueve veces una estrella de oro, diciéndole que es la estrella de la mañana, por otro nombre Lucifer. “¡En el nombre sagrado de Lucifer, desarraigad el obscurantismo!”

En el de *Jefe de Tabernáculo*, el Dios de los cristianos, es el Dios—cocodrilo, que devora á la humanidad; mas por fortuna Eblis, siempre intrépido, está aquí para combatirle. El Gran Sacrificador y los Levitas inciensan á porfía el triángulo misterioso con la punta para abajo, que es el emblema del Buen Principio, Gran arquitecto del Universo, ó sea Eblis.

Oigase entre las ceremonias del *Caballero de la Serpiente de Bronce*, el panegírico de Eblis.—“Fué el Angel de la Luz, ‘cuyo emblema es la Serpiente, quien sanaba de las mordeduras de esta á los hebreos en el desierto. . . . En la Biblia ‘vemos á Adonai constantemente ocupado en perseguir á la ‘humanidad. . . . Por el contrario, el Angel de la Luz, viene á ‘todas horas en ayuda del género humano: son sus hijos, Caín ‘y sucesores, quienes instruyen, mejoran y perfeccionan á los ‘descendientes del primer hombre de barro. . . . Caín, hijo de

"Eva y Eblis, es el tipo de la raza humana en toda su belleza física, intelectual y moral: por el contrario Adán, hechura de "Adonai, es el tipo degradado de la raza, el padre de los ignorantes, los supersticiosos y los déspotas. Los viciosos [los descendientes de Adán] tiranizan siempre que pueden á los virtuosos [los descendientes de Caín] lo mismo que Adonai persigue á Eblis. Adonai será un día vencido para siempre. . . ."

De una vez, por si hacía falta, descorrense todos los velos en la admisión del *Gran Escocés de San Andrés*. El *Baphomet* de los gnósticos y de los templarios, la más viva representación del principio del abismo, es solemnemente adorado y llevado procesionalmente en triunfo por la Sala de la Gran Logia; Baphomet, monstruo con cabeza de macho cabrío, alas á la espalda, con una antorcha encendida entre los dos cuernos, pechos de mujer, entre ellos colocada la cruz con la rosa sobrepuesta en el centro de la cruz [emblema obscenísimo], pezuña de macho posada sobre un globo, besada y acariciada por la serpiente que con sus rosas abraza y estrecha el globo ó mundo.

¿Resta más que aprender? Muchísimo, sin lo que hemos pasado por alto, para no ser canciones; pero vaya un rasgo que vale por mil.

En los arreópagos de *Caballeros Kadosch*, el demonio es evocado formalmente con los conjuros de la Alta Magia, que traen los correspondientes rituales y al grito de: *¡Venganza contra ti oh Adonai!* [1] proferido con los puñales en alto y en ademán de asestarlos al cielo. Luego se prosternan todos en acto de adoración y el presidente recita la *Oración á Lucifer* com-

(1) Tal es la significación del *Nekam, Adonai!* que pronuncian los masones, denotada por el mismo gesto de ellos.

puesta por el h.: Proudhon, cuyo principio ó invocación di-
mos antes y que sigue con estas espantosas maldiciones:

“Y tú, Adonai, Dios maldito, retírate; pues renegamos de tí.
“El primer deber del hombre inteligente y libre consiste en
“arrojarte de su espíritu y de su conciencia, porque eres esen-
“cialmente hostil á nuestra naturaleza, y de ningún modo de-
“pendemos de tu autoridad. Llegamos á la ciencia á pesar tu-
“yo; al bienestar sin tí y á la Sociedad contra ti: cada uno de
“nuestros progresos es una victoria con que aplastamos tu di-
“vinidad. Espíritu embustero y falaz, Dios imbécil tu reino ha
“terminado; busca entre las bestias otras víctimas. Ahora es-
“tás ya destronado y roto. Tu nombre fué por largo tiempo la
“última palabra del sabio, la sanción del juez, la fuerza del prín-
“cipe, la esperanza del pobre, el refugio del culpable arrepén-
“tido; pues bien, este nombre incomunicable, Padre Eterno,
“Adonai ó Jehová, entregado desde hoy al desprecio y al ana-
“tema, será menospreciado entre los hombres. Porque Dios, es
“cobardía; Dios es hipocresía y mentira; Dios es tiranía y misé-
“ria; Dios es el mal. Mientras la humanidad se incline ante tu
“altar, la humanidad, esclava de reyes y sacerdotes, será re-
“probada; mientras un hombre en tu nombre execrable reciba
“el juramento de otro hombre, la sociedad estará fundada en
“el perjurio, la paz y el amor serán desterrados de entre los
“mortales. ¡Dios, retírate! pues desde hoy curados del miedo
“que nos inspirabas y convertidos en verdaderos sabios, jura-
“mos, las manos levantadas contra tu cielo, que no eres más
“que el verdugo de nuestra razón y el espectro de nuestra con-
“ciencia.”

El Señor nos perdone la reproducción de tan horrorosa blas-
femia en gracia de nuestro buen celo por su santa causa, que
nos obliga á remover la sentina infernal de tantas abominacio-
nes. Después de la *Oración á Lucifer*, repítese la fórmula de

evocación: *Hémen--Etam*, prosternándose ante el Baphomet que está de cuerpó presente en el altar, y por último cuando el areópago ha podido procurarse una hostia ó forma consagrada, profanárla en honor de Satanás acribillándola ó desmenuzándola á puñaladas al grito infernal de *¡Nekam, Adonai!*

¿Cómo se proporciona la secta la sagrada forma para ultrajarla con el más atroz sacrilegio? Por medio de la corrupción ó la hipocresía.

Dejándolo aquí, para no hacernos interminables, en resumen la masonería desde su segundo grado hasta el 33º inclusive es la incesante y expresa adoración y culto tributado al principio de las tinieblas, como puede enterarse por sí mismo el más babieca, sin necesidad de que se lo cuenten, con sólo echarse á la cara los rituales de la cofradía, y dar un vistazo á la decoración y arreglo treatal de cada grado, á las respectivas leyendas, dimes y diretes con el neófito, arengas, ya del presidente, ya del orador oficial, juramentos, oraciones, etc. Adorada ya en toda regla la *estrella flamígera* desde el segundo grado, en el tercero con toda franqueza y despejo sin igual se trastrarán bonitamente y una vez por todas los papeles, haciendo del Dios verdadero, Creador y Señor de cielos y tierra y padre amorosísimo de los hombres, un sér aborrecible, principio y generador de todo mal, ignorancia y perversidad, cruel é implacable azote de la humanidad, y convirtiendo al demonio en el principio y Dios bueno, sabio, fuente de luz, fuego sagrado y vida de la naturaleza y de las almas, padre de una raza perfecta, amador perpétuo de los hombres y fuerte debelador de Adonai y de sus obras. Para ese *Ángel de Luz ó Lucifer* desde ese momento son, figurado en la estrella flamígera, en el delta ó triángulo invertido, en el gran símbolo de Salomón y principalmente en el monstruoso Baphomet, aparte de otros signos ó

emblemas, todos los homenajes, postraciones, inciensos, triunfales procesiones, sacrificios, juramentos, invocaciones y evocaciones, himnos, aclamaciones, plegarias y títulos más gloriosos, á él debidos como á *Causa primera, Señor de la gloria, Dios nuestro Padre, Sér Supremo, Muy Poderoso Soberano, Gran Arquitecto de los mundos, Dios Santo Vengador, Grande y Eterno Dios.*

Lean, lean, ¡vive Dios! esos libracos, antes soterrados y encerrados bajo siete llaves, hoy pasados ya al dominio público, léanlos algunos de esos bolonios, que son pozos de ciencia, maestros en todas las humanas disciplinas, fenómenos de erudición y qué sé yo cuanto más que andan por esos mundos hechos una lástima de saber profundo, de magistral arrogancia, de piramidal suficiencia, de despectivo lenguaje, de científico señorío, y si les queda un grano de sal en la mollera, díganlos por vida suya, después de haber leído los dichos mamotretos, después de haber meditado con asiento sobre la historia moderna, á no ser que les hayan quemado los ojos y no puedan verla; después de lo que los masones nos hablan de sí mismos y de lo que nosotros les vemos hacer á nuestras narices, después de lo que la Iglesiá nos ha contado cien veces de ellos y en todas las formas nos han repetido hombres de caletre y prudencia; díganos si la masonería es juego de chiquillos, divertido entremés, truhanería de embaidores y cosa de nada, en fin, como siguen barbarizando algunos estrafalarios, ó bien si se trata de cosa dé más fundamento, malicia y trascendencia. Díganlo, si son cristianos y conservan una miaja de juicio; que de no, entonces no hay caso, y para locos ó incrédulos perdidos no he dicho nada.

Mas no cortemos el hilo de nuestro cuento, pues nos falta algún camino que andar y hemos de seguir machacando, hasta

que este punto de la religión luciferiana de la masonería estudiado en sus entrañas mismas, quede hincado como un clavo en la mente de nuestros lectores, por verlo descuidado y casi preferido en algunos autores de seso, pero menos tenaces que nosotros.

Decíamos, pues, ese dios masónico ¿tendrá su templo? Vaya si lo tiene, y véase con qué ceremonial se consagra. Despues de algunos dares y tomáres entre los que están dentro de la pieza ó aposento á puerta cerrada y los que están afuera, ábrense las puertas de par en par; el *venerable* y compañía entran con majestad procesionalmente, préndense las luces de la famosa estrella de cinco puntas y de cara al farol veneciano con forma de *estrella flamígera* dobla las rodillas el venerable; imitanle los demás y él con las manos levantadas, gesto y voz suplicante le endereza esta invocación: “¡Luz divina, llama misteriosa, fuego sagrado, alma del universo, principio eterno del mundo y de los seres, símbolo venerable del Gran Arquitecto, único soberano todopoderoso, etc. A este espléndido principio siguen otras ceremonias no menos *expresivas*, coronando la diabólica farándula el cántico de *inauguración*, reinatado con este final:

Cuando las sombras cubran ya la tierra,
Aun entonces vendremos á adorarte:

[Dando patadas en el suelo]

Sí, já adorarte, á adorarte, á adorarte!

Sí, já adorarte, á adorarte, á adorarte!

Y patean de gusto, que se las pelan.

Ahora la masonería, como es la religión de Satanás, y al decir de sus doctores, ha de ser la religión del porvenir para todo el universo; como por ende reconoce un dios, consagra templo y culto al tal dios, según acabamos de ver, por fuerza

ha de tener sacramentos, histriónico remedio de los instituidos por Nuestro Señor Jesucristo, ó dejaría de ser aquel dios de ser quien es, ó sea, la *mona* del Dios verdadero, según el céustico mote de Tertuliano, que tiene más meollo de lo que parece.

En efecto, la masonería bautiza. Santa indignación inflama en todo pecho cristiano la desvergonzada y luciferina impiedad de la sacrílega ceremonia. No sé qué pensarán ni sentirán de ella los católicos que sólo ven en la masonería una festiva comedia, si es que saben pensar y sentir cristianamente.

La masonería confirma y adopta á sus *lobeznos* ó bautizados. Después nos admiraremos, dice D. Benoit, de que estos seres infelices, vendidos y consagrados al poder de Satanás, vengan á ser más tarde una plaga de la sociedad y paren frecuentemente en locos ó suicidas; porque si en virtud de la *unión moral* y la especie de *solidaridad* establecida entre la criatura y los que la representan, Dios invocado sobre la cuna de aquella responde al llamamiento y toma posesión de su alma, así también el demonio evocado con nefandos ritos, adquiere un funesto señorío sobre aquel que le fué donado.

La masonería confiesa. Cuando esta confesión de las propias culpas exigida por ella del que va á ser adoptado, no constase por los documentos auténticos que publicó en Bélgica Amando Neut [4] ¡qué confesión más minuciosa y humillante que las respuestas obligatorias á los infinitos cuestionarios del iluminado Wishaupt!

La masonería consagra ó instituye sacerdotes de diferentes órdenes. Ahí están, que no me dejarán decir otra cosa, los *Epoptas* y otras dignidades del iluminismo, los *Sacerdotes Masones ó Grandes Elegidos* del rito francés, los *Grandes Ponti-*

(T) "La franc-maçounerie soumise á la publicité á l'aide de documents authentiques.

fices ó Sublimes Escoceses del rito escocés, sus *Príncipes del Tabernáculo*, sus *Soberanos Grandes Comendadores del Templo de Jerusalén*, etc.

La masonería admite el Matrimonio. Pero ¡qué matrimonio santo Dios!—“¿Qué pensais de la indisolubilidad del matrimonio?—Que es contraria á las leyes de la naturaleza y á las de la razón.—¿Cuál es el correctivo del matrimonio?—El divorcio.”—Tal es el diálogo sostenido entre el venerable y el primer vigilante de la logia. Por esto clama el Padre Santo en la encíclica *Humanum genus: Los masones*, no contentos con profesar los principios de los naturalistas acerca del matrimonio, *trabajan por introducirlos en el uso y costumbres de las gentes...* *Su empeño es transformar á toda prisa la naturaleza del matrimonio, convirtiéndolo en la unión instable, pasajera, nacida del capricho de la pasión y que podrá ser disuelta, cuando varíe el capricho.* ¿Qué cosa es ese matrimonio civil y masónico? *El torpe concubinato*, según sentenció aquel gran Pío IX. ¿Qué cosa es? Es la completa disolución de la familia y la universal corrupción reducida á sistema.

La Iglesia católica celebra piadosas exequias para refrigerio de las almas de los difuntos, para consuelo y edificación de los vivos. La masonería remeda estas venerables ceremonias con sus *pompas fúnebres*, á las cuales con el mayor ahínco da el más escandaloso aparato. ¡Qué farsa tan ridícula! ¡qué indigna parodial ¡qué profesión tan desfachatada de impiedad en signos, emblemas, fórmulas y discursos!

La masonería celebra también varias veces al año la *Cena mística*: consta de los rituales de la secta. En debida reverencia al Santísimo Sacramento del Altar pasemos por alto la descripción de esta nueva comedia sacrílega y detestable. Bien que no podemos absolutamente hacer punto omiso de la execrable conmemoración de la Pasión sagrada de Nuestro Señor

Jesucristo, hecha por esos demonios en la noche del Jueves Santo. Es presentado en la mesa un cordero asado, con una corona de espinas ceñida á la cabeza, los cuatro piés atravesados con clavos. El Muy Sabio dice á los demás Rosa-Cruces asistentes:—“Cortemos las partes *impuras* y arrojémoslas á las llamas.”—Y en efecto, cortan la cabeza con la corona de espinas y los piés con los cuatro clavos, y echando cabeza y pies con corona y clavos á una hornilla encendida, lo sacrifican todo al *fuego*, símbolo cierto y elemento principal del Angel de luz, lo ofrecen todo en holocausto á Satanás. Y.
¿nada más? Nada más.

Sigan ciertos prudentísimos católicos tomando á chirigota los juegos masónicos. *Li quando intelligent.* ¿hasta cuándo abrirán los ojos? Se darán por satisfechos, supongo, aque-llos á quienes la mención de lo extraordinario subleva tanto ó más que á los más desarapados incrédulos, por vil y cobarde recelo de no prestar materia á la sátira de éstos, ó por tema risible de no ver en la francmasonería más que sainete, política ó cuestión de ochavos y tunantería. Mientras los tales vuelven de su simpleza y se dan á partido, y para que más aína esto suceda, vamos á remachar el clavo y á rematar de prisa y corriendo con unos toques más la prueba que venimos redondeando, bien que sin la vana pretensión de agotar el rico filón de dichos, hechos, fórmulas, ceremonias, discursos, signos, historias y cien capítulos más que cuadrarían á nuestro objeto y se brindan á la explotación de la crítica imparcial, justa y sólida. Que la masonería, si en cuanto á moral es una gusanera, como lo hemos de probar adelante hasta palparlo con la mano, en punto á satanismo, bien podemos decir que le rezuma por todos los poros.

En abono de lo dicho ¿hablaremos de la *misa del diablo*? Mas no, que hable por nosotros Mons. Segur:—“En Roma,

en los días de la revolución de 1848, se descubrieron varias juntas nocturnas, una entre otras, en el barrio del Transtebere, en la cual se congregaban los adeptos, hombres y mujeres, para celebrar lo que llamaban ellos *misa del diablo*. Sobre la mesa de un altar, alumbrado con seis cirios negros, se colocaba un copón, y cada uno de los concurrentes, después de haber *escupido y pisado el Crucifijo*, se acercaba y echaba en el copón una *forma consagrada*, que aquella misma mañana había ido á recibir en alguna iglesia, ó comprada á alguna maldita vieja pordiosera por un tanto como á Judas. Seguía no sé qué diabólica función, y esta se terminaba con la orden de sacar los puñales, con los que subiendo al altar menudeaban golpes sobre el Santísimo Sacramento á quien más podía. Despues se apagaban las luces. . . .” [1] y, concluye por cuenta propia D. Benoit [2], “se entregaban á las torpezas de los misterios paganos y de los conventículos maniqueos; y añade este gravísimo testimonio: “Hace algunos años, dice, el autor de estas líneas oyó de una persona cuya veracidad está fuera de toda sospecha, la noticia de una junta ó reunión, á la cual acudía un condenado sacerdote con formas consagradas, que luego profanaban con las más indignas abominaciones.”

Pero todo esto, tan horrible como es, es poco y aña. Léase el siguiente relato de *La Croix*, periódico religioso de París, publicado en estos mismos días [Abril de 1894] sin contradicción ni rectificación de nadie, y tomado de la *Revista popular*, de Barcelona.

“En fin [¡porqué no hemos de decirlo?], existe en París la horrible industria del sacrilegio: grupos de cabalistas y ocultistas disponen de abastecedoras de Hostias consagradas, de abominables mujeres, que mediante una mezquina remuneración,

(1) *Les franc-maçons*.

(2) *La franc-maçonerie*, t. II, p. 472.

se acercan á la Sagrada Mesa con el único objeto de comerciar con la Hostia que reciben, vigiladas por testigos implacables.

“Tiembla uno al revelar semejantes abominaciones, mas desde hace algún tiempo éstas se comentan en público con la misma frecuencia que se cometen. El monstruoso atentado llevado á cabo en Notre-Dame con audacia é impunidad que le dan visos de infernal reto, arroja sobre la impiedad moderna un torrente de fatídica luz; de la cual, sin embargo, no nos conviene apartar los ojos.”

Yo lo creo, según nos amonesta el autor del artículo que acabamos de trasladar, que no nos conviene apartar los ojos de ese movimiento satánico que por instantes va creciendo como la marea; aunque es ociosa la advertencia, cuando tan recias sacudidas y tan descaradas manifestaciones del espíritu tenebroso mantienen viva nuestra atención en esta parte. Véase organizado en toda forma el luciferismo en la siguiente narración, que han transcrita en este mismo año de gracia [1894] innumerables periódicos, exornándola cada uno con comentarios análogos á sus ideas.

“LOS LUCIFERISTAS--.El Ante-Cristo se acerca, y ya cuenta con ejércitos, con templos y con adoradores. La “Semana Religiosa,” de París, ha hecho una investigación sobre el asunto, y las revelaciones que hace no pueden ser más sorprendentes.

“El culto de Lucifer no sólo existe, sino que se ha propagado de una manera terrible estos últimos tiempos.

“Tiene un Papa [el primero fué Alberto Pike]; una ciudad santa, que es Charleston; un Vaticano y un colegio de cardenales, á quienes Lucifer aparece ritualmente, y entre los cuales figuran nada menos que el gran panamista Cornelius Herz, el célebre banquero Bleichroeder y Hoenkel y hasta dos profétisas, las Sritas. Sofía Walder y Diana Waughan.

“En las sesiones evocatorias, la primera de estas dos vírgenes hace de pitonisa y sus revelaciones sirven de verbo al luciferismo. Sofía pasa por haber sido designada por Satanás en persona para que sea la trisabuela del Ante-Cristo. Ella misma dice: “El número de los Papas de Adonai ó de Jesús está contado. Yo seré á los treinta y tres años madre de una hija que á los treinta y tres años dará á luz otra niña, y la última de esta serie será la madre del Ante Cristo: Este existe ya en estado de demonio, se inclina ante mí cuando le llamamos y me llama “Santa Madre.”

El luciferismo tiene templos repartidos por todo el mundo. En París cuenta con dos: uno en la rue Rochechouart, no lejos del Sagrado Corazón, y otro cerca del palacio arzobispal; uno de ellos es el famoso “triángulo de Santiago,” donde se dice la *misa blanca*, de la que varias veces han hablado los periódicos. Todos los viernes, á las tres en punto, Lucifer aparece en su templo de Charleston y se manifiesta también en los otros centros de su secta, menos en los de Roma.

En la *misa blanca* el “mago elegido” ó la “templaria” que la dice, lleva puesta una casulla con la cruz vuelta hacia abajo. La comunión se hace con la hostia y con el vino. La hostia es negra, con “presencia real” de Lucifer. El oficiante principia con estas palabras: *Introibo ad altarem Dei optimi maximi.*

En el retablo del altar, Lucifer, joven y con las alas desplegadas, parece descender de un cielo de llamas. Con la diestra sostiene una antorcha y con la izquierda un cuerno de la abundancia. Pisotea un cocodrilo con corona y tiara, que representa al trono y al Pontificado. Debajo del ídolo, sobre el altar vense tres estatuitas: la primera, Belcebú, tiene junto á sí la esfera terrestre rodeada de una serpiente, y alza la mano para anunciar la llegada de Lucifer; la segunda, Astarot, de

dulce rostro, tiene en una mano una rosa y apoyado contra una pierna el medallón del Toro; la tercera, la más terrible, Moloch, esgrime un hacha y se desiente con un escudo en el que hay esculpida una cabeza de león.

“El *evangelio* de la misa está sacado del libro de Apadreo, escrito con tinta verde por Lucifer y firmado por él.

“El luciferismo tiene su directorio supremo en Charleston, que es la Jerusalén de la secta; su comité ejecutivo en Roma y su administración en Berlín. Alardea de contar con gran número de prosélitos. Como objeto de su existencia indica, no sólo la conquista del poder político, sino el dominio del mundo entero. Por último, parece que entre los prosélitos hay no pocos anarquistas.

“Los luciferistas anuncian que su triunfo está próximo y se fundan para ello en una interpretación que dan al Apocalipsis, y según la cual el Ante-Cristo comenzará su reinado el siglo XX.”

No saldremos fiadores, Dios nos libre, de los oráculos de la pitonisa Walder, que como intérprete del diablo bien puede mentir, en cuanto profetiza, de barrá á barra, sin que á nadie deba causar sorpresa; ni nos hemos de quebrar la cabeza en escudriñar y apurar, si es más ó menos fabulosa la historia de las estupendas diabluras que andan de boca en boca atribuidas á la virgen luciferiana. Pero que hoy está en boga una secta, la paládica, consagrada al culto y gloria de Lucifer en el mundo, íntimamente ligada con la masonería, la flor de ella y centro tal vez de su estado mayor general, esto sí se halla fuera de todo litigio y en vano es que traten de obscurecerlo los más taimados: lo cual es justamente lo que da en el blanco de la demostración que veníamos acicalando. Aunque si va á decir verdad, no entendemos el por qué hacerse de nuevas en estos días, de cosa tan vieja y tan olvidada de puro sabida, cual es el

satanismo ó luciferismo de la masonería, tan descaradamente profesado y practicado en los ritos de esta con su cábala, magia y toda suerte de artes ocultas, si no es por el agregado de hechos y demonierías que en cuerpo de historia acaba de lanzar á pública luz recientemente un supuesto doctor Bataille.

Lo cierto es, que con esto y con lo otro resulta copiosa y palmariamente demostrado nuestro aserto.

Réstanos por final contar un *sucedido* de aparición real del demonio en junta ó tenida de masones.

El R. P. F. Cormier, en su vida del P. Jandel, varón ilustre de la Orden dominicana en estos últimos años, refiere el siguiente caso de presencia personal del demonio en una logia, atestiguado por multitud de revistas religiosas en los mismos días de la ocurrencia:

“El P. Jandel, movido por una inspiración repentina, se puso en un sermón á ponderar la virtud de la Santa Cruz. Al salir de la catedral, se le arrimó un sujeto y le dijo:—¿Señor, cree U. lo que acaba de predicar?—Vaya si lo creo, si no, no lo predicara: la Iglesia reconoce la virtud de la Santa Cruz.—¿Con que de veras lo cree U? Pues bien, yo soy francmason, y no lo creo. Pero como las palabras de U. me han sorprendido en gran manera, vamos haciendo la prueba de esa doctrina. Todas las noches nos reunimos en tal calle y tal número, y el demonio en persona viene á presidir la sesión. Venga U. esta noche conmigo, los dos nos quedaremos á la puerta de la sala, y U. hará el signo de la Cruz sobre la concurrencia; así me certificaré de la verdad de su dicho de U.—Tengo fe en la virtud del signo de la Cruz, repuso el P. Jandel; mas no puedo aceptar la propuesta sin reflexionarlo antes maduramente: déme U. tres días de tiempo para pensarlo.—Bueno, replicó el francma-

són: cuando se determine U. á la prueba, me tendrá U. á sus órdenes: y le dió las señas de su casa.

“El P. Jandel se fué en seguida á ver al Cardenal de Bonald; y le preguntó si aceptaría ó no el reto, en nombre de la señal de la Cruz. El Arzobispo convocó junta de teólogos, donde después de una larga discusión, se acordó que aceptase el P. Jandel.—Id, hijo mío, le dijo el señor de Bonald echándole la bendición, que Dios os acompañe.

“Cuarenta y ocho horas faltaban para el plazo, y el P. Jandel las pasó en oración y en penitencia, encomendándose además en las oraciones de sus amigos: A la entrada de la noche del día señalado, se fué á la casa del francmاسón, el cual le estaba aguardando. El Padre había cambiado sus hábitos por un vestido de seglar, de modo que nadie le hubiera tomado por lo que era: esto sí, debajo de la ropa llevaba un buen Crucifijo. Salieron, y á poco llegaron hasta un salón amueblado con gran lujo y se quedaron en la puerta. Poco á poco se fué llenando el salón, y ya iban á ocupar cada uno su asiento, cuando el demonio se apareció en forma humana. En el acto el P. Jandel sacando del pecho el Crucifijo que traía escondido, lo levanta con ambas manos haciendo sobre los asistentes la señal de la Cruz.

“Un rayo no habría producido un efecto tan imprevisto, tan instantáneo, tan sorprendente. Apágase las luces, cáense unos sillones sobre otros, los concurrentes huyen. . . . El francmاسón se lleva al P. Jandel, y cuando ya iban lejos, sin saber darse cuenta de cómo pudieron salir en medio de aquella obscuridad y confusión, el adepto de Satanás, puesto de rodillas ante el sacerdote:—¡Creo, exclamó, creo! ¡rogad por mí! ¡convertidme! ¡confesadme!“

A nadie es desconocido cierto flaco de que ha sido adolecer gran parte del pueblo francés, tanto más supersticioso cuan-

to menos creyente, y todos estamos al cabo no sólo de la ligereza con que por allá generalmente se escribe, por la comézon de producir y exhibirse á toda prisa, sino también de la marcada afición de muchos escritores á lo extraordinario y maravilloso, en fuerza de la impetuosa imaginación que los lleva, sin darse cuenta de ello, á abultar las cosas, á colorearlas á su modo y aun á inventarlas, improvisando, que dicen ellos, sin pensar y hasta creyendo verdad sus propias mentiras. Mas no son muchos otros así, ni allí es todo fantástico: que bien reales, y ciertos, y averiguados, y comprobados, y testificados, y pasados por todos los tamices y crisoles de contradicciones están el milagro de la Saleta, y el milagro de Lourdes y la incesante corriente de milagros que manan como sus ondas cristalinas de la peña de Masabielle, y quien dice de estos, dice de otros.

Todo lo cual viene á cuento y sazón de ponderar lo muy advertido y escamado que ando en eso de admitir sin gran miramiento la narración de hechos prodigiosos, cuanto más de autor francés. Mas en el caso presente se me hace tan duro sospechar, no digo de la veracidad y buena fe, que en esto no hay que hablar, sino de la exactitud de un P. Jandel, actor principal del drama, y de un P. Cormier, su fiel cronista, amén de toda la prensa católica de aquellos mismos días, que no dudaría en tachar de injusto y sobre manera temerario á quienquiera osase anublar con la más leve duda la verdad del relato. Y con esto queden las cosas en su lugar, y por muy verdadera y positiva aquella aparición del diablo, que de siyo no hubo de ser la primera ni la última, según anda la masonería envuelta en tratos é intimidades con el príncipe infernal, conforme á todo buen juicio.

Después de todo lo cual estamos ya hartos de horrores y diabluras masónicas, y punto.

Creemos que no será por demás apuntalar todo lo precedente con algunas consideraciones en gracia de los preocupados en asuntos de magias y demonierías.

Desde luego nos sorprende algo, por lo restricta y limitada, la teoría que apunta el señor Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*, Lib. I, cap. IV, y toda vez que se nos viene á las manos, ella nos dará ocasión para desembuchar lo que tenemos en el pecho.

Cuando se habla entre católicos de intervención del agente infernal en los negocios humanos, siempre reprobaremos, como es justo, el extremo del excesivo candor y nimia credulidad, aunque ésta hoy día se hace más rara, y el desvío fácilmente se endereza en la práctica con la dirección de sabios doctores y el fallo de la autoridad competente. Pero nos parece sin comparación mucho más pernicioso el extremo contrario de la preventión desmesurada y el escepticismo sistemático: más pernicioso, decimos, y no retiramos la palabra, tanto en el orden cristiano, como en el puramente racional é histórico. En el orden cristiano por las falsas opiniones ó ideas que acredita, ó á que da margen; por los trascendentales prejuicios, además; que engendra indirectamente en los ánimos, los cuales menos ilustrados hoy en la doctrina católica que en los períodos de fe más viva y amorosa, y educados en ese medio ambiente de incredulidad, ignorancia religiosa y libre pensamiento, con la mayor facilidad transportan la iumoderada y casi absoluta desconfianza en la realidad de los efectos demoniacos á las fidedignas manifestaciones sobrenaturales de Dios, ora consignadas en la historia sagrada y profana, ora efectuadas en nuestra propia presencia, ó amplísimamente testificadas y contradictoriamente comprobadas por nuestros coetáneos: y vaya, que de esta flaqueza de juicio, lo mismo que de otras dolencias espirituales

de nuestro siglo, harto pueden hablar los que por razón de su ministerio entienden en curarlas.

Ni basta para salvar esos escollos la precaución de admitir *teóricamente*, según se expresa el señor Menéndez Pelayo, el influjo real y positivo del demonio, ni confesar *históricamente* un solo caso, el de los Magos de Faraón y *algún otro*, por gran favor é indulgencia. Un solo caso, digo, porque el de la aparición de Samuel, que también cita el ilustre académico, fué obra de Dios, no del diablo, según la más común interpretación de los Padres, como es de ver en Cornelio Alápide. Ni se acallan escrúpulos y hablillas con aquella "suma omnipotencia en que todo cabe;" ni nadie que tenga dos dedos á frente sueña en "suponer en el principio del infierno una como obligación de satisfacer á las preguntas de cualquier iluso ó ocioso;" ni nadie hace al demonio "mentecato;" ni á nadie altera ó mete miedo la censura teológica, con que el clarísimo autor amenaza á cuantos se proposen fuera de su restricto modo de pensar en "suponer," si no "constante" ó continua, á lo menos harto frecuente, "esa acción del espíritu malo que esclaviza al hombre por prestigios y maravillas," con voluntad expresa ó tácita de esclavizarse el hombre mismo, y con libertad de romper mediante el auxilio sobrenatural los hierros de tamaña esclavitud, "consintiendo Dios semejante tiranía," conforme á los decretos de su justicia y sabiduría.

En verdad que al lector reflexivo de los *Heterodoxos españoles* se le hace por demás abreviada la historia de la acción demoniaca en sesenta siglos que lleva la humanidad de navegar en este mundo, y no vuelve uno de su asombro al considerar la espesa nube de olvido que vino á echarse sobre la portentosa memoria del insigne escritor, como si este hubiese sorbido la mitad de las aguas del Leteo, para no recordar los innumerables ejemplos de intervención diabólica que consigna

la Escritura en el Antiguo y Nuevo Testamento, la Historia eclesiástica y profana de todas las edades, y que arguyen de error y exagerado criticismo al egregio académico en el terreno histórico, á donde debe llevarse la cuestión. En efecto, para no hablar del Asmodeo matador de los siete maridos de la limpia Sara, y omitiendo otros numerosos pasajes alusivos del Testamento Viejo ¿cómo pudieron ocultarse á la ilustración del autor los capítulos 7, 8, 9 y 12 de San Mateo; los 1, 3, 5, y 9 de San Marcos; los 4, 8, 9 y 10 de San Lucas; los 5, 8, 16, y 19 de los Hechos apostólicos? Posesos en gran número en Palestina, endemoniados en las demás naciones de la predicación apostólica; espíritus lanzados por Jesucristo, por los discípulos, por hombres malos, por los Apóstoles; espíritus mudos, ciegos, sordos, causadores de enfermedad y de todo mal en sus víctimas; espíritus tentadores, locuaces, inteligentes, glorificadores de Jesucristo, *mediums* adivinos, etc. ¿Cómo al erudito historiador pudo encubrirse tanto como á este respecto nos enseñaron y refirieron Tertuliano, San Agustín y demás Santos Padres desde el primer siglo de la Iglesia, los anales eclesiásticos más respetables, la historia entera y hasta las disquisiciones filosóficas de los gentiles? ¿Qué, á católico tan probado no hubo de hacerle mella el uso inmemorial de exorcismos y conjuros solemnemente aprobados y santamente practicados en la Iglesia de Dios, á menos de decir que esta consiente y autoriza falsedades, supercherías y vanas supersticiones? ¿Ni habla nada á su espíritu investigador y filosófico el culto pagano, impregnado de superstición abominable y salpicado de hechos que manifiestamente denuncian el comercio diabólico; nada esa universal y perpétua creencia de los pueblos desde la más remota antigüedad en el incansante influjo de seres superiores, distintos del Sér Supremo y verdadero Dios, en los asuntos de la tierra? Pues á fe que para nosotros el

solamente hecho de esta creencia y hasta de la superstición misma constituye un argumento irrefutable del poder é intervención del demonio. Porque de no admitirse, dígasenos ¿de dónde nació la primera idea en la mente de los pueblos? ¿cuáles fueron sus antecedentes? ¿por qué pasos se originó, afirmó y arraigó la convicción? ¿cómo se actuó en prácticas permanentes? ¿cómo se extendió y perpetuó, lo mismo entre los adoradores de falsas divinidades que en el centro de la religión verdadera? Desafiamos á cualquiera á que nos presente de este hecho extraordinario una explicación aceptable y filosófica, si no es acudiendo á un consentimiento universal que no puede mentir en el juicio de la realidad que atestigua. Por último, ¿qué concepto le merecerán al esclarecido autor los fenómenos de mesmerismo, espiritismo é hipnotismo, nombres diferentes encubridores de un mismo desorden y extravío? Prescindiendo de los casos, que ó se han de dar á risible impostura, ó no pueden resistir la severidad de la crítica juiciosa ¿pondrá en duda su posibilidad? ¿negará en globo la realidad de todos ellos y aun su frecuencia en el mundo moderno? ¿apelará como supremo refugio á las insostenibles argucias de muchos fisiólogos y naturalistas, contra el testimonio veraz, repetido y bien comprobado de los hombres de sólida ciencia y sano criterio? No es de creer de su saber y cordura. Por consiguiente. . . .

La consecuencia lógica y terminante de este discurso es, que ante el tribunal de la historia resulta condenado en costas el afectado pirronismo del señor Menéndez Pelayo, quien entre paréntesis escribía aquel párrafo en el primer verdor de su juventud; item más, que en buena razón y por fuerza persuasiva de indubitable experiencia, nadie puede hacer ascos á la creencia en esa frecuente acción demoniaca, sea creyente ó descreído.

Me parece no haberme quedado corto en las pruebas de mi intento. No las esperarían quizás algunos tan decisivas ni tan numerosas, y esto que estamos muy lejos de haber agotado la veta y sobre larga tela para otra vez. Datos seguros y variados, tomados de la fuente misma; hechos sin cuento, repetidos y bien comprobados; testimonios á porrillo de todos tiempos y países; interpretaciones, ó auténticas, ó claras como la luz; aparte de confesiones desvergozadas, ó desnudas explicaciones dadas por los mismos delincuentes

Insistimos con tanto ahínco en este punto, porque es de urgente necesidad sacudir las telarañas de los ojos á muchos católicos, á quienes los masones más ó menos ocultos ó descubiertos y algunos masonizantes pintan su sociedad como cualquiera otra de tantas, provechosas, nocivas ó indiferentes, honradas perversas ó incoloras, ni carne, ni pescado; pero sin segunda intención ninguna, sin más allá ni más malicia que la casual y corriente entre gente del mundo, que por medio de la asociación busca sus particulares gustos, conveniencias, intereses, la manera de entretener y divertir sus ocios ó de ir tirando con la carga de la vida. Visto y patente está que no es así. Ni es esto decir, que á la vuelta de cada esquina, al tropezar con un masón tropiece uno con un demonio encarnado sin rabo ni cuernos, ó que en cualquier *taller* de tres al cuarto y á cada triquitaque salte en medio, y perore, y manobre con su natural suficiencia y sutileza un demonio de veras con cuernos y rabo tamaños, apéndices jocosos con que la poesía popular, inspirada por una filosofía más profunda de lo que parece, adorna la monstruosidad moral de aquel sér maligno y le entrega al general escarnio y aborrecimiento.

Ni afirmamos esto, ni mucho menos que esto, y aun diremos otra cosa para inteligencia y gobierno de despreocupados y chancistas: que en punto á resistencia para creer ó aceptar

fenómenos extraordinarios, sobrenaturales ó preternaturales, conforme vengan de parte de Dios ó de parte del diablo, el que esto escribe se las apuesta con el más estirado crítico y más chapado incrédulo, que haya ni pueda haber en muchas leguas á la redonda, mientras no ande de por medio la sentencia ó parecer de la Iglesia, que en estos y otros semejantes casos se carga plomo y más plomo en los pies para dar un paso; ó mientras no arranca el asentimiento la evidencia meridiana de los hechos mirados y remirados por todos sus lados, antecedentes y consiguientes; ó por fin mientras no inclina por fuerza la balanza del juicio, el peso de autoridades muchas, bien acreditadas y mejor informadas de la cosa. Que en cualquiera de estas hipótesis el dudar es remilgo y morosidad, el negar, insipiecia y la crítica se convierte en fatuidad é intolerable escepticismo. Como sucedería en nuestro caso, si perdido el seso se emperrase alguno en navegar contra viento y marea, huyendo del polo de la verdad, en este mar de hechos, documentos é irrecusables testimonios.

Mas que alguno me tilde de machacón, nimio y escrupuloso, cual si no hubiese de sobra con todo lo alegado para el fin pretendido, como la tesis es de tan singular importancia, que transciende á cuanto de masonería se pueda tratar, por cualquier lado que se la mire, con algún fundamento, voy á clavetearla más [la tesis] que no se descomponga á tres ni á cien tirones, reforzándola con otro género de pruebas, que serán las citas de varios autores de tanta nota por su ilustración y gravedad de juicio, que no haya más que pedir, ni dejen que desear á ningún entendimiento sano y recto. Ni para escurrir el bulto me venga algún listo á despuntar de agudo, con que todo lo aderezo al sabor de mi paladar, si es que en las citas no he de dar cabida más que á nombres de los míos, por de contado

parciales, ó cuando menos sospechosos. Porque á ese alma de cántaro le he de contestar, si ha perdido tan pronto los memoriales, ó no ha echado de ver que en todo el precedente discurso no he sacado á relucir, salvo contadas excepciones, más que los rituales de la secta, alguna que otra interpretación de idém, los dichos y actos de personajes sectarios, á no ser que la secta desconozca como criaturas suyas un intérprete sagrado como Ragon, ó los endemoniados de Renan y Proudhon con todo su costal de barbaridades, demencias y blasfemias.

Y manos á la obra.

Sea el primero á testificar de todos los hombres buenos que van á comparecer ante el tribunal del buen sentido, el que es primero en antigüedad, y mucho más todavía en excelencia y mérito de saber y erudición masónica, y que en este ramo le puede dar quince y raya al maestro: más enmandilado, más enjoadado y más graduado de todos los maestros, el famoso abate Barruel, digo; quien á pesar de no ser de lo más tierno que digamos para eso de reconocer manos ocultas ó causas superiores de ciertos fenómenos, como si á las veces algo le hubiese penetrado el frío del ambiente filosófico que le rodeaba, sin embargo, al fin de su estudio magistral y acabadísimo del iluminismo alemán, donde desde el origen de este, á través de las hipócritas sinuosidades y oscuros laberintos de aquellos redomados sectarios, llega y con sagacidad maravillosa escudriña y sondea las más arcanas profundidades de Weissaupt, como si dentro de su propio espíritu le hubiese ido á saltar los pensamientos y dañadas intenciones; allí, pues, traza el cuadro del radicalismo feroz de la secta iluminada y su completo triunfo en estos términos: "Cuando esta ley llegue á cumplirse, *el viejo de la montaña*, el último Espartaco [1] podrá salir de su

(1) Nombre de guerra de Weissaupt.

tenebroso santuario. . . . el decreto de exterminio fulminado *contra las naciones y su Dios*. . . . habrá reducido á pavesas nuestros altares. . . . el último Espartaco rodeado de sus iluminados, al contemplar tantas ruinas, podrá decirles: *Venid y celebremos la memoria de nuestro padre Weisshaupt.*"

Y luego sigue con lo que hace más á nuestro propósito: "De este modo celebraría sus triunfos el último Espartaco. Los mismos demonios saldrían de los infiernos para gozarse en la grande obra del código iluminado. Satanás podría decir: Ya han llegado á ser los hombres lo que apetecía que fuesen. . . . Mientras que el infierno espera regodearse en los triunfos que le prepara el código iluminado ¿qué resultados de la secta no hemos visto. . . ." [1]. Así Barruel, bien que con la frialdad que traían los aires de la época, pone sello diabólico á la secta.

Más expresivo es por cierto en su epístola gratulatoria á Claudio Janet el Ilmo. Sr. Gay, Obispo de Anthedon, de cuyos méritos esclarecidos dan se su dignidad eclesiástica y sus libros y el cual define la masonería con estos rasgos:

"A aquella enorme boca, que la Escritura llama el *pozo del abismo*. . . . que tiene por rey al *ángel del abismo*, cuyo nombre es el *Exterminador* [2]; el mismo de quien habla Jesucristo, al echarles en cara á los rebeldes judíos: *Vosotros sois del diablo vuestro padre. . . . que era homicida desde el principio* [3]. *Misterio de iniquidad*, cuyo último fruto y agente soberano debe ser el *hombre de pecado, hijo de perdición*, el Anticristo. . . . que ha de reinar por cuenta del Infierno. La masonería hace todos los preparatiyos para la venida y triunfo del Anticristo, conciliándole los ánimos y ganándole las simpatías

(1) Memorias del Jacobinismo, t. 3. c. XVIII.

(2) Apoc. IX.

(3) Joan. VIII, 44.

de los hombres, creándole recursos y formándole en todos los países un organismo político apropiado, popularizando sus principios y formulando su credo, propagando su moral y fundando su enseñanza con privilegio de monopolio, reclutándole ejército, dotándole de arreo científico, literario y artístico, construyéndole teatros, levantándole tribunas, preludiando su legislación y poniendo la prensa á su servicio: con todo lo cual le va labrando el trono, que bien sabe ella se habrá de convertir mañana en altar, y por esto afanosamente trabaja en modelar á su imagen á ese pueblo ciego, degradado y servil, cuál le importa para ser aclamado, llevado en palmas y obedecido.”

¡Magnífica pintura de los fines y obras masónicas! ¡espléndido testimonio del satanismo sectario!

Oigamos la voz de Alejandro de Saint-Albin, escritor concienzudo, cuya autoridad es tanto más respetable, cuanto su obra [4] compuesta con materiales de cantera exclusivamente masónica, le valió el honor de concitar contra sí las iras de la prensa sectaria de Francia y Bélgica, y la gloria de no ver contestado ninguno de sus terribles cargos y afirmaciones. El cual en el epílogo de su riguroso, pero justo proceso se expresa así: “Cuando en la primera página de los Santos Libros leemos que Satanás prometió al hombre la *Ciencia del Bien y del Mal*, nos detenemos poco en desentrañar el sentido de esta frase. . . Véase en todo su horror cuál es esa Ciencia del Mal opuesta por Satanás á la Ciencia de Dios. La francmasonería dice por cuenta propia y por cuenta de sus sociedades filiales: “Yo lo domino todo desde las elevadas esferas en que me cierno [2];” yo soy la *Ciencia de la civilización*, [3]; yo soy la *Ciencia de*

(1) *Les franc-maçons et les sociétés secrètes*.—París, 1867.

(2) *Monde macounique*, feb. 1867, p. 631.

(3) H.: Ragón, *Orthodoxie macounique*, p. 24.

las Ciencias [1]; yo soy el *Verbo de la Razón* [2]. Sería la Ciencia del Bien y del Mal, si de las promesas de Satanás no se hubiese de restar la parte de mentira; pues él es la *Mentira*, así como Dios es la *verdad*. La francmasonería, que también dice á sus seducidos: *todos los hh. son dioses*; la francmasonería de los grados superiores, cualquiera que sea su nombre y el disfraz con que se encubra, se da á conocer como hija de Satanás por esta divisa que en todas partes ostenta *La Ciencia del Mal*."

Posterior á de Saint-Albin el R. P. Javier Gautelet, cuyas virtudes y sabiduría fueron universalmente reverenciadas, demuestra con rigor científico que la masonería es la verdadera *sinagoga de Satanás*, en su carta 47^a [3]: "Ahora, dice el docto jesuita, ya podemos formarnos ideal cabal de la masonería y dar su definición exacta, que cifro yo en esta palabra, la *sinagoga de Satanás*.

"En efecto, Jesucristo, antes de subir á los cielos, instituyó su Iglesia, encargándola de continuar su obra reparadora hasta el fin de los siglos. Cabeza de ella invisible, bien que real, la dotó de gobierno regular y le dió por jefe, en calidad de vicario suyo, á uno de sus apóstoles, invistiéndole de plena potestad; le confió su Evangelio y sus Sacramentos, el tesoro de sus méritos y satisfacciones, la distribución de sus gracias y la dispensación de la vida sobrenatural. Por esta Iglesia, como madre de todos los fieles, somos hechos hijos de Dios. . . .

"Pues bien, en frente de esta y con un fin diametralmente contrario, el *enemigo* de Dios y de los hombres, Satanás fundó la masonería, que no es sino la odiosa caricatura de la Iglesia. ¿Quereis convenceros de ello? Vedlo.

(1) *Ibid.* p. 10.

(2) *Rituel du nouveau grade de Rose-Croix*, p. 84.

(3) *La Franc-maçonnerie et la Révolution*.—Lyon, 1872.

“Los caracteres esenciales de la Iglesia son la *catolicidad*, la *unidad*, la *apostolicidad* y la *santidad*. Estos caracteres se arroga también la masonería á su modo.

“Es *universal*. Lo dice y lo prueba de mil maneras.

“Es *una*. Por *unidad de incredulidad*, porque su principio fundamental de *libertad de pensamiento* es la negación equivalente de toda verdad. *Una* en su *odio á Jesucristo* y á la Iglesia: *una* en su *objeto final*, la destrucción: *una* en sus *secretos e iniciaciones*: *una* en sus *juramentos*.

“Si no procede de los Apóstoles, viene de más atrás, porque desciende derechamente del primero que alzó la bandera de la *libertad* al grito de: *Non serviam*. Si la Iglesia tiene su gerarquía, no le falta la suya á la masonería. . . . *levitas, sacerdotes, pontífices, etc.*

“Si la Iglesia mira al fin de restablecer el orden en la sociedad, en la familia y en el individuo, y pone toda su solicitud en santificar al hombre, en traer el reinado de la paz y la felicidad sobre la tierra, en consagrar el principio de autoridad, etc., la masonería se reserva el funesto encargo de introducir la perturbación y la división en la familia, de encender la revolución en los pueblos y destruir en los corazones las bases mismas de la moral y de cualquiera idea de virtud. Y si la Iglesia brinda campo abierto á las más nobles aspiraciones, á las virtudes más heroicas, á los sacrificios más sublimes, á gloria de Dios y salud de la humanidad; la masonería por la escala ascendente de iniciaciones y grados conduce al más subido punto y colmo de impiedad; diganlo si no los grados de Rosa-Cruz, Kadosch y otros.”

Luego la masonería es la *sinagoga de Satanás*.

Todo esto palmaríamente demostrado con abundancia de

comprobantes suministrados por el reo mismo. ¿Por la masonería misma? Sí.

Porque es de observar entre paréntesis, y valga esta observación para siempre, que la masonería que es con la más extrema propiedad una sociedad *secreta*; cuya alma es en gran parte el secreto, cuyo señuelo y cebo para caza de pájaros bobos y enganche de reclutas está en el secreto, que hace profesión de este secreto, y á cada paso, á cada palabra y tras cada ceremonia imperiosamente con formidables amenazas y execrando juramentos lo intima; sin embargo, de mucho tiempo acá parece haberse transformado en sociedad *pública*, por su doctrina que llena el mundo y es la sangre emponzoñada que corre por las venas de las modernas generaciones; por sus principios, leyes y máximas, que se han infiltrado y dominan en todas las clases, formas, organismos y manifestaciones varias de la vida de los pueblos; por su fin supremo y término último de sus ansias y, por los medios generales ordenados al cumplimiento de este fin, sacados á plaza y clavados en la picota de la imprenta imparcial, razonable y cristiana; por sus misterios y prácticas más íntimas y ocultas, convertidas unas en materia de chacota y menosprecio, consideradas otras como objeto de horror, ignominia y abominación. Y es muy de notar el gran partido que ella saca del mal aparente de su semi-publicidad con los incautos, los distraídos y los necios, de los cuales *infinitus est numerus*, vendiéndose la muy bellaca por inocente y nada digna de ser temida con tantos aspavientos, dado que trabaja á la luz y se ofrece al mundo en espectáculo, y aun se entrega complaciente en su parte cómica como pábulo de risa y juguete de diversión; mientras por otra parte con resina astucia y sin igual descaro niega embustería, encubre, palia y desfigura doctrinas, ritos, interpretaciones y planes, que una

vez puestos en evidencia y arrojados á la murmuración de las gentes, le arrebatarían el favor del silencio, la complicidad de esa indiferencia y descuido de muchos, tan ventajosa á su marcha tranquila y segura.

Tal es en puridad la clave del enigma, la explicación de esta aparente contrariedad y repugnancia entre ser la masonería secreta y muy secreta, y ser al mismo tiempo pública. Secreta, sí, para los que nunca la estudiaron en su naturaleza ni en sus propias confesiones, quier imprudentes, quier forzadas, ni se curaron de atisbar su intervención ó su influjo maléfico en los sucesos de la política y en las fortunas de las naciones; secreta para ciertos católicos bausanes, que simples de puro maliciosos, como para hacer alarde de imparcialidad, antes que deferir en juicio á la sentencia y probanzas incontestables de observadores honrados, prudentes y entendidos, quisieron más dar crédito á las interesadas protestas, negaciones y ambigüedades de los sectarios más ó menos solapados, cayendo en la trampa de su lenguaje deslumbrador y artificioso; secreta, por fin, generalmente para todos en la trama de ciertas intrigas de mayor trascendencia, en las relaciones íntimas de la madre con las hijas que salieron de su seno, en el desarrollo de algunos dramas sangrientos ó fatales, en el señalamiento de sus supremos gobernantes ú *orden interior*, como lo llaman, en su organización reservada y manera de gobierno superior, en algunas prácticas tan edificantes por su impiedad como por su infamia, etc. Pero pública, manifiesta y patente á los ojos de los sagaces, infatigables y celosos inquisidores de la escondida realidad, en su esencia, objeto, hondos designios, procederes, estatutos común organización, gobierno y empresas generales; pública y conocida hasta en gran parte de casos y cosas más veladas á la curiosidad de los profanos, por inferencias, comparaciones, estudio de las causas, lecciones de la experiencia, sorpresas, ines-

peradas revelaciones ó descubrimientos. Con lo cual á los beneméritos escritores que para bien procumunal de la cristiandad con tanta diligencia y asiduidad se han consagrado al estudio de la masonería, les basta y les sobra para hablar de ella con toda competencia y perfecto conocimiento de causa, á pesar de todos los misterios y reservas, á despecho de la índole artificiosa y obscura política de aquella.

Así pudieron escribir como escribieron con tanta riqueza de noticias, con tanta penetración y golpe de vista tan certero, Barruel, Lefranc, Peraud, Saint-Albin, Gautrelet, Bresciani, Neut, Deschamps, Janet, Benoit, y cien y cien más: así pudieron los Pontífices Romanos desde la sublime atalaya, en que la soberana Providencia los colocó para salvaguardia de la grey cristiana, denunciar con firme seguridad la malicia de la nefanda secta y condenarla con la más alta justificación y autoridad.

Con el anterior presupuesto, que debemos gravar bien en la memoria, y después de esta digresión, que si se ha ido alargando al correr de la pluma, no está desprovista de interés, reanudemos el hilo de nuestros razonados testimonios allegados en confirmación del carácter diabólico de la secta, dando la última mano á nuestra demostración.

Dígnese ahora venir á ilustrarnos más sobre el asunto el venerable actual obispo de Grenoble, Illmo. Sr. Favá, quien entre las tareas de su cargo pastoral, ha reputado como una de las más conducentes al beneficio de las almas, la de escribir contra el presente enemigo de Dios y de los hombres, mereciéndole su nobilísimo empeño el lauro de sañuda persecución. De su obra sobre el *Secreto de la Masonería* [1], nos fijamos de preferencia en el artículo titulado: *El panteísmo masónico es satánico*: en el cual comienza por decir así: "Echar un velo so-

(1) "Le secret de la Franc-maçonnerie," Lille, 1888.

bre las infinitas perfecciones de Dios, y particularmente sobre su bondad, para que el hombre no le ame; pintarle como un cruel tirano, para que el hombre le blasfeme y le deteste; exaltar los derechos del hombre hasta la más absoluta independencia; finalmente derrocar á Dios de su trono y de sus altares, para sentar en su lugar á la criatura, tal ha sido siempre la diestra táctica de Satanás en su guerra contra Dios y los hombres; tal es la táctica desplegada en el panteísmo masónico, como resultado y medio de acción á la vez."

A continuación manifiesta la ejecución de este plan inicuo en todas las grandes épocas del mundo antiguo, á contar desde la catástrofe del Edén, su insistente persecución en todas las siguientes edades hasta el día de hoy; y viene á parar á esta brillante conclusión:

"Concluyámos, pues, que el panteísmo masónico observa la misma táctica de Satanás. Trabaja de continuo por desfigurar la verdad, por echar á Dios un velo, cuyos tupidos pliegues oculten á los pueblos los divinos atributos; presenta á Jesucristo como simple hombre, siendo así que es el Hombre Dios; apelando al embuste, á la calumnia, á la violencia, á medios sangrientos, se esfuerza por destruir el reino espiritual y social de Jesucristo sobre la tierra, con la persecución de la Iglesia católica en su doctrina y en sus miembros. Por esto afirmamos y sostenemos: que el panteísmo masónico es satánico."

En el mismo sentir abunda el célebre y docto cardenal arzobispo de Malinas, Ilmo. Dechamps, quien en su opúsculo *La franc-macounerie* [1] si por una parte repara mucho en ciertos elementos secundarios, llamémoslos más bajos y rástreros, de la masonería, y á consecuencia de esto parece inclinarse á juicios un tanto superficiales, mas por otra no vacila en dar á

(1) *Le Franc-macounerie*.—Bar-le-Duc, 1874.—ps. 47 y sigs.

luz el pensamiento guardado en el fondo de su corazón, y lo hace en esta forma: "Por su pretendida fe, por su moral nebulosa y llena de caprichos, por su simulacro de culto, la masonería no es más en realidad que la mona de la Iglesia; pero por su doctrina denegativa, por su objeto fundamental, negativo también, y por su organización es, repetimos, la *Iglesia al revés*. Sin escrúpulos en la elección de los medios que emplea, en todas partes encuentra un poderoso aliado en el interés de las pasiones, y no diga de las *potestades superiores* (1), rebeldes antes que ella y siempre prontas á ayudarla En fin, no niego. . . . que la *religión del porvenir* sea, dentro y fuera de la masonería, la esperanza de muchos, que sin caer en ello, son los pequeños profetas y los pequeños precursores del culto anticristiano, del anticerianismo positivo, del nuevo paganismo sobrenatural y satánico del fin de los tiempos." Que es puro y escueto el fin primario y último, á que camina el masonismo con las *potestades superiores* por auxiliares y el culto satánico por corona de sus esfuerzos y satisfacción de sus ansias.

Más que el Rmo. Sr. Dechamps y más que todos juntos, parece haber ahondado en las interioridades de la masonería el P. Bresciani, de la Compañía de Jesús, quien encerró el fruto de sus largas vigilias y observaciones sobre la materia en su *República romana*, continuación del *Hebreo de Verona*, que es una novela verdaderamente histórica, que de novela solo tiene la forma literaria, pero de historia la realidad misma de los hechos. Allí, pues, el sapientísimo historiador novelista asigna por carácter y resultado último de la secta la *demonolatría*, como él la llama, discurriendo á este tenor:

(1) Apocal. c. XII.

“Os preguntábamos, dice uno de los interlocutores, si creíais posible que en las sociedades secretas se rindiese por algunos jefes adoración al demonio. . . —Ya respondí, alegando aquel claro y terminante: *adoraron al Dragón que dió poder á la BESTIA*. Este Dragón es *aquella serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, que engaña á todo el mundo* [1]. Como la Bestia tiene todos los caracteres de las sociedades secretas del *Iluminismo*, que hoy ha invadido el mundo, se deduce perspicuamente, que cuantos *tienen el CARACTER de la Bestia* adoran al demonio. Mas sobre si se hacen diabólicos ó se transmutan en Satanás, yo creo que sea este el verdadero y último misterio de esta congregacion de pecado: *Y en su frente hay escrito un nombre: MISTERIO* [2]. . . . Nada quita que la *Demonaltría* sea el último resultado á que conduzcan por su naturaleza las sociedades de los masones, de los carbonarios y de todos los demás vástagos de Weissaupt [3].

Hago punto final en esta larga serie de citaciones con la autoridad del religioso barnabita Bernardo Negroni, nombre desconocido al parecer á muchos autores franceses, que nunca lo toman en boca, bien que no dejará alguno de aprovecharse de sus informes y doctrinas, cuando bien le venga; nombre con harto desdén pronunciado por algunos de sus mismos compatriotas italianos, más hábiles para la sátira que para rebatir las opiniones ó asertos que ridiculizan. De quien, si hubiésemos de alegar todos los testimonios del satanismo masónico, acompañados de las correspondientes pruebas y comentarios, en precisión nos veríamos de transcribir los siete cumplidos tomos de

(1) Apoc. XII.

(2) Apoc. XVII.

(3) República Romana, c. IX. párrafo XIII.

su obra [1]. Por lo cual nos contentaremos con transladar uno de sus fundamentales enunciados ó aserciones, que reza así:

“Ella (la masonería) es del todo diabólica: es la hija primogénita de Satanás, del rey del abismo, su Iglesia, su sinagoga, su milicia, su sostén en la tierra. Ella fué, es y será siempre hasta el fin de los siglos la antagonista de la Iglesia de Dios, y mientras esta sea militante en la tierra, habrá de pelear con ella á brazo partido. Ella ha sido profetizada y designada por el mismo Dios para engendrar en los tiempos últimos el Anticristo, para elevarle al señorío de todo el mundo, para ocasional la última persecución de la Iglesia, para completar el coro presijado de mártires, para hacer ver cuanto pueden de una parte el infierno y el mundo coligados contra Dios y su Iglesia, y cuanto de otra puede Dios contra ellos en la defensa de esta. . . . Ella es la señalada para hacer resaltar los últimos triunfos del infierno contra Dios y su Iglesia, los últimos y más gloriosos triunfos de la misma Iglesia y de Dios contra ella. . . . *Gens eterna in qua nemo nascitur* (2).”

Y aquí nos place dar fin al catálogo no escaso de autorizados y fundamentados testimonios, por considerarlos más que suficientes, aunque no agotados.

De ellos por sí solos, en razón del número, del carácter, respetabilidad y saber de los autores traídos á colación; por mérito de las especialísimas investigaciones que consagraron al asunto controvertido, de su justificada pericia y aptitud innegable para fallar en la cuestión, resulta á todas luces firme, incontestable, probada y asentada la tesis que venimos sosteniendo, y no queda más recurso que aceptarla ó ahorcarse á quien-

(1) *Storia passata, presente e futura de la setta anticristiana e antisociale.*

(2) *Ibid Asevertesaza*, p. 35.

quiera que tome partido en esta grave controversia. O no habría lógica en el mundo: ó deberíamos de mandar normala los consejos del sentido común, las reglas de la más severa crítica. Porque, vamos á ver ¿de qué se trata? De un hecho. ¿Este hecho es sensible, es perceptible? Notorio y público además, es un hecho de la calle, por más embozos con que lo cubran; y no pasajero y fugaz, que pareció y ya no parece, sino repetido y continuado, por más ficciones, marañas y embustes con que procuren despistarnos. Pero ¿este hecho es notable por algún concepto y capaz de impresionar? Atrae todas las miradas, provoca muchas y diligentes pesquisas, da margen á largas disquisiciones, commueve los ánimos de juiciosos varones y de altos personajes. ¿Los testigos? Constícuos Prelados de la Iglesia, en virtudes y letras eminentes; escritores de cuyos méritos son ejecutoria la fama esclarecida y sus obras literarias. No es dudosa la sentencia: no resta escapatoria.

Aunque á decir verdad, con nuestra franqueza característica, por mucho que se eleve el argumento de autoridad, por grande valor que se le atribuya, se apoca y desaparece ante la prueba de hecho, hecho evidente, divulgado por las voces de todos los entendidos observadores, hecho consignado en los libros oficiales de la secta, repetido en todos sus ritos, confirmado solemnemente con la fuerza de sus reiterados juramentos, robustecido y más y más patentizado con los actos exteriores de la misma. A esta prueba irresistible no hay que oponer excusas, subterfugios, mentiras ni cavilosidades: no hay más que enmudecer y confesar. La desarrollamos suficientemente para cualquier hombre de entero juicio: si no le dimos mayor extensión, fué porque no quisimos, que materiales todavía nos sobraron para utilizarlos en su día.

Conclusión.—Luego la masonería en su constitución, en su vida interna, en su doctrina, en sus prácticas en sus fines y

tendencias, en todo su ser y obrar está inficionada, informada y compenetrada del espíritu de Satanás: la masonería es satánica.

Ahora ríanse de nuestra *exagerada* afirmación los que jamás se tomaron la molestia de apurar hechos, compulsar documentos ni consultar autores; los que adoptaron por sabio y prudente sistema, cómodo ciertamente, el de no creer nada que exista ó suceda más allá del alcance de su mano, temerosos de lo extraordinario más que de un perro rabioso; los que tan ventajosa idea se forjaron del género humano, como si los hombres por una casualidad de tantas hubiesen llovido de la luna ó brotado de la tierra á manera de hongos, para campear á sus anchas por el mundo, sin Dios ni demonio que se meta con ellos para maldita la cosa, ríanse en buen hora de la razón, ríanse de todo justo criterio, ríanse, si son creyentes, de su propia fe, ríansé de toda Providencia natural y sobrenatural de Dios, ríanse de las Sagradas Letras en montón, ríanse de la autoridad y enseñanzas de la Iglesia; puesto que aun después de plenamente comprobado el hecho, ninguna de estas cosas tan respetables, que todas hablan de lo extraordinario, de lo sobrenatural, despierta su consideración y les obliga á meditar sobre el mismo hecho; probable señal de que ninguna de ellas cabe en su estrecho majín, ninguna encaja con su sandio y disparatado sistema, donde todo huelga, todo está demás; fuera de la más estupenda frivolidad y lijerezza, de la más hueca y fenomenal vanidad y satisfacción de sí mismo, superior á todo lo humano y divino, al cielo y á la tierra, á Dios y á los infiernos.

Y dejemos ya á esos majaderos.

CAPITULO II

EL ORIGEN MÁS ANTIGUO.—Sospechas.—Un razonamiento.—Autoridades.—Distinciones y proposición atrevida de Negroni.—Textos sorprendentes de S. Agustín con notas ó comentarios.—Citas de Pio IX y León XIII.—La Sagrada Escritura.—Definición y bosquejo histórico de la masonería.—¿Qué decir de la teoría de Negroni?—Unos pasajes de la Encíclica Humanum genus.—Criticismo de muchos católicos.

Tiempo es ya de volver á nuestro intento, apuntado no más en el principio mismo de nuestra larga discusión, y que fué causa y punto de partida de nuestro no ocioso discurso sobre el satanismo de la secta funestísima, que Dios confunda. Atemos cabos, demos un salto atrás, vamos descorriendo el velo de nuestra intención apenas sombreada en la página 18 de este imperfecto ensayo, y reflexionémos qué relación pueda tener ese satanismo probado y vuelto á probar de la masonería con aquel “atrevido pensamiento de muchos masones y de algunos profanos acerca del origen totalmente primitivo de la piznienta y condenada institución.” Es decir, hablando sin embozos, nos toca examinar maduramente, qué valor sea dable adjudicar á la opinión de los que en serio pretenden elevar los natales de la masonería á la época de la primera y más lamentable desventura del humano linaje, acaecida en el paraíso terrenal, y

aun más arriba, hasta la gran rebelión de Lucifer con sus innumerables satélites, contra la Majestad de Dios.

Y temerosos de oír alguna palabra desabrida, nos apresuramos solícitos y rogamos al discreto lector de estos mal perjeñados renglones, que por Dios nos oiga todavía unas palabras, y nos haga merced de unos momentos más de atención, y no tire el libro con enfado por estimar como fútil y despreciable tal modo de pensar, hasta tanto que se digne aceptar nuestras excusas y descargos, y se entere de la noble y proficia intención que nos guía; al detenernos en cuestión tan frívola y vana al parecer y de muchos desdeñada, cual es el sincerísimo deseo y voluntad decidida de procurar todo el posible esclarecimiento al tratado de estos malhadados orígenes, que ó me engaño muchísimo, ó yo fio al gracioso lector, nos han de servir de gran subsidio para alcanzar el objeto final de nuestra obra.

Porque como íbamos de nuestro cuento, aunque aquí no hay nada de cuento, sino todo ha de ser historia muy verdadera, hasta más no poder; si bien es cierto que la mayor parte de críticos é historiadores relegan al país de las fábulas y los sueños, ya ve mi lector en este lenguaje si cumple con la imparcialidad, la hipótesis de los susodichos orígenes celestiales; unos por propio juicio y discernimiento, dado que efectivamente esto es mucho subir, y otros sin juicio propio ni discreción mucho menos, por dar en la flor de despreocupados, con que reniegan también por muy encumbrados todavía, de otros orígenes mucho más recientes y en realidad harto bien fundados; sin embargo, sea dicho en paz y buena armonía de todos, no deja de herir el ánimo sereno y tranquilo, lealmente desimpresionado de todo parecer ó idea preconcebida, esa extraña instancia de un número regular de autores masónicos, algunos de ellos muy formales en la apariencia, esa invariable terquedad en atribuir-

se, á pesar de las rechiflas de otros de la pandilla, tan poco honrosa alcurnia, cual es la del demonio, sin que por ningún lado aparezca el motivo y fundamento ostensible de tan rara preferencia. Motivo que no se halla en el prurito de ennoblecer su cuna, cuando por solo el hecho la infaman y desacreditan con las gentes, al par que sueltan ellos mismos la máscara y entregan, como suele decirse, la carta de su impiedad y espíritu diabólico: explicación que tampoco se acuerda con el humor festivo de dichos escritores, pues en vez de burlarse, ellos serían los burlados y puestos en ridículo, como lo son por los que no se lo digieren, y sería juego sin chiste ni malicia.

Tanto más que es caso de sospechar, si no habrá tanta sinceridad que digamos en las burlas de los hh.: bufones, que ponen en solfa aquella pretensión nobiliaria, como el h.: Bazot, por ejemplo; toda vez que tanto este como los demás de la cofradía, desde Ragon, el *autor sagrado* oficial y auténticamente canonizado, hasta el último emborronador de disamatorios libelos, todos ellos concuerdan con admirable uniformidad, cual en cosa fijada por soberano decreto, en la *era* de la creación del mundo, contando por los años de la *luz* desde que la luz fué hecha por Dios y creados los ángeles, entre ellos Lucifer, conforme al sentir de San Agustín. Y se corrobora la sospecha de falsía y doblez, al considerar que ni Bazot, ni Findel, ni maestro alguno masónico, por muchos aires y humos de incrédulo que se dé, se arrestará á torcer ó desconocer el significado diabólico de ciertos símbolos y ceremonias, á negar la evidencia del culto y prácticas demoniacas, á tergiversar las explícitas confesiones de Proudhon, Renan y otros semejantes doctores máximos, á cohenestar, paliar, obscurecer ó encubrir con sus embrollos usuales la tendencia diabólica de ciertas manifestaciones, públicas unas y secretas otras, pero sorprendidas

y sacadas á luz. De todo lo cual, que ya hemos ampliamente demostrado antes, se consigue no solo la naturaleza satánica de la masonería, según que arriba la inferimos, sino también, por la oposición y negativa misma de Bazot y compinches, negativa forzada y osicosa, un indicio más vehemente; y digamos el tácito y general convencimiento del origen ó filiación satánica.

Nos guardaremos de prohijar opinión semejante al verla generalmente desprestigiada; y deseche el caro lector el recelo que empezaba tal vez á escarabajeártelo. Pero no abrigó al parecer el mismo escrúpulo el arriba citado Ilmo. Sr. Gay, si á su lenguaje nos atenemos, cuando en la masonería descubre sin ambajes aquel "*mysterium iniquitatis, que ya en tiempo de San Pablo*, afirma el docto Prelado, ocupaba su lugar y ejercía acción en el mundo. . . . aquel ángel, rey del abismo. . . . la masonería, la precursora, la madre del Anticristo, reinando por cuenta del Infierno. . . . preparando el advenimiento y triunfo del Anticristo, etc. [1]." ¿Conque Anticristo, masonería precursora hoy, misterio de iniquidad en tiempo de San Pablo, ángel del abismo más atroz? ¿No es esto una genealogía hecha y derecha, á lo menos para quien tiene en cuenta y sigue cuidadoso el encadenamiento de las profecías paralelas del Nuevo y del Antiguo Testamento á este respecto?

Vaya lo dicho sin prejuzgar la cuestión, ni dar por cuenta propia una sola puntada en la resolución del problema. Pero con esa libertad de juicio que se arroga cualquier crítico ramplón, y hoy todos *semos críticos*, como decía el lego domínico del cuento—*aquí todos semos predicadores*—pues con esa libertad me tomaré la de observar, que difícilmente, en concep-

(1) *Les sociétés secrètes*, t. III, Letre de Mons. Gay.

to de algunos, pueden esquivar la nota ó cargo de aquella opinión los autores que á piés juntillas se pronuncian por el satanismo de la secta, Gautrelet, Bresciani y otros, si vale esta reflexión que puede hacer cualquiera. Porque ciertamente no fluye líquida al pronto la secuela del raciocinio propuesto en estos términos:—Hay satanismo; luego hay origen satánico en el sentido arriba supuesto ó explicado—puesto que bien puede de una corporación, fundada ayer por iniciativa y fin particular, mas que sea malo y perversísimo este fin, guiarse en todo el contexto de sus operaciones por la inspiración de Satanás, sin que sea este el institutor de la asociación; y así debieron de entenderlo aquellos autores, cuando con todo y poner el antecedente del argumento, no sacaron aquella ilación, antes se dieron á investigar otros orígenes de la masonería. Pero aquí de la consecuencia, argüiría quizás alguno, porque la masonería no es una corporación maligna cualquiera, sino una institución, cuyo fin último, íntimo, perpétuo, universal y exclusivo es el reinado de Satanás en el mundo contra el reinado social de Dios y de Jesucristo; con lo cual se excusa decir, que los medios adecuados á este fin y toda la vida interna del cuerpo moral han de llevar el mismo sello de Satanás: institución además, podriase añadir acaso, que después de la corrupción del género humano en su tronco, á poco hubo de existir en la tierra formada por obra de Satanás, á fuer de instrumento necesario para la realización de aquel designio infernal: institución por último, y con esto redondean su argumento los opositores, que en su sustancia, prescindiendo de la variedad de nombres que circunstancialmente se le hayan adaptado, cabe tal vez llamarla bíblica, según es la serie ordenada de anuncios ó profecías, que así como vaticinan su resultado postrimero, así describen sus vicisitudes, tejen su futura historia en las épocas venideras, reconstruyen la pasada y á través de las edades más

antiguas, nos encumbran gradualmente hasta la cúspide de la edad primera, la familia de Adán, la catástrofe del Edén, Satanás.

Fallen los juiciosos pensadores sobre la bondad de este razonamiento.

Aunque algunos visos y semejas de verdad debe de presentar este discurso, cuando seguramente pertrechados en él varios críticos, no de infusa nota algunos, se ponen á sostener denodadamente la progenie diabólica de la negra institución; el abate Dussot y el abate Mastet, según parece, en el *Journal de Florence*; el Ilmo obispo de Aix, Sr. Espivent, que profundizó la cuestión y desarrolló su tema en su obra del *Satanismo*, colocando en el cielo el nacimiento de la secta y narrando sus tres grandes batallas reñidas en el cielo, en el pueblo hebreo y en el cristiano; el teólogo Marupied, quien desiente que si aquella no comenzó en los Angeles, antes de la creación del hombre, como es probable, á lo menos con toda certeza tuvo principio antes de la caída de nuestros progenitores; el barnabita boloniés D. Bernardino Negroni, quien desenvolvió copiosamente su nueva teoría en los siete regulares tomos de su obra ya citada [1], de la cual Matranga, docto redactor de la *Licilia católica* hace el siguiente elogio: "Ya que en los pasados tiempos ninguno había puesto su atención en la secta, [con perdón de Peraud, Lefranc, Barruel, etc., etc.] ni había emprendido la tarea de espigar en la Sagrada Escritura y en las obras de los Santos Padres todo lo útil y conducente para apartar el buen trigo de la cizaña; solamente después de las perturbaciones sociales de 1848 y 1860, épocas fulgurantes de siniestra luz masónica, el R. P. Benardino Negroni fué el primero de todos,

(1) *Storia passata, presente e futura della setta anticristiana e antisociale, owo Masoneria*.—Bologna, 1855.

que preparado con detenidos estudios sobre las sagradas páginas, se lanzó á la empresa y dió á conocer la secta anticristiana en su grande obra. . . . Tras él vino Juan Esteban de Camille . . . el cual confirmó los descubrimientos de su predecesor y los completó [1]." La obra de Camille lleva por título: "Historia de la secta anticristiana, libro el más completo sobre el origen, historia, naturaleza, prácticas, símbolos, estado actual de la masonería y su influencia sobre las naciones modernas, etc." en ella se propugna también el más antiguo origen.

El P. Negroni, el más sabio y erudito expositor y patrono, si no desplace, de la susodicha hipótesis, comienza por deslindar campos. ¿En que está la contrariedad y oposición entre los mantenedores de un origen antiquísimo y los partidarios de un començamiento más ó menos inmediato ó moderno? Es sólo aparente; disputa de nombre. La secta anticristiana y antisocial, inspirada por Satanás, principió con el mundo: su actual denominación, *Masonería* es de fresca data.

Otra discrepancia y distinción. La secta, dicen estos, es una asociación cualquiera vulgar y corriente, *humana*; hoy es, mañana no será, á modo de los meteoros ó fuegos fatuos, sin consistencia, sin vida segura. Fuentes de su historia: relaciones, monumentos históricos, papeles diplomáticos, descubrimientos, documentos y revelaciones sectarias, etc: esto es datos puramente humanos. -- ¡Alto ahí gritan los primeros, Negroni y los de su bando. La secta es diabólica por sus cuatro costados y en cierto sentido se llamaría divina. Diabólica, como hecha toda para el mal y para todo el mal, para el más absoluto, más radical, más completo mal, para el triunfo total de Satanás, inspirada, guiada y sostenida por él: divina, en cuanto que está registrada en la soberana Providencia de Dios para los altísimos fines de su

(1) "Licilia cattolica," An. VII, p. 118.

sabiduría, su justicia y amor, sellada á su modo con los caracteres de las obras divinas, *perpetua, estable e inmutable*, á semejanza de la Iglesia. Luego engendrada por Satanás desde el principio del mundo, al par de la Iglesia de Dios: "Y así has de contemplar las obras del Altísimo; dos y dos y una opuesta á otra [1]." Fuentes de demostración: 1. Sagrada Escritura; 2. Santos Padres; 3. Concilios; 4. Bulas pontificias; 5. Historia; 6. Revelaciones sectarias; 7. Actos civiles; 8. Común sentir de las gentes.

Campo vastísimo; elevación de principios, amplitud de miras; clave universal de orígenes, de doctrinas, de misterios, de la historia de todos los tiempos; obra magna, gigantesca; espectáculo grandioso, sublime.

¿Será concepción real? ¿será sueño y quimera? Y Negroni será un sabio de tomo y lomo, ó un sandio-sabio, al estilo del ingenioso Hidalgo, con diferente sandez? A las pruebas, y después juzgue el discreto lector.

Et factum est praelium magnum in caelo. . . "Gran batalla se trabó en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón, y el dragón y sus ángeles combatían [2]." Los rebeldes con Lucifer á su frente formaron la Iglesia de este, su reino: Miguel, fiel á Dios, con todos los demás leales constituyó la primitiva Iglesia de Dios y de Cristo; así sentencian San Agustín y San León Magno. Que esta Iglesia de Dios fué continuada en este mundo ¿quién lo niega? Nadie. Tampoco es lícito dudar que la de Satanás fué transportada á la tierra.

Desde luego prescindiendo por el pronto del hecho que más abajo se pondrá de manifiesto, "Dios estableció y anunció de viva voz entrabbas Iglesias en el paraíso terrestre, en los pri-

(1) Eccl. 33. 15.

(2) Apoc. XII. 7.

meros días del mundo. Había pecado Adán, había pecado Eva, á uno y á otra interroga Dios: contra la serpiente, la seductora la autora de la culpa, sin interrogarla, vibra este rayo de su palabra: *Enemistades pondré entre tí y la mujer, entre su raza y la tuya.* "Aquí, saltando cierta interpretación escabrosa de Négroni, observamos dos razas enemigas, la de la serpiente y la de la mujer, que es la de Jesucristo, dos Iglesias contrarias que jamás dejarán de estar en guerra, la Iglesia de la serpiente ó de Satanás, y la Iglesia de Jesucristo. "Dios puso enemistad perpétua en el cielo entre los hijos de su Iglesia y los sectarios de Lucifer; enemistad continuada en la tierra entre los masones y los hijos de la Iglesia hasta nuestros días, y que durará hasta los tiempos del Anticristo. Este, cabeza de la secta, será aplastado bajo los pies de Cristo vencedor. Fenecida la cabeza, el *cuerpo*, la *cola* del dragón acechará por breve espacio al *calcáñar* de la Iglesia, es decir, á su extremidad, á sus posteriores hijos, y por fin resucitará la Iglesia gloriosa, inmortal. . . . Igual antagonismo se presenta en la *Divina Sabiduría* contrapuesta á la *Meretriz ó Extranjera*, de Salomón; en el *Misterio de Santidad* en lucha con el *Misterio de Iniquidad*, de S. Pablo; en la *Mujer vestida del sol* contraria á la *Meretriz ó á la Bestia*, de San Juan; el *justo Job* contrastado al *Leviatán ó Behemot*, del libro de Job. Los demás profetas bosquejan con más ó menos claridad las mismas figuras: el Apocalipsis no es más que la historia completa de las dos Iglesias: Cristo y sus Apóstoles confirman los anuncios de los profetas y los presentan en todo su esplendor despojados de símbolos y figuras [1]."

Y ahora viene lo mejor.

(1) "Secta anticristiana," etc. c. II, párr. 4. 33.

Prosigue Negroni el hilo de sus pruebas y dice así: "He aducido autoridades históricas de las Escrituras Santas para demostrar que la secta comenzó en el cielo, donde también comenzó la Iglesia de Dios y que su primer fundador fué el primero de los ángeles, Lucifer Téngase entendido que no hago más que pisar sobre las huellas de los Santos Padres, de S. Agustín sobre todo, lumbrera y fénix de los ingenios. El cual en el Lucifero de Isaías, en los reyes de Tiro y de Egipto de Ezequiel contempla el retrato de Satanás, y de este entiende cuanto los Profetas narran de aquellos. Además, proclama la existencia de dos sociedades ó Iglesias totalmente distintas y en frente una de otra. Véase si no, fuera de muchos otros pasajes, como primero señala el origen de ellos en el Lib. XI, c. 33 de *Civitate dei*:

"Nosotros con los vocablos de luz y de tinieblas consideramos significadas dos sociedades angélicas entre sí diversas y contrarias; una por naturaleza buena, y recta en su voluntad, otra por naturaleza buena, y perversa por voluntad; una á quien se dice—*Adórenle sus ángeles*;—otra, cuyo principio dice—*Todas estas cosas te daré, si postrado me adorares*: aquella como ministra de la voluntad de Dios para aconsejar cuanto quiere; esta, enfrenada por la potestad de Dios para que no dañe cuanto quisiera: aquella, burlándose de esta, que sin querer la beneficia con sus persecuciones; ésta, envidiosa de aquella, cuando la vé, recogerá sus extraviados hijos. . . ." Y para dar al cuadro la última pincelada, marcando de un modo inequívoco la fisonomía y carácter angélico-humano de las dos enemigas sociedades, á seguida de lo dicho abre el santo Doctor el libro XII con estas expresivas palabras: "Antes de hablar de la formación del hombre donde aparecerá el nacimiento ó principio de dos ciudades por lo que toca al linaje de las criaturas racionales mortales, así como me parece que se vió en el libro pre-

cedente respecto de los Angeles; primero creo deber decir algo de los mismos Angeles para demostrar, en cuanto nos es dado, cuán sin inconveniente ni incongruencia se dice que hay sociedad entre hombres y Angeles: de suerte que con razón se afirme que no son cuatro, esto es, dos de Angeles y otras tantas de hombres, sino más bien dos solamente las ciudades ó sea sociedades; una compuesta de buenos y otra de malos, tanto Angeles como hombres." O en otros términos, traduciendo libre, pero no menos exactamente; no existen más que dos ciudades ó sociedades; una de Angeles y hombres buenos y otra de Angeles y hombres malos.

Ahora, para utilizar este testimonio, en pro de la causa para la cual se trajo, adviértase que esta Congregación de los Angeles malos que hace con la de los hombres malos una sola é idéntica ciudad ó sociedad, tuvo comienzo en el cielo, según enseñanza del mismo Santo Doctor, lo cual es afirmar la tesis presupuesta.

Aunque bastaría lo dicho al parecer, como es de suyo tan claro, con todo no será por demás evacuar otra cita de las que hace Negroni al mismo intento, tomada igualmente de San Agustín por ser este punto de capital importancia; tanto más que según la feliz expresión de Cervantes, nunca lo bueno se hace mucho.

El Santo, pues, en su obra *de Genesi ad litteram*, al libro XI, trae un capítulo, el XV, que encabeza así: *Amores duo ciuitates duæ*; Dos amores, dos ciudades. ¡Pasaje hermosísimo á mí fel! ¡Qué gallardas, propias y bien graduadas antítesis! ¡qué mirada tan comprensiva! ¡qué pensamientos tan elevados! ¡qué profundidad! ¡qué unión! "Estos dos amores, dice, de los cuales uno es Santo, el otro inmundo; uno sociable, el otro privado ó interesable; uno dirigido al bien común por causa de

la superior sociedad, el otro que se adjudica y hace propio el bien común por avasalladora arrogancia; uno sumiso á Dios, el otro rival del mismo; uno sosegado, el otro turbulento; uno pacífico, el otro sedicioso; uno que prefiere la verdad á las alabanzas de los que yerran, el otro ansioso de gloria á todo trance; uno amigable, el otro envidioso; uno que desea para el prójimo lo que para sí mismo, el otro que quiere subyugar al prójimo á sí; uno que rige al prójimo mirando al provecho del mismo, el otro mirando al provecho propio: estos dos amores se mostraron primero en los Angeles; aquel en los buenos, este en los malos; y bajo la admirable é inefable Providencia de Dios, que todas las cosas creadas gobierná y ordena, fundaron en el género humano dos ciudades distintas, una de justos y otra de malvados. De las cuales temporalmente revueltas y mezcladas se compone el mundo, hasta que por el último juicio sean separadas, y aquella en unión de los Angeles buenos vaya á gozar de la vida eterna en su rey, y ésta en unión de los Angeles malos sea arrojada al eterno fuego con su rey."

Análisis de este magnífico trozo.—Principio vital de una ciudad, el amor santo; principio vital de la otra, el amor inmundo, como lo llama el gran Doctor: nacimiento de la primera, en los Angeles buenos; nacimiento de la segunda, en los Angeles malos: rey de aquella, Dios; rey de esta, el demonio; paradero final de la una, vida eterna en su rey; paradero final de la otra, fuego eterno con su rey. El cuadro histórico y teológico es acabado.

Aunque estamos seguros de la benevolencia y agrado con que el entendido lector nos acompaña en esta variada discusión de textos, por el grandísimo interés que justamente le inspira la cuestión máxima que traemos entre manos, tan llena de ambajes y obscuridades, y con tan reñido empeño debatida aun

en el campo católico, por muchos hombres de saber y de intención santísima; vamos sin embargo á concluir, después de haber satisfecho, en cumplimiento de nuestra obligación, la curiosidad legítima y acallado el postre escrúpulo ó reconcomio que tal vez atormentare á los más avisados, acerca de la perfecta y cabal interpretación, acerca del valor positivo real é indisputable, que deba darse al lenguaje de San Agustín, nuevo y sorprendente para no pocos.

Porque contra la natural y fácil inteligencia de sus terminantes expresiones citadas, y cien pasajes más que sería dado acumular, podría acaso un ingenio sutil oponer, que todas aquellas frases y discursos, cómodamente se exponen, adaptados á la pintura vaga y general de la guerra y contraste entre el bien y el mal, la virtud y el vicio, y consiguientemente entre justos y pecadores, sin dar más alcance á las palabras del ínclito Doctor, sin tomarlas como la explicación del misterio más hondo y recóndito quizá de toda la historia de la humanidad.

Pero el esclarecido Autor se encarga de desmentir el falaz comentario con su obra entera *de Civitate Dei*, emprendida y compuesta, según testimonio de su honrada palabra, con el fin único de trazar en la humana historia, el primer comenamiento ó arranque, los pasos, vicisitudes, mútuas batallas y de semejantes postrimerías de aquellas dos gigantescas ciudades, cual si tratase ni más ni menos de dos pueblos, naciones ó razas distintas, hasta el acabamiento del mundo, hasta las puertas mismas de la eternidad. Conforme de una manera concluyente se patentiza con sólo indicar algunos epígrafes de aquél maravilloso libro, parte sublime del inmortal Obispo de Hipona; cuales son:

1. El del Lib. XI. Comienza la segunda parte de la obra, que trata del nacimiento, desarrollo y correspondientes fines de las dos ciudades.

2. El del Lib. XV. De la continuación de las dos ciudades. desde Caín y Abel hasta el diluvio.

3. El del Lib. XVI. En la primera parte se muestra el progreso ó continuación de entrambas ciudades. . . . desde Noé hasta Abraham; en la segunda del progreso de la ciudad celeste solamente desde Abraham hasta los reyes Israelitas.

4. El del Lib. XVII. Se trata de la continuación de la ciudad de Dios. . . . desde Samuel y David hasta Jesucristo.

5. El del Lib. XVIII. Habla de la continuación de la ciudad terrena desde el tiempo de Abraham hasta el fin del mundo, junto con la ciudad celeste.

6. El del Lib. XIX. Se razona acerca de los fines de entrambas ciudades.

7. El del XXI. Del debido fin de la ciudad del diablo.

8. El del XXII. Del debido fin de la ciudad de Dios.

De esta doble cronología tejida por mano del mismo Doctor, una de la ciudad de Dios y otra de la ciudad de Satanás, corriendo paralelas y absolutamente separadas, desde el principio del mundo hasta la eternidad, demuestra por sí sola la existencia y vida corporativa, real y contraria de las dos ciudades deseritas, ó no significa nada y San Agustín, absorto en el ejercicio de las más altas virtudes y del celo pastoral, tan ocupado en refutar y pulverizar la muchedumbre de los errores de su tiempo y de los por venir, en preparar sus riquísimos arsenales de ciencia filosófica y teológica para ilustración de todos los siglos, tuvo vagar y humor todavía para más; y por entretenimiento se puso á delinejar una monstruosa novela, nutrida sí de inmortales enseñanzas, pero cuyo fondo es la fábula ó embuste más monumental.

Y vamos siguiendo la pista al buen Negroni, á quien entre paréntesis, nadie gana á consecuente y terco en sus ideas, según lo prueba su vida literaria entera, que ha sido un ince-

sante batallar con las armas de multitud y variedad de libros, por esta única dama de sus pensamientos, la teoría, digo, de la paternidad diabólica de la masonería que venimos dilucidando. Y perdóneme el claro autor, si es que todavía respira el aura vital en su *campagna* de Bolonia, la alusión y la amistosa chanza; que si me perdonará, hecho ya á las bromas como la de los redactores de una gran revista católica italiana, quienes entre otros fuertes argumentos lanzados contra el sistema de nuestro autor, le asestaron este, tomándole por mentecato á causa de su conocida tema y jugando con él como con un chiquillo, diciendo: que sus iniciales P. B. N. B. [P. Bernardino Negroni Boloñez] debían interpretarse así: *Padre Bar Naba Boloñez*: tiro, como se sé, muy certero para echar por tierra las razones del contendiente; dardo gracioso, que en italiano tendrá mucho aticismo, pero á que no se le saca punta. Mas entre indirectas y chanzonetas, no nos olvidamos de nuestro inolvidable Negroni.

El cual no entendiendo de burlas á la cuenta, y firme en sus estribos, invoca á su favor el testimonio de todos los Sumos Pontífices, á contar desde León I hasta Pío IX, de quien reproduce estas palabras: "Ella, [la masonería] había previsto perfectamente todo el daño que debía de causar á la religión y á la sociedad civil. En efecto, esta digna hija de Satanás, haciendo del hombre un Dios, y constituyéndole juez supremo de su propia conducta, en el hecho mismo rechaza toda autoridad divina y humana y destruye por ende las bases de toda sociedad . . . Es menester, pues, para arrancar esta emponzoñada raíz, acudir al Omnipotente. Sólo aquél que pudo arrojar del cielo al verdadero *Padre* de esta secta, sólo aquél la puede hacer desaparecer de la tierra. [1]."

(1) Breve dirigido á la Asociación reparadora. 7 Enero 1875.

Por nuestra parte, ya que no le fué dable ejecutarlo al P. Negroni, por haber estampado su obra en 1875, continuaremos con otras palabras del Pontífice reinante León XIII en el exordio de su magistral Encíclica sobre la Masonería, *Humanum genus*, y son estas: "Hay en la tierra el reino de Dios, ó sea, la verdadera Iglesia de Jesucristo, al cual los que de corazón y convenientemente para la salud, quieren pertenecer, necesario es que siryan con toda su alma y voluntad suma á Dios y á su Unigénito Hijo: el otro es el reino de Satanás, bajo cuyo dominio y potestad yacen todos aquellos que siguiendo los funestos ejemplos de su capitán y de los primeros padres, muchas cosas intentan con esfuerzo, desentendidos de Dios; muchas contra Dios mismo. Estos dos reinos, en forma de dos ciudades que con leyes contrarias abrazan contrarios propósitos, perspicaz contempló y descubrió Agustino, y con aguda brevedad expuso la causa eficiente de una y otra, en estos términos: *Dos amores formaron dos ciudades: la terrena el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios: la celestial, el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo* [1]. En toda la serie de los siglos combatieron una contra otra con gran variedad de armas y géneros de guerra, bien que no siempre con el mismo ardimiento é impetu. Mas en nuestros tiempos parece que los partidarios de la ciudad maldada conspiran todos á una y hacen los mayores esfuerzos, bajo la dirección y con el auxilio de aquella sociedad, á que llaman de los masones, por todas partes, difundida y fuertemente constituida.

Acerca del origen, ser corporativo, duración y carácter de la secta, no sé qué más podría decir ó desear nuestro incomparable Negroni en apoyo de sus ideas. León XIII recomienda además á nuestra particular atención la gran concentración

(1) *De Civitate Dei*.

de fuerzas y mayor robustez de organización debidas á la masonería.

Para despedirnos por largo rato del P. Negroni cuya teoría hemos expuesto con algún detenimiento por su singular importancia, observaremos que el primer fundamento en que á nuestro entender estriba toda su argumentación y el formidable baluarte desde el cual cañonea á sus adversarios, es el presupuesto de que el verdadero origen y principio y aun la historia entera y cabal hasta sus últimas postriñerías de la secta maldecida, sólo por la Sagrada Escritura, los Santos Padres y los actos de la Iglesia, pueden ser seguramente conocidos. La razón es, porque en la Escritura se halla descrita proféticamente por el dedo de Dios é inspiración del Espíritu divino, la historia de todas las grandes cosas y acontecimientos humanos, que más intimamente atañen á los destinos de la humanidad, y á los fines de la Creación y la Redención; y la masonería es á no dudarlo una de estas grandes cosas por unanimidad confesión de cuantos tienen ojos para ver, y según se colije de los repetidos y clamorosos alertas de los Pontífices. Ahora por lo que hace á los Padres y á la Iglesia, siendo ella y ellos los intérpretes jurados y oficiales de aquellas profecías y de todos los Libros Santos, y habiéndose visto precisados á reñir cien y cien batallas sin pasar en todas las edades por la bandera celestial con los abortos del infierno; claro está que neciamente se desentendiera de sus luces y consumada experiencia quien deseare pisar en terreno firme y no andar á tientas en medio de las sombras fraudulentas esparcidas por la astucia enemiga. Por algo Barruel á quien después de tantas fructuosas pesquisas y tan preciosos descubrimientos, nadie hará la descortesía de recusar por inhábil é incompetente, requería para el esclarecimiento de la obscura cuestión que venimos

estudiando, la antorcha de los Santos Padres, de un Agustín sobre todo, que si por espacio de largos nueve años, anduvo perdido en los confusos laberintos de la secta, al fin una vez rotas las mallas del error y transportado al campo de la verdadera luz, fué el más denodado y aguerrido paladín de la santa causa, infatigable revelador de aquellos torpes misterios.

La historia y los otros materiales de procedencia puramente humana figuran en esta palestra conforme al plan propuesto, á manera de armas y recursos meramente subsidiarios.

Y vaya el otro punto de apoyo, en que ahinca el P. Negroni en defensa de su hipótesis, y á la verdad, según nuestro modo de ver, no sin hábil estrategia de buen razonador. Pues ciertamente en la discusión de hechos, que de más ó menos cerca, tocan á la naturaleza de una cosa, la desipición de esta es lo que cuanto antes importa, la definición es lo fundamental, para cortar disputas de un golpe, ó á lo menos, para ocupar en ellas una posición ventajosa. Así se le alcanzó al P. Negroni; y por esto, antes de entrar en el desarrollo de sus pruebas la emprende con agenas definiciones, la del P. Steccanella entre otras, las refuta y sienta la suya. Decía Steccanella:—La masonería “es una sociedad político-religiosa que profesando la democracia más pura en el orden civil y el racionalismo más neto en religión, tiende con todo esfuerzo á destruir el actual edificio social, y á reconstruirlo todo sobre las bases de sus principios.” Lo de *político-religiosa*, aquel *política* antes del *religiosa*, no cuadra de ninguna manera con el principio de la Encíclica *Humanum genus* de las dos ciudades, terrena una y celestial la otra; se aleja *toto cælo*, y hasta pugna abiertamente con el espíritu general y la enseñanza del documento pontificio. ¿La *democracia* nada más? El comunismo más absoluto, más revuelto y confuso, más desvergonzado, es el que profesa ó vocifera la

masonería, al par que por antítesis muy explicable, practica el despotismo más sultánico, más feroz. ¿A reconstruirlo todo? ¡Inclusa la religión? Tenderá á abolirla, supongo, ó á substituir la con la religión . . . de la naturaleza de Satanás; escoja U. reverendo Padre. En resumen nos parece de esta definición, que anda muy tierra á tierra, que decía Cervantes; muy humana *in malam partem*; estamos por decir, muy *naturalista*. Bien hizo en desecharla el autor, el cual á seguida establece la suya:

“Hay, dice, definición *nominal* y definición *substancial*. La secta nunca tuvo nombre fijo y constante y aun por muchos siglos, ó no tuvo ninguno determinado, ó la historia no lo registra: en otros lo tomó variamente, ya de sus cabecillas ó reformadores, ya de alguna de las fracciones en que se dividió ó de cualquiera de sus diferentes reformas. De ahí principalmente los tropiezos de los escritores. Hoy como quiera, con el título de *Masonería* es conocida. ¿Masonería? Por nada le conviene este nombre, puesto que el nombre, según Aristóteles, ha de ser explicativo de la cosa; por esto nos agrada más el de secta *anticristiana y antisocial*. Así que la definimos: “La congregación de hombres y mujeres consagrados á Satanás, que se propone en política destruir las leyes y el orden establecido por Dios, y en religión, abolir todo culto de la Divinidad, y substituirlo con el culto del demonio ó demonolatría.” Definición sacada de la primera, y ésta fundada en las predicciones de la Escritura, en las obras, doctrinas, ritos, símbolos y misterios de la secta, deducida de las entrañas de la cosa definida.

Bien puede asegurarse, si se deja terciar en este debate á la razón serena é imparcial, que el erudito autor, armado de una definición semejante y de aquel atendible presupuesto; enseñoreado de los libros proféticos de las Escrituras con sus vaticinios ordenadamente eslabonados; fortalecido con el auxilio

eficaz de los Santos Padres, de San Agustín sobre todo, firmemente apoyado en la consideración de los especiales caracteres, tendencias y maravilloso poderío y extensión actual de la secta; seguro de la decidida cooperación de muchos autores masones y profanos, afiliados ó traídos por consecuencia del discurso á su misma opinión; alentado por el sentir, si no uniforme, al menos sùbitamente generalizado de los católicos, que hoy entre temores y esperanzas contemplan unos y vislumbran otros en la funestísima secta las imágenes proféticas de los Libros Santos; puede ciertamente nuestro autor con tales armas y pertrechos salir sin temeridad al palenque y sostener en buena lid el valor de su teoría, si no con triunfo claro y evidente, que en esta lucha es difícil, cuando menos sin desdoro. Y por ahora no decimos más.

Terminada ya, y á su parecer por él ganada la batalla decisiva, se engolfa de lleno el Padre Negroni en el total desenvolvimiento de su plan, y en la historia de la secta hasta su último desenlace ó catástrofe final. La espía en sus primeras empresas é instituciones: la sigue paso á paso en el Gentilismo; la estudia atentamente en el Hebraísmo, en el primero y segundo milenar de éste: la sorprende en la cuna del Cristianismo y la acompaña hasta verla transformada en Maniqueísmo; no le pierde la pista á través de aquellos siglos de elaboración y de extraños fenómenos sociales en la Edad Media; la considera, ya convertida en masonería en sus diferentes evoluciones, y luego reforzada con la secta eclesiástica llamada Jansenismo. Desde este punto abre la escena de la última guerra empeñada entre las dos Iglesias, la de Dios y la de Satanás; inaugurada con la primera acometida de ésta, la revolución francesa; continuada con una segunda arremetida del próximo precursor, Napoleón I; interrumpida con una tregua y efímera restauración; renovada más furiosamente con un tercero y cuarto ata-

qué de la secta, desde Napoleón III hasta nuestros días; y que ha de llegar gradualmente á su término con la apostasía general del mundo católico, con el reino del Anticristo, la postrera derrota y la sepultura de la secta en los abrasadores y eternos abismos.

* Llegados ya á la última estación de nuestra carrera; dando ya por cerrado el plazo de prueba y defensa en este intrincado proceso sobre la hipótesis ó sistema del Padre Negroni, ¿qué habrá de fallar un juez sobrio, mesurado, exento de toda prevenCIÓN y amante de la verdad ante todo? Si se hace la pregunta á varios modernistas, ó sea partidarios de la edad reciente de la masonería, contestarán con una sonrisa de desdén. Ellos sí que se muestran jóvenes, aunque peinen canas, en la presunción y falta de advertencia y cordura; ya les llegará su turno, cuando nos ocupemos en la discusión general de todas las otras hipótesis. Si se interroga á los hb. Bazot, Findel y á otros de la misma laya, se echan á reír los muy desuellacaras en nuestras barbas; pero su risa nos parece já risa del conejo por la fundada sospecha que antes apuntamos: ó si se formalizan rechazando nuestra sospecha, habremos de decir que aquella risa es la risa de la imbecilidad escéptica, como tantas otras veces.

Si á nosotros se dirige la pregunta, á nosotros que en nuestra excursión por las principales librerías de Europa, sólo por acrecentar con un libro más nuestra biblioteca masónica, adquirimos la obra del Padre Negroni; á nosotros que si nos enfrascamos en el estudio de la secta, fué por una especie de compromiso sagrado, como sacrificio ofrecido á la triste memoria de una de sus víctimas, cara á nuestro corazón, sin que antes ni después hasta ahora, hubiésemos dado á la polémica de esos oscuros orígenes el valor é importancia grandísima que

tienen en realidad; á nosotros que desde que empezamos á hojear distraídamente los primeros volúmenes del autor bolonéz, marcamos á éste por algo ideático y medio estafalario, á causa de ciertos dejos, tintes y colores de exagerado, con más algunas puntas y ribetes de arrogante y audaz en las interpretaciones escriturales; á nosotros que si respecto á él y á sus ideas reformamos nuestro juicio, ha sido por obra de fría y larga reflexión, en virtud de la confrontación reposada de opiniones y argumentos contra lo corriente de nuestro carácter propenso, en la incertidumbre de pareceres diversos, á quedarnos sin ninguno, sea por falta de penetración para aquilatar razones, sea por sobra de inercia ó impaciencia en el discurso, ó tal vez por amor á la dulce libertad de contradecir y variar de opinión á capricho, conducta que tiene sus encantos y ventajas en cosas que no lo valgan mucho; á nosotros hechos y conformados así por inclinación de naturaleza, ó por efecto de vicio adquirido, y más bien prevenidos en contra que predisuestos á favor del autor y de su sistema; á nosotros repito, si se nos inquiere, cuál es nuestro sentir en la presente controversia, no nos pesará manifestarlo con ruda franqueza; respetuosos á la especie de quasi-contrato establecido entre el escritor y el lector, y á la consiguiente obligación de proponer y probar aquél, de entender y aprobar ó desaprobar éste según que estime suficientes ó no, para su asentimiento, las razones del primero. Con este bien entendido, pues, de buena fe creemos que con el temperamento debido, en conformidad con la idea de San Agustín, no puede calificarse de absurda la opinión que hace subir hasta el principio del mundo, el abolengo de la secta anticristiana y antisocial, impropriamente denominada hoy *masonería*.

Con una salvedad que cargamos á la exclusiva responsabilidad de Negroni, de De Camille y demás escritores que les hubieren precedido ó seguido en igual empeño, respecto de la

historia sucesiva de la secta, desde sus primeros días hasta nuestros tiempos, y desde estos, hasta el fin de los siglos y acabamiento de ella, tal y como éllas laboriosamente la forjan, conducen y explican con aplicaciones incesantes de los pasajes proféticos de las Escrituras Santas, para puntuizar personajes, nombres propios, pueblos, naciones, lugares geográficos, fechas, épocas y períodos determinados, circunstancias, pormenores y demás datos históricos de todo linaje con precisión extraña y sutileza de ingenio. Cuestiones son estas, que algunas solamente de ellas, ocuparon provechosamente las vigencias de los Santos Padres; que ya en remota edad devanaron los sesos á hombres de espíritu inquieto y curioso por demás, hasta hacerlos resbalar en graves errores contra la fe y doctrina católica; que hinchieron de erudición y saber los abultados volúmenes de sagaces expositores, sin lograr los pretendidos resultados; que en estos mismos días de indiferencia y positivismo, no dejan de cuando en cuando de solicitar algunas imaginaciones calenturientas, y dar pie para causar pueriles terrores en el vulgo. No hemos de ser nosotros quien con intolerable arrogancia pretenda hacer saltar á los ojos de la humanidad estupefacta los siete sellos del libro misterioso, ni el nuevo Colón que osadamente descubra todo el mundo desconocido, ni aún de lo pasado, menos aún de lo porvenir, encubierto bajo el sagrado velo de antiguas profecías ó esbozado quizá en los anuncios de modernos videntes de verdad.

Con esta salvedad, pues, razonable, que de ninguna manera nos compromete á sostener en toda su latitud esa filosofía bíblica de la historia, ó esa historia filosófica de los profetas bíblicos, lisa y llanamente confesamos de nuevo; que si vale, como no puede menos de valer, considerar á la masonería según su mera substancia, expresada y adecuadamente contenida en la definición arriba propuesta, prescindiendo de accidentes de

organización, denominaciones, formas pasajeras y varia estrategia, que no alteran la substancia en lo más mínimo; si parece conforme á los designios y ordinaria economía de la adorable Providencia, según que se dignó para advertencia nuestra, dejar grabadas sus huellas en las Escrituras Santas, buscar y reconocer en ellas algunos rasgos reveladores de la secta, en razón del máximo interés de ésta y de la suma utilidad de tal conocimiento para bien de los hombres; nadie tiene derecho á motejar con grave injuria de presuntuosa, extravagante ó desvariada la afirmación de haber encontrado en la Biblia, lo que en la Biblia debe de estar, alguna pintura, retrato ó bosquejo de aquella temible enemiga; nadie se debe escandalizar de que el gran Agustín, después de haber incubado en su vastísimo espíritu por largo tiempo aquella absorbente idea, como lo declara en su libro *de Genesi ad litteram*, por último la diese espléndidamente á luz y desenvolviese con aquella majestuosa amplitud y elevación de conceptos, propios de su portentoso ingenio, en su cuadro sublime *De Civitate Dei*: nadie puede con racional motivo levantar burlesca algazara ó escandecerte contra el Ilmo. Sr. Espivent, contra el Ilmo. Sr. Gay, contra Negroni, Maupied y otros, porque tras las pisadas del Genio de Hipona y de otros Santos Doctores se hayan atrevido á rastrear en los Libros Santos lo que en ellos se muestra, la antiquísima alcurnia de la ciudad terrena, de la ciudad de Satanás; nadie, sin sorpresa del sentido común puede sorprenderse de que algunos fieles piensen y sientan conforme á esta creencia, ora llevados de cierto instinto religioso, que procede de anteriores enseñanzas y continuadas reflexiones; ora inducidos por la común tradición del satanismo sectario, más y más robustecida á causa de la más solemne y estrepitosa explosión de la secta en los últimos tiempos, y de la cual á la opinión del origen también satánico hay un solo paso, que no se atreve á darlo

la sabiduría meticolosa de algunos escritores, pero lo da fácilmente el ímpetu de la piedad franca y desenfadada.

No se nos tomeá mal, que del P. Negroni translademos acá un párrafo de un periodista masón, que en lenguaje como de tal pluma masónica, traza con breves rasgos la historia de la secta, bajo el supuesto, como punto de partida, de una remotísima antigüedad: para un Bazot y comparsa bien vale un *Mistrali* en compañía de un Richelline, un Caignart, de Mailly y muchos más. “La historia, dice Mistrali, demuestra la extraordinaria antigüedad de las sociedades secretas: al lado de la vida manifiesta y pública de la humanidad, corre otra vida subterránea y se desarrolla paralelamente á aquella, dando señales de su existencia al modo de la actividad vulcánica con erupciones periódicas. De las profundidades de la India al Egipto, de las riberas del Nilo á las serenas playas de la clásica Grecia, seguimos el hilo de la masonería: lo encontramos también en el centro de la escuela alejandrina. La historia de las sociedades secretas durante la Edad Media es conocida: más adelante la masonería tomó el disfraz de los socorros mútuos y de la hermandad. Mientras gemían los pueblos oprimidos con el yugo de la tiranía, el apostolado de la libertad desplegaba constante su actividad en las ideales catacumbas masónicas: era siempre el mismo trabajo, el fin era siempre el mismo. [1]”

En verdad que después del imparcial y desapasionado análisis precedente, llama la atención la conducta de ciertos escritores á este propósito. Dotados de talento y saber, que nosotros reconocemos con respeto y admiración, podían haber em-

¹ Piccolo Monitore, año I. n 104.

prendido igual tarea, hasta con esperanza de más aventajado fruto, por su mayor perspicacia de ingenio y más copiosas luces de erudición, ayudas de costa que en nosotros escasean; y con todo, ningún partido sacaron de todo esto. Unos ciertamente guiados por la claridad de sus observaciones é impelidos por la fuerza de su profunda convicción, saltaron las barreras de la época moderna, se plantaron en plena Edad Media, y remontaron tal vez más allá, á los primeros siglos del cristianismo, la famosa cuna de la masonería; y en verdad que merece loa la varonil intrepidez y despreocupación de éstos. Pero otros menos arriscados, en el teatro masónico pintado con figuras y paisajes nuevos y restaurado de arriba abajo á la moderna, no vieron más que personajes de ayer, casi conocidos de vista, que jugaban á política antisocial á lo Rousseau ó á conjuraciones é intrigas antireligiosas á lo Voltaire, y retirándose con esta desagradable impresión, dijeron á sus amigos:—Malos, pésimos espectáculos; á bien que eso es cosa de poco há, y un día podrá pasar la moda.—No se consuela el que no quiere.

Se hace extraña la timidez de éstos, su buena pasta, candor, superficialidad, ó lo que sea: mucho más después de las que se podrían razonablemente tomar por harto transparentes alusiones, hechas por la Santidad de León XIII al principio de su Encíclica *Humanum Genus*, y en que ya más arriba reparamos. Cuando por no salirnos de los límites que la cordura y la modestia de consumo señalan á la crítica en cuestiones de suyo difíciles y obscuras, no nos atrevemos á imponer con despótico exclusivismo como la única buena, la única aceptable, la opinión del origen absolutamente primitivo de la secta, antes bien nos reservamos nuestra entera libertad de juicio sobre el particular; mucho más nos guardaremos de adelantar que en el importantísimo documento pontificio ya se deshizo el nudo gordiano de la dificultad, ya se dió descifrado el misterio de la

esfinge, acumulando irreverentes á la majestad del Doctor universal, intenciones ó propósitos que acaso no abrigara. Con todo, sin traspasar la línea de la cristiana prudencia en la interpretación del venerable documento, bien puede sostenerse que el valor ó significación de aquellas alusiones, en cuanto y hasta donde lo tengan, en nada viene desvirtuado por el sentido de algunas frases del sabio Pontífice. Véamoslo, si no, que con este examen quitaremos una buena arma á los adversarios.

No creemos que éstos hagan hincapié en los títulos de *Masones* y secta *Masónica*, empleados en la Encíclica, como si excluyesen otros títulos y otra existencia anteriores de la secta. Claro que el Papa para ser entendido, la había de llamar con su nombre común y usual; á bien que buen cuidado se toma de advertir, que "las diferentes sectas, aunque distintas en el nombre, rito, forma y origen, por cuanto están ligadas por identidad de fines y afinidad de principios, substancialmente convienen con la masonería, que es el centro de donde parten y á donde vuelven todas." Raciocinio que graves autores amplían y extienden á épocas más antiguas, y que bien puede llevarnos con igual fundamento hasta el primer eslabón de la cadena.

Mas donde se hacen fuertes los modernistas es en la enumeración de los Papas que condenaron la Masonería, Clemente XII el primero en 1738, y en la indicación del increíble incremento ó progresos de aquel capital enemigo, alcanzados en siglo y medio. Efectivamente, en aquella época *saltó la masonería de las tinieblas de la conjuración oculta*, según palabras textuales de León XIII, y de entonces acá ha corrido siglo y medio progresando más y más. Luego. . . . la nada entre dos platos. Es decir, Clemente XII el primero fulminó la secta conocida en 1738 con el nombre de masonería, como en otros tiempos otros Pontífices, Concilios y Santos Padres habían fulminado la secta conocida con otras denominaciones: la secta

reconocida con el título de masonería, ha progresado sobremanera en el último siglo y medio, como en otros siglos la secta conocida con otros dictados ó apelativos, progresaba, decaía ó seguía estacionaria. Puesto que aquella secta de varios modos nombrada y esta secta masonería llamada, por cuanto se muestran *ligadas por identidad de fines y afinidad de principios, substancialmente convienen.*

Por consiguiente, subsisten en toda su fuerza, por lo que hagan á nuestro objeto, las alusiones dichas. Más: luego los pasajes aducidos de la Encíclica, y no hay otros semejantes, en contra de orígenes más ó menos remotos y en favor de los contradictores de ellos, prueban. . . . nada.

Sin embargo, es visible, es palpable la repugnancia de muchos á subir y subir, con ordenado discurso y encadenamiento de datos, hasta donde sea lícito subir. Esto es un fenómeno raro, y ha de tener su explicación.

La tiene en efecto, y hasta trivial por cierto. El criticismo escéptico de fines del siglo pasado y parte del presente, y el criticismo, digamos naturalista de la edad contemporánea, que con diversa forma y por diferentes caminos tienden al mismo término y vienen á reducirse á una cosa misma, causaron y siguen causando grandes estragos en la sociedad. A los descreídos los obstinó más en su incredulidad; á los flacos y vacilantes les apagó sus amortiguadas luces de fe y de verdad; á los protestantes les enseñó á forjarse una fe y religión natural *ad usum* y un Cristo del todo humano; y á los católicos, ¿qué efecto les produjo? A los creyentes decididos los aguijó al estudio más asiduo de sus santas creencias; los apegó más á la roca incontrastable de la verdad divina, á la Iglesia y á la Cátedra de Pedro; los inflamó en el deseo de combatir á todo trance el error enemigo, de preservar de sus ataques y salvar á

sus hermanos . . . ¡Qué altos merecimientos! ¡cuántos lauros! ¡qué gloria! Mas, ¡ay! que el mal echó muy hondas raíces por todas partes, cundió y doquiera dejó semilla ó algún rastro de su maligna influencia; á manera de epidemia asoladora, que si no mata, quebranta los organismos y retienta hasta las complejones más robustas. Así, el sistema destructor, con la más dañada intención concebida, puesto en planta y con todo encarnizamiento promovido, de negar hasta lo que por percepción directa ó fundado discurso es evidente, substituyendo fantásticas hipótesis á la certeza de las cosas; de ponerlo todo en tela de juicio, sin respetar órdenes ni categorías; de sujetarlo todo al régimen de leyes y agentes naturales, si ciertos unos, otros químéricos ó tan ocultos que nunca parecerán; de encerrar todos los fenómenos de cualquier orden y especie dentro del círculo de la experiencia ó la observación, despreciada la autoridad aun suprema y todo sano criterio de razón; el sistema funestísimo, en una palabra, de hacer omnisciente, infalible y soberana la humana razón y personalidad, de desconocer á roso y velloso todo sér, toda intervención, toda esfera y mundo sobrenatural, ha penetrado de tal modo en la vida moderna, se ha actuado de tal suerte en las artes, ciencias, leyes, política y vulgares procedimientos, que ha llegado á crear una atmósfera ficticia y malsana de máximas, fórmulas y reglas que en mayor ó menor grado nos ha tristemente apestando casi á todos. ¡Dolorosa confesión! De aquí hasta en los mejores, salvos, esto sí, los principios de la fe y moral, de la doctrina católica con sus ineludibles consecuencias; de aquí el prurito de discutir hasta el exceso, y discutir sin descanso; de aquí cierta presunción en las propias luces y fuerzas, desconfianza de la agena autoridad aun bien fundada, secreta afición á cuestiones y opiniones confinantes con el error ó sospechosas, algunos sacrificios vergonzantes de la verdad íntegra y pura con atenuaciones y

capciosidades, desestima de hechos y tradiciones respetables por lo que escapan á nuestro análisis anatómico, cierto horror, en fin, y si esta palabra horripila, cierta íntima prevención contra lo extraordinario, contra la acción de causas superiores, contra lo sobrenatural, cuando interviene ó se le supone en cosas y sucesos humanos. No parece, sino que no somos justamente imparciales, si no cercenamos algo de nuestro fuero y derecho; que no somos bastante críticos, si con la vulgar corriente no nos excedemos en la crítica, negando ó dudando; que no guardamos debida equidad en la pelea si no tomamos del enemigo ó máximas ó métodos de guerrear; que ya desistimos completamente de razonar á la humana y natural, si alguna vez nos acordamos aun en lo humano de razonar un tanto á lo divino ó sobrenatural. Todo esto por de contado, como que se trata de hombres de la Iglesia, de hijos leales y dóciles alumnos de tal Madre y Maestra, sin hacer traición á la causa de la verdad, sin quemar un grano de incienso al ídolo del error, sin sacrificar uno solo de aquellos altos principios: prestarnos intención aviesa en este punto, sería injuriarnos gravemente: antes que denostar tan torpemente á escritores, cuya autoridad veneramos, cuyo saber y talento admiramos, nos cortaríamos la mano que rige esta mal tajada pluma. Ni hacemos determinadas elusiones, porque ni hacen al caso indirectas semejantes, ni son tan raros los ejemplos de lo dicho.

Ahora, para sacar la moralidad de todo este largo cuento, nos parece, si no se tiene á enojo, que algo de lo discurrido puede aplicarse á la cuestión que ya vamos dejando de la mano: que á esa especie de ojeriza ó recelo contra lo sobrenatural, á ese hábito de considerar las cosas y hechos con exclusión de causas y seres extraordinarios, á esa familiaridad con los procedimientos ultra-críticos de ciertas gentes y al deseo de esquivar la nota de exageraciones y misticismos extemporáneos,

debe atribuirse el que unos autores se queden á la mitad del camino de sus investigaciones por desmedido comedimiento, y otros resueltamente se nieguen á seguir adelante, después de los primeros pasos, cuando se indaga cuál es el origen primero de la masonería, más arriba del cual no se pueda ascender.

Esta es la explicación que prometimos buscar, y no encontramos otra. Si hemos ó no acertado, júzguelo el lector sensato.

Y aquí concluye definitivamente nuestro estudio sobre la primera hipótesis concerniente á la cuestión entablada, y que por su singularidad y trascendencia bien merecía la extensión que le hemos dado. Acerca de su valor y solidez, falle el entendimiento claro y limpio de todo prejuicio, la conciencia sana y desnuda de toda pasión. El asunto pertenece al anchuroso campo libre, abandonado á la disputa entre los hijos de la Iglesia: carecemos en absoluto de autoridad, para arrebatarles, escatimárlas ó regatearles la franquicia. Usen de ella á su talante. A la mano de Dios.

CAPITULO III

SISTEMA MODERNISTA.—Un preliminar.—El testimonio masónico según peso y medida, y una vez para siempre.—Sistemas.—Estado de la cuestión y noción exacta de la masonería.—El sistema modernista expuesto y sus cuatro argumentos.—¿Es cierto que la masonería no fué condenada hasta 1738?—Palabras de la Encíclica *Humanum genus*.—Masonería jansenista.—Masonería sociniana.—*Con la historia en la mano!*—Paluetazos previos.—La historia y los historiadores de los modernistas.—Un rato de buen humor.—Los otros dos argumentos de los modernistas se disparan por sí mismos contra ellos.—El gorigori.—Un apologista inconsciente de la masonería y admirador de Proudhon.—Unos plumazos sobre filosofía de la historia.—Un Mr. Bois de madera oriental.—¿Cromwell fundador?

Después de esa ruda controversia á que hemos asistido, no como interesados lidiadores, con particular enseña y personal esfuerzo, sino como honrados jueces de campo, cuyo oficio es solamente examinar las armas y condiciones, juzgar de las artes, golpes y heridas de los contendientes, para adjudicar á quien de ley y justicia la palma del mérito; vamos á entrar á velas desplegadas en el revuelto golfo de varias hipótesis, sentencias, suposiciones, analogías y argumentos, que como vienlos contrarios se entrechocan y combaten furiosamente, para sacar entre todas señora y victoriosa la opinión que mejor y más sólidamente establezca el verdadero y definitivo origen de

la traída y llevada masonería. Sino que en la nueva discusión vamos á tomar un camino y procedimiento inverso; porque así como antes, de un salto nos trasladamos á la cumbre, allí emplazamos nuestro campamento y desde aquella eminencia dominábamos todas las posiciones inferiores, escalonadas desde lo más alto á lo más bajo; así ahora comenzando desde el valle más humilde, nos proponemos subir por la escala del tiempo paso á paso á partir de la época más moderna, recorriendo y eliminando fechas y versiones, hasta no dar con un punto y fuerte ventajoso, desde el cual nos sea dable batir todas las posiciones enemigas, así las de más arriba como las de más abajo. Que si esto logramos por corona de la buena intención y honrada imparcialidad, que fueron siempre nuestro norte y divisa, allí donde quiera que tal dicha alcancemos, daremos término feliz á nuestras investigaciones, saborearemos con deleite el fruto de la verdad afanosamente conquistada y con su dulzura brindaremos á nuestros lectores en pago de su paciente y benévolas atención.

A bien que no está el sabroso fruto tan á la mano como á cualquiera tal vez se le antojara; y este nuevo método de agrupar y clasificar todas las principales opiniones de los autores por orden cronológico, y hecho esto, el trabajo de analizar, pesar y graduar cada una de ellas, conforme á la mayor proximidad de fechas ó datos, hasta llegar de una en otra, por vía de exclusión á la solución más satisfactoria, fijando la época más verosímil por más cercana á nuestros tiempos, no es empresa tan llana y hacedera para un justo razonador, que por lo que toca al asunto controvertido, se reconozca libre y exento de toda idea preconcebida, superior á cualquiera autoridad, de pocos ó de muchos, que no venga bien registrada y aquilatada; que por lo que mira á los principios generales de crítica, se proclame independiente como el que más, de toda escuela

más ó menos despótica, de todo sistema convencional, de toda clase de precedentes más ó menos ficticios y supuestos por no rendir parias más que á la inflexible lógica y al precioso sentido común, exelentes y únicos maestros en la presente materia como en todas.

Y no parezca á nadie ociosa esta salvedad, cuando con tanta frecuencia en lides eruditas vemos á recomendables ingenios sucumbir al espíritu del sistema á magisterio arbitrario, á docta preocupación, y lo que es más feo, hasta á esclavitud de la moda. La leal y positiva independencia de juicio, dentro de la esfera racional y prudente, como tan sabiamente encarece Balmes, es patrimonio de unos cuantos escogidos, que en pudiendo pensar por sí mismos, no se doblegan á pensar por cuenta ajena.

Entremos ya en materia. Pero es el caso q ue tropezamos de buenas á primeras con una grave dificultad. Dado que si conforme á nuestro plan enunciado, hemos de dar por principios de cuentas, el cuadro de autores y opiniones divididas en grupos, ¿en éste catálogo habrán de figurar toda suerte de autores en montón? Porque de ellos los más son masones, el resto lo componen los *profanos*. Pues aquí surge la duda: ¿Se habrán de tener en igual rango los sectarios que los profanos de innegable valer? Y aun ocurre otra pregunta. ¿Qué peso y estimación será lícito atribuir al testimonio y discursos de aquellos? Y esforzando la duda, podría inquirirse más todavía. ¿Los escritores de la secta son dignos de aprecio alguno, ó de útil mención siquiera en la controversia que va ocuparnos? Que es lo último á que podría llegarse.

Y no se nos eche encima desde luego la nota de manifiesta parcialidad é inconsecuencia, toda vez que con tal desenfado empezamos por recusar, desvirtuar ó nulificar, cual si nada valiesen ó significasen, los dichos y probanzas de un nu-

meroso partido, cosa al parecer no nada tolerable, ni ajustada á las leyes de equidad.

A cuyo reparo satisfaremos con una sencilla distinción, explicando de paso el intríngulis de la aparente contradicción que tal vez se pretendería encontrar en nuestras palabras y conducta variable. ¿Se trata del testimonio masónico, expresado ya de una, ya de otra manera, en forma de clara exposición de principios ó ideas, ó como paladina confesión de hechos; sea como impremeditada revelación de lo oculto, sea como interpretación segura de signos, fórmulas, prácticas ó emblemas; y el tal testimonio es desfavorable á los fines y propósitos de la secta, adverso á sus planes é intereses? Lo marcamos por bueno y valetero, y en fuerza lo equiparamos á la más robusta demostración; como que hallamos en él todos los apeleables caracteres de veracidad, por emanar de aquellos á quienes más perjudica. Esta clase de pruebas son de uso muy frecuente y socorrido en la investigación de lo que atañe á la naturaleza, doctrinas, misterios y ocultos procedimientos de la secta.

Pero aquí no se trata de esto, sino de indagar pura y simplemente, ¿cuál es el principio histórico de la secta? A este respecto preguntamos, ¿qué valor debe darse á los informes y noticias suministradas por sus maestros y adeptos? A esta pregunta, nuestra respuesta es categórica, pese á quien pesare. El testimonio masónico relativo á los comienzos de la malhadada institución, es unas veces totalmente inepto por ignorancia, otras falaz y malicioso hasta un extremo indecible. Inepto en las lucubraciones de algunos autores por el más lamentable trastorno de la cronología, el absoluto desconocimiento de la historia general, el embrollado revoltijo de datos ciertos con fábulas y sueños desvariados y la más completa falta de crítica y discernimiento, á vueltas de la fatua ostentación de saber y erudición recóndita. Falaz y embusteros por todos sus costados

en las obras de otros autores, que á las claras descubren su mala fe, afirmando y luego desmitiéndose ellos mismos, contradiciendo á los demás, y contradiciéndose á sí propios, barajando sistemas, metiéndolo todo á barato, burlándose del lector crédulo, sembrando confusiones y esparciendo tinieblas. Para prueba de todo lo cual diviértase, quien tenga alma para ello, con los análisis de todo ese atajo de mentiras, disertaciones y leyendas de sabor más ó menos filosófico y erudito que nos dejaron hechos Saint-Albin, Gautrelet, Gyr y sobre todo un *Antiguo Rosa Cruz*. [1]

¿Con que no quedará esperanza de sacar de toda esa despreciable escoria ni siquiera un grano de oro? Nos guardaremos de inferir tal consecuencia; eso ya es harina de otro costal; y aquí se ofrece una consideración, que no puede menos de herir cualquier ánimo medianamente reposado. En efecto, en medio de esa barahunda, de todo ese caos inextricable de patrañas, sofismas y fiecciones con que nos aturdén, es cosa admirable, es cosa que pasma, la unánime concordia de toda la masonería escribiente, de la más iliterata á la más docta, de la más vieja á la más moza, en aquella común creencia, tal que si nos pusiéramos á endilgar nombres propios nada más, tendríamos para rato: Richellini, Caignart de Maylli, l'Abeille, de Castro, Schmitz, Rebولد, Redarez, Reghellini de Schios, Ace-
rellos, Lenoir, Payne, Bonneville, Clavel, Naseli, Matter, Juge, etc., etc., citados unos por Negroni, otros por Gyr, Neut ó Gautrelet. Los cuales autores sectarios, si pocos coinciden en la asignación de épocas iguales, pero todos ellos con raras excepciones convienen en reconocer una venerable ancianidad más ó menos remota, dentro del vasto período que bajando hasta los errores y torpezas de los Templarios, se extiende para

1 *La Franc-Maçonnerie par un Ancien Rose Croix*.—Paris, 1883.

arriba á través de las sociedades secretas de la Edad Media, hasta las sectas de los primeros siglos cristianos, penetra en las primeras edades del mundo y comprende en su amplísima órbita todas las escuelas, congregaciones y misterios ocultos del gentilismo y del hebreísmo, gimnosofistas, magos, druidas, sacerdotes de Isis y Osiris, variadísimos misterios de Egipto, Persia, Caldea, Fenicia y Grecia; cuantas invenciones en número incontable el genio del mal diseminó por la tierra desde la infancia del género humano, para su eterna ruina. Y todo esto con una particularidad la más extraña, capaz de sorprender al más reflexivo entendimiento; y es que los sectarios más volterianos y escépticos, después de divagar á su placer con el estímulo de la más desenfrenada libertad de pensamiento, vienen á la postre, renegando prácticamente de sus propias convicciones, á rendir humilde homenaje á la vulgar creencia de la maléfica hermandad; como el jovial Bazot, de quien por más suelto de pluma y libre de vergüenza, repelimos especial mención, el cual mientras pone en caricatura la candorosa fe de sus hh.: sobre este punto y se hace célebre por su festiva sátira; llegado el caso de fijar las fechas de los diferentes estatutos de la cofradía, tiene el buen cuidado de contar por los años de la grande era masónica, que es la era precisa de la creación de la luz y del mundo. Como el incomparable Ragón, el maestro sagrado y canónico por excelencia de la secta, el cual después de haber calificado con el mayor desparpajo de *fábulas groseras* la famosa leyenda de Adonhiram y demás novelas disparatadas, con gran aplomo asevera, que si el Ritual señala el *mediodía* como principio de los *trabajos masónicos* y la *medianoche* como conclusión de los mismos, es por acatamiento á la memoria de Zoroastro, uno de los primeros inventores de los misterios, que á las mismas horas habría y cerraba sus sesiones secretas: que si los templos masónicos deben *orientarse* y si

tanto se habla de *orientes* en masonería, esto se hace, para recordar á los iniciados que de los pueblos orientales les han venido los misterios de la sabiduría; y que la adopción del calendario masónico se justifica plenamente, porque siendo los misterios de la masonería tanto más antiguos que los del cristianismo, malamente podía aquella tomar por base de sus cálculos la era cristiana.

Tal es el grano de oro que de todo aquél montón de caprichosas, indigestas y falaces narraciones puede entresacarse, el testimonio uniforme de esa extraordinaria tradición, pensamiento fundamental, rasgo característico de la masonería, implícita y forzada confesión de su perversidad é infamia originaria; que por tanto no se explica por la necia vanidad de ilustrar su prosapia; ni cuadra con el afán sistemático de encubrir á los ojos de las gentes su esencia real y propia fisonomía. Ya más arriba pusimos atención sobre este punto importante, y de nuevo la llamamos, porque no debo perderme de vista en toda esta cuestión.

Ahora desembarazados de todo el fárrago de historias masonicas, que fuera de lo dicho no nos habían de enseñar otra cosa, entremos ya en nuestra familia y consultemos á los de casa, á los *profanos* digo, que de ascendencias masonicas, según aparece de la inspección de sus obras, saben más que los masones mismos, han estudiado más concienzudamente y han hablado con más verdad, como que ningún móvil rastreero los incita á embrollar y desfigurar hechos y cosas, antes el amor del bien social, noble y desinteresado, los animó y sostuvo en la no divertida empresa de aclarar lo obscuro y rastrear lo desconocido.

Nuestro plan ó método ya lo insinuamos: clasificar por grupos en línea ascendente las opiniones ó versiones más respetables acerca del origen de la masonería, y en el mismo orden

presentar con fidelidad las razones ó fundamentos de cada cual y discutir uno por uno fundamentos y opiniones. En *línea ascendente*, no de inventores ó patronos de cada opinión, sino de tiempos ó épocas señaladas en cada teoría para el nacimiento de la secta, desde la más moderna á la más antigua.

No es tanta la variedad de dictámenes entre los principales autores, como podría suponerse, según es de ver en el adjunto catálogo.

1. Origen moderno.—*La Civiltà Cattolica* con Onclair, su traductor, Bois etc.
2. Origen sociniano.—Lefranc con el Ilmo. Sr. Fava, el Antiguo Rosa Cruz etc.
3. Origen templario. Eckert con Saint-Albin, Gautrelet, Ilmo. Sr. Deschamps, Gyr y Honrubia etc.
4. Origen maniqueo.—Barruel, Bresciani, Henrion, P. Deschamps etc.
5. Origen judaico.—Tirado, Heurelmans y otros.
6. Origen primitivo.—Negroni, Ilmo. Sr. Espivent, Mau-pied, etc.

Es muy de advertir la conducta de Benoit que tan á fondo penetró en el estudio de la francmasonería, y que en su reciente obra de la *Cité Antichrétienne*, ha dado al mundo el análisis tal vez más completo y detallado de la naturaleza, acción y orígenes de aquella. También formula como era de rigor, su voto sobre la cuestión que en estos momentos nos preocupa; pero lo hace distinguiendo. “La masonería, dice, cuanto á su *forma actual* es moderna, cuanto á su *substancia* es antigua [1].” Una distinción semejante registramos en el P. Gautrelet [2] y hasta en Saint-Albin, según el cual no es lo mismo

(1) *La cité antichrétienne* t. II, núm. 626.

(2) *La franc-maçonnerie et la révolution* 4.º Lettre.

hablar del origen que hablar del principio de una institución [1].

¿Conque en la solución del problema, cabe una distinción? ¿y esta distinción, según se vé, viene motivada?

Razón es, por consiguiente, antes de entrar en la lid, recorrer el campo despacio, precisar atentamente el objeto de la contienda y demás prudentes condiciones; ó para hablar en prosa corriente, menester es deslindar bien el estado de la cuestión. Pues bien, ¿de qué se trata? De averiguar cuándo principió á existir una secta, sociedad ó institución que hoy se llama francemasonería ó masonería. Luego lo que ante todo procede, es aclarar bien el concepto de esta masonería, explicar lo que ella es en sí, según la idea primordial é invariable que en ella campea ó el principio vital que la informa y ha informado siempre, conforme al fin general de su acción y en virtud de las propiedades ó caracteres que la completan; para que así todos convengamos ó debamos razonablemente convenir en una misma cosa, sin licencia para fantasear definiciones á capricho como quien acuña medallas por su dinero. Que de no emplear esta cautela, bien podríamos contender hasta el fin de los siglos y no llegar á entendernos nunca.

Además podría suceder que esta institución ó secta, apellidada hoy por hoy masonería, sin dejar de ser la misma, hubiese cambiado nombres en las distintas épocas de su existencia, como los cambian por trozos los caudalosos ríos en la dilatada prolongación de su curso. Tanto más que ya Ragón os nos euró de espanto, diciéndonos que eso de *Franc-masonería*, por ejemplo, no es más que un nombre *encubridor* [*voilateur*]. Así es que por la fruslería de un epíteto, no nos habremos de romper las cabezas; lo que vale es la cosa.

(1) *Les franc-maçons*. Chap. I.

Por último, ¿quién no reconoce que una institución puede revestir formas diversas ó recibir nuevos modos ó sistemas de organización por la fuerza de circunstancias accidentales, ó por influjo de tiempos y lugares? Por lo tanto, justo será atenernos á la *substancia* de la institución ó ser social, hecho á un lado lo accidental y transitorio.

La rectitud ó justicia de estas dos últimas observaciones no habrá quien las ponga en duda, toda vez que se comprueban con ejemplos de la historia á manos llenas; pero no se debían pasar por alto para necesario esclarecimiento del asunto y en obvio de futuras dificultades.

Es decir, en resumidas cuentas, que lo que ahora interesa, es fijar la noción exacta de la masonería y sacar del común sentir y lenguaje de los autores lealmente interpretados, una definición que en lo substancial haya forzosamente de ser admitida por todos, so pena de incurrir en la nota de cavilosidad ó orgullosa suficiencia contra la general corriente. Lo cual, una vez conseguido, y sin echar en saco roto en el ínterin las dos precedentes observaciones, el estado de la cuestión resultará claro y despejado, que es lo que sobre manera importa.

Por segunda vez y con mucha más razón que la pasada, rechuzamos la autoridad de los masones en este punto. ¿Cómo los que hasta en lo más insignificante, hacen profesión de secreto con ley severísima y bajo terribles penas, á la buena de Dios sin más ni más nos iban los muy inocentes á yender en la definición de su secta el más profundo de sus misterios, entrañando en su naturaleza propia, en su fin interno y último y en los consiguientes modos de conspiración al fin? ¡ellos, los que por base de conducta adoptan y manejan la impostura, la mentira y embuste en todas sus formas, según que cumplidamente probaremos en su lugar, se nos iban á entregar atados de pies

y manos con el vínculo de una definición franca é ingenua? Los muy taimados nos saldrían con la vieja cantinela de que la masonería es una sociedad filantrópica, dedicada al estudio de la moral y de la alta filosofía, y que todo lo demás, fuera de esto, es vil calumnia. A su tiempo te clavaremos en la picota, para que todos vean tu ignominia, so hipócrita.

Y volvámonos nuevamente á los nuestros, que es gente de verdad y de honradez.

¿Qué nos dicen cuanto á lo substancial, ó qué idea genérica, bien que bastante determinada, nos dan de la masonería?

En 1747, uno de los primeros que con mejores informes escribieron por aquel tiempo, el autor de los *Franc-maçons écrasés*, el abate Larudan, según algunos, el publicista Perau según Claudio Janet, de quien tomamos la cita, afirma que la masonería “á través de las alegorías referentes á la reedificación del templo de Salomón, se propone por objeto la destrucción de todas las religiones reveladas, para traer al hombre á la simple religión natural y al completo desquiciamiento del orden en la sociedad civil.” Entre paréntesis, ya sabemos á donde va á parar esa religión natural, al deísmo fantástico, al neto ateísmo, á la carencia de toda religión.

Nótese desde luego el doble carácter que atribuye á la secta *anticristiana* y *antisocial*.

Como anticristiana, por sociniana, y como antisocial, por espontánea consecuencia, la presenta el abate Lefranc [1] en 1791, y le hacen coro el Ilmo. Sr. Fava y el Antiguo Rosacruz.

El esclarecido P. Barruel, uno de los grandes maestros en el Arte Real, bien que *profano*, en dos palabras condensa el

(1) *Le voile levé pour les curieux.*

resultado de sus largas y exquisitas investigaciones, y retrata aquel famoso *jacobinismo*: *Guerra á Cristo y á su culto: guerra á los reyes y á todos los tronos* [1]: lema que todo lo dice y encierra más de lo que dice.

No hay que preguntar, cómo pensarán los discípulos fieles del P. Barruel, todos los que de más cerca ó más lejos pisán sobre sus huellas y que buscan la ascendencia de la secta entre los templarios, los maniqueos ó los judíos: de tales padres, según nos los pinta la historia, tal ha de ser la hija.

Ni hemos de quebrarnos la cabeza en averiguar el parecer de todos los que tras la máscara de políticos desalmados, audaces sofistas y charlatanes filántropos de la ominosa cofradía, ven asomar reclamente informados la horrible faz del rey del Averno.

Para no repetir enfadosas variaciones sobre el mismo tema, baste saber, cómo el P. Deschamps, el más diligente compilador contemporáneo de casi todo cuanto hay y se conoce de la masonería, la define con un solo rasgo: La REVOLUCIÓN; pero la revolución que esencialmente consiste en negar la coordinación de todas las cosas y la subordinación de todas las acciones humanas á su fin último natural y sobrenatural [2]. En el mismo sentir abunda su ilustre continuador, Claudio Janet.

De un plumazo traza su exacto diseño Benoit: la *Ciudad anticristiana*.

Aunque asaz difusa, buena es la descripción hecha por el P. Gautrelet: "Una sociedad de hombres sin religión, unidos por medio de una misteriosa organización y de horribles juramentos bajo la oculta dirección de jefes invisibles, para hacer la guerra á la Iglesia y á la sociedad, y con el especioso pretexto

(1) Memorias para servir á la historia del jacobinismo. T. 2º, C. 2.

(2) *Les sociétés secrètes et la société*. Chap. I párrafo 1.

de establecer en todo el mundo la libertad, la igualdad y la fraternidad, para resucitar el paganismo [1]."

Excelente definición la de Negroni, aparte de alguna que otra palabra supérflua: "Una congregación de hombres y mujeres, consagrados á Satanás, dedicada en política á destruir las leyes y el orden establecido por Dios; y en religión á abolir todo culto de la divinidad substituyéndole la demonolatría."

Y concluimos con dos definiciones oficiales de la Iglesia:

La de Gregorio XVI, primero, que en compendio aplica á los maniqueos de hoy [los masones], la sentencia dictada por S. León Magno contra los masones de entonces [los maniqueos]: "La cloaca donde se han juntado las doctrinas impías, las prácticas sacrílegas y abominables de todas las sectas más infames, desde el comienzo de los siglos hasta nosotros (2)."

La de Leon XIII concebida en estos términos: "El designio último de la masonería es arruinar desde cimientos toda la disciplina ó orden religioso y social, engendrado de las instituciones cristianas y sustituirle otro á su antojo, tomando sus fundamentos y leyes del naturalismo [3]."

En todas estas definiciones y descripciones y en otras que sería fácil amontonar de cuantos autores saben donde tienen la mano derecha, adviértase cómo resaltan: 1º el espíritu anticristiano y antisocial de la secta, que la informa ó especifica; 2º el fin destructor de la religión y la sociedad; 3º los medios proporcionados y modo común de obrar, la impiedad y el libertinaje. Con tales señas se pone de manifiesto, y si alguno se equivoca, será porque quiere.

Con todo esto queda claro como el agua el estado de la cuestión y no hay lugar á ambigüedades. Hora es ya de entrar

(1) *La franc-maçonnerie* Lett. 2iem.

(2) *Encl. Mirari vos.*

(3) *Encl. Humanum genus.*

en discusión, sin levantar cabeza hasta finalizar la causa de la manera más airosa posible.

El primer paladín que sale á la liza por la más próxima vecindad de origen que atribuye á la masonería, conforme á nuestro método indicado, es la *Civiltá cattolica* con su estudio ó ensayo, *puesto en orden, revisado y traducido por Augusto Oncclair, presbítero* (1).

La masonería tal como hoy existe y funciona, habla la *Civiltá* por boca de Oncclair, es creación del siglo pasado, nacida en Inglaterra por los años de 1717. Los estatutos que la llamaron á la vida, tienen por autores principales á Teófilo Desagüliers, pastor calvinista desterrado de Francia, al arqueólogo Jorge Payne y á Santiago Anderson, predicador en la corte de Inglaterra. No es esto decir que saliese de la cabeza de estos de un solo golpe, sino que fué concebida, creció y maduró por grados, como todos los partos del espíritu humano, pasándose la cosa así (2).

Que en Inglaterra duraba todavía el gremio de constructores de oficio ó albañiles, llamados por sus franquicias *franmasones* (libres albañiles, *freemasons*). Que en 1607 tuvieron por patrono ó síndico régio á Iñigo Jones el cual se pone á darles lecciones de arquitectura. Con esta medida se escamaron de las logias muchos del oficio, y entró en cambio mucha gente extraña de pro, en calidad de agregados *accepted masons*. Esto en 1618: hé aquí el embrión de la masonería moderna ó cuerpo de reclutas. Más tarde los pobres albañiles por falta de trabajo se dispersaron á buscarlo donde lo hubiera. Quedaron predominantes los agregados ó supernumerarios y en 1633

(1) *La Franc-Maçonnerie dans ses origines, son développement physique et moral, sa nature et ses tendances.*—Bruxelles, 1875.

(2) *Ibid* LICL.

celebraron una grande asamblea, constituida ya en sociedad secreta.

¿Cómo se efectuó esta transformación? Vamos allá.

Es un hecho histórico la propensión de los hombres ilustrados de entonces en las regiones septentrionales de Europa á formar sociedades secretas, para dedicarse con toda libertad á las ciencias, al propio perfeccionamiento, á la mejora de las clases inferiores y á impulsar los progresos de la religión y la moral. Para esto enardecían los ánimos los libros de algunos insignes autores, compuestos en forma novelesca y sembrados de risueñas pinturas, la *Nova Atlantis* de Bacon principalmente. Y es cosa averiguada que por el corte de esas ficciones, la gente instruida de Holanda, Alemania é Inglaterra, instituyeron en esta época varias sociedades secretas.

Una de tantas fué fundada en Londres conforme al patrón de la *Nueva Atlántida*. Sus miembros por favor de algunos de los agrégados, para esquivar pesquisas, se reunían en una logia masónica, parando en hacerse todos masones en 1646. Elías Askmol los armó de rituales de iniciación, tomándolos parte de los usos de los albañiles ó constructores, parte de los misterios griegos y egípcios. Después de la tormenta revolucionaria de Cromwell, los socios se reorganizaron conforme á los estatutos de 1633. Y colorín colorado. . . . tal es la respuesta á la anterior pregunta.

No progresó gran cosa en la segunda mitad del siglo XVII la sociedad secreta de hermanos *agregados*: pero los obreros constructores vinieron tan á menos, que desde 1700 no hay testimonio por ningún edificio, de que existiesen como gremio. Con lo cual quedaron los primeros dueños absolutos del campo.

Un decreto de la logia de San Pablo (1703) que comunicaba á todos sin distinción los privilegios de los albañiles, abrió las puertas á hombres de toda clase.

Mas ¡ay! que la logia de Yorck apenas alentaba (1714); y allá se iban todas las demás. Urgía una reforma. Encargaron de ella á los tres hermanos arriba mencionados, (Desaguliers etc.), quienes entregaron los nuevos estatutos en 1717. Asamblea general: elección de una Gran Logia provisional: elección de Antonio Sayer como Gran Maestre de la Orden. De 1717 á 1722 se pulen y redondean los estatutos aprobados: se publican en Londres el 17 de Enero de 1723. Aquí empieza la masonería.

Esta exposición la hemos extractado lealmente párrafo por párrafo del primer capítulo de la obra citada y desafiamos á cualquiera que nos arguya de falsedad ó inexactitud, sea por comisión ó por omisión, por carta de más ó por carta de menos.

Expuesto el sistema, vengamos á las pruebas. Derecho nos asiste para exigirlas, si no me engaño; porque en asuntos controvertidos nadie le tiene para hacerse creer bajo su palabra. Pues bien, desojándonos para topar con dichas pruebas, no encontramos mas que las siguientes, al fin del mismo capítulo.

Si la masonería hubiese sido anterior, “¿cómo la Iglesia no habría descubierto hasta el siglo XVIII las teorías y los hechos que la obligaron á condenar la sociedad masónica? No, la masonería no tiene otros orígenes ni se remonta á época más antigua de la que le hemos asignado CON LA HISTORIA EN LA MANO.” Esto se confirma: “1º por la semejanza que existe entre los usos y principios masónicos y los desarrollados en los citados escritos del siglo XVII. 2º por la conformidad de las tendencias masónicas con las de la época y del país en que nació la sociedad.” A cada uno de estos dos puntos, sigue un ligero desarrollo ó explicación, y . . . pare vd. de contar: ni para un remedio se da alcance á ningún otro argumento.

A la verdad no nos parecen concluyentes las pruebas adducidas en pro de la opinión modernista. Revistémoslas por su orden.

1^a Que la Iglesia no condenó la sociedad masónica hasta Clemente XII en 1738. Es ilusión ó amfibología. No la condenó hasta dicha época, bajo la denominación de *Libres constructores* ó de *Francomasones*, con que en su gravísima censura los marca el venerable Pontífice; pero bien condenados los tenía la misma Iglesia bajo otros nombres y disfraces desde mucho atrás. ¿O nos querrán decir, lo que seguramente estará muy lejos de su ánimo, que el rayo pontificio no hirió mas que el título ó dictado de esa gente enemiga? Tanto más que adelgazando el hilo del discurso, como el Papa en la Constitución no determina otros fundamentos de su justa providencia que la "afectación de una aparente honradez natural, el estrecho é impenetrable pacto, el riguroso juramento prestado sobre las Escrituras Santas y bajo las más terribles penas, con que se ligan hombres de todas las religiones y sectas," podría alguno salir con la ocurrencia de que la condenada fué otra sociedad secreta de tantas, por ejemplo, la nefanda sodomítica del duque de Vendôme y demás canalla cortesana de Luis XIV, no la masónica. Y fundados en esa especie de indeterminación y en el sentido latente del argumento opuesto, sería lícito avanzar más todavía, y decir que la actual sociedad masónica, tal y como hoy existe, está organizada, funciona y es conocida por descubrimientos y hazañas posteriores á aquella fecha, es la que anatematizaron los Pontífices sucesores de Clemente XII, y que por consiguiente en fuerza de la razón dada, solo entonces, ni un día antes nació.

Pero dejando esta retorsión de argumento, como la llaman los dialécticos, que bien sirve por lo demás para jalear á los campeones de este sistema, es muy cierto que Clemente XII

fulminó el anatema contra la masonería, según se desprende de los fundamentos arriba transcritos, conforme lo demuestran los motivos que le impulsaron á semejante medida "para preservar sobre todo la integridad de la verdadera religión" (esto es, contra el influjo antierístico de la secta), y "para alejar del mundo católico el peligro de trastornos," (contra el influjo antisocial de la secta).

¿Apetecen saber nuestros adversarios, por qué no avino antes de la famosa data la reprobación de la Iglesia? No se tendrá á irreverencia penetrar en los secretos del gobierno superior y economía eclesiástica, si nos guía y ampara la luz y autoridad de una enseñanza pontificia: *Nuestros Predecesores*, nos dice León XIII en la Encíclica *Humanum genus*, "pronto reconocieron á este capital enemigo, en cuanto saliendo de las tinieblas de la conspiración oculta, se lanzó al ataque á la claridad del día." Luego, para dar otro tiento ó pequeño susto á nuestros contendientes, luego la masonería existía y se bullía y hacía de las suyas antes de nacer. ¿Cómo así? Pues vean vdes.: según la palabra de León XIII, en cuanto el *capital enemigo* saltó á combatir en la cara del sol, al instante los Papas le reconocieron, y le condenaron, se entiende; el primero de todos Clemente XII y lo nota el Pontífice reinante. Es así que según vdes., entonces, en aquel preciso momento, nació el *capital enemigo*. Pues saquen la consecuencia y ayúdenme á sentir. Porque antes, es decir, antes de lanzarse al campo, antes de ser reconocido é incontinenti condenado, antes de *nacer* ese capital enemigo, había estado trabajando, me lo asegura León XIII, *en las tinieblas de la conspiración oculta*. Pero no hagan vdes. caso; que un susto quita otro, como un clavo otro clavo.

Sí, lo repetimos; la masonería antes de haber sido condenada con este nombre especial, lo había sido bajo otras denominaciones y disfraces. No se llamaba entonces masonería, pero

era lo mismo que es hoy la masonería, la secta antieristiana y antisocial. ¿No convenimos en esta definición? ¿no la demostramos? Luego fuerza es aceptarla, plazca ó desplace: la verdad y la razón se imponen.

Comenzando por los tiempos más inmediatos á los pretendidos orígenes modernos de nuestros contrincantes, la secta antieristiana y antisocial fué condenada en 1642 por el Sumo Pontífice Urbano VIII.

Que esa era el *jansenismo*, una herejía, y la condenación recayó simplemente sobre el *Augustinus* de Jansenio, no sobre ninguna agrupación de hombres, sobre ninguna sociedad. — ¿Qué nos cuentan esos señores? Primero: ¿no quedamos acordes al plantear el estado de la cuestión, en que por un título ó por otro, no nos habíamos de romper la crisma? ¿qué más le da que lo que hoy se nombra masonería, vocablo *encubridor*, según advertencia de Ragon, en 1642 se nombrase jansenismo? ¿No pactamos también de común beneplácito y por sano consejo de razón, que era menester atenerse á la *substancia* de la cosa, desestimada la *forma*, variable é hipócrita? ¿á qué armar pendencia sobre si se presentaba ó no con facha de herejía? Como si la masonería de hoy no fuese herética: se lo han de preguntar al Ilmo. Sr. Fava, que les sellará la boca con toda su excelente obra, *Le secret de la Franc-maçonnerie*.

Segundo: vengamos á cuentas. ¿Se atreverá nadie en serio á negar que el jansenismo fuese verdadera secta antieristiana y antisocial? Verdadera secta con sus principios, su plan general de acción, su organización, su dirección oculta, su infatigable actividad para la propaganda y la recluta, su imponente ejército que pasaba de *legión*; y para ofrecer más puntos de contacto con la actual masonería, con sus misterios, con sus prácticas secretas, con los medios masónicos de acción, la mentira,

a impostura, la hipocresía, la violencia, con el mismo fin destructor, hasta con sus puntas y collar de magia ó espiritismo, y de satanismo, y por no dejar, hasta con sus nombres de guerra y su *caló* especial al estilo masónico. ¿qué más quieren? Que Bayo, el doctor de Lovaina, participa de los sentimientos de Lutero y Calvin; que consume su vida en la agitación y las disputas, ya retractando, ya renovando errores, y dejando la fatal herencia de sus venenosos escritos al predilecto discípulo Santiago Janson; que este la traspasa á Cornelio Jansenio, por más hábil, esperanzado y no sin razón, de haber encontrado en él á su hombre; que Jansenio se va de París con su camarada de universidad Saint-Cyran á la tierra de este, Bayona; y allí pasa con él algunos años, y anda caliente el complot, y se empolla el huevo de que ha de salir Bayo resucitado.

Infernal conjura de los *siete* en la cartuja de Bourg-Fontaine [1721], donde queda asentado el plan general y tiradas todas las líneas para la radical destrucción de la Iglesia y de la civilización cristiana, con proyectos tan horribles, que uno de los siete se espanta, se arrepiente, habla. No importa: separados se corresponden, viajan cual misioneros del demonio, conferencian; hasta España, ¡incredible osadía! corre Jansenio á tender sus redes, bien que la Inquisición le ahuyenta; no perdonan fatiga, ni reparan en medios; á la vida de Richelieu se atenta, que encarcela á Saint-Cyran en Vincennes. Pero ¿qué? si no se ha dormido en el entretanto aquel Janson, que cuenta por suya la universidad de Lovaina en peso: si Jansenio es ya el obispo de Iprés y dió la última mano á su formidable máquina de guerra, si cunde y arde por momentos la conspiración maldita y aprisiona en sus mallas, obispos, doctores, magistrados, literatos, ingenios de primer orden, numeroso clero, congregaciones religiosas, monjas, damas, cortesanas. Jansenio ¡ay! paga tributo á la muerte. . . . si valió ó no valió su retractación, allá

Dios en sus arcanos. . . . y deja su libro sin estampar. Pero todo está preparado, encendida la mecha: de repente estalla con fragor horrisono y espantable ruina, la bomba explosiva, digo, sale á la luz de la hermosa Bélgica el *Augustinus* [1840], plagió vil y miserable de Lutero y Calvinó: dignos funerales de tal padre: último gozo de Saint-Cyran, el cual muere también. Ya tiene su bandera la secta, que despliega al aire orgullosa y ébria de rabia, llamando á general ataque contra Dios y su Cristo y tomando por campo de operaciones el mundo entero; *¡Ay de la tierra y del mar!* ¡Ay de Europa y de los lejanos continentes, que son teatro de apostólicas empresas, las más esclavescidas! *porque descendió á vosotros el dragón abrevado de ira.*

Empéñase la descomunal batalla. Libros de todo linaje, emponzoñados, infinitos en número, erudición, sátira, audaces polémicas, intrigas palaciegas y curialescas, austeridades hipócritas, virtudes sospechosas y purezas diabólicas, hervidero de mil pasiones, taller de calumnias y difamación, máquina de artificios, capciosidades y sofisismas inacabables, ríos de oro corruptor, ingenios prostituidos é indignidades de grandes hombres, maquiavelismo sistemático, tramas, juntas y prácticas impenetrables, pastores convertidos en lobos carníceros, eminencias rebajadas al ras del suelo, lumbreñas apagadas, fortísimas columnas que tiemblan, el dogma y la ley sacrosanta puestos en cantares de escarnio, perturbación y muerte de las conciencias, inaudito escándalo y durable perdición de un gran pueblo cristiano, la autoridad más augusta pisoteada con risa y besa, fanatismo más que musulmán, convulsiones, torpezas, desvergüenzas, espiritismo real y positivo, trastorno y confusión de infierno, apostasía, pandemonium, ceguedad, tinieblas más palpables que las de Egipto, caos universal de los espíritus. *¿Crees, si el Hijo del hombre encontrará fe en Israel?* Derrúmbase entre clamorosos llantos y regocijados aplausos el más resistente ba-

tuarte de la Iglesia. Sucumbiste, hija de Ignacio, con heroísmo, con inmarcesible gloria, siempre digna del nombre de Jesús que fulgura en tu frente: hija de Jesé, inclina la cerviz á la cuchilla del padre que te inmola por soberano querer del cielo. A tu sacrificio sucederán otras nobles víctimas; y poco después de la consumación de la iniquidad, sobrevendrá el general catolicismo, que desde el centro de Europa se extenderá á toda la tierra y la asolará por largas edades. *¡Ay de la tierra y del mar! porque descendió á vosotros el dragón abrevado de ira [1]!* Quiero decir, la masonería eclesiástica que es el jansenismo, inseparablemente hermanada con la masonería laica, y que de vez en cuando desdeñando el antifaz, se presenta del brazo con esta á la espectación de las gentes de una manera oficial y solemne, coíno en el Parlamento de París, por ejemplo, para opacarse por último y desaparecer de la vista del mundo, concluido ya su encargo, cediendo satisfecha de allí en adelante la preferencia y el mando á la masonería laica [2].

Quien deseare ver actuadas y vivas en hechos y personajes las figuras de lenguaje y rasgos generales de nuestra descripción, el desarrollo cabal de aquel duradero y lamentable drama con sus variadas escenas, cuadros, caracteres, sorpresas, luchas, peripecias y con los demás pormenores de aparato y representación, y pasos de entre bastidores, eche los ojos á la *Historia eclesiástica* de Henrion en las épocas correspondientes á los sucesos, y encontrará perfectamente justificadas nuestras indicaciones y apreciación general. Y cuenta que allí no está todo. A pesar de cuanto por aquellos tiempos se dijo y se publicó, ¡qué alto prez habría alcanzado para la Iglesia, qué brillante honor habría granjeado á su Madre, la pía, sabia y siem-

(1) Apocal. C XII.

(2) Vid. *Dell'influenza dei Giansenisti nella Rivoluzione di Francia*.—Ferrara.—1794.—El autor de esta notable obra fué el jesuita español, P. Gustá.

pre celosa Compañía de Jesús, que tantos laureles conquistó en aquellas luchas, si el distinguido redactor de la *Civilta*, cuya opinión venimos rebatiendo, hubiese tomado á pechos la magna empresa de desenterrar y sacar á la luz del día lo mucho, que á no dudarlo yace todavía sepultado bajo discretas sombras. ¡Eso sí; trabajando con la insuperable constancia y sagacidad de un Cretineau-Joly para escarbar y allegar noticias y papeles; con la generosa valentía, donaire y frescura de un Drumont, para relatarnos la historia de tantas maquinaciones y tantas infamias.

Para rematar la exposición de nuestra primera prueba sobre si después de cuanto nos patentiza la historia en forma la más auténtica acerca de aquel largo período de tan aciaga memoria, el jansenismo se ha de reputar y calificar, ó no, de verdadera masonería, y de la más fina en calidad, por verdadera é inequívoca *secta anticristiana* y antisocial, venga Dios y dígalo. Aquella masonería, por otro mote jansenismo, fué condenada por la Iglesia, en cabeza de un libro sí, pero de un libro alzado como estandarte de rebelión por una sociedad organizada en regla, y fué condenada en 1642, un siglo antes, poco menos, de que la permitan nacer nuestros adversarios.

Sigamos retrocediendo más para arriba hasta 1546: otra condenación de la masonería, con un siglo de delantera sobre la que acabamos de mencionar: la condenación más antigua, hace más cierta la más moderna. Para cerrar la puerta á dificultades impertinentes, apresurémonos á hacer constar: que en esta misma data de 1546, coloca el primer establecimiento de la masonería el mentado Lefranc [1], ilustre mártir de la religión, sacrificado en París por la tiranía masónica en 1792; al cual, por común voto, algo se le alcanzaba de achaques de ma-

(2) Voile levé pour les curieux.

sonería, como uno de sus primeros y más entendidos denunciantes del siglo pasado.

Que á nuestros opositores se les antoja insuficiente su autoridad. Pero no contradecirán al egregio obispo de Maguncia, Ilmo. Sr. Ketteler, sin agravio de su sabiduría y demás insignes méritos, cuando en su famosa obra titulada *Libertad, Autoridad, Iglesia*-asienta, que la actual masonería procede del deísmo y que se apareció en Inglaterra como al término del siglo dieciseis.

Ni menospreciarán la reconocida competencia del Exmo. Card. Dechamps, cuando se arrima al sentir del docto Ketteler y aun lo apoya con algunos antecedentes históricos [1].

Mucho menos si al valor de estos dos graves testimonios añade el peso de su más absoluta conformidad el Ilmo. obispo de Grenoble, Sr. Fava; quien ante todo hace suyo el relato completo del P. Lefranc, con aquella enumeración entre otras cosas, de los varios nombres de los masones: de *Hermanos Unidos*, *Hermanos-Polacos*, *Hermanos-Moravos*, *Frey-Maurur*, *Hermanos de la Congregación*, *Free-Murer*, *Frey-Maçons* y *Free-Masons*: luego confirma su sentencia con algunas respetables citas, con la de Feller sobre todo. Porque Feller en su *Diccionario histórico*, universalmente acreditado entre los sabios, en su artículo de Lelio Socino ó de Ochino, que no tenemos á la mano, aducido por el Ilmo. Sr. Fava, textualmente narra lo que sigue:

“En esta junta de Vicencia se acordaron los medios de destruir la religión de Jesucristo y se formó una sociedad que con progresivos crecimientos, trajo á fines del siglo XVIII la apostasía casi general. Cuando la República de Venecia, informada de la conjuración, apresó á Julio Trevisano y á Francisco de

(1) *La franc-maçonnerie*, Paris 1874.

Rugo, que fueron ahogados; Ochino se escapó con todos los demás: dispersada con esto la sociedad, vino á resultar más peligrosa, y *esta es la que hoy se conoce con el título de Francemasones.*

“Y más abajo añade el mismo Feller, al hablar de la muerte de Fausto Socino: “La secta sociniana, lejos de perecer ó de venir á menos por la falta de su cabeza, vino á más, por el gran número de personajes y de sabios que abrazaron sus principios.” Hasta aquí la cita del Ilmo. Fava [1].

Sépase que si la católica república de Venecia persiguió de muerte á la malvada sociedad, fué por mandato riguroso del enérgico Paulo III [2], y semejante mandato bien equivale á la más expresa reprobación, para que con toda propiedad sea dicho que la Iglesia la condenó. Y la tal sociedad revestía ostensiblemente la forma de herejía, y esto no obstante, los autores mencionados, por no añadir otros, al momento columbraron y denunciaron en ella á la secta anticristiana y antisocial de nuestros pecados, á la detestable masonería.

Ascendiendo contra la corriente de los siglos, fácil nos sería acumular sobre éstos dos, otros cien fallos condenatorios de la Iglesia; pero tan pérpetrios son los aducidos, que bastan y sobran, para la más satisfactoria réplica á la afirmación contraria.

Luego, clavéteenos bien la consecuencia, la condena de 1738 fué precedida con gran anterioridad por muchas otras; y la Iglesia, desde siglos atrás, había conocido la cara, y andado á las vueltas con su *capital enemigo*. Luego el primer argumento formado á favor del origen moderno de la masonería, estriba todo en una suposición gratuita, deleznable, falsa por sus cuatro costados, y se viene abajo por su propio peso.

(1) *Le secret de la franc-maçonnerie Ch. I.-Lille, 1883.*

(2) *Baron. Annales ecclesiastici, an. 1546, n. 157.*



Pasemos á dar debida cuenta del otro formidable argumento recapitulado en estos formales términos, un si es no es arrogantes: "No: la masonería contemporánea, no tiene otros orígenes, no se remonta más allá de la fecha que le hemos señalado, *con la historia en la mano.*"

¡Alto! Como en las polémicas á veces hay de todo, deshágámos anticipadamente aquel equívoco de "masonería contemporánea," para no caer en alguna zancadilla, ó no gastar palabras ociosas. Si por ese *contemporánea* se denota la masonería apelidada *hoy* con este mote, la masonería organizada *hoy* de tal ó cual modo especial, y que funciona *hoy* bajo tal ó cual forma transitoria, convenido, caballero; la contemporánea es . . . la contemporánea y antes de nosotros no fué nuestra contemporánea; claro está y no hay más que decir. Pero si se propuso dar á entender, y es lo que supongo, que antes de esta contemporánea, no hubo tal seeta antieristiana y antisocial, con tal ó cual forma y apodo, ni tales carneros, aquí estoy yo, bien que poco valga, para volverle al cuerpo aquel enfático, *con la historia en la mano.*

A la verdad, hablar de historia en términos tan generales, en los tiempos que corren sobre todo, con esa facilidad callejera, por decirlo así, para *hacer* historia, y más tratando de comprobar con ella un hecho tan oscuro, tan enmarañado de suyo, y luego confundido de intento con variedad tan prodigiosa de versiones, hablar así á bullo de historia es hablar de la mar. Por esto nos causó sorpresa afirmación tan rotunda y aquella frase no muy modesta que digamos, *con la historia en la mano*; y despabilando los ojos, nos dimos á repasar muy de asiento las páginas de la exposición histórica que dimos extractada con todas las citas que las calzan, sin dejar una, á caza de la cacareada historia; y efectivamente nos topamos allí por junto con los siguientes autores y sus obras respectivas:

H.: Reboli. — Historia general de la Francmasonería.
 H.: Finel. — Historia de la Francmasonería.
 H.: Tory. — Acta Latomorum.
 H.: Preston. — Ilustraciones sobre Masonería.
 H.: Favre. — Documentos masónicos.
 H.: Kloss. — Historia de la Francmasonería en Inglaterra, Irlanda y Escocia:

Constitución de los Francmasones, Londres 1723. — Total: seis autores masones, más una pieza masónica.

¿Esta es toda vuestra historia para arrojarnos *plenis buccis* aquella decretaria sentencia, *con la historia en la mano*? Apaga y vámonos.

Como en la dilucidación de un hecho tan ardorosamente controvertido, sobre el cual bien se habrán ejercitado algunos centenares y aun millares de escritores, citar seis autores y un documento de una sola parcialidad y esta tan interesada, tan sospechosa y por muchos títulos recusables, no es citar nada; como por otra parte el alegar en comprobación de algún hecho *la historia* así en globo, á carga cerrada, se entiende en el mundo literario de la historia incontestable ó no contestada razonablemente por autores de alguna fama y buena nota; de la historia representada por la totalidad ó la mayoría al menos de sus principales y justamente más acreditados autores; siendo esto así, como innegablemente lo es, derecho nos asiste para responder secamente, con aquella cara *feroce* del argumentante picado, al medio aportuguesado sostenedor de la opinión modernista, *nego*, y esperar impávido otras pruebas; ó bien más sencillamente, para cortarle el vuelo con el vulgar: hermano, á otra puerta, que por acá no cuela; ó soltarle sin contemplaciones el otro dicho más expresivo: á otro perro con ese

hueso, dando por bien rematado y despachado en regla el pretencioso argumento de *con la historia en la mano*.

Pero nosotros no hemos de mostrarnos tan crueles y vamos á entretenernos en sacarle el meollo á esa ponderada *historia*.

Desde luego nos maravilla que el distinguido P. N. Deschamps, uno de los hombres, si no el primero, que en los últimos años ha hecho investigaciones y estudios más serios y profundos sobre la masonería; aquel cuya obra elogió el Ilmo. Sr. Fava, diciendo que había realizado cumplidamente el famoso programa del Ilmo. S. Ketteler sobre la materia; sumamente nos extraña que en su sexta edición, refundida, aumentada y continuada por el no menos entendido Claudio Janet, á pesar de que dedica dos largos, concienzudos y magistrales capítulos á los orígenes de la tenebrosa secta; allí alega, desentraña y comenta multitud de autores y libros de primera nota, de toda edad, de todas naciones, de toda religión y procedencia, de toda estofa, masones y profanos; y lo que es más, allí sigue punto por punto el hilo de la exposición histórica, que nos regalan nuestros contrincantes, con la recomendable diferencia de que endereza ó rectifica, completa y amplia pródigamente los datos y noticias de ellos, convirtiendo su obra de aprendices en obra de un maestro hecho y derecho; nos sorprende en gran manera, repetimos, que á pesar de tales antecedentes, no hiciese vela para el partido de ellos, ni mérito siquiera de su sistema, y que á pesar de tanto saber histórico, no acertase á avizorar aquella historia que ellos tenían en mano y tremolaban con aire de triunfadores. Mal precedente, pésimo; que pone de manifiesto, como para precisar una fecha ó deslindar una genealogía, no basta escojer con más ó menos visos de fundamento un tronco ó una data; y luégo á partir cuidadosamente de ella para abajo hilvanar una historia más ó menos

real ó verídica, pero bien contada, para decir luego con tono de suficiencia cual maestro á sus doctrinos; señores, no hay más allá, ni más arriba, *con la historia en la mano*. Cuando lo que procede en estos casos es, lo primero de todo, por riguroso método de eliminación ó con otro género de pruebas sólidas é irrecusables, establecer y determinar firme el tronco ó la data, que es el eje de la cuestión, y en seguida llenar el hueco de la historia de la manera más plausible. Así es como debe hacerse para que no nos den con la badila en los nudillos, y por malos argumentantes no nos manden noramala, acusándonos una *petición de principio*, según que la llamaban los rancios.

De suerte que por falta de historia, ó sea pobreza de citas y consiguiente nulidad de la prueba; por el silencio absoluto y aun resuelta oposición del P. Deschamps, con todo y conocer éste aquella pequeña historia y mucha más historia análoga; y por esta petición de principio que acabamos de descubrir, lícito nos fuera desechar el campanudo argumento histórico y dar por terminada nuestra comisión con éxito satisfactorio.

Pero ya entramos en ganas de seguirles el humor y queremos tomarles el pelo en el examen de las autoridades aducidas.

Todas ellas son masónicas. En la cuestión presente, fíjese el lector en nuestras palabras, no digo las siete pobres alegadas, muchísimas más que fueran, ¿qué valen *por sí solas*? Nada. Ya tocamos este punto y apuntamos nuestras razones: si para extenderlas no acumulamos allí los innumerables pasajes masónicos que tal vez fuera menester para el caso, es por lo enfadoso é inaguantable de la tarea, tanto para el escritor como para el lector, y por la facilidad de convencerse cualquiera con solo una vista de ojos girada á una biblioteca masónica. Por lo demás quedan en pie las dos razones ó motivos de incompe-

tencia masónica en aquel lugar indicadas, ineptitud y mala fe: la ineptitud, testificada por los dos doctores máximos entre otros del Orden, que así fastuosamente se bautiza la banda cosmopolita, de cuyas críticas, chanzonetas y palmetazos aplicados á sus imbéciles cofrades, vese algún rasguño en Saint-Albin [1] y en el Antiguo Rosa Cruz [2]: la mala fe, demostrada no solo en las amañadas explicaciones de los maestros,.,, sino también á *priori* con el sistema de superchería y dolo usado por la cofradía. Ciertamente juro por el poso de mis padres, que quien se emperre en sacar en claro la genealogía masónica por medio de los autores idein á través de sus anacronismos, consejas, infinitas variaciones y contradicciones, si no se vuelve loco, será por milagro.

Que si alguno nos echa en cara el buen partido que de los datos masónicos de toda especie se saca en otras cuestiones contra la secta misma, esto tiene obvia salida; es argumentar *ad hominem*, como decían los viejos en su compendiosa fraseología, muy cómoda por cierto; es rebatir al enemigo con sus propias armas.

En resumen, que estamos buenamente autorizados para rechazar las tales autoridades y dejar nuevamente con la palabra en la boca á nuestros contradictores. Mas les favoreceremos otra vez con nuestra indulgencia y proseguiremos dándoles cordelejo, para que no tengan queja de nuestro maltrato.

Enhorabuena valgan, aunque no debieran valer, las simples citas, las desnudas acotaciones de los seis autores y la única pieza anónima que hemos de aceptar por buenas, bien traídas, pertinentes y comprobatorias del intento, aunque no nos conste, ni nos sea dable confrontarlas por no inscribirse en el tex-

(1) *Les Franc-Maçons*. Ch. I.

(2) *La Franc-Maçonnerie*, Ch. V.

to los pasajes originales; grave omisión en tan porfiada controversia. Pero aun esto concedido, no se nos negará en buena ley, la libertad de tomar por ahí informes del mérito y valía de cada uno de esos sujetos para graduar á ciencia cierta lo que su aserto ó su dicho pueda pesar en la balanza de una crítica juiciosa é imparcial. Manos á la obra, pues, y de los seis famosos prohomhres, Rebold, Findel, Tory, Preston, Favre y Kloss, comencemos por el primero.

¡Rebold! ¿no es el analista sectario á quien tan desapiadamente fustiga y con quien tan de lo lindo se chunguea el *Antiguo Rosa-Cruz*, calificando de novela su pretendida historia, pitillándole gazapos históricos aquí y allá, sorprendiéndole en mala fe y en contradicción consigo mismo, esto sí, transcritos al pie de la letra los textos necesarios? Allá van para muestra algunos botones y se podría completar un buen mostruario, si nos pusiésemos á la faena.

Según nuestro fabulista, que así le nombra el *Antiguo Rosa-Cruz*, ¿de quiénes provino la masonería? De los albañiles y maestros constructores de Numa, segundo rey de Roma. ¿Cómo se formó la sociedad con sus misterios, sus símbolos, sus secretos. . . . hasta con sus médicos graduados supongo, etc., etc., y cómo continuó y se propagó durante siete siglos y pico, tan formal, tan compacta y bien ordenada? ¡Vaya! *esas son preguntas viles*, como decía el del romance; y aunque la historia se calla como un muerto, lo dice Rebold; así fué y tres más. —Vienen los cristianos, se hacen compinches de los masones, ladinamente se pegan á estos gentilazos para escapar de persecuciones, en buena paz y compañía se echan á correr mundo con ellos á lo gitano, y hasta los muy gorrones les piden de comer: el fenómeno de esta admirable unión y concordia se explica sencillísimoamente, nos dice el maestro; porque la esencia

del verdadero cristianismo se harmóniza con el espíritu de las logias.—Van días y vienen días, y he aquí que se vuelven las tornas: ahora los perseguidos son los masones; pero ya saben á donde ir, á los monasterios, donde los reciben con los brazos abiertos: amar es corresponder. . . . Y con este favor la van pasando ricamente años y siglos, levantando torres y catedrales, las mejores por supuesto, fundando logias y sembrando por doquiera las doctrinas humanitarias de la institución. De repente se le corta á Rebold el hilo de su bien hilvanado cuento, porque asegura que á principios del siglo XVI desaparece todo rastro de logias. ¡Vuelta á la derecha!

Pero consuélense nuestros modernistas, porque ¡vuelta á la izquierda! el mismísimo Rebold, el incomparable Rebold nos da cuenta de que reaparecieron los masones y que á la mitad justa del siglo XVII [1642] estaban conspirando por la restauración del trono de Inglaterra. ¡Buenos defensores se echaron los modernistas, cuando el patrono rogado á favor de su célebre historia, presenta vivitos y coleando, es decir, maniobrando perfectamente organizados á los masones, antes que naciesen *secundum evangelium suum!*

Mas para todo hay remedio, dado que nuestro fácil historiador, para quien lo mismo es decir hachas que erres, niega con sin igual frescura ¡otra vuelta á la derecha! que en 1681 existiese un masón ni para muestra. A propósito ¡y aquellos vetustos colegios de oficios de Numa Pompilio, primer nido amorooso de la masonería? Bian le casca las liendres el Antiguo en pena de esta última inconsecuencia. ¿Y qué decir de aquel eserpento de los Jesuitas hechos masones, que fundan logias por todo el mundo viejo y el Nuevo, dominándolo todo y aliándose con judíos y protestantes?

Y es que el bueno de Rebold debe de pertenecer á la tropa de los masones cándidos en achaques de historia, como al de-

eir del terrible Antiguo, pertenece también en cuestión de grados, cuando afirma que fuera de los tres de la masonería simbólica, todo lo demás es cháchara; ocurrencia que hace sonreír á los verdaderos iniciados.

Con que, señores de la historia en la mano, este es su apre-
ciabilísimo Rebold. ¡Quémelo! que hasta contra vdes. se atre-
ve. No sirve. Repárese el autor citado [1].

Para no pecar de difusos nos detendremos poco en el es-
crutinio de los demás autores:

Le toca el turno á Tory, autor del *Acta Latomorum*. Es uno de los historiadores masónicos más formales, y afirma con aplomo que "hasta 1717 no cesan las incertidumbres históricas respecto á la sociedad;" pero en cambio, para no desmentir el carácter de familia, mientras por un lado coloca en el año 287 de Jesucristo el principio de la secta, por otro la deriva desde San Juan Bautista, fundador de los Templarios, que no lo fué Hugo des Payens ó de Paganis, quien no pasó de ser uno de tantos Patriarcas sucesores del Bautista, elegido por los cristianos de Oriente. Además se encarniza en sostener la excomunión lanzada en 1324 por Larmenio contra los Templarios escoceses, á quienes trataba de *Templi desertores* y *Dominiorum militiae spoliatores, alias bandidos*; hecho que produjo un gran cisma entre los sectarios [2].

Ya se ve por este apunte qué estimación ni crédito merece un escritor que tales cosas dice y se contradice, ni que valdrá su testimonio. ¡Fuera!

Comparezca Findel. Es tal vez el más entonado de los seis; pero descubre la hilaza. No le consiente su despreocupación

(1) *La Franc-Maçonnerie*, par un Ancien Rose-Croix; Ch. 7, 8, 9, 1.— París, 1883.

(2) *Acta Latomorum* t. II, págs. 141, 142 y 143.

oír hablar de filiación templaria; es su flaco. Pero emite la especie de que la *Nueva Atlántida* del famoso Canciller es un impedrado de alusiones masónicas, la expone (la especie) y la prueba en juicio; porque no era esta la cuerda de su manía por una parte, y por otra no vió asomar por ahí la oreja del lobo: cuando he aquí que un buen día se presenta el h.^r. Favre, y con toda lisura, como quien no la teme ni la debe, viene aclarando de una manera demostrativa, al parecer del P. Deschamps, que es parecer de quien lo sabe, que aquel engendro del Canciller lo mismo que los libros de los Rosa-Cruces, contienen clarísimas indicaciones de los Templarios. ¡Buen fracaso! Que no fué el único: puesto que por mor de aquella idea fija, armó furiosa campaña contra la célebre *Carta ó Constitución de Colonia*, por sus notorias referencias á los extinguidos Caballeros, y aquí fué dar traspieses. Juró y perjuró, que aquel inícuo papel "había sido confeccionado probablemente á fines del siglo pasado;" siendo así que, conforme asevera Saint-Albin y con él otros escritores de valer, todas las logias se están regodeando con el documento y lo veneran como auténtico la friolera de hace dos siglos. Impugna la misma pieza, y "todos sus argumentos, habla el P. Deschamps, se reducen á decir que las ideas y el estilo no son del siglo XVI, lo cual es resolver la cuestión por la cuestión misma." Pero cuando acaba de descubrir el cobre, y muestra á las claras los puntos que calza en crítica, es al sentenciar muy serio, que "si hubiesen quedado algunas restos de la orden del Temple *en los siglos XIV y XV*, en el acto los jesuitas les habrían echado ojo y los habrían denunciado." "¡Anacronismo digno del M.^r. Ragon (1)!"

¡Salve, gran Findel! ¡Que le encorocen, aunque por desgracia no esté de moda!

(1) Deschamps. *Les sociétés secrètes* L. II, párrafo 2, nota.

Viene el saltimbanquis de Preston. El cual publicó unas *Ilustraciones sobre la masonería* con notas y parches ó añadiduras del celeberrimo G. Olivier-London: *Whitaker and C., Ave María Lane*.— Volúmen en pasta de cuero negro, con planchas doradas que representan el sol, la luna, los siete planetas, la escuadra, el compás, la rama de acaécia y la Biblia. Al final de toda la prosa siguen Odas, Antífonas y cantares sobre el arte, es decir, la masonería. El libro enseña, entre mil cosas peregrinas, que la masonería en sus cantos es *divina e infalible*, revelada al mundo en los misterios de Egipto, Persia, etc., etc., con toda la retahila. Con que Preston es músico: buena recomendación para historiador. ¿Quién es el danzante? El Rev. G. Olivier, el más fecundo y erudito escritor masónico, que en todas sus obras artificiosamente dice de la masonería todo lo que no es y niega todo lo que es; de suerte que el iniciado en la negación encuentra la afirmación, y viceversa; pero el profano y el masón de los grados inferiores queda contento y engañado. ¿qué tal danzante? Y ese es el padrino del libro de Preston, ¿qué tal músico será éste [1]?

¡Entre músicos y danzantes! Los caballeros de la historia en la mano debían de haberse respetado algo más á sí mismos en la elección de autores.

Llegamos al h.º Favre, editor de una colección de *Documentos masónicos* con la obligada introducción de siempre. De él se sirve el P. Deschamps para confirmar la noticia de los Rituales redactados por Askimol. Sus documentos valen como de tal procedencia: ciertos documentos nunca los publican los masones, y penan hasta sangrientamente revelaciones indiscretas, según es de cajón. En casos dudosos le diremos á Favre con

(1) *Studio sul massonismo*, per L. G. V. S. M. A.—Italia.—Es obra escrita con mucha chispa y con vastos conocimientos sobre el asunto.

sus documentos y todo: quien no te conoce, que te compre. Pueden emplumarlo por masón.

Cerramos el escrutinio con Kloss. Este doctor en medicina se metió á doctor en la ciencia de las ciencias y arte de las artes; como la llamaí Preston y Olivier, y á pesar de ser opuesto á la *antigua tradición* de la masonería (tome vd. consecuencial dogmatiza contando, que “la primera raíz de la institución proviene de la torre de Babel. Entonces tomó gran desarrollo. El rey Neinrod fué m.; Salomón confirmó los estatutos y costumbres establecidas por su padre; con lo cual la mas. se afianzó por todo el país, en Jerusalén y en muchos otros reinos. Nino Graco pasó á Francia y allí la fundó. S. Albano en Inglaterra dictó reglamentos y animó la recluta [1].” El que guste pasar un rato divertido con las sandeces del doctor dogmatizante, lea el discurso íntegro en Saint-Albin [2]. A éste pormajadero y á todos sus congéneres, por si algún dia á los modernistas se les ocurre traerlos á la colada, tres inamoladas selladas, como las que la Dueña Dolorida le hizo á Sancho Panza.

Reflexión final. ¿Con tales digámos his'oriadores esos caballeros se embarcaron, amasaron, figuraron y confeccionaron su estupenda, su invencible é imponentable historia, para venirnos con aire triunfal, sin admitir réplica ni dilatorias, á decir: *con la historia en la mano?*?

Ampliamente refutados y pulverizados, si la presunción no nos engaña, los dos Aquiles de la argumentación contraria, vamos en dos palotadas á contestar las dos confirmaciones que sirven de contera á los dos únicos argumentos anulados:

(1) Gautrelet, Franc-Maçonnerie, Let. 4ieme.

(2) Les Franc-Maçons. Ch. I. p. 15.

1.^a "La semejanza que existe entre los usos y principios masónicos y los desarrollados en los mencionados escritos del siglo XVII." Los escritos aludidos son la *Nueva Atlántida* y los libros de los *Rosa-Cruces*: no nombran otros el P. Oncelair y su maestro de la *Civiltá*. Para deducir la consecuencia que ellos pretenden, ignorarían seguramente la particularidad de las alusiones á los Templarios clarísimas y bien demostradas, que se encuentran en los escritos aludidos, lo cual señala la preexistencia de la sociedad secreta. La observación de Favre acerca de dichas alusiones, de que más arriba nos hicimos cargo contra Findel, viene reforzada con el voto del diligencísimo investigador Eckert [1]. Tampoco había llegado á sus oídos, que según testimonio del P. Deschamps, desde principios del siglo XVII los Rosa-Cruces aparecían á la vez en Italia y Alemania, desplegando una actividad extraordinaria; que por dicho de su historiador predilecto Findel, la secta de los Rosa-Cruces fué continuada por Valentín Andrea, nacido en 1586 y muerto en 1604; que ya en 1619 un folleto anónimo, por título *Rosæ crucis frater*, daba la voz de alarma sobre lo peligroso de esta asociación, y que en 1654 Campanella, en su libro *De Monarchia hispanica discursus*, acusaba á la cofradía de los Rosa-Cruces de que *se proponían sistemáticamente la ruina de la sociedad*; que, si alguna consideración merece la palabra de un testigo coetáneo, L. Orvio, en 1622 funcionaba en el Haya una lógica de Rosa-Cruces compuesta de los primeros personajes de la ciudad, con sucursales en Amsterdam, Nuremberg, Dantwick, Erfurt, Mantua y Venecia [2]. Datos todos estos, repárese en las fechas, que ponen en evidencia, *por la semejanza de los usos y principios masónicos con los escritos citados*, palabras de nuestros ami-

(1) *La franc-maçonnerie* t. II p. 48 y 49.

(2) P. Deschamps obr. cit. I. II. cap. 1º párrafo 3º

gos, que aquellos masones preexistentes fueron los padres de los tales escritos, no fueron los escritos los padres, maestros, consejeros, inspiradores, ni cosa que lo valga, de aquellos masones. De todos modos ya estos eran talluditos y campaban por su respeto, antes de la época en que nuestros modernistas mandaron empollar el huevo, del que poco á poco, al cabo de años mil, cerca de un siglo, la masonería rompiese el cascarón y saliese á la espléndida luz del mundo.

Vamos, que nuestros hombres se figurarían que se había quemado todas las bibliotecas y archivos de Europa, y que nadie había tenido antes, ni tendría en lo sucesivo, la humura de consultar monumentos históricos.

2º Confirmación.—“La conformidad de las tendencias masónicas con las de la época y del país en que nació la sociedad.” Pero si ya se había anticipado como apóstol de malas doctrinas, el aventurero cabalista Agripa von Nettesheim, de Colonia; si ya había planteado en París y difundido por toda Francia, Alemania, Inglaterra é Italia sus sociedades secretas; aquel Agripa, desterrado de Dole *por el odio de los frailes*, fallecido en 1535, ojo á la fecha, en olor de santidad masónica, distinguido con mención honorífica en el *Diccionario de Masones* de Gœdike. Si ya el famoso apóstata Ochino en 1546, nótese la data, paseaba triunfalmente por Inglaterra la ineradicabilidad sociniana, y el socianismo en breve infestaba cual asquerosa lepra casi todo el continente europeo, habiendo muerto Fausto Socino en 1604. Si ya á mediados del siglo XVI, los gremios de constructores se hallaban convertidos en verdaderas logias masónicas atestadas de gente forastera y compenetradas del espíritu anticristiano, sin esperar á que naciesen un siglo cabal más tarde los pretendidos fundadores de fabricación moderna [1].

(3) P. Deschamps, en los pasajes citados.

Lo dicho, á los modernistas les trastocó los papeles con maticioso escamoteo, haciéndoles trabucar nombres y fechas, algún émulo de sus glorias; ó les propinó algún bebedizo para que perdiesen los memoriales, y se olvidasen de tantas noticias como ya corrían por el mundo, cuando ellos tomaron la pluma; ó bien algún diablillo, envidioso de sus talentos, les sopló aire de vanidad en las cabezas, y con esto se lisonjearon malamente, que á semejanza del conquistador, *ante quien mudada se postró la tierra*, con presentarse ellos y lanzar al espacio su celebrado grito, *con la historia en la mano*, todos humillarían la frenje y acatarían aquel mandato y enseñanza pecho por tierra. Mas no contaron con la huéspeda, y esta huéspeda era el P. Deschamps, el Ilmo. Sr. Fava, Benoit, etc., etc., fuera de los anteriores, y de aquí su colosal derrota.

Aquí yace una valiente opinión. R. I. P.

Por enterrada, digo, nosotros la damos, mientras no se levanten nuevos paladines á resucitarla con razones y con fuerzas nuevas. No faltan, sin embargo, algunos ciegos secuaces suyos entre nuestros contemporáneos, que á prueba de desengaños y vencimientos, todavía la sueñan viva y nada ven bueno, si no es ella. Se les apunta, por ejemplo, el origen templario. ¡Já! ¡já! responden ¿quién no se rie? Se les hace notar que bien podrían haber sido los socinianos Leyenda, replican, y nada más que leyenda. Se les recuerdan ciertas páginas notables del abate Larudan (1), que refieren no sé qué de la fundación de la masonería en tiempos de Cromwell, ó mejor, de su participación en las hazañas del Protector. ¡Hermosa alegoría! contestan: ¿qué era el Cromwell del abate Larudan sino la voz de las logias francesas en 1766? Todo lo desdeñan, fuera de

(2) *Les franc-maçons écrasés.*

su opinión, ni probada, ni discutida, ni siquiera estudiada por ellos.

Desdén con desdén se paga. Allá ellos, los fatuos: siempre fué más cómodo negar porque sí la opinión contraria, que sustentar la propia.

Acabábamos de escribir las precedentes líneas, cuando llega á nuestras manos el tomo V del *Dictionnaire de Théologie* de Bergier-Le Noir, y en él un artículo *Francmaçonnerie*, suscrito por el último. Muy extendido está el Diccionario de Bergier, y el abate Le Noir se ha dado á conocer por varias publicaciones: no nos es lícito pasar por alto algunas notables inexactitudes contenidas en el artículo. Como el señor Le Noir prohija la relación de un M. Schrödle, que transcribe, al primero enderezamos nuestras observaciones.

El autor echa á bromá como otros, todos los orígenes de la masonería superiores al siglo XVIII, sin distinción alguna entre ellos, á carga cerrada. Para hablarle en su lengua, le diré: *rira bien qui rira le dernier*. Haga armas primero, trato con un sacerdote formal y ameritado, contra el P. N. Deschamps, contra los Ilmos. Ketteler, Deschamps y Fava, contra un Barruel, contra un Maupied, Bresciani, Henrion, Saint-Albin, Gyr, Gautrelet, Benoit, etc. y después de haber postrado por el suelo y hecho trizas á estos nenes, cante el himno triunfal, proclámese el *champion* y riase á mandíbula batiente.

“Qué no se descubre el lazo de unión entre la pretendida masonería antigua y la moderna.” Sírvase echar una mirada al catálogo de analogías, que á la vuelta de pocas hojas insertámos, entre la masonería antigua llamada socianismo, y la actual y vigente, ó bien pase los ojos por la *Franc-maçonnerie* de Mr. Benoit, tomo 2º, páginas 13-92, y le henchiremos las medidas. Si se reclama la cadena no interrumpida de la historia masó-

nica con datos materialmente sensibles y tangibles, oiga vd. una propuesta: presenteme la historia de la masonería, pormenorizada sin solución de continuidad, con datos sensibles y tangibles, desde el año 1717 hasta la fecha, y á fe de buen español le prometo algo de bueno. Que á la publicación de su Diccionario no había escrito Mr. Benoit. Pero habían escrito tantos otros. . . . De ahí las prevenciones contra ciertos Diccionarios, no contra el de vd., sino contra ciertos repertorios, colecciones é historias en grande de nuevo cuño: hoy todo se hace á la carrera, y quien corre pasa ligero; se escribe á vuelta pluma y já la prensa! y otro libro, y otro para el monstruo, y todos escribimos. ¡Qué peste de talentos! ¡qué fecundidad y precocidad de ingenios!

“Que la masonería no vino al mundo hasta 1717 con los consabidos estatutos.” ¿Prueba? ninguna. *Quod gratis asseritur, gratis rejicitur*: hablo con quien sabe latín. Repase la contestación dada á los modernistas.

“Que la filiación de la masonería no significa nada; hecho material que en nada atañe al espíritu de la asociación.” Seguramente el abate Le Noir estará en ayunas de la opuesta conducta de escritores masones y profanos sobre el particular. Algunos de los primeros enérgicamente se sublevan contra la antigüedad de la secta, á causa del *cachet* de impiedad é infamia con que deshonra á la orden la tal filiación; y los profanos sostenedores de aquella antigüedad, en la misma filiación hacen hincapié para demostrar *a priori* la naturaleza maligna de la secta. ¿Se va enterando Mr. Le Noir?

Esmaltan el artículo otras especies que le dejan á uno con la boca abierta, y que por el momento saltamos por no corresponder á este lugar. Sin embargo, vaya una de tantas, propia exclusiva del abate Le Noir. Escribiendo en el año de 1874,

enuncia que "hasta hace veinticinco años por primera vez," "jamás en ninguna logia," [estas palabras las puso antes: subrayamos, porque este *jamás* vale un Perú], *jamás* la masonería se había declarado atea; ni por duda [como quien dice, ni por chanza] hasta que Proudhon vomitó en plena logia: ¡Guerra á Dios." Es decir, que para el autor la masonería *jamás* se declaró atea hasta el año 1849, son los veinticinco quitados de 1874, ni cuando solemnizó aquella ostentosa fiesta del ateísmo en la recepción de Voltaire, por ejemplo: ni en la época de los hh. Helvecio, Diderot, Freret, Condorcet, Holbach, etc., etc. A seguida pone de relieve "la brutalidad franca y esforzada de Proudhon, que no deja de asemejarse á su manera á la del cristiano de los primeros siglos, que ante el altar de Júpiter hubiese gritado [millares de veces lo gritaron] á los paganos del César: Vuestro Júpiter es Satanás! guerra á Satanás!" En primer lugar, la paridad es falsa de pies á cabeza, entre otras cosas, porque harto se sabía aquel capitán de bandidos, que nadie le había de tocar un pelo de la ropa, antes ganaría coronas: en segundo lugar, por acá no gastamos tanta cortesía con los desorejados blasfemos, para ensalzar su "brutualidad franca y valerosa, semejante á la de los mártires de Jesucristo."

Suponemos que los demás artículos del señor abate estarán escritos con mayor pulso.

Filosofando sobre esta lijeriza imperdonable en escritores, no solamente probos como quiera, sino hasta católicos á todo serlo, no atinamos con otra razón para explicarla más que aquel resabio de criticismo, más arriba analizado y censurado, que se empeña en inspeccionarlo todo con los ojos y palparlo con las manos, que tiene por mengua de la razón aceptar cualquier hecho que se aparte de las comunes vías y escape á los vulgares.

procedimientos de la crítica; aquel prurito, inveterado en ciertos sujetos de ilustración y generalizado en las grandes masas más ó menos cultas de la sociedad moderna, de asimilar y medir por el mismo rasero la masonería, la secta antierristiana y antisocial cien veces en lo antiguo y en lo moderno condenada por la Iglesia, y un club, una sociedad política cualquiera, por maligna y perniciosa que sea; de reclamar sin excepción alguna, con injusticia manifiesta, para la explicación de fenómenos ó sucesos del orden natural, comprobantes sensibles y tangibles, físicos ó históricos, aun cuando se imposibiliten por la singular naturaleza de sucesos y objetos, aun cuando existan otras pruebas racionales, otros argumentos bien fundados, otras fuentes seguras y criterios para llegar á la posesión de la verdad, á la realidad misma de las cosas.

De este achaque adolecen gravemente, á nuestro modo de ver, los patrocinadores del origen moderno de la masonería. Por esto lo desfenden; porque á su entender es el único que tiene base sólida en la historia, tal como ellos la conciben ó fantasean, el único que puede sustentarse con documentos históricos; como si ni con todos sus documentos y datos individuales les fuese fácil, tengo para mí que ni posible, seguir sin solución de continuidad el hilo de la *génesis* ó generación masonica desde el año 1607, clavo de bronce* de su genealogía, su generación exacta, despejada, libre de toda mezcla y perturbación; como si con todos los decantados monumentos históricos, y á pesar de las ventajas inmensas de vecindad de tiempos, mayor publicidad, facilidad y rapidez de comunicaciones, copia asombrosa de recursos de todo género; como si ni aun con todo esto fuese obra corriente y sencilla diseñar y construir la historia completa y fehaciente, la general y las particulares, de la masonería en todas las partes del mundo desde el año 1723, promulgación de la memorable Constitución de

los tres celeberrimos hh.: hasta nuestros días [1]; como si por arte de maléfico encantamiento, ó por virtud satírica de la palabra de esos flamantes historiadores, hubiese quedado abolido, anulado y aniquilado para siempre el valor de otros documentos anteriores, que por esta cualidad de antiguos fueron antojadizamente excluidos del cuadro facticio del convencional período histórico; á la manera de los vetustos restos sepultados en las cenizas volcánicas, que se deshacen y se vuelven polvo al contacto del aire; como si la masonería no fuese aquella secta antieristiana y antisocial, sin par ni semejante entre todas las sectas, dotada de singular naturaleza, revestida de maravillosos caracteres; sorprendente por sus trascendentales fines y extraordinarios procedimientos; diabólica, en cierto modo divina, providencial, potentísima, universal, grande, muy grande, como la columbran entre nubes de vanidad y presunción y la cantan ciertos masones de baja estofa, como se la representan otros claramente y la saludan con amor entre siniestros fulgores del infierno; como si un ser tan fenomenal, una creación tan nunca vista, semi-terrena, semi-sobrenatural, debiese estúpidamente confundirse en el vulgar montón de todas las demás agrupaciones de hombres rastreras y mezquinas, ni la órbita de sus movimientos pudiese medirse con instrumentos ordinarios, ni cupiese estudiar su marcha é importantes evoluciones á través de las edades solo á favor de los criterios más rampolones; como si aun supuesta, de ninguna manera concedida, la carencia de esos cacareados monumentos históricos, papeles

(1) Ejemplo de esta deficiencia, ó mejor, de su ignorancia histórica, nos lo da Onclair con su maestro, cuando al comparar las respectivas edades de los diferentes ritos, asegura que la masonería no se manifestó en España hasta después de 1833, siendo así que hasta los niños de escuela tienen noticia de la pragmática prohibitiva de Fernando 6º en 1751, de las logias de Pepe Botella, de las de Cádiz en la misma época, del favor que á los masones prestaban en los lugares de su accidental residencia los guerreros hijos de San Luis en 1823. *Y con la historia en la mano!* nos venían argumentando.

manchados con tinta, no se diesen en el mundo, sobre todo en la observación de los cuerpos morales, argumentos proporcionados, morales también, á saber, analogías sacadas por racional inducción, tradiciones, voz común y presentimientos de los pueblos, comparación de ideas, sentimientos y operaciones, plan y encadenamiento natural de los acontecimientos humanos, consideración de causas profundas y generales para efectos constantes y asimismo generales, contemplación de una providencia altísima descubierta á nuestros ojos por vislumbres y por brillantes golpes de luz; como si, en una palabra, Dios por capricho soberano de repente hubiese convertido nuestra razón en una lente diminuta y defectuosa para abarcar grandes cuerpos y á todas distancias, y la masonería no fuese lo que es, ni jamás hubiese existido filosofía de la historia, ni quedase rastro de sentido común entre los hombres.

Con esto basta. Con mucha extensión nos hemos ocupado en rechazar ésta hipótesis, por ser la que más cuadra al gusto de ciertas gentes, enemigas declaradas de todo lo que no sea mero vulgarismo, al espíritu de superficialidad que sella el carácter propio de la época presente. Bien muerta la dejamos, y nadie la levantará de sus cenizas, si no trae aparejados otros conjuros y artes más poderosas que las usadas por el redactor de la *Civiltá* y el P. Onclair. También con las reflexiones precedentes y las distinciones con que al principio circunscríbimos el estado de la cuestión, quedan cerrados los caminos á cualquier esfugio, y prevenidas las dificultades del criticismo presuntuoso é impertinente.

Ahora prosigamos en nuestra marcha ascendente.

La otra opinión, rayana con la que acabamos de impugnar, por la vecindad de tiempo en que echa al mundo la masonería,

es la del P. Larudan [1], si es que en realidad la propuso ó quiso defenderla. Cromwell es el fundador. Pone por ley fundamental el secreto; da como fines de la asociación el culto debido á Dios por medio de la fusión de todas las escuelas religiosas aun contrarias entre sí, y la paz de Inglaterra por medio de la más absoluta democracia; nombra dos *vigilantes*, un *secretario*, un *orador* y un *maestro*; inicia á todos los socios con sencilla ceremonia: liga y estrecha á inverte la unión y alianza con solemne juramento. Ramificada la sociedad en todo el ejército, comienza á obrar euérgicamente: primer fruto y tiempo de su iniciativa, Carlos I muerto en el patíbulo (1642); luego el protectorado del Libertador.

Bois [2], leyendista acérrimo, no ve en todo el largo y circunstanciado relato del P. Larudan más que una ingeniosa alegoría y un sagaz vaticinio de la revolución francesa; como si la grande semejanza de las dos revoluciones, la inglesa y la francesa, le autorizase sin más fundamento para tan sentenciosa interpretación, ó le diese pie en el terreno de la formalidad para hacer gala de gracia y agudeza de talento. Tanto más que en aquellas regiones, pobladas todas, al gusto de Mr. Bois, de leyendas, espectros fantásticos y fábulas risueñas, tal vez se encontrase la clave y el motor de una y otra revolución, y de aquí los puntos de semejanza en la predicación de algunas doctrinas, no todas, en la fanática persecución de la Iglesia y en la catástrofe real, bien que tan diversos los preparativos y los medios de ejecución: ¿por qué no? Lo cierto es, sin salir por supuesto de aquel país de las quimeras tan grato á Mr. Bois, que según testimonio de Nicolaï, uno de los más graves, competudos y sabios francmasones, mantenedor entusiasta de los orígenes modernos por más señas, y con él Closs, Mosdorff y Lind-

(1) *Les Franc-Maçons éorasés*, 1747.

(2) *Maconnerie nouvelle du Grand Orient de France*.—París, 1892.

ner, en las logias inglesas se guarda viva la tradición de la ayuda poderosa dada por la masonería á la revolución de Cromwell. Entre el infundado prejuicio de Mr. Bois, superficial hasta la afectación, y *orientalista*, según malas lenguas, *de la rue Cadet* de París, y la resuelta afirmación de estos cuatro escritores, escoja el lector:

Como quiera, volviendo á nuestro negocio, atentamente considerada la cosa, el P. Larudan, ó Perraud, si este es el genuino autor de la obra acotada, en serio atribuye la paternidad de la secta al Protector [1]; y declara haber recojido todos los pormenores de labios de uno de los grandes maestros, y haber visitado numerosas logias, tanto en Inglaterra como en el continente. Pero refiere, no prueba, ni aparece otro testigo á su favor. Por otra parte, Claudio Janet, al tomo 3º de *Les sociétés secrètes* del P. Deschamps, página 33 en la nota, nos certifica, de que "la creencia más generalmente válida durante todo el siglo XVIII, achacaba á los partidarios de Carlos I, después del crimen de Witehall, la organización de la sociedad en forma política," si son dignos de crédito ciertos documentos. Y en efecto, ¡cómo los masones republicanos por sangre

(1) 'Cromwell, dice el autor de *Les Franc-Maçons écossais*, dió á su orden el título de *Orden de los Francmasones*, porque su objeto era levantar un "nuevo edificio, esto es, reformar el género humano con el exterminio de "los reyes y las potestades, de quienes el usurpador era el azote. Ahora para ofrecer á sus partidarios una imagen sensible de su idea, les propone "el restablecimiento del templo de Salomón....." Y se extiende manifestando lo adeado de la representación para externar y realizar los designios del Protector.

Después de tan formales, perspicuas y terminantes declaraciones y de un lenguaje tan parecido al que más tarde habría de usar el P. Lefranc, la estupenda alegoría de Mr. Bois á cualquiera se le hace una licencia algo más que poética y queda uno en la perplejidad de si la fuerza inventiva y astucia del honorable magistrado no toquen al último extremo de tomar figuradamente también la historia sociniana del P. Lefranc, y de hacer pasar por puros mitos ó entes fabulosos á Socino (Fausto) con todos los tíos Socinos y la cásila entera de socinianos.

No gana uno para sustos, ni acaba uno de maravillarse, como en ciertos países, por una especie de incurable neurosis escribiente, se andalucía tanto, no de palabra y en el género festivo, sino sobre asuntos serios y en letras de molde.

habrían renegado tan pronto de su padre, pasándose al bando realista y contribuyendo eficazmente, según diz contribuyeron, al restablecimiento del trono en la persona de Carlos 2º? Aunque á estos cambios de frente repentinos é inesperados la masonería nos tiene acostumbrados, pucs para ella la conveniencia ó intereses de la secta es suficiente razón, y á esto firme se atiene, consecuente en su inconsecuencia ó perfidia.

Antes de concluir advertiremos á nuestros lectores, que ni siquiera hemos hecho mérito de la *Constitución de los Francmasones* sacada á plaza por los modernistas, por dos sencillas razones: 1º es testimonio masónico, inútil por lo tanto; 2º en la misma *Constitución* se ensalza el origen antiguo de la secta.

CAPITULO IV

SISTEMA SOCINIANO.—Defensores: Lefranc, Bergier, Feller, Ilmo. Sr. Fava, Ilmo. Ketteler.—Exposición.—Pruebas.—Cont: a un doctor masónico valór y necesidad de la analogía en asuntos masónicos.—Un Antiguo Rosario Cruz no lendo y alegre.—Nuestro parecer.

En nuestra escala de abajo para arriba ó para atrás, se ofrece en seguida el origen sociniano. Lo que valga este sistema, propugnado por aguerridos combatientes, no lo hemos de significar nosotros, sino la resultante de las razones aducidas en pro y en contra. Lo formuló y sostuvo por primera vez, que sepamos, el P. Lefranc en 1791, de quien ya dijimos los merecimientos y aureola de mártir. El docto Ilmo. Ketteler, citado por el Ilmo. Dechamps, se declara por él abiertamente, al decir que la masonería actual proviene del deísmo y que con este se dió á conocer en Inglaterra á fines del siglo XVI. El mismo Ilmo. Dechamps, aunque se muestra vacilante entre el origen templario y el sociniano, ó por mejor decir, rehuye tomar partido por ninguno de los dos, con todo á pesar de sus recomendaciones al primero, parece fadearse á favor del segundo. A este, como á puerto seguro, en la tormenta de tanta

variedad de versiones profanas y masónicas en pugna, corre á velas desplegadas el Ilmo. Sr. Fava, valientemente lo sustenta y lo corrobora. Al mismo se arrima, bien que indeciso y vergonzante, pero se arrima al cabo y lo toma por punto de partida de su narración y chismografías masónicas, el Antiguo Rosa-Cruz, investigador y erudito no adocenado.

Ni es para pasarlo por alto otro distinguido patrocinador de la misma idea, el insigne P. Feller, de quien ya insertamos la afirmación categórica y sencilla profesión de fe en esta materia. Mas expongamos de una vez el nuevo sistema sin dejar un punto de la mano á su esclarecido inventor, copiando de nuestro *Antiguo* á falta del original.

“En Inglaterra pretenden encontrar sus pañales los masones de Francia; vamos; pues, allá á considerar los progresos de la masonería. No se chistaba de ellos al comienzo del siglo pasado [el P. Lefranc escribía en 1791]; pero en su comedio fueron consentidos, bajo el reinado de Cromwell, por haberse incorporado á los independientes [oído al parche, Mr. Bois], que formaban á la sazón un buen partido. A la muerte del Protector, decayó su prestigio, hasta que á últimos del siglo XVII con el nombre de *Freys-Maçons* . . . No fueron conocidos en Francia ni lograron hacer aquí prosélitos, sino por medio de los Ingleses é Irlandeses que vinieron con el rey Jacobo y el pretendiente [*Ariva el seso y despierta*; entérese de la leyenda Mr. Bois.]

“Pero se necesita caminar más arriba para llegar al primero y verdadero origen de la masonería. Vicencia fué su cuna en 1546. Los cimientos fueron echados en la sociedad de ateos y deistas, que en aquella ciudad se habían reunido para conferenciar sobre los puntos de religión, que despedazaban á Alemania en multitud de sectas y bandos. En aquella academia célebre las dificultades sobre los misterios de la religión cristiana,

fueron estimadas como otros tantos puntos de doctrina, que pertenecían á la filosofía de los Griegos, y no á la fe.

“A penas la república de Venecia tuvo conocimiento de estas resoluciones, persiguió á sus autores con la mayor severidad. Apresó á Julio Trevisano y á Francisdo de Rugo, que fueron ahogados. Bernardino Ochino, Lelio Socino, Peruta, Gentilis, Sautiago Chiari, Francisco le Noir, Dario Socino, Alciato y el abate Leonard tomaron cada uno por donde pudo, y esta dispersión sirvió para que sus doctrinas se difundiesen en diferentes países de Europa. Lelio Socino. . . . murió en Zurich. . . Dejó un hábil defensor de sus errores en su sobrino Fausto Socino, á quien por su talento, ciencia y actividad infatigable con que granjeó para su partido la protección de los príncipes, debió la masonería su ser, sus primeras fundaciones y la colección de principios que constituyen su base doctrinal. A pesar de la oposición á su doctrina que encontró entre los sectarios de Alemania, le conquistaron muchos secuaces su carácter flexible, su elocuencia, industrias y más que todo, su propósito declarado de hacer la guerra y destruir á la Iglesia romana. Con alusión á este su perversísimo empeño, se grabó sobre su tumba en Luclavia este dístico:

*Tota licet Babylon destruxit tecta Lutherus,
Muros Calvinus, sed fundamenta Socinus.*

De Babilonia Lutero
Un techo no deja entero,
Destruye el muro Calvinio,
Más los cimientos Calvinio.

“Tal era su dañada intención y espíritu satánico.

“Ningún caudillo de sectarios concibió contra la Iglesia plan tan yasto y tan impío como el suyo. Era su propósito, no sólo derribar y destruir, sino además levantar un nuevo templo, en que entrasen los sectarios de toda laya, se diesen abrazo frater-

nal todas las pandillas, y tuviesen puerta franca todos los errores, formando una aglomeración monstruosa de principios en vista de fundar una Iglesia nueva en sustitución de la de Jesucristo, que á todo trance quería derrocar; y en esto cifraba toda su gloria para acabar de raíz con la fe de los misterios, el uso de los sacramentos y los terrores de la otra vida insopportables para el malvado.

“Este proyecto de construir un nuevo templo fué el que armó los discípulos de Socino de mandiles, martillos, escuadras, plomadas, llanas y planchas de madera que labrar dijes ó juguetes y ornamentos para la decoración, más que instrumentos para el trabajo.

“La alegoría del nuevo templo figura el nuevo sistema de religión, concebido por Socino, y á cuyo planteamiento todos sus seguidores prometen consagrarse. Tal fué el único medio que imaginó Socino para juntar en un haz todas las sectas que pululaban en Alemania; y tal es el secreto de que se valen hoy los masones, para poblar sus logias con hombres de todas las religiones, de todas las facciones y todos los sistemas.

“Fieles á las instrucciones de Socino, procuran ganar á los sabios, á los filósofos, á los deistas y á los ricos, es decir, á hombres capaces de sustentar la sociedad con todos los recursos disponibles; con los de fuera guardan el más riguroso secreto, imitando á Socino, que por experiencia aprendió cuánta circunspección necesitaba para salir con su empresa. El rumor de sus opiniones le obligó á abandonar Suiza en 1579, y trasladarse á Transilvania y de allí á Polonia. En este reino encontró las sectas de unitarios y antitrinitarios enemistadas entre sí. A fuer de diestro caudillo comenzó por insinuarse con finura en el ánimo de los que se propuso conquistar: manifestaba tener en aprecio igual á todas las sectas; aplaudía en gran manera todos los trabajos de Lutero y Calvin contra la *Corte*

romana, y aun añadía que estos habían dejado algo por hacer en orden á la destrucción de Babilonia; porque era indispensable descuajar los cimientos, para erigir sobre sus ruinas el templo verdadero.

“A sus proyectos arregló la conducta. Para adelantar en la obra sin tropiezos, prescribió la más absoluta mudez respecto á sus designios, como la ordenan en las logias los masones en asuntos de religión, para evitar contrariedades en la aplicación de los símbolos religiosos de que aquellas están llenas; y exigen juramento de no hablar jamás delante de los profanos de lo que sucede en la logia, para no divulgar una doctrina, que solamente cubierta con un velo misterioso puede perpetuarse. Para unir más estrechamente unos con otros á sus adeptos, Socino quiso que se tratases de hermanos y como tales se estimasen. De aquí los sobrenombres que sucesivamente tomaron los socinianos, de *Hermanos Unidos*, etc. De hermanos se tratan los masones y se dan mutuamente las muestras de amistad más expresivas.”

Hasta aquí la relación del P. Lesfranc, que salvo algunas cláusulas insignificantes, fielmente hemos trasladado íntegra, por venir en ella envueltas las pruebas. Vamos á desentrañarlas.

De esta historia concienzudamente analizada se desprenden las siguientes:

1^a Tradición de las logias francesas, que acuden á Inglaterra en busca de su prosapia.—Participación de la masonería en la revolución de Cromwell.—Iniciación de los franceses por conducto de realistas ingleses é irlandeses.

2^a Dispersión de los conjurados de Vicencia, que favorece la propaganda masónica, por diferentes regiones de Europa.

3^a Analogías del socianismo con el masonismo:

- A. Ateísmo ó deísmo absoluto indicado en el racionalismo de los académicos de Vicencia, que explicaban los misterios de la fe por la filosofía griega; claramente profesado en la monstruosa confesión de todos los principios contradictorios;
- B. Destrucción radical del templo antiguo en la fe, en los sacramentos, en la consideración de otra vida y en todo lo demás;
- C. Construcción del templo nuevo con el correspondiente aparato de instrumentos de albañilería;
- D. Indiferencia en la admisión de hombres de cualquier religión, partido ó sistema;
- E. Enganche de filósofos, deístas, ricos y poderosos;
- F. Secreto jurado acerca de los misterios, doctrina, fin último de la secta;
- G. Silencio sobre religión en la logia;
- H. Multitud de símbolos religiosos;
- I. Tratamiento y trato de hermanos.

A estas pruebas del P. Lefranc hay que agregar otra:

4^a La autoridad de los personajes y escritores que francamente adoptaron la versión del P. Lefranc: Ilmo. Ketteler, Ilmo. Sr. Fava, P. Feller; ó que mucho se inclinan á ella: Ilmo. Dechamps, Antiguo Rosa-Cruz.

El Antiguo, por cierta extraña incoherencia de razonamiento, después de haber calificado de verosímil nada más esta opinión, en el encabezamiento del transcritto relato, luego trata de confirmarla con algunas reflexiones y elige por principio de su historia de la masonería la época sociniana: falta de aplomo ó madurez. Sus confirmaciones son mera repetición ó algún lejísimo desarrollo de las pruebas encerradas en el pasaje del P. Lefranc (1).

(1) Obra cit. pág. 165.

El Illmo. Ketteler, recuérdense sus palabras, se apoya en la analogía de doctrinas, el deísmo, que existe entre socinianos y masones. En la misma consideración insiste el Illmo. Dechamps y la desenvuelve de esta suerte: "El deísmo bajo la forma sociniana, de Italia se extendió á Inglaterra, y allí fué donde por primera vez recibió su fórmula sistemática de la pluma del herón Herberto Cherbury. Este murió en 1648. Seguidores suyos fueron Hobbes, Tyndal, Hume, Craig, Bolingbroke Shaftesbury, Collins, Woolston, ingleses todos. A estos imitaron en Francia Rousseau y Voltaire: no es pues de admirar que la masonería, informada de deísmo, haya pasado de Inglaterra á Francia [1]."

El P. Feller supone el hecho, dándolo por cosa averiguada y corriente.—"Con la dispersión la sociedad se volvió más perniciosa. y es la que hoy se conoce con el nombre de francmasones.

El Illmo. S. Fava á la narración del P. Lefranc hace seguir, tomados de César Cantú, un apunte sobre la vida de Fausto Socino y el comentario de sus errores, y concluye: "Es por lo tanto evidente para quien quiera que sepa leer, que el socianismo es hijo de la Reforma protestante, y Socino el fundador de la secta masónica: socianismo y masonería son una sola cosa." Tras esta declaración trae algunos textos históricos unos y expositivos otros, de Cantú, Gioberti, Feller y Bergier, y después de un paréntesis dedicado á la opinión del P. Laridan ya examinada, remata con un cotejo entre la doctrina de Fausto y el iluminismo de Weiss'haupt, que empalman con la más perfecta semejanza (2).

Mientras no salgan á relucir otros defensores y otras probanzas, terminó el alegato. Va á sucederle la réplica á todos

(2) Obra cit. pág. 26.

(3) Obr. cit. C I párrafo 1.

sus argumentos uno por uno, para que el lector juzgue con exacto y cabal conocimiento de causa.

1º Tradición de las logias francesas participación de la masonería iniciación de los franceses Repárese la exposición completa del argumento.

Esa tradición de las logias francesas con los demás consiguientes de acción y expansión masónica se compagina perfectamente con otros orígenes de mayor anciانidad, el templario por ejemplo, que también es localizado, en Escocia primero, después en Inglaterra por sus mantenedores: lo cual es suficiente para quitar fuerza probatoria á la tal tradición. Con el sistema sociniano, por la alegoría del nuevo templo en construcción y destrucción del viejo, se explica á pedir de boca ciertamente toda aquella decoración de albañilería; pero ¿por qué puerta falsa se introduce el rito escoces de tan venerable antigüedad? ¿ni con qué inventiva sacar la denominación de *masón aceptado* ó agregado, universalmente recibida? ¿ni por dónde rastrear tal vez las causas de la inveterada rivalidad entre las dos Grandes Logias de York y de Londres? Y no saco á plaza el grado de Caballero del Temple, achacado por algunos al realista Ramsay, bien que diametralmente opuesto por su significación á todo realismo.

En suma, este argumento se tambalea y besa el santo suelo.

2º “Dispersión de los conjurados de Venecia favorable á la propaganda por Europa.”

En primer lugar, en aquella pandilla de libertinos ¿quién era el cacique, por más que en ella dancen los Socinos? ¿quién llevaba la voz de mando ó empuñaba la férula de maestro, para imponer ó dictar enseñanzas á los demás? Porque no consta claro, pudiendo y debiendo constar; y cualquiera de aquellos pejes, atendidas sus dotes y antecedentes, tenida cuenta muy particular de la horrorosa fermentación de los espíritus en aquel

infusto período, cualquiera de ellos era bastante abonado para fabricar planes tan deletéreos y revolucionarios, como pudiera el más chapado de los Socinos: recórranse sus nombres y hágase memoria de su vida y milagros. Aparte de que reuniones semejantes á la de Vicencia, se habían celebrado en Módena y en Treviso [1], y de que el socianismo no fué hasta más tarde netamente formulado y erigido en secta por Fausto, y muy lejos por cierto de Inglaterra, contradiciendo esta circunstancia en algún modo la tradición consabida. De todo lo cual se infiere, que en medio del desquiciamiento social, del espantoso caos de las inteligencias y exaltación furiosa de todas las pasiones producidas por el grito de Lutero, cargada la atmósfera de aquellos pueblos de las más insensatas ideas, no podían menos de haber germinado en muchas cabezas volcánicas y almas degradadas los proyectos de impiedad más subversivos, que aproximaban á sus autores, los hacían juntarse, y tramar horribles maquinaciones, aun antes de la famosa conjura de Vicencia. De suerte que la dispersión de los conspiradores sirvió para esparcir y fomentar errores, para derramar semilla de futuras rebeldías y desórdenes y para atizar pasiones; pero no pudo aprovechar para la difusión de la secta, que todavía no estaba ni siquiera incubada en la mente de Fausto Socino, su fundador, el cual nacido en 1539, á penas contaba ocho años de edad, cuando aquellos foragidos hubieron de poner pies en polvorosa y echarse á correr mundo.

En consecuencia, la mentada dispersión de ninguna manera explica el tránsito de la masonería de Italia á Inglaterra, que es el presupuesto en que el P. Lefranc basa su historia.

3º "Capítulo de analogías."

(1) Historia reformationis Poloniae, por Lubieniczki.—1685.—Citada por el P. Deschamps.

Antes de entrar en su examen, según riguroso deber de lealtad é imparcialidad, nos incumbe hacernos cargo de un oportuno y maravilloso axioma del sapientísimo h.: Bazot. El cual después de haberse desternillado de risa, mientras ponía en música la ocurrencia de otro tripunteado hermano, que por el afán de enaltecer á su madre, le daba por padre al mismo Dios ó al demonio, luego recobrando su gravedad de maestro y legislador, como respetabilísimo autor nada menos del *Código de los francmasones*, abre sus labios y pronuncia en tono enérgico este apotegma: *Una analogía no equivale á una prueba*. Es de saber que el h.: pertenece al número, no muy notable entre los suyos, de los que hacen á la masonería bastante moza, sin que esto sea óbice para que en su obra magistral feche siempre religiosamente por la era masónica, que es la creación del mundo, proceder que certifica la calidad de la raza, quiero decir, el espíritu de inconsiguiente, de contradicción propia y de farsa sistemática. Para que quede bien metido este clavo en la frente, y no se olvide jamás el caso que merecen los masones, aun los más encopetados, cuando nos hablan de su cepa ó primer tronco en el maremagnum de variadísimos y encontrados pareceres inventados al antojo de cada uno.

Una analogía no equivale á una prueba. ¡Descubrimiento portentoso! ¡sagacidad admirable! Pero vamos, h.: Bazot, no negarás, que muchas analogías forman presunción; y si otras analogías contrarias no se presentan, se mantiene en pie la presunción; y esta se robustece tanto más, cuanto más numerosas son las analogías. Ahora si las analogías son tantas, que completan; digámoslo así, el ser por todos lados y lo asimilan á otro; si son tales y tan íntimas, que afectan á la naturaleza del ser y representan sus propiedades características; si se refieren á seres ó cuerpos morales, y se les aplican con inconsuso derecho las leyes generales del humano obrar; si las ana-

logías convienen y se adaptan exactamente á esos cuerpos morales, que se carean y confrontan, cuanto á sus principios, doctrinas, fines, medios y modos de acción y muchas otras circunstancias significativas; entonces no obtendremos una legítima ilación que responda á las más exigentes reglas de la lógica, y que nos dé por fruto de nuestro trabajo la verdadera y sólida certeza moral? Entonces, h.: Bazot, no una analogía, mas si la analogía equivaldrá á una prueba, y nos reiremos de tu perogrullada, ó de tu solísma, porque no hay que fiar de tí, y te mandaremos noramala con tu presuntuoso axioma y bártidas filosofías.

Mas aún, para recalcar bajo diferente forma la idea que varias veces hemos insinuado y que es fundamental en la materia: ¿qué será, si á esa analogía tan cabal y ajustada la acompañan y fortifican hechos innegables y datos indestructibles? ¿qué, si sobre ese cuadro interesante hacemos reflejar las luces de la filosofía de la historia? ¿qué, por último, si llevados de la mano é ilustrados por nuestras propias investigaciones, nos sentimos con admiración transportados á un mundo nuevo, y vemos elevarse aquel ser ó cuerpo moral que sometimos á nuestro análisis sobre la esfera ó categoría de lo ordinario y hasta de lo meramente humano y natural, y podemos testificar la presencia é influjo continuo de ocultos agentes superiores á cualquier poder y operación terrena, y por encima de todo contemplamos el curso majestuoso de una amanle providencia divina, singularmente relacionada con aquel ser extraordinario y con aquellos misteriosos agentes en orden á encumbrados designios y á la protección del humana linaje?

Lo cierto es, cosa muy de notar, que todos sin excepción, profanos y masones, se asen fuertes de la analogía y la invocan en pro suyo. No se descuidan en esta diligencia, conforme vimos, los modernistas mismos, quienes con su historia, ver-

daderamente suya, en la mano debían de quedar contentos y desdeñar agenos sustentáculos ó rodrigones. Y es, que está en la naturaleza de las cosas, y no hay que tirar coces contra el aguijón: se trata de asociaciones secretas del carácter y calibre de la masonería, que anda siempre entre sombras por caminos subterráneos, más que lo nieguen los muy hábiles y los miope, y que semejante á los ríos de ciertas regiones americanas que arrastran su corriente por túneles naturales, sin salir nunca á flor de tierra ni ser vistos más que por algunas grietas ó espiraderos, que abrió la mano del hombre ó la resequedad del terreno; de una manera parecida la masonería no aparece á la luz sino merced á ventilas y quebraduras practicadas de trecho en trecho, por vía de comparaciones y analogías, remontando su curso por etapas hasta llegar á sus fuentes primitivas. La masonería es obscura; camina por debajo de tierra; datos históricos completos no suministra; de vez en cuando no más se mostró á la claridad del día, en tiempos pasados: en aquellos recuerdos precisa estudiarla: grandísimo recurso es la analogía. Por esto hoy todos se amparan en ella: ¡qué mucho que el P. Lefranc, con el atraso de su época en estudios sobre sociedades secretas, é incapacitado de hacer más de lo que hizo, no encontrase á mano en defensa de su opinión otro argumento tan poderoso como el de analogía?

Justo es que volvamos á él la atención y posemos el valor de su analogía.

Efectivamente ella existe: es indubitable, es evidente, un ciego la ve.

Deismo, ateísmo, materialismo, racionalismo el más descarrado, todo esto se encierra por igual en el código doctrinal de la secta sociniana y de la masónica; sino que esta va más allá,

tal como en estos días se nos ha revelado, profesa y practica algo más.

Destrucción radical del templo antiguo y tabla rasa de la fe, de los sacramentos, de todas las ciencias y máximas morales. La consignaba Socino en su plan, y en la medida de sus fuerzas la procuraba, trabajando en ella con habilidad suma é indomable ardor. En escala infinitamente más extensa por la mayor madurez de los tiempos, ya preparados con la revolución francesa, con redoblado encarnizamiento y esfuerzos de gigante bate la masonería por todos los frentes los muros de la Ciudad Santa, la Iglesia de Jesucristo, y jura no cejar hasta arrancar los cimientos.

Construcción del nuevo templo sin Cruz, sin Evangelio, sin Dios, sin principios ni doctrina obligatoria, con libertad omnímoda de pensar y obrar, y con el séquito y derivaciones naturales de esta libertad sin freno, coto ni ley: programa sociano. ¿No es esta la orgía de la razón, el libertinaje de los espíritus y los cuerpos, la independencia soberana del hombre, el naturalismo sabiamente aplicado á todos los órdenes y resortes de la vida; no es esto lo que en alta voz proclama y con todos los auxilios del progreso moderno manda á ejecución la masonería?

Indiferencia en la admisión de hombres de cualquier religión, partido ó sistema. En esta parte nada tienen que echarse míticamente en cara socinianos y masones. Estos últimos diz que decididamente excluyen á los jesuitas: ¡sea parabien á los hijos de San Ignacio! Seguro que la misma intransigencia habría demostrado Socino.

Enganche de filósofos, se entiende, filósofos libres, de deistas y de poderosos. En esto también encajan las dos sectas como media naranja con la otra mitad. Respecto á las dos primeras clases de gente maleante, se gobiernan una y otra por aquel principio, de que las causas productoras de una cosa son las

conservadoras de la misma. Solicitar á los que pueden más, se lo inspira el instinto de conservación y natural expansión, innato á todo cuerpo moral. Aunque esta tendencia existiera, tal como sus émulos se la imaginan, en una celeberrima y útilísima orden religiosa, máxiue encaminada dicha propensión á los fines más nobles, no sé por qué nadie se habría de hacer de nuevas, cuando esto es lo impulsivo.

Ley de secreto. Lo mismo en esto, socianismo=masonería; bien que dándole quince y raya esta á aquel en el cumplimiento de la ley, porque sistemáticamente lleva el disimulo, la ficción y el embuste hasta el mayor cinismo imaginable. Además, la revelación del secreto y aun la simple deserción innumerables veces las cobra con sangre, á poco que se descuide la víctima.

No hablar palabra de religión en la logia. ¿De irreligión? de eso mucho y bueno; pero ¿de religión? ¡chitón! Este rasgo de la más refinada hipocresía es uno de los que mejor imprimen carácter á la masonería como al socianismo.

Multitud de símbolos religiosos. No hay que decir cuán grande es la conformidad en este particular.

Tratamiento de hermanos y consideración de tales. La fraternidad sociniana se ostenta, lo mismo que aquella libertad, en la bandera masónica.

La analogía es innegable, indiscutible: ya no es analogía, es igualdad. Luego, toda vez que este título ó sobrenombre es el que hoy prevalece para denotar á la secta, luego masonería es la que hoy nos acogota, y masonería era aquella, bautizada por Socino. Esto se subsigue, esto lógicamente fluye, esto por rígido discurso salta á los ojos. Esto; pero nada más que esto, ni una línea más allá. ¿Luego la masonería nació de Socino, él la engendró, con él principió, y no antes? De la mera ana-

logía, que por comparación termina en semejanza de dos seres, no se infiere, en buena lógica no se sigue. Podrá ser ó no; mas será menester probarlo aparte, añadiendo algo nuevo á la analogía; otra idea ó elemento que complete y redondee la demostración, esta proposición por ejemplo: Antes del socianismo no se dió otra sociedad semejante á la que llamamos y reputamos por masonería, secta anticristiana y antisocial. Con este aditamento ya procede el raciocinio; ahora restaría manifestar lo fundado de aquella negativa, esto es, que registrando la historia, ni por datos directos ni por analogía aparece ninguna sociedad semejante y anterior al socianismo. Mas esto no lo demuestra el P. Lefranc, ni intentó demostrarlo, ni sentó tan siquiera aquella proposición ó otra parecida: antes del Socianismo no se dió otra sociedad semejante. ¿Lo demostró alguno de sus partidarios? ¿Dónde? ¿En qué términos? Hemos recorrido sus escritos con gran atención y no hemos dado con ello.

Nuestro Antiguo es el único que echó por este camino y aun tuvo barruntos del método que importaba elegir. Pero el Antiguo como desesperanzado de sacar la verdad líquida, ni formula el argumento cual cumplía, ni por el origen sociniano se muestra resuelto á romper lanzas, si bien con él simpatiza. Crítico como hay muchos, que con tal de hacer alarde de erudición más ó menos escojida, de manejar el gracejo ó la sátira mordaz, todo lo trituran ó lo dejan en el aire; se propuso hacer una excursión de recreo por el campo de las antigüedades masónicas; pero nótese, cojido del brazo con masones ¡qué ocurrencia! Se divierte en grande con ellos, especialmente con el payaso de Rebold, á quien hubiera vuelto tarumba, si con él hubiese podido habérselas boca á boca. Pero ¿aprovechar algo en su designio, si es que lo llevaba, aunque para mí no hubo tal? ¿aprender algo acerca de la genealogía masónica?

Ni por pienso; de tales guías y camaradas no había de esperar otra cosa, imbéciles ó de sobra maliciosos y falaces. Sin embargo picando aquí y picando allá, de manos á boca tropieza con un h. de Branville, quien si luego lo echa á perder con una salida de pie de banco, como hasta los más graves masones deslucen y borran sus mejores trozos, pero antes le espeló lo que sabía, y algo era, del origen templario. Nuestro hombre pasa de largo diciendo: eso no reza conmigo: y no contesta palabra á lo que se le habló en juicio. En resumen nuestro Antiguo erró en la elección de instrumentos históricos, empeñado en sacar de masones el agua clara sobre sus orígenes; sacó desfallecimiento y escepticismo: debía de haberlo previsto. Por esto no ofrece ninguna solución categórica.

Luego. . . . reanudando el hilo de nuestras consecuencias y viniendo á la conclusión decisiva, el P. Lefranc no logra su intento; á lo sumo prueba que el socinismo era masonería, no que esta sea oriunda de aquél. Dije á lo sumo, porque en la secta sociniana, tal y cual la expone el P. Lefranc, no se ve por donde andan aquella procedencia escocesa, aquellos masones aceptados, aquel grado templario, tres puntos bastante atendibles, que debían de haber tenido su lugar en la analogía, constituyendo esta todo el único fundamento apreciable de la hipótesis.

Respecto de los muy doctos y muy dignos compañeros que se le asocian, como no allegan datos ó razones nuevas sobre las del maestro, su autoridad, por respetable en alto grado, no alcanza por sí sola á persuadir que haya sido lo que no fué.

Y nos abstuvimos de dar la respuesta, con que de un solo tajo hubieramos cortado la discusión, afirmando la existencia de una masonería anterior á la sociniana, pero masonería también, para no anticipar noticias innecesariamente, ni involucrar

uestiones; toda vez que por exigencia de nuestro plan hemos de asentar aquel hecho, y en desempeño de nuestra palabra solo estamos comprometidos á examinar los argumentos de las diferentes opiniones, á ver si prueban ó no prueban.

CAPITULO V

La Carta ó Constitución de Colonia mirada al derecho y al revés, comentada y discutida por masones y profanos.—Una inspiración de Vicente La Fuente y unas puntadas sobre su "Historia de las sociedades secretas..... y especialmente de la Francmasonería en España."—Un templo masónico muy antiguo en España.—*Para casualidad son muchas casualidades.*

Por orden cronológico en nuestro viaje ascendente le tocaría el turno al origen templario, que es el más generalmente recibido, tanto entre los sectarios, como entre los profanos serios y estudiosos. Mas no podemos por ningún término dispensarnos de intercalar aquí un documento, que á ser auténtico, deberá considerarse de la más alta importancia; porque señala una era histórica de la masonería, tal como la quieren y demandan con imperio ciertos críticos exagerados é irrazonables, y porque aclara muchas cosas: con él, una vez asegurada su genuina procedencia, se ha de helar para siempre la risa en muchos labios.

Hablamos de la *Carta, ó Constitución de Colonia*, dictada en esta ciudad por un capítulo masónico en 1535, y cuya historia reseña el valeroso fiscál de la masonería, Eckert, en su

Francmasonería conforme á su verdadera significación, T. II, en esta forma.

“Esta pieza se hallaba en el archivo de la logia de Amsterdam *Het Wredehall*, que prosperó de 1519 á 1601. Cerrada por algún tiempo, volvieron á abrirla en 1637 cuatro de los hermanos sobrevivientes, cambiándole el nombre por el de *Fredericks Wredehall*. —Entre los objetos de la primitiva logia que pasaron á la nueva, figuraba un cofreceito guarnecido con lámina de cobre y cerrado con tres chapas selladas, intactos los sellos. El cofre contenía: 1º Las actas de la erección de la logia *Het Wredehall*, redactadas en inglés [1]; 2º el catálogo de los hermanos desde 1519 á 1601; 3º el documento colonés mencionado. Este era un escrito en pergamino *in plano* con caracteres latinos: perfectamente conservado, lo calzaban 19 firmas escritas todas de distintas manos, no copiadas. Todo esto consta por el acta de la primera junta de la logia *Fredericks Wredehall*, y los originales del acta y de las tres piezas están depositadas en el archivo de la G. L. de la Haya. El G. M. príncipe Guillermo Federico Carlos, después de haber mandado estudiar los documentos por sujetos instruidos y expertos, y sacado el fac-símile, los distribuyó traducidos á todas las logias del reino.”

De los tratadistas profanos el mismo Eckert pone la interesante Constitución sobre su cabeza; la desfiende Gyr; la transcribe y recomienda el P. Gautrelet; la emplea como valioso comprobante el P. Bresciani; Saint-Albin sostiene que por espacio de dos siglos toda la masonería en peso la tuvo en aca- tamiento, y que si después algunos hermanos, más avisados, dispararon dardos contra ella, fué para remediar la imprudencia de su divulgación. Solamente la rechazan los enemigos de

(1) Luego los fundadores eran ingleses. *Salus*, dirán los masones, *ex judeis est*.

la antiguedad masónica, y no todos; porque el redactor de la *Civiltá* y el P. Onclair, valientes impugnadores de papeles viejos, que no por ser supuestos dejan de ser muy viejos ó de remota fecha, en el lugar correspondiente del instrumento coloniense ni hacen mención y se callan como un muerto. Más abajo informaremos puntualmente al lector de todo lo que dice el P. Deschamps, laureado maestro, sabedor de todas las masonerías habidas en el mundo.

Hechas estas prevenciones, allá va, trasladado de la versión francesa que trae el P. Deschamps, que con ligeras variantes conviene con la de los *Anales masónicos de los Países Bajos*; allá va, para ser atentamente considerado, el documento de fama universal.

Las notas unas son de Gyr [G.] y otras de Eckert [E.]

A.·. L.·. G.·. D.·. G.·. A.·. D.·. Un.·.

"Nos, maestros elegidos, miembros de la sociedad venerable consagrada á Juan, ó de la ord.·. de los franc.·. [1] directores de LL.·. constituidas en las ciudades de Londres, Edimburgo, Viena, Amsterdam, París, Lyon, Francfort, Hamburgo, Amberes, Rotterdam, Madrid, Venecia, Gante, Koenisberg, Bruselas, Danzitz, Middelburgo, Brema y Colonia, reunidos en capítulo en la dicha ciudad de Colonia, en el día, mes y año más abajo expresados, y bajo la presidencia del Maest.·. de la L.·. fundada en esta misma ciudad, nuestro H.·. M.·. V.·., muy sabio, muy cuerdo y muy prudente, elegido por nosotros á este efecto, hacemos saber á los miembros de la orden, tanto actuales como futuros, por medio de las presentes, que serán enviadas á todas las LL.·. susodichas.

(1) Aquí por primera vez encontramos la denominación de francmasones (G.)

“Considerando que en estos desgraciados tiempos, cuando la discordia y las disensiones llevan á todas partes la perturbación y las calamidades [1], se imputa á nuestra sociedad y á todos nosotros los HH.: admitidos en la ord.: de Juan ó de los francmas.: principios, opiniones y maquinaciones no solo secretas, sino también públicas, tan contrarias á nuestros sentimientos como al carácter, objeto y doctrina de nuestra sociedad; que además se acusa á los miembros de la orden [á sin de atraer sobre nosotros el desprecio de los prof.: y condenarnos con más seguridad á la pública execración, y porque estamos todos ligados por un pacto y por inviolables misterios que religiosamente guardamos y observamos] del crimen de pretender restablecer el orden de los templarios; que por tales públicamente se nos designa, y que por consiguiente, como si estuviésemos afiliados en este orden, nos habríamos unido y conjurado para recuperar los bienes y dominios, que les pertenecieron, y para vengar la muerte del último gr.: maes.: en los descendientes de los príncipes y reyes que de aquél hecho fueron culpables y que ocasionaron la extinción de dicho orden; que al efecto procuraríamos introducir el cisma en la Iglesia, causar turbaciones y sediciones en los imperios y dominios temporales; que nos sentiríamos animados de odio y envidia contra el Sumo Pontífice, el emperador y todos los soberanos; “que sin obedecer á ninguna potestad del mundo, y únicamente sostenidos á los superiores elegidos dentro de nuestra asociación difundida por toda la tierra, nosotros cumpliríamos sus encargos ocultos y sus órdenes clandestinas por medio de un comercio de cartas secretas y por medio de sus mandatarios encargados de misiones especiales; que finalmente nosotros no dariamos entrada en nuestros misterios, sino á los que examinados y probados con tormentos corporales se hubiesen ligado

(2) Era en los principios del luteranismo.

y consagrado á nuestras asambleas por medio de un juramento horrible y detestable."

"Según esto, y después de haberlo maduramente meditado, nos ha parecido útil y muy necesario exponer; cuál es el origen y verdadero estado de nuestro orden, y cuál es el fin de su institución de caridad, tal y como estos diferentes puntos han sido fijados y aprobados por los principales maes.: expertos en el arte supremo é ilustrados en las ciencias naturales; y trazada y redactada esta exposición, hemos resuelto enviar el original suscrito y firmado por nosotros, á todas las LL.: de nuestra sociedad, á fin de que perpetuando el recuerdo de esta solemne renovación de nuestro pacto y de la integridad de los principios, pueda en lo sucesivo llevar nuestras instituciones á cualquiera parte del globo, si es que en nuestros países el odio, la envidia y la intolerancia de los ciudadanos y de las naciones, multiplicando los estragos de la guerra, abrumasen nuestra sociedad y la impidiesen conservar su estado y consistencia; ó bien, si es que ella viniese en la sucesión de los tiempos á ser menos pura, menos íntegra y menos incorrupta, para que pueda tomar pór norma los principios señalados en la presente constitución, con tal que algunos ejemplares de ella se libren del olvido y no perezcan; y para que puedan nuevamente profesarlos en más honancibles circunstancias, calmadas ya las tempestades, á fin de restaurar el orden, si se hubiese corrompido ó apartado de su primitivo objeto y de la pureza de su doctrina.

"Por estos motivos y por medio de estas letras universales, redactadas conforme á las más antiguas constituciones y á los monumentos existentes relativos á los principios, ritos y usos de nuestro antiquísimo y secretísimo orden, nos, maes.: elegidos, guiados pór el estudio de la V.: Luz.: en nombre de la promesa sagrada que nos liga, suplicamos á todos nuestros co-

laboradores, á quienes las presentes llegaren ó pudieren llegar más tarde, que no se aparten jamás de este documento de verdad: además anunciamos y publicamos, *así al mundo iluminado, como al otro sepultado en las tinieblas*, cuya salud igualmente deseamos:

“A. Que la sociedad ó orden de hermanos admitidos Frans.: consagrada á S. Juan (1), no procede de los caballeros templarios, ni de ningun orden de caballeros eclesiásticos ó seglares, que no es una fracción separada de ellos; que no está unido ni á uno ni á varios de ellos, y que en fin no tiene ninguna relación ni la más mínima con ellos directa ni indirectamente por vínculo alguno [2], sino que es mas antiguo que ningún orden de caballeros de esc género, y que existía ya, así en Palestina como en Grecia, en una y otra parte del imperio romano, antes de las guerras sagradas y de los tiempos en que los sobre-dichos caballeros marcharon á la Judea; que tenemos por cosa demostrada con diversos monumentos de antigüedad bien comprobada, que el origen de nuestra asociación se remonta hasta los primeros tiempos, “cuando esquivando las disputas de las diferentes sectas del Cristianismo, algunos adeptos imbuidos, por sabia interpretación de los verdaderos principios, en los secretos de la filosofía moral, se separaron de la muchedumbre; á la sazón fué cuando algunos hombres sabios é ilustrados, verdaderos cristianos que no se habían manchado con ninguno de los errores del paganismo, creyendo ver la religión

(1) Aquí por primera vez se designa á la masonería con el nombre de caballeros de S. Juan. A más este párrafo hace ver que todas las sospechas que se ciernen sobre esta asociación y que en la serie de los siglos se han ido confirmado, eran harto vehementes y generales, para que el orden se creyese amenazado de muerte y se viese en la necesidad urgente de disculparse (G).

(2) La declaración hecha contra el origen templario del orden masónico no significa nada, si se tiene en cuenta el grande interés más arriba expresado de hacer de lado este origen, para evitar las legítimas sospechas de las potestades. El origen hebreo y casi antídiluviano que se arroga, no sirve sino para despistar á las gentes hostiles. (Deschamps).

adulterada y corrompida, sembrar cismas y los horrores de la guerra en vez de la paz, de la tolerancia y la caridad, se unieron y ligaron con juramento sagrado," á fin de conservar con más seguridad y pureza, los principios de la moral de esta religión, principios grabados en el corazón de los hombres; á esto se consagraron, para que la luz brillando más y más en medio de las tinieblas, pudiese llegar á desterrar las supersticiones, y á establecer, mediante el cultivo de todas las virtudes humanas, la paz y la felicidad entre los mortales. Bajo estos dichosos auspicios, los autores de nuestra asociación fueron llamados HH.: consagrados á Juan, como quē seguían el ejemplo de Juan Bautista, precursor de la luz: que iba á aparecer, y de quien fué el primer apóstol y el primer mártir; sus doctores y escritores fueron en seguida llamados mm.:, según la costumbre de aquellos tiempos; ellos escogieron colaboradores entre los más hábiles y mejores discípulos reunidos: de ahí se originó el nombre de compañero, mientras el resto de los discípulos reunidos, mas no escojidos, eran designados, al estilo de los filósofos hebreos, griegos y romanos, con el nombre de aprendices (discípulos) (1).

"B. Que nuestra asociación se compone todavía hoy, lo mismo que antes, de los grad.: simbólicos: aprendiz, compañero y m.:, y más allá de la maestría, de mm.: elegidos y de supremos mm.: elegidos; que toda asociación ó confraternidad así llamada, que admita, ó mayor número ó diversidad de otras denominaciones ó subdivisiones, ó que se arroge distinto origen, que trate de mezclarse en asuntos políticos ó eclesiásticos, que se entregue al odio ó envidia contra quienquiera que sea

(1) De suerte que la doctrina masónica existía antes de las Cruzadas: los templarios á no dudarlo fueron quienes, después de haberla aceptado, la transportaron á Europa. Los maestros del orden declaran aquí: Nuestra creencia no es la de la Iglesia, manchada y corrompida con máximas paganas: nosotros si hemos conservado pura é intacta la moral eterna, que profesaron Cristo y S. Juan (E).

y aquellos quienesquiera que sean, que sostengan con su poder semejantes reuniones de hombres, ó con su prestigio las apoyen, aunque se adjudiquen el título de franc.:, de HH.: admitidos en el orden de S. Juan, ó cualquier otro parecido, no pertenece á nuestro orden, sino que son rechazados y expulsados como cismáticos (1).

“C. Que entre los doctores y los mm.: de este orden, dedicados á las matemáticas, á la astronomía y á las otras ciencias, se trabó, cuando fueron dispersados por toda la tierra, un comercio legítimo de doctrina y de luz.:; que de ahí prouino el uso de escojer entre los mm.: elegidos uno como más perfecto que los demás, el cual venerado como gran m.: elegido ó patriarca y solamente por los mm.: elegidos conocido, visible é invisible á ls vez, debe ser considerado como el principio ó cabeza de toda nuestra asociación; *que así existe aun hoy día realmente el g.: m.: ó patriarca, aunque de pocos HH.: conocido.*

“Y fijados estos principios, tomados de los más antiguos manuscritos y constituciones del orden, cuidadosamente comparados, por la autoridad del patriarca, con los documentos sagrados confiados al presidente y á sus sucesores, nos, revestidos con la autoridad de nuestro antedicho ilustre patriarca, hemos estatuido y asentado en calidad de preceptos los artículos siguientes: (2).

“D. El régimen de nuestra sociedad, la manera y los medios por los cuales los rayos de luz :. ignea llegan á los HH.: ilustrados extendiéndose al mundo prof.: están en la potestad de

(1) No hay ninguna duda sobre la ausencia de cualquier grado en la asociación primitiva. Aquí es donde por primera vez se ofrecen los cuatro grados que los templarios dieron al orden de S. Juan, junto con el grado de *Arca-Real* (E).

(2) Aquí encontramos la importante declaración de la existencia de una cabeza suprema y secreta, que ejerce una soberanía á un tiempo religiosa y política sobre el orden único y universal (E).

los supremos mm.: elegidos; á ellos toca velar y ver que nada se trame contra los verdaderos principios de nuestra sociedad ó el estado de ninguno de sus miembros; estos mm.: supremos del orden son también los encargados de defenderle, de conservarle y de proteger los derechos y libertades de su estado, y de mantenerlos, llegado el caso, á costa de su fortuna y con peligro de la vida, en cualquier lugar y en cualquiera ocasión que se ofrezca, contra todos los que quieran atacarlos.

"E. No hay indicio alguno de que nuestra asociación haya sido conocida hasta el año 1440 del nacimiento de Cristo, con otra denominación que la de HH.: de San Juan: en dicha fecha, por habérnoslo así parecido, comenzó á tomar el nombre de confraternidad de francmas.: especialmente en Valenciennes de Flandes, porque entonces se comenzó, con la diligencia y los auxilios de los HH.: francmas.: de este orden, á construir en algunos parajes del Hainautl hospitales para curar á los pobres atacados de la inflamación herpética llamada *mal de San Antonio* [1]

"F. Aunque con tal de dedicarnos á hacer bien no debemos tener en cuenta para nada ni religión ni patria, sin embargo hasta ahora nos ha parecido necesario y prudente no recibir en nuestro orden, sino á los que en el mundo profano ó no ilustrado profesan la religión cristiana (2).

No es preciso usar, para probar y sondear á los que se presentan para la iniciación del primer grad.:, que es el de apr.:, ningún tormento corporal, sino únicamente las pruebas que sirven á descubrir el espíritu, las inclinaciones y el carácter de los novicios.

(1) Esta cita no es evidentemente más que una fábula inventada con el fin de echar tierra sobre el origen sospechoso de la sociedad, pues no se funda en nada histórico. (E).

(2) Así en el orden no se exigía ninguna profesión de fe; mas para garantía del mismo se consideraba útil la profesión exterior del cristianismo. (G).

“G. Entre los deberes prescritos y cuya práctica debe jurarse con juramento solemne, se hallan la fidelidad y la obediencia á los seculares y á todos aquellos que están legítimamente investidos del poder (1).

“H. Los principios que guian todas nuestras acciones y el objeto á que se dirigen nuestros esfuerzos, se hallan enunciados en estos dos preceptos; ama, estima á todos los hombres como á tus hermanos y á tus padres; da á Dios lo que á Dios corresponde, y al emperador lo que toca al emperador.

“I. El secreto y el misterio que ocultan nuestros tra. no sirven más que al fin de que nos dejen derramar nuestros beneficios sin ostentación, y llevar sin ser perturbados á su perfección la empresa que nos hemos propuesto [2].

“K. *Todos los años celebraremos la memoria de San Juan, precursor de Cristo y patrón de nuestra comunidad.*

“L. Esta costumbre y todas las otras ceremonias del mismo género, cuando se verifican, sea en la práctica, sea en discursos, ó de cualquier otra manera, en las reuniones de los HH.:, no tienen nada que ver con los ritos de la Iglesia (3).

“M. No es reputado H.: de la sociedad de Juan ó francem.:, sino solo el que legítimamente iniciado en nuestros misterios por un m.: elegido, asistido de siete HH.:, lo menos, es capaz de dar la prueba de su recepción por medio de los signos y palabras usuales á los demás HH.:; entre estos signos y palabras, sin embargo se admiten también los que se usan en la

(1) Pero la fidelidad y obediencia á la autoridad eclesiástica no son de rigor. No hay ninguna necesidad de decretar la obediencia á la autoridad civil; no obstante hay gran cuidado de expresarla en todos los documentos; obediencia ilusoria, cuando se ha hecho voto de obediencia ciega al patriarca secreto del orden. En los grados simbólicos se manda beber á la salud del soberano; en los superiores no. (E).

(2) El secreto se impone solo para lograr el objeto hasta su completa realización. (E).

(3) Inútil advertencia; pues este simbolismo no es, en su lenguaje y en sus ceremonias, mas que una mezcla de paganismo y de judaísmo [E].



logia de *Edimburgo*, así como en las de *Hamburgo* y *Rotterdam*, de *Middelburgo* y *Venecia*, que son filiales suyas, y cuyas ocupaciones y trab.:, bien que reglados por el método de los escoc., sin embargo no se diferencian de los nuestros tocante al origen, al fin y á la institución [1].

“N. Siendo nuestra sociedad gobernada por un jefe único y universal, y los diferentes magisterios que la componen, por muchos gg.: mm.:, según la situación y las necesidades de los diferentes reinos, nada es más necesario que la entera uniformidad entre todos los que esparcidos sobre la superficie del globo, forman como miembros separados de un mismo cuerpo; nada más útil aún que la correspondencia de diputados y de cartas, conforme en todas á sí misma y á su propia doctrina: á este objeto las presentes letras, que certifican cuál es la naturaleza y el carácter de nuestra sociedad, serán enviadas á todos y á cada uno de los colegios de nuestro orden actualmente existentes.

“Y por estas razones hemos subscripto y sancionado con nuestras firmas diecinueve ejemplares originales enteramente uniformes y del mismo tenor que las presentes, así redactadas y datadas en Colonia del Rin, el año 1535 y el 24 de Junio de la era llamada cristiana.

HERMANNUS.—CARLTON.—JO. BRUCE.—FR. V. UPNA.—
CORNELIS BANNING.—DE COLIGNI.—VIRIEUX.—JOHAN SCHRODER.—HOFMAN 1535.—JACOBUS PRÆPOSITUS.—A. NOBEL.—
IGNATIUS DE LA TORRE.—DORIA.—JACOB UTTHENHOVE.—FALCK.—
—NICLAES v^a NOOT.—PHILIPPUS MELANTHON.—HUYSEN.—
WORMER ABEL.”

Ne varietur.

G. WOSMAER.—W. VAN VREDENBURCH.

(1) Por consiguiente no se puede poner en duda por nada la unidad de la masonería y del escocismo. (E).

Este es el notabilísimo documento, cuya capital importancia pone de relieve el P. Deschamps con la siguiente descripción:

“Nos revela, dice, la existencia y la actividad desplegada desde un siglo antes por lo menos, probablemente desde mucho más lejana edad, de una sociedad que extiende sus ramas por todo el mundo, protegida por el más profundo secreto, con sus iniciaciones misteriosas, bajo la obediencia de un solo jefe supremo, conocido de algunos maestros nada más. Ya figuran allí los tres grados fundamentales de la masonería moderna, con otros dos grados distinguidos que como germeñ contienen todo el sistema de grados superiores de la seeta actual. Ya se presenta la asociación aparentemente entregada á obras de caridad; pero cuyo objeto real es mantener una doctrina secreta, superior á todas las enseñanzas de la Iglesia, independiente hasta del más mínimo asentimiento á la divinidad de Jesucristo, un cristianismo de pura fórmula tomado por velo encubridor, puesto que se abre la puerta á todos los hombres de cualquier creencia, y si se hace referencia á la era cristiana, bien que con frase escéptica, es por no chocar con el uso corriente: de la potestad civil, repárese en la data del documento, por nada tenía que cautelarse. La Iglesia católica es rebajada al nivel de las sectas, y á su cargo hipócritamente se arroja toda la responsabilidad de las discordias, que estragan el mundo. Se calla acerca de la doctrina misteriosa que ha de perpetuarse: la esconde el secreto, que guardan únicamente un corto número de maestros elegidos. Mas se transparenta á través de dos indicios: 1º el mundo *ilustrado* ó iluminado se contrapone al mundo *profano*, y esta es la base del Gnosticismo, del Maniqueísmo antiguo y del *Iluminismo* moderno; 2º la sociedad es acusada de propagar máximas de rebelión contra las autoridades legítimas, y se exculpa de este cargo á fuerza de osadas negativas y artificiosos relatos de mentidos orígenes.”

“Ahí se encuentra la masonería entera y verdadera con sus grados, su organización y su doctrina destructora de toda religión y de todo orden civil.

“De los firmantes, los que tienen alguna fama histórica, todos fueron enemigos mortales de la Iglesia. Armando, arzobispo elector de Colonia, hubo de ser desterrado por su connivencia con los protestantes: la misma acusación se hizo contra Nicolas Var Noot y Santigo de Amberes, prevoste de los agustinos: Coligny es el jefe de aquellos protestantes franceses, que no contentos con hacer la guerra á la religión patria, aspiraban á una república aristocrática: Melanchthon es el infatigable socio de Lutero.

“El orden de los masones debió de empeñarse con todas sus fuerzas en la propagación del protestantismo, pues es muy de notar, que las nuevas doctrinas hicieron sus primeros prosélitos en las ciudades que, según informa la Constitución, tenían logia.”

Hasta aquí el P. Deschamps.

Ahora, ¿el preciosísimo documento es auténtico? Los ciegos partidarios de los orígenes modernos de la masonería á todo trance, se lisonjean ó de haberle sepultado siete estados bajo tierra con el peso de sus rechiflas y de su menosprecio, ó de haberlo mandado á la región del olvido eterno con la artera conjuración del silencio. En cambio, los masones todos, con excepción de algunos tibios muy contados ó más taimados, en inmensa columna cerrada salen entusiastas á su defensa, lo alzan como glorioso estandarte y le rinden veneración.

Ni las injurias y desprecios de los unos, como ni las aclamaciones y afectuoso rendimiento de los otros, valen un ardiente ante el tribunal de una crítica prudente y leal: prevenidos y asaz impertinentes los primeros; estólicos ó falaces los se-

gundos. Las razones ó fundamentos de este juicio duro, pero verdadero, los hemos expuesto y vuelto á tocar en diferentes ocasiones.

¿La carta ó constitución de Colonia es auténtica?

Saint-Albin observa en conformidad con su sistema, que la masonería, "al ver triunfante el protestantismo en una parte de Europa, el protestantismo, que *no es más que la mitad de la masonería* por confesión propia [1], pero es la mitad, ella echó de ver al instante que se abría una época nueva para los enemigos de la Iglesia: se reunió en Colonia. Sin saber todavía qué temer ó esperar de Enrique VIII, adversario de Lutero, más irritado contra Roma . . . atentada por el espectáculo de tantas traiciones y apostasías, en que contemplaba los signos precursores de la ruina y desolación de la sociedad cristiana, se atrevió á confesar públicamente lo que ella es, etc." Bien filosofado, aunque por sí no concluya nada.

Otra filosofía más adelante, de la misma cosecha. "Si los malvados no dejasen nunca transpirar nada de sus tenebrosos designios y de sus calladas maquinaciones, si las sociedades secretas hubiesen de ser en todo y por siempre secretas, los hombres de bien tendrían derecho de acusar á la Providencia y de decir que los ha desamparado." Por lo que valga esta congruencia.

El mismo autor ilustra cierto punto del texto coloniense con una nota histórica: "Mientras los caballeros del Temple refugiados en Escocia absorbían el orden ó gremio de libres albañiles, francmasones, y les usurpaban el nombre, otro tanto hacían con el orden de S. Juan los caballeros acogidos en Inglaterra y en Alemania. Cuando se juntaron estos templarios

(1) *Latomia*, t. II, p. 464.

dispersos y disfrazados con nuevos nombres, prevaleció el de francmasones por más ocultador."

Concluye asegurando sin admitir dudas en contra, que los reparos y objeciones levantadas por algunos escritores de la cofradía, se deben á hipócrita estratagemma ideada para nulificar ó aminorar el desventajoso efecto del manifiesto sectario producido entre la gente cándida.

En realidad con mayor ímpetu, siquiera ostensible, embisten contra él los masones que los profanos.

El gran caballo de batalla en que montan los opositores, dice el P. Gyr, es la variante observada en la firma de Melanchthon: en el original le faltan dos letras [Melanthon por Melanchthon]. Pero ya les quita el sobresalto el h.º Redarez, que victoriósamente rechaza esta y todas las demás objeciones (1). Fuera de qué, prosigue el P. Gyr, "cabe preguntar á esos escépticos cofrades: ¿Por dónde sabéis vosotros, que el Ph. Melanthon de la firma es el Felipe Melanchthon amigo de Lutero? ¿estais además bien impuestos de la ortografía de su apellido? ¡el mismo Melanchthon no pudo padecer una distracción, ó sería el único exento de ellas? Por fin ¿los falsarios se habrían descuidado en estudiar la verdadera ortografía? ¡Extraña torpeza!"

A estas soluciones se puede agregar un comentario del sabio editor de Melanchthon, Bretschneider, concebido en estos términos:

"Aunque en las cartas de Melanchthon no se encuentra ninguna expresión que sea necesariamente alusiva al orden de los francmasones, sin embargo de ellas resulta, que á menudo él recibía en su intimidad á extranjeros á quienes antes nunca había visto tan siquiera, los recomendaba con gran encareci-

[1] *Influencia de la masonería en el espíritu de las naciones.*

miento á donde quiera que fueren, en todo y por todo atendía á cuanto se les ofrecía. No sé si *familiaridad semejante* deba atribuirse únicamente á las virtudes de esos sujetos, ó más bien al renombre de Melanchthon y á la *comunidad de doctrinas de este con aquellos* [1].

El mismo Bretschneider llama la atención sobre el silencio de la carta de Colonia acerca de la gran logia de Yorck, y en tal silencio ve comprobada la autenticidad de aquella: "Y con razón, recalca el P. Deschamps, porque si la pieza hubiese sido fabricada en el siglo XVII, época de la propagación de la masonería inglesa en Alemania, por nada habría sido preterida la logia de Yorck."

Y antes nuestro respetable maestro nos había hablado de "las dudas serias opuestas á la autenticidad del documento;" y al encomiar "la capital importancia de este," nos aguaba el gusto con la condicional de "si es auténtico." Pero esto fué antes de meterse en faena y en el estudio del mismo, y movido por un exceso de rigorismo crítico; porque más adelante, depuestos ya escrúpulos ultra-críticos, se acaba de ver como opina y como se expresa. Y hace más aún.

Fuera del brillante análisis de la circular coloniense, que insertamos más arriba, se detiene muy de pensado á probar su genuina procedencia con la autoridad de críticos serios *extraños al orden*, y mayores de toda excepción; el referido Bretschneider en su obra citada; t. II, pág. 11 á 14; Pachtler, *Gue-rra callada contra el trono y el altar* [en alemán], pág. 8 y siguientes; M. Janssen por último, el eminente autor de la *His-toria del pueblo alemán*, el sabio germano que en el conoci-miento de aquella época, á que pertenece el manifiesto masó-nico, se lleva la palma entre todos, y á quien el P. Des-

[1] *Corpus reformatorum*, t. II, p. 13.

champs preguntó derechamente su sentir ó juicio, y la respuesta fué en un todo favorable al instrumento de Colonia. Luego se entretiene en sacudir el polvo á Findel, según ya anticipamos en otro pasaje, el cual Findel concentra toda la fuerza de sus impugnaciones en esto; que el estilo y las ideas de la carta no son del siglo XVI, resolviendo así la cuestión con la cuestión misma; y más abajo salta con el anacromismo piramidal, de que si reliquias hubieran quedado de los templarios en los *siglos XIV ó XV*, los jesuitas con su espionaje los hubieran sorprendido y dado la voz de alarma contra ellos. ¡Y este es el más sabio enemigo del famosísimo é importantísimo documento!

Con esto da por terminada su tarea crítica el P. Deschamps, y nosotros también.

En puridad, conforme á nuestro modo de entender, bien francamente declarado en cuanto se roza con los orígenes de la secta, la principal sospecha que por sí sola en nuestro concepto bastaría para dar término ultramarino al interesante programa de Colonia, sería el conducto masónico que lo entregó á la noticia del mundo profano, y no serían parte á aquietar nuestros recelos la apología ó defensa de Redarez, mason también, ni mil apologías de los más encumbrados y sabiondos personajes de la confraternidad: así nos tienen de acostumbrados en la presente materia los más ladinos de ellos á esos juegos y artimañas de contradicciones y confusiones para envolverlo todo en sombras por innata propensión, para desorientar á los profanos y con la variedad de pareceres disponer de una respuesta á mano para cada pregunta ó dificultad. Pero hechos á un lado los hermanos de la hoja, considerada la vanidad de las dudas propuestas, no comprobado de ninguna manera el hecho de la mixtificación, nos parece que podemos y debemos racionalmente descansar en el voto y sentencia categórica de

los tres ilustres críticos que con sus obras, particulares estudios, vida y antecedentes, acreditan magníficamente las dotes de ciencia, pericia y veracidad que constituyen autoridad irrecusable.

¿La carta de Colonia es auténtica?

Es auténtica.

Mientras permanezca incólume el pergamino de la gran logia de la Haya y no vengan á pulverizarlo otras críticas más potentes, humillense y confiesen su derrota todos los inventores y patronos de juventudes masónicas; los famélicos por manía de documentos históricos, de datos sensibles y tangibles, queden satisfechos á su vez.

Antes de despedirnos del período histórico á que se refiere el manifiesto sectario, bueno será á los críticos ultra-rigoristas, tan gravemente escandalizados con el feliz hallazgo de la logia de Amsterdam, curarles el escándalo con otro monumento histórico, que si no es tan locuaz y detallado como la manifestación de los 19 mm.: elegidos, corre parejas con ella, si no la supera con mucho, en valor para vindicar antigua data á la aborrecible hermandad. Es monumento sólido, no endebles como el delgado pergamino, formado con hermosos sillares, mármoles y piedra berroqueña, en que á porfia trabajaron la arquitectura, la escultura y la pintura para levantar magnífico templo al Gran Arquitecto del Universo, para cimentar y dedicar soberbia columna miliaria, no de millas, sino de siglos, á la asendereada cofradía, á quien con ultraje inaudito hasta algunos de sus ingratos hijos se empeñan en hacer pasar por moza, robándole el prestigio y los méritos de su venerable ancianidad. Y lo más picante de la historia es, que el indestructible monumento alza su arrogante cabeza . . . ¿dónde? ¿En la selvática Escocia, refugio de los perseguidos caballeros del Tem-

ple? ¿en la despreocupada Inglaterra, patria de Askmoles, Paynes, Andersones y demás legisladores de la misma ralea? ¿en la misteriosa Italia, madre secunda de Maquiavelos, Mazzinis é infinita caterva de conspiradores? Nada menos: en la retrógrada España de la Inquisición con sus hogueras, de los Reyes católicos con sus judíos corridos á paso de carga, en la España de Felipe II, aunque para dicha del mundo no había nacido aun por entonces el demonio del Occidente [1].

Es el caso que no se ha de tener por aventurada la presunción de que España gozaba de masonería desde largos siglos atrás; revelación inesperada! Oigase á V. la Fuente, que soltó esta prenda en un momento de juicio claro, que lo tenía, cuando no se lo enturbiaba el mal genio ó su espíritu de sistema: “Ese principio de odio, de venganza, subversión de todo principio de autoridad legítima, misterio impenetrable, sensualidad encubierta, superstición, hipocresía, encono rabioso contra el cristianismo, ritos sanguinarios, apego á vanas fórmulas y ridículas exterioridades, el franemasón necesita inventarlos y remediarlos; pero el judío los tiene como ingénitos, los siente desde que nace, y no puede menos de tenerlos en su situación abyecta, despreciada y de proscripción. A la luz de estas verdades innegables se aclara todo lo obscuro, y desaparecen los orígenes misteriosos (2).”

(1) Así se expresan del Gran Rey los protestantes extranjeros y los españoles protestantizados.

(2) *Historia de las sociedades secretas* t. I, pág. 9.—Lástima que nuestro D. Vicente ya puesto sobre la pista de los judíos, no siguiese por el buen camino de sus indagaciones, para no perder el rastro de esa gente sectaria por esencia, para cojer y no dejar nunca el hilo de sus tramas, para descubrir sus afinidades con priscilianistas, Hermandades y Uniones, para sorprender sus hijuelas y ramificaciones desde Witiza hasta los Reyes Católicos, para olfatear desde estos á los borbónicos los gérmenes malignos que hubieren dejado, para no perder un solo estambre de toda la urdimbre más secreta de comunidades, germanías, protestantes, alumbrados y sectas de brujos; y dado que no haya puesto mayor esfuerzo en esta empresa por ser de inmenso trabaño, aunque muy digna de quien carga sobre sus hombros el generoso compromiso de darnos una *Historia de las so-*

Sigue á este tenor, prueba sus dichos con hechos, arguye de eternos conspiradores á los hijos de Israel y los llama *verdaderos padres de la masonería*. Chispazos, relámpagos de verdad, que nunca llegaron á plena luz de evidencia por escasa sagacidad ó sobrada impaciencia en las investigaciones, y es mina ésta casi virgen.

Pero haciendo aparte estos y otros indicios, ó si se quiere, datos históricos que esperan todavía un crítico hábil y laborioso que los analice y complete la serie, el notable monumento es el que nos describe D. Juan Martín Carramolino, historiador de Avila, en la forma siguiente [1]: "En el año 1516, dos escasos corridos desde el fallecimiento del Obispo Abulense D.

siedades secretas antiguas y modernas en España, y especialmente de la Francmasonería, lástima grande que al menos desde los reyes borbónicos hasta 1870, en que le plugo bacer punto final, y ¿porqué no hasta 1880? que al menos en estos tiempos modernos de mayor publicidad para la masonería misma, bien que contenida en límites discretos, no hubiese penetrado más en las interioridades de la secta, puntualizando con más seguridad sus nuevas fundaciones y describiendo el curso de su propaganda en nuestra península; revelando sus conexiones con el jansenismo y el filosofismo y su primera introducción en el Santo Oficio y tal vez en el Episcopado; busmeando sus más recatados complots en los días de Fernando VI y Carlos III; señalando la entrada y desarrollo de los diferentes ritos, del iluminismo alemán sobre todo; sacando á plaza sus más íntimos planes de guerra á la Iglesia y á las instituciones políticas y sociales; estudiando paso á paso la acción masónica y confrontando su marcha gradual con los efectos correspondientes; dándonos á conocer sus sucesivos jefes efectivos con su dependencia real ó sus relaciones importantes con toda la masonería europea; haciéndonos formar idea clara de su organización y del funcionamiento de las dos secciones en que suele repartirse, la guerrera y la moderada; hasta finalizar con el cuadro más completo posible de las fuerzas masónicas en estos últimos años, de sus actuales propósitos, de los medios artificiosos adoptados para sus fines, de los auxiliares con que cuenta dentro y fuera de casa, etc..... todo esto ¿para qué? Para cumplir el ofrecimiento hecho en el frontispicio de la obra en proporción á la amplitud de su título, para darnos la verdadera filosofía de la historia patria, siquier de la contemporánea, para podernos decir fundadamente: *He aquí la Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España y especialmente de la francmasonería*.

Mas ¡ay dolor! que ni el sabio La Fuente daba á la masonería de nuestra patria su justo valor, ni tuvo por conveniente imponerse todo este improbo trabajo, ni en nuestro humilde sentir fué nunca de la madera de los Cretineau-Joly y demás nobilísimos sabuesos de arcanos historiadores.

(1) Historia de Avila, su provincia y Obispado.—Madrid.—T. III, c. XX.

Alfonso Carrillo de Albornoz, que murió en 1514, tuvo lugar en nuestra ciudad la fundación de un notable y bajo cierto aspecto, singularísimo edificio, á que están unidos un sumptuoso templo y un muy benéfico hospicio. Hablo del de Nuestra Señora de la Anunciación, llamada vulgarmente la *Capilla de Mosen Rubí*. . . . Es un octágono de hermosa y bien asentada sillería, de grande elevación, que forma un claro, ancho y despejado templo, al que da entrada una sola nave, mucho más corta, baja y estrecha, que está indicando la casual, cuando no meditada, incompleta construcción de la obra

“Más de un extranjero y algún estudioso español han querido hallar una significación misteriosa en esta notable fundación. Su objeto religioso . . . la forma irregular que se nota en la conclusión, ya accidental, ya meditada del edificio, dejando mitad cerrada y mitad abierta alguna ventana ó balconcillo del lindo balaustre de resalte que presenta la fachada principal; los emblemas dominantes en muchas partes de toda la obra, y de que se hace repetidísimo alarde en los escudos que ostentan los capiteles de la columna del patio, y hasta en el magnífico púlpito de mármol blanco, que es un pentágono, y en el que están esculpidos un compás; una escuadra y un mazo ó martillo; el adorno que sirve de remate á la silla presidencial del coro, que es una esfera ó globo terrestre, atravesado por un puñal blandido por una mano; las tres primeras gradas de la escalera de la torre, cortadas en forma triangular; las grandes columnas dobles que dan entrada á la única nave del templo, formada del polígono indicado . . . y algunas particularidades que omitimos, pero sin poder pasar en silencio la época de la fundación, el personaje á quien se invistió del patronato que *residió largo tiempo en Flandes*, la orden que los Reyes dictaron para que no continuase la obra y la exención canónica

de toda visita eclesiástica y gobierno diocesano “Hasta aquí el historiador de Avila.

Sobre su narración V. Lafuente, tibio creyente en antigüedades, misterios y trascendentales fines masónicos, que en su parte histórica de la masonería moderna equipara ó asimila ésta poco menos á una sociedad meramente política, hace estos comentarios:

“En efecto: *para casualidad son demasiadas casualidades.*” Antes había observado: “La masonería antigua de Avila y la actual, por cierto muy prepotente, han solidó fechar sus *planchas* al oriente de Mosen Rubí. La estructura de la Iglesia es muy caprichosa y casi irregular, y como si quisieran formarse con ella tres triángulos. En los muros y en las pintadas vidrieras se ve un escudo con una escuadra y un martillo. La estatua de Mosen Rubí saca la espada con la mano izquierda; la de su mujer tiene la mano derecha sobre el antebrazo izquierdo, en la actitud masónica de dolor, postura rara poco común. La hospedería se destinaba para una obra de beneficencia, más que de caridad. Dicen que algunas cosas raras que observó la Inquisición, hicieron que esta impidiese la conclusión de la obra.” Y luego más abajo añade: “Lo del mazo y la escuadra no tiene malicia al parecer; se ve lo mismo este emblema en la catedral y en la Basílica de S. Vicente sobre las tumbas de varios sujetos que llevan el apellido de Bracamonte... ¿Pero qué significaban esas herramientas en el escudo de aquella familia? ¿cómo se explican otros hechos indudablemente masónicos? ¿sería masón el arquitecto? ¿lo sería Mosen Rubí? El haber estado este (largo tiempo) en Flandes aumenta las sospechas. Los hugonotes franceses y los *mendigos* flamencos no desconocían los misterios masónicos: tiéñese por cierto que era francmasón el almirante Coligny. ¿Vendrían algunos militares españoles contagiados del masonismo flamenco, así como algu-

nos teólogos españoles se contagiaron del protestantismo alemán (1)?"

Lo que dejó en duda nuestro D. Vicente, lo afirma rotundamente el masón Nicolás Díaz y Pérez, asegurando que "la construcción de toda la obra no puede ser más ajustada á las reglas arquitectónicas de la masonería, haciéndose notar en toda ella (2);

"1º La forma poligonal del templo, propia de las logias escozas, y las dos columnas de la entrada de las logias de todos los ritos, desde el de Memphis hasta el francés; sólo que les faltan las iniciales *J* y *B*.

"2º Los cristales de colores de las ventanas lucen los emblemas del 3º y 4º grado.

"3º Las alegorías y emblemas dominantes en todo el edificio, lo mismo en su interior que en su exterior, pertenecen al 4º y 3º grado.

"4º El púlpito pentagonal se elevaba sobre una columna triangular y llevaba esculpidos los emblemas de los grados 4º, 2º y 3º.

"5º El adorno de la esfera atravesada del puñal y con la mano, encima de la silla del coro, es una de las alegorías del grado 30º, que pertenece al Cab.: Kadosch [3].

"6º Las gradas primeras de la subida á la torre son la elevación al tercer grado, así como la mesa de los juramentos está sobre una grada de tres escalones.

(1) Obr. cit. pp. 52 y sig. ¿Quién entiende al Sr. La Fuente? Aquí de plácido y tan serio confiesa lo de la *masonería flamencas*, y hasta lo del masón *Colligny*, noticia que hubo de tomar de la Carta de Colonia; atrevimiento mayúsculo para hombres de su escuela; y luego se rie á cada paso de las antiguallas masónicas de la misma época. ¿Qué formalidad es esta?

(2) "Historia de la francmasonería."

(3) Niega Tirado en su obra "La Masonería en España" que existiese por entonces este grado, aunque la alegoría se refiere al grado 30º.

“7º La figura que corona el triángulo final del altar mayor es la alegoría del grado 33º.

“8º La cláusula testamentaria del hospedaje á *trece ancianos de ambos sexos* es para muy tenida en cuenta, porque en la época de Mosen Rubí (*¿se lo vino á contar á V., h.: Diaz Pérez?*), y aun ahora, las dignidades y oficiales de una logia eran 43.”

Tras este análisis nos refiere el h.: *cicerone*, que el “general y almirante, señor de Chatillon, Francisco Colingny (*padre del rabioso hugonote*), cuando vino á España en 1519, hizo masones á muchos magnates que le acompañaban, y algunos otros de la corte del Rey.”

Después del relato del historiador de Avila; después de las reflexiones de Lafuente, que como suyas en tal materia, forzosamente han de ser imparciales; y después de las anotaciones hasta de un h.: Diaz Pérez, fáciles de comprobar, á ninguna persona de mediano seso se le ocurre otra cosa más que exclamar con aquel: *Para casualidad son muchas casualidades.*

Y pensar que el mismo docto escritor, que involuntariamente prorrumpió en este epísonema, arrancado por la brutal evidencia del hecho; el mismo que con la vetusta masonería judaica “aclara todo lo oscuro y hace desaparecer todos los orígenes misteriosos;” el mismo que habla, sin ninguno de sus picantes incisos acostumbrados, de la masonería flamenca y de la masonería de Coligny, el hugonote, como de cosa averiguada, corriente y de clavo pasado; que ese mismo á la vuelta de algunas hojas con su magistral desdén conocido rechaza, sin dar ninguna razón ni por ceremonia siquiera, el documento de Colonia, apoyándose no más en suposiciones de Clavel, cuya autoridad histórica está más marchita que la flor de su apellido á la semana de cortada; de Clavel, cuya *Historia pintoresca de la masonería* en su parte narrativa solo se lee por pasa-

tiempo y regocijo..... A la verdad se hace inconcebible, hasta qué extremos á algunos escritores formales puede conducir su idiosincrasia [1].

De todos modos resulta sin ningún género de duda, que la extraña capilla de Mosen Rubí, de Ávila, con sus construcciones adherentes, es un bello edificio masónico, cuya fábrica comenzada innegablemente en 1519, se prolongó algunos años, precediendo con corta anticipación á dándose la mano en edad con la celebrada Constitución de Colonia. Aquí no se vale desmentir fechas, que constan en los archivos de la ciudad, de la provincia y del obispado de Ávila, ni cabe la sandía escapatoria de torcer la natural interpretación de tantos emblemas, repetidos fuera d' la capilla en todos los sepulcros de los Bracamontes en la catedral y en S. Vicente, ni negar sin más ni más la significación de todos los objetos y circunstancias. Perfectamente sentenció Lafuente con aquel rasgo de ingenuidad que le honra:

Para casualidad son demasiadas casualidades (2).

Apresurémonos de todo lo expuesto á deducir una consecuencia de no escasa monta.

Luego si en 1635 se entretenían sosegadamente los padres conscriptos del orden en moldear y pulir el inolvidable código coloniense; si en 1519 un egregio masón de preciadísima alcurnia con ánimo sereno osaba edificar en el centro de la inquisitorial monarquía española un suntuoso templo á la gloria

(1) Como decimos idiosincrasia, podríamos decir rareza de carácter, que transciende á sus escritos; ó terquedad aragonesa, que por consecuencia en sus ideas preconcebidas le hacia inconsecuente en sus dichos y razonamientos.

(2) Sin nota de temeridad podría asegurarse que en otros puntos de Europa han de existir otros antiguos monumentos *sensibles y tangibles*, de la masonería, cuando se mantiene este en la nación donde menos podía esperarse. Y sin embargo ni le conoció el P. Deschamps, cuanto menos otros historiadores no tan ladinos.

del G.: A.: D.: U.:, hasta que el Santo Oficio con su proverbial mal humor se le ocurrió cortar aquellos temerarios vuelos; fuerza es convenir en que la raza maldita, la secta anticristiana y antisocial, aquella *gens aeterna in qua nemo nascitur*, infestaba ya el mundo antes de 1535 y antes de 1519; puesto que daba tales señales de vida, y de potente vida.

CAPITULO VI

SISTEMA TEMPLARIO.—Su exposición y algunos de sus patronos: Saint-Albin, P. Gautrelet, Eckert, Gyr, P. Barruel, Henrion, P. Deschamps, D. Benoit, Exmo. Dechamps, Schlegel, etc.—1er. argumento: Historia masónica: no vale pizca.—2.º Autoridad elevada á la categoría de consentimiento general de los hombres ilustrados.—3.º Grados masónicos: larga instrucción sobre ellos: reyerta fingida y amena entre simbolistas y escoceses: Colonia y Ávila otra vez en escena.—4.º Tradición: filosofías, datos sueltos y encadenados, historia, testimonios á manos llenas y á quéquieres boca.—5.º Analogía: clara como el sol: un jesuita incomparable.

La deducción última del capítulo anterior nos lleva de la mano á la investigación de más altos orígenes, siendo el primero que se nos brinda en nuestra marcha ascensional el templario.

Del cual dice el concienzudo Saint-Albin (1): “De todos los sistemas enumerados por el h.^r. Bazot, ninguno reune en su favor tantos sufragios formales, lo mismo entre los masones que entre los profanos, como el que considera en la masonería la continuación de la orden del Temple, proscrita por el Rey y condenada por el Papa, á principios del siglo XIV.”

Lo que tan sin vacilar asienta Sain-Albin, lo repite y hace suyo el P. Gautrelet, el prudente y docto Gautrelet, quien á

(1) San Andrés le llama el h.^r. Díaz Pérez. Allá se van. ¡Qué botarate!

más nos abre sobre esto su pecho con la más ingenua y firme convicción con estas expresiones: "En la contienda de si la masonería es *vieja* ó es *moza*, distingamos entre la existencia de la masonería como *sociedad organizada* con sus grados, estatutos, reglamentos, doctrina fija, objeto y medios determinados; tal, en una palabra, como ahora se muestra á nuestros ojos, y la existencia en el mundo de ciertos hombres que profesaban y tendían á actuar en su vida los principios de la masonería, animados de iguales sentimientos y dirigiéndose á fin idéntico, bien que de una manera vaga. En el primer sentido la masonería es *nueva*, engendrada de los *templarios*; en el segundo es *tan antigua como el mundo*."

No se desvía del común sentir el Ilmo. Dechamps, antes lo propone y asiana. A capa y espada lo desfiega Eckert, y el fiel discípulo Gyr á su lado. Si bien lo repudia el P. Bresciani perapetado en cierta falaz declaración de la Carta coloniense, por haber caído resueltamente en la red de aquella dolosa protesta ó estratagema, á todos ya patente; en cambio el gran maestro en ciencia masónica abate Barruel con su indispensable satélite Henrion, el P. Deschamps con su respetable secuaz y fiador D. Benoit, rompen lanzas por el mismo sistema con la irresistible pujanza de su lógica, bien que encumbrando todos ellos á edades mucho más apartadas las fuentes primeras de la masonería.

La parte histórica del sistema la expone sucinta y perspicuamente el Ilmo. Dechamps.

"Aquellos arquitectos y albañiles, refiere, desde la Edad Media se llamaron francmasones [*francos ó libres albañiles*], porque formaban una corporación ó gremio de constructores, que por merced de ambas potestades gozaban de grandes franquicias y de la exclusiva para ejecutar ciertas obras de arquitectura. Guardaban secretos sus procedimientos, y á ellos de-

ben atribuirse en su mayor parte las catedrales y los demás grandiosos edificios religiosos y civiles de aquella época.

“La corporación masónica fué enteramente inofensiva hasta sus postimerías, ó sea, hasta el siglo XIV, en que los métodos de arquitectura vinieron á noticia de todo el mundo. Mas entonces fué cabalmente cuando perdió su carácter primitivo, al recibir en su seno á gente peregrina en el arte de edificar. Algunos miembros de la Orden del Temple, cuya supresión coincidió puntualmente con esa decadencia del gremio, asieron de la oportunidad para colocarse en las escuadras de éste. Ahora júzguese como se quiera de la culpabilidad de toda la orden y de sus jefes, por la historia patentemente consta, que muchos de aquellos caballeros profesaban una doctrina secreta, bebida como las primeras herejías en las cenagosas fuentes de Oriente, infectas de gnosticismo, judaísmo é islamismo, y derivada en parte bajo este concepto de los errores antiguos. Muchos templarios contagiados de esta lepra se refugiaron en las filas de la decadente corporación de francmasones, torciendo su naturaleza y su objeto. A este acaecimiento alude visiblemente el *Anuario del Gran Oriente de Bélgica*, cuando afirma lo siguiente de la masonería: “Algunos sabios la reputan nacida de las iniciaciones egipcias, con que es de suponer se familiarizarían en Oriente *los caballeros del Temple, de los cuales los francmasones pueden tenerse como los continuadores.*” Estos templarios, que fueron los primeros francmasones propiamente dichos, conservaron los nombres y los instrumentos del arte de edificar, aunque dándoles una significación puramente simbólica; y como estos primeros francmasones eran escoceses, nada de extrañar es que en las Islas Británicas aparezcan las primeras huellas de la masonería, organizada con corta diferencia como hoy se la ve, al menos en su exterior, porque sus ocultas tendencias eran entonces menos acentuadas y en su plenitud

no se descubrían ni á sus propios miembros. Así es, que los lores ingleses eran masones desde los primeros años del siglo XIV, y desde principios del XVI la masonería en Inglaterra contaba por protector á Enrique VIII (1)."

La exposición es cabal y conteste en un todo con la tradición dominante; trazada además con espíritu tan sereno, con tan seguro aplomo y en estilo tan límpido y sosegado, que pre-dispone el ánimo al convencimiento. Si á esta recomendación no estudiada ni pretendida, se allega la circunstancia del país en el cual y para el cual se compuso la obra, Bélgica, una de las naciones más castigadas por la secta; el especial motivo y ocasión de haber sido aquella publicada en los días y á causa de la cruenta lucha de los católicos con la masonería belga y francesa; las prendas personales del autor, fuera de su dignidad altísima como Cardenal de la Iglesia y Primado, sabiduría, erudición y notable gravedad de carácter; la forma particular del escrito, que de suyo demandaba más estudio y mayor reflexión, una polémica empeñada con sectarios de varias denominaciones, masones, protestantes y racionalistas; todo bien meditado hace, que las terminantes aseveraciones del insigne personaje revistan por sí solas la importancia de un argumento nada despreciable.

Antes de engolfarnos en la enumeración y ponderación de las pruebas, se nos haría cargo de conciencia y nos remordiría como de fraude silencioso contra la estricta ley de la imparcialidad, si pasásemos por alto otro nombre ilustre y otro pasaje para el presente caso nacido y remarcable. El nombre es el de Federico de Schlegel, y el pasaje, tomado de su *Filosofía de la historia*, es el siguiente:

(1) *La Franc-Maçonnerie*, ch. II.

“Por lo que mira al origen ó fuente, de donde la influencia interna [esotérica] de la masonería se ha derramado por Europa, sea cual fuere el motivo ó interés que haya en negarlo ó en sostenerlo, del desnudo examen de los hechos resulta *casi* evidente, que la *orden de los templarios* fué **EL PUENTE** por el cual todo este conjunto de misterios pasó á Occidente, en cuanto á la forma almenos, que es la misma hoy que entonces. Los símbolos de la masonería no se explican sino por medio de las tradiciones de Salomón y las relativas á su templo, á las cuales va ligada la institución misma de la orden.

“La sola idea de semejante sociedad, de semejante doctrina puramente esotérica, y de su propagación secreta, no es compatible con el Cristianismo; porque este es de suyo un misterio divino, pero misterio que, conforme á los designios de su Fundador, está patente á todas las miradas y diariamente es celebrado sobre todos los altares. Por esto mismo justamente el secreto, que en los misterios paganos subsistía al lado de la mitología y de la religión nacional y popular, y que era exclusivo patrimonio de los sabios y los iniciados, este secreto, repito, no se aviene con una revelación destinada para todos los hombres, ántes por su propia virtud lo condena y lo rechaza.

“Una sociedad, de cuyo seno, como de una fragua en que *el genio de la destrucción forjaba sus armas, salieron los iluminados, los jacobinos y los carbonarios*, no podía presentar una tendencia verdaderamente cristiana, ni ser *políticamente justa, ni ejercer sobre la humanidad en general ninguna acción bienhechora.*”

A las cuales palabras el P. Deschamps añade por vía de comentario esta nota: “La mayoría de los escritores modernos están acordes en reconocer la orden del Temple por origen de la masonería, al menos *mediato*.”

Algún modernista de esos . . . tan suficientes, digo, tan desdeñosos, al pasar de corrida los ojos por aquella cláusula de Schlegel—“del desnudo examen de los hechos resulta casi *evidente, que la orden de los templarios fué EL PUENTE*, etc.—” gritará con la boca llena de sabio énfasis: esto no puede ser. Tiene vd. razón: ¡si Federico Schlegel no sabía ni historia! y el P. Deschamps ¿quién ignora que era un gaznápiro ó un metesillas cualquiera?

Los fundamentos en que estriba el origen ó sistema templario se reducen á estos:

- 1º Historia masónica.
- 2º Autoridad.
- 3º Grados masónicos.
- 4º Tradición.
- 5º Analogía.

Eckert [1] es el que más se detiene en desenvolver el argumento histórico, al cual pueden referirse también ciertas consideraciones generales de la filosofía imaginaria ó convencional de la historia, tan del gusto de algunos historiadores hueros de nuestros días, y semejante á las lucubraciones fantásticas de muchos masones. El P. Gyr maneja la historia de su maestro, adornada con algunas consejas del amigo Rebold, con quien ya trabamos conocimiento, y con otras alegaciones de los de la familia.

El P. Gautrelet [2] menciona, bajo la fe de un masón de polendas, el parentesco entre Masones y *Caballeros del Temple* ó por otro nombre *Masones del Orden de Oriente*; aduce á su favor los dimes y diretes entre iniciador é iniciando del grado Kadosch, y hace pie sobre todo en la analogía.

(1) “La Franc-Maçonnerie dans sa véritable signification.”—1854.

(2) “La Franc-Maçonnerie et la Révolution.”—1872.

Mr. Saint-Albin (1), que escribió antes que el P. Gautrelet, sobre las razones de este, se extiende más en la narrativa, y aparte del grado Kadosch, se para en la iniciación del *Príncipe del Real Secreto*.

D. Benoit esgrime también la historia, la masónica; pero donde su hace fuerte, y descuelga, y triunfa, es en la analogía y análisis de los errores y horrores templarios, como primoroso especialista que es en el género [2].

Ocioso fuera resumir ni calificar al abate Barruel, ni al P. Deschamps, cuando ellos van á hacer casi todo el gasto en nuestra revista de las pruebas.

A la cual vamos á dar principio, después de recomendar á nuestros lectores y acentuar bien una advertencia de interés sumo para el caso, y es, que ninguno de los sostenedores de la hipótesis templaria, masones ó profanos, que sepamos, hace alto en aquellos fermentidos Caballeros; sino que todos partiendo de ellos empujan más arriba el tronco genealógico de la masonería, proponiéndose domostrar el origen templario de esta únicamente *mediato*, no el último ó primario. Por lo cual, conforme á su intento, y hablando en plata, su empeño se reduce á persuadir y concluir, que la Orden del Temple, tan benemérita de la cristiandad por algún tiempo, mas caida después en corrupción, degenerada y merecedora de total extinción, en este triste estado fué verdadera y positiva masonería. Este deslindo y leal aclaración cortará díscutades y cerrará el paso á exigencias indebidas de los opositores, como aquella, por ejemplo, de mostrar el proceso histórico de la secta, que es punto aparte, bien que muy digno y muy susceptible de ser ventilado y puesto en claro á su tiempo y lugar.

(1) "Les Franc-Maçons."—1867.

(2) "La Franc-Maçonnerie."—1886.

Con este bien entendido comencemos ya á tantear el peso de las razones y fundamentos enumerados, uno por uno y todos en junto, si es menester.

1º *Historia masónica*.—Sola de por sí, ó tomada aisladamente, su valor es nulo. A esta franca declaración nos obliga la consecuencia, y nuestra firme exclusiva ya vimos qué bien justificada está por la prudencia histórica y hasta por el sentido común. A mayor abundamiento conózcase sobre esto el dictámen de uno de los autores, que más á fondo y más á conciencia han estudiado los libros masónicos, Mr. Saint-Albin: "Entre los orígenes, dice, asignados á la masonería (de todos os cuales es imposible que yo dé cuenta, pues no más su lista excedería las dimensiones de un cumplido volumen), los que no traen ignominia, como la traen el templario y el sociniano, son extravagantes y parecen un reto echado á la credulidad de los espíritus soberbios é impíos, que no tiene límites. Mas los hombres que en las logias juntamente con su libertad no han abdicado de la razón, por más que en las doctrinas de la masonería encuentren la imagen del caos . . ." Si las doctrinas, que es lo que ante todo importa, representan la imagen del caos, ¿qué esperar de plumas sectarias en la cuestión de orígenes, estrañas los más, infamantes los ciertos, cual el templario, el sociniano, y quien dice estos, dice algún otro? Dispensenlos por consiguiente los autores profanos que más insisten y confían en datos históricos de tan mala procedencia, si desestimamos la prueba basada en estos sin la fuerza de otros punitales ó discursos.

2º *Autoridad*.—Se le da contra lo más usual la primacía de lugar, por servir en cierto modo de introducción á las tres pruebas subsiguientes muy relacionadas entre sí. El argumento de autoridad en todas las controversias es atendible; tanto más sólido y consistente, cuanto la autoridad es más respeta-

ble y valiosa, en proporción al número y calidad de testigos que abonan una causa. Los favorecedores de la presente no son contados, ni de mediano ó corto valer. Por lo que hace al número, recuérdese la afirmación del P. Deschamps: "La mayoría de los escritores modernos están acordes en reconocer la orden del Temple por origen de la masonería, al menos *mediato*." Son tantos por lo bajo, cuantos en virtud de los datos fehacientes é incontestables que más tarde habremos de producir, dan cuenta de las monstruosas aberraciones é inmundas torpezas de los estigmatizados Caballeros; de dichos escritores unos católicos, protestantes é incrédulos otros, de toda nación ó lengua, en obras de linaje vario, con diversidad infinita de ideas y comentarios. Y nadie se sorprenda de esta nuestra salida original, cual de un capricho raro de licenciosa fantasía, como que en el horrible haz y repugnante conjunto de aquellas impiedades, blasfemias y abominaciones de los faeinerosos Caballeros, vemos nosotros destacarse retratada con todos sus rasgos y perfiles la *vera effigies* de la andante y andada masonería, y la han de ver dentro de poco, á se de quienes somos, hasta los tuertos y los ciegos. Esta consideración, si no nos engaña el cariño de padre á nuestra idea, abre anchuroso campo, llano, desbrozado y libre de tropiezos, á los defensores de la hipótesis templaria, por cuanto inicia un nuevo método de demostración formada con los mismos viejos materiales.

Siendo esto así ¿usaría acaso alguno con nosotros la sinrazón de obligarnos á exhibir los títulos del mérito, superioridad, prestigio y valía de los testigos ó autores que acreditan y sacan victoriosa la aludida versión? ¿Quién en el inmenso número de los que condenaron y condenan por criminales á los templarios, y que minuciosamente formaron el proceso de sus errores y maldades, quién será capaz de verificar el cóm-

puto de hombres eminentes por delicadeza ó severidad de juicio, por erudición exquisita é incorrupta rectitud, ornados con los más preciosos dotes de carácter, con el esplendor y copia de todo saber y literatura? Los mismos que obedeciendo á lamentable obcecación, á la indolencia para profundizar en la materia, á la vanidad de sentar plaza entre los despreciosados, á las reglas de una crítica irrazonable y exigente, acogen con soberano desdén el abolengo templario de la cofradía, mostrando no pocos envuelta en ese insultante menosprecio la hilaza de su frivolidad y lijerezas; pero que por otra parte confiesen el entero capítulo de culpas de la Orden pervertida, incapaces de resistir á la fuerza presuasiva de los documentos auténticos en los últimos años desenterrados y producidos á la luz por un Michelet, por un prohombre de la secta, que con semejante paso nos suministró contra ésta y contra sí mismo el argumento *ad hominem* más soberbio; esos mismos, digo, que quieran que no, feliz é inconscientemente inconsistentes, con su inyoluntaria confesión son traídos á militar bajo la enseña del origen templario y á colocarse, mal de su grado, al lado de los que á sabiendas con pujanza de discurso lo patrocinan y sustentan.

¡Oh! á la refuliente claridad de aquella reflexión, en que nos basamos para inferir las precedentes secuelas ¡cómo sube de punto y se agranda el argumento de autoridad, que cualquiera tal vez se habría sentido tentado de relegar á puesto secundario! Como que á ciencia de unos y por forzada paciencia de otros, á causa del poder irresistible de la lógica, vaya creciendo á nuestros ojos hasta ofrecer las proporciones de una especie de consentimiento general, si se atiende al reducido, al insignificante grupo de los que todavía sueñan con la inocencia de la extinguida Orden templaria, que es mucho soñar.

3.º Grados masónicos.—Lo explotan Saint-Albin y el P. Gautrelet. Los grados en que ellos particularmente se fijaron, ó que se prestan mejor á la presente argumentación, son el de *Caballero Kadosch* y el de *Príncipe del Real Secreto*. Véase cómo procede Saint-Albin en su propio lenguaje:

“A nuestro favor está el Ritual masónico, especialmente el relativo al grado de Caballero Kadosch, el cual exige que él iniciando ó graduando vengue la injusta condena de Santiago Molay,” sea figurativamente en los causantes de “su suplicio, sea implícitamente en quien por derecho sea acreedor,” es decir, en el Papa y en el Rey. “¿A quién conoceis?” se pregunta al Caballero Kadosch.—“A dos hombres abominables.—“¿Quiénes son?—Felipe el Hermoso y Bertrán de Goth.” Sabido es que así se llamaba Clemente V.”

“Cuando el Caballero Kadosch pretende el grado de Príncipe del Real Secreto, el Gran Comendador le pregunta: “¿Quién sois?” Responde: “Mi nombre es Kadosch, vástago de una orden injustamente proscrita más de cinco siglos ha.”

“En la recepcion el Gran Comendador le endereza un discurso, en que el sistema que hace dimanar la masonería de las antiguas iniciaciones, se enlaza muy diestramente con la tradición recibida de los templarios.

“Despues de la toma de la ciudad por Tito Vespasiano . . . se refugiaron en la Scitia y la Tebaida. . . . contando entre sus adeptos á San Juan el Limosnero, quien más adelante fué ele-

(1) Los años se computan conforme á la era masónica, que es la del mundo.

gido Gran Maestre y dió su nombre á una rama del Orden [1].

“En la época de las Cruzadas los apóstoles de la Verdadera Luz. . . . se juntaron á los Cruzados. Tomada Jerusalén por asalto, nuestros mayores recobraron la posesión del Templo, objeto único de sus deseos.

“En 5122 Balduino II, Gran Maestre del Orden, instituyó los Grandes Caballeros de San Andrés ó Príncipes del Real Secreto. Una diputación de estos, reconquistada Jerusalén por los bárbaros, fué expedida á Upsal á ocultar los preciosos restos del archivo del Orden. . . .

“En 5295 los Príncipes Masones los sacaron de allí, y vinieron á depositar este tesoro y á radicarse en Escocia. . . .

“Nosotros somos los sucesores de aquellos antiguos Príncipes Masones; y vos no espereis ser admitido, si no pronunciais solemnemente los mismos votos. *¿Venís en ello?*”

Antes de aquilatar en ley y justicia esta prueba, vamos cuanto antes á quitar de en medio un escrupulo ó chinita, que podría ser causa de tropiezo para alguno menos avisado. La chinita la forman aquellas palabras del Caballero Kadosch: “proscrita más de *cinco siglos* ha.” No hay que andar en cavilaciones: los cinco siglos y pico sumados á los 1312 años, fecha de la extinción, nos llevan á los años de 1812 con algo más. Pues bien, esta data no es la que marea la institución del grado, que ya estaba hecha de mucho atrás, aun conforme á la versión más desfavorable, sino la data que corresponde á la edición del ritual ó á otra circunstancia. No era de omitirse absolutamente esta observación, segúrn ahora se verá.

Viniendo ya á nuestro negocio ¿el argumento de los grados vale ó no vale? Considerado solitariamente sin ningún otro

(2) La Orden de Caballeros de San Juan. ¿Con que San Juan Limosnero hecho masón?

arrimo ó sustentáculo, una vez supuesta, asegurada ó sacada á flote la contemporaneidad ó siquiera razonable proximidad de la institución del grado con la existencia de aquellos templarios, triunfa el argumento y se levanta poderoso, irresistible: si vacila ó naufraga la suposición hecha, queda reducido á uno de tantos eslabones que forman el encadenamiento de la tradición sectaria.

De suerte que se ha de abrir otro debate en este sentido: *¿Los grados de Caballero Kadosch y de Príncipe del Real Secreto son comparativamente antiguos ó modernos?*

En esto tratan de meter el mentante los maestros en Arte Real, contándonos á grito herido, que los Templarios, aun después de su *injusta proscripción*, siempre han sido y nunca han dejado de ser por sucesión firme y cerrada; que si no, ahí están, que no me dejarán mentir, vocifera el h.º Willaume, “los *Caballeros de San Juan de Jerusalén*, más conocidos con el título de *Templarios*, sucesores inmediatos de los antiguos Caballeros del Temple . . . los cuales no son un orden de masonería, aunque fraternizan, lo mismo que sus antepasados, con los francmasones y los visitan con el dictado de Masones del Orden de Oriente . . . (1).”

Mas jay! Willaume, eres turco y no te creo; y todos vosotros sois turcos en cuestión de genealogías, y sólo se os puede creer á beneficio de inventario; ó bien, entonces sí, cuando *de veras* os tirais los trastos á la cabeza unos á otros, ó cuando habláis contra vosotros mismos, que entonces buen cuidado nos tenemos de daros con un *ad hominem* encima, que os deja descalabradados y maltrechos.

Con que venimos á parar en la misma duda: *¿Los grados de Caballero Kadosch y de Príncipe del Real Secreto son comparativamente antiguos ó modernos?*

(1) *Tuileur* (Retejador.)

Muy modernos no deben de ser, cuando uno de los más sañudos enemigos de rancias progenies, nuestro conocido el Antiguo Rosa-Cruz, nos participa que ya en 1650 suena en la masonería el nombre de Santiago Molay. Mucho más antiguos no cabe tampoco conjeturarlos, á ser valedera la opinión de Eckert, quien en sus notas al manifiesto de Colonia, pretende inferir de éste, que hasta 1535 no se estilaron otros grados más que los allí mencionados y el de Arca-Real. Pero ni sería este el primer renuncio en que el celoso investigador alemán hubiese caído con toda su sana intención, ni tampoco los solapados padres conscriptos de Colonia vinieron del otro mundo á certificarle de haber vaciado todo su corazón en la celeberrima Carta; cuando con tantos emboscos recatan, hasta los términos prudentes, la genuina naturaleza y fines verdaderos de la sociedad, cuando entran abominando de su ascendencia templaria para desmentir habilillas y disipar recelos. Ahora teniendo en cuenta, según es cosa averiguada y á todas horas comprobable por los rituales, que la flor de la masonería anida y fermenta en los grados templarios ¿cómo era de aguardar de la socarronería de los bellaquísimos varones, que descompasándose en hablar de aquellos, diesen de una plumada al traste con su muy estudiado disimulo y por su necio antojo fuesen á ponerse en las astas del toro? Por consiguiente, en orden al objeto de nuestra curiosidad, el forzado ó amañado silencio de la dichosa Carta no significa nada.

Con que por ahora con toda confianza podemos hacer alto en 1650.

¿Nos será lícito avanzar más en nuestra marcha retrógrada? Sí. Puesto que en 1519 se inauguró la fábrica de la *Capilla de Mosen Rubí*, y en ella resalta entre tantos emblemas la insignia de caballero templario, el puñal que blandido por un brazo desnudo atraviesa un globo, alargando á doce años la du-

ración de la obra, se nos ha de conceder que en 1530 ó poco después, coincidiendo con la fecha del documento coloniense, estaban ya admitidos los grados de aquella especie, que tan súgilosamente encubrían los legisladores de Colonia.

Así que, dando un paso más, nos plantamos en 1530. ¿Nos será dado retroceder más todavía? No nos cansemos de seguir el rastro á la caza.

En Francia y en el promedio del corriente siglo, se levantó gran polvareda por la descomunal refriega trabada entre simbolistas y escoceses, que hizo temblar las dos columnas de todos los templos, capítulos y orientes, y que por un momento se embraveció hasta el punto de tirarse á degüello pluma en ristre los más graves maestros y más conspicuos escritores de toda la masónica cuadrilla.

Ragon, el *autor sagrado*, oficial y canónico de la fainilia:—“Bastan los grados simbólicos; los demás son pamplina. *Esos grados superiores son los que en estos últimos tiempos han avivado las sospechas y hasta las persecuciones de la justicia, los odios de los profanos.* Además, sois unos altaneros, que nos tratais, no de hermanos á hermanos, sino como tiranos á sus esclavos.”

Thory, el formalísimo autor de los *Acta Latomorum*:—“Obscuros é insipientes masones de la brigada simbólica ¿qué sabéis de nuestros augustos grados? Nada, ó casi nada. *Más lejos estais vosotros de nosotros, que los profanos de vosotros.* ¡Nuestros títulos . . . ! Nuestros títulos son nuestra antigüedad, la posesión de largos siglos, vuestra existencia misma. ¡Ingratos! Sin nosotros ¿qué sería la masonería? Un miserable embrión, un cuerpo sin cabeza, un sitemesino condenado á vegetar raquíntico y estéril.”

Ragon (al paño.)—No lo decía por tanto: ¡venga un abrazo! —¡Venga!

En efecto Ragon, Bazot y demás valientes de la pandilla simbólica ritualizan, interpretan y enaltecen los grados superiores como si tal cosa; mientras Thory, el circunspecto, el sseudo Thory, que clava en 1717 el principio de la secta, canta el triunfo de los grados escoceses, sancionados por *la posesión de largos siglos*. Ateme vd. estas moscas por el rabo. Y es, que entre bobos (pícaros) anda el juego.

De todos modos el escocismo asienta, y el simbolismo acaña, que el alma de la masonería palpita en aquel, no en este; y la taifa simbólica va á la escocesa, no lo contrario. Son vestigios denunciadores.

Más. Ragon, el autor sagrado, habla del grado de *Príncipe adepto ó Caballero del sol*, y dice: Este grado es de la más remota anligüedad. Y no contento con esta declaración, en diferentes pasajes asegura, que la denominación y todos los grados de *caballeros* datan de las Cruzadas. Afirma Ragon, y no le desmiente ni enrienda el P. Deschamps, que le cita [1]. Ahora el *Caballero del sol* se da la mano, en razón del significado trascendente, con el *Caballero Kadosch* y por consecuencia, con el *Príncipe del Real Secreto*; y todos ellos son *Caballeros*. Luego todos ellos ascienden á la época de las Cruzadas, todos dimanan de la misma fuente templaria. Está demostrada la apetecida contemporaneidad.

Para los creyentes en desnudas noticias masónicas, de ellos Saint-Albin, Benoit, Gautrelet, no digamos nada de Eckert, Gyr, etc., queda redondeado el argumento.

Para nosotros, míseros escépticos, no.

Pero la afirmación masónica, si no es capaz de sobornar nuestra credulidad contra nuestro obstinado juicio en contrario, cierto que no deja de herir nuestro ánimo y proporcionarnos

(1) *Les sociétés secrètes* 2e., pár. VII.

ocasión de reflexionar sobre la fecha de 1530, de que en la capilla de Mosen-Rubí, por ley nos poseímos, sobre los desfavorables rumores y sospechas de templarismo que los 19 mm. de Colonia premiosamente quieren acallar en 1535. Por aquel entonces ni Cromwell, ni Socino habían echado al mundo su fantasía de templo viejo y templo nuevo, para destruir el uno y construir el otro, ni mucho menos habían propuesto terroríficos emblemas y alegorías de venganza, que probablemente escondían en sus antros ó en el secreto de sus juntas; y sin embargo, desde 1530 aparece como ornamento de un templo masónico la escultura del puñal y brazo vengador, y por los mismos días andan sobresaltadas las gentes con la amenaza ó el peligro de conjuraciones templarias. ¿Qué fenómeno es este? ¿Cómo se explica?

Los mil indicios esparcidos como polvo por todo el ambiente masónico en rituales, historias, comentarios, discursos y documentos de toda clase, van tomando cuerpo, obtienen seria confirmación. Esos grados templarios, en que hierva la sangre y el espíritu masónico, que entrañan lo más fino y acendrado, la quinta esencia del masonismo, al decir unánime de sectarios y profanos (1); esos grados, que tropieza uno con ellos, salva la variedad de apellidos y dictados, ya condensados en pocos ó en uno, ya dilatados en muchos, en el rito *escocés* lo mismo que en el *egipcio ó de Misraim* y en el de *Herodón ó de perfección*; en el rito ó orden del *Temple*, igual que en los de *ancha y exticta observancia* y en el *adonhiramita*; en el de *Saint-Martin* y *escocismo reformado*, no menos que en el iluminismo alemán que los refinó y con ellos iluminó todas las logias existentes; que laten, reducidos á uno solo, en el de *elegado*, mitigado y solapado hasta en el simbolismo del rito francés moderno; esos grados, repito, en nuestro humilde concepto,

(1) P. Deschamps, lug. cit.

son herencia legítima del Temple, son perdurable memoria y precioso regalo hecho al mundo por los albaceas vengadores del extinguido Temple, y de mano en mano por incógnito conductor de tenebrosas sociedades transmitido hasta el siglo XVI; y de allí hasta la más cercana edad. No hay otra salida, ni cabe inventar otros autores ó fundadores.

El monumento arquitectónico de Avila y el documento de Colonia abonan la palabra masónica, aclaran dudas, dirimen la controversia, coronan el argumento de los grados.

4º Tradición.

Este argumento se nos da casi hecho en el anterior, como quiera que la sucesión no interrumpida de los grados templarios en todos los ritos ó familias de la masonería hasta los días actuales, constituye una verdadera tradición general y constante. Aquella perennidad ó continuidad incesante en la laguna ó hueco de los dos siglos, que se interponen entre la destrucción de la Orden templaria y los monumentos de Avila y Colonia, se prueba satisfactoriamente, y aquella laguna inmensa á los ojos de nuestra melindrosa crítica, se llena sin gran trabajo con un tanto de voluntad deferente y comedida, y con un entero buen discurso; no con patente cohechada de vista gorda, ó con la fuerza creadora de una fantasía complaciente, sino á las derchas, con el discurso bien sentado y reposado.

Y viniendo á las inmediatas, vamos á ver; una vez bien claveteadas y apuntaladas las referidas y repetidas datas de Avila y Colonia, si no hubo transmisión ó herencia fielmente conservada sin saberse, va á decir, por quién, ¿por qué arte de birlibirloque, como por escotillón, surge á la improvisa en el teatro de la historia el Temple en cuerpo y alma, el Temple armado de punta en blanco, con sus misterios, doctrinas, símbolos y artes siniestras, el Temple vengativo con su puñal al-

zado sobre las cabezas de Papas y Reyes? ¿Quién fué el poeta inventor de cuadro tan horribilis? ¿Cuándo fué? ¿Dónde dejó sus interesantes cartapacios [aquí de los documentos visibles y tangibles]? Y sobre todo, ¿de dónde le pudo caer á ese frenético plan tan endemoniado? ¿O por qué sugestión infernal á un hombre del siglo XV ó del XIV, sin más ni más, sin conocidos antecedentes, sin circunstancias presumibles, sin previos elementos, le vino á las mientes invención tan rara y se le puso en el corazón crear una institución tan bien montada y contorneada y tan discreta, para perpetuar entre las sombras y trasladar á la realidad las sangrientas visiones de su rabiosa locura?

Fuera de que los descontentadizos adversarios, á nuestro entender, han perdido de vista que se trata de una sociedad que ostenta por lema principal de su bandera el secreto, el secreto impone con la más rigurosa de sus leyes, y sella esta ley con sangre. Si á pesar del frenético sentimiento de curiosidad que devora á la moderna generación, y de la escandalosa publicidad que no reconoce límites ni respeta nada, lastimosas plagas sociales ambas, todavía en las revelaciones de historias coetáneas caminamos de sorpresa en sorpresa, y muchas más se reservan á los hijos de otra generación ¿Quién que tenga dos dedos de frente ha de abrigar la presunción de ver claro en una sociedad tenebrosa por esencia y en la espesa cerrazón de aquellos tiempos; mucho más, calculados los peligros de cualquier revelación á causa de la íntima naturaleza y modo de pensar de aquellos pueblos y gobiernos, y aun más, tomada en cuenta la significación transcendental y alarmadora de los misterios que á todo trance se velaban y escondían?

Demás de esto, que algo pesaría en el juicio de gente de mejores entendederas, y para hacerles caer de su burro, si es posible, nos parece, con perdón de su indiscutible competencia, que esos críticos tan sabios y tan fastidiosos pusieron en

olvido ciertos particulares de aquel momento histórico. Ya se ve, como para ellos ni la masonería actual tiene nada de encubierto y reservado, ni hay mas conjuraciones subterráneas que los complots de la política, ni se dan otros móviles para el secreto que las tramas de la política ó el crimen vulgar; á nadie extrañará que se les haya trascordado la continua presencia en los mentados siglos de sociedades y conjuras anticristianas, salpicadas aquí y allá, sorprendidas y castigadas unas, renacientes otras, nunca totalmente aniquiladas, que por la comunidad de fin, de máximas y de procedimientos debieron de ser las obligadas encubridoras y transmisoras de toda malicia antigua, la natural guarida del Temple con sus grados y demás arrequives. Prescindiendo de otras indicaciones, el inmortal, el protervo judaísmo deicida ¿ha dejado ni un solo instante de ser el eterno conspirador en medio de las naciones cristianas, ni entonces, ni más tarde, ni hoy, ni nunca?

Por último, ¿qué tanto requiere un arqueólogo para reconstruir en el cartón unas vastas ruinas de la edad más lejana? ¿Qué tanto le hasta á un naturalista para rehacer y describir en sus tres reinos un dilatado continente que un extraordinario cataclismo sacudió y trastornó, sin dejar casi ni una piedra, ni una brizna de hierba en su lugar? O ¿con qué tanto se satisface quizá alguno de estos más adustos críticos, sea para tejer una larga cronología con puntualización de nombres, reinados y primarios acontecimientos, como quien arma una casa de madera piso sobre piso hasta las nubes, derecha y bien compartida; sea para restaurar una historia semi-fabulosa de siglos prolijos, ó retratar como con máquina instantánea el gradual desenvolvimiento de pueblos y razas mal conocidas con sus altos y bajos y especial colorido; bien para evocar de sus cenizas magníficas civilizaciones y culturas, que á manera de caudalosos ríos á quienes de improviso se les hubiesen secado las fuentes,

se hundieron y desaparecieron en el confuso mar de la barbarie ó de otras civilizaciones; ó bien para presentar de bulto á lo vivo en espléndido panorama el mundo entero moral, político y social de toda la superficie terráquea en un oscuro período de la historia con sus innumerables figuras, infinitos grupos, movimientos variadísimos é incessantes hasta el vértigo, con la pintura al natural de sucesos, ideas, sentimientos, costumbres, constituciones, y cuanto cabe en la más rica, lozana y potente fantasía?

Cuando alguna de estas obras se ha llevado á cabo, marcan por heroica la empresa literaria; levantan por encima de las estrellas el talento, la sagacidad, la mirada filosófica y dominadora, las ideas riquísimas, la inagotable erudición del privilegiado mortal; ponderan sus vigilias, insomnios, penas, constancia, luchas y esfuerzos titánicos de inteligencia; se arrebatan de las manos el libro, lo besan, lo coronan, lo numeran entre los memorables evangelios de la ciencia, todos lo pagan caro, todos lo compran y engordan el bolsillo del autor renumerando largamente sus afanes y sudores. A todo esto nadie ni por mal pensamiento comete la picardía de turbarle el dulce reposo y las inefables fruiciones de la gloria conquistada, ora armándole pleito por aquellas lagunas y deficiencias, que por más que noches enteras de claro en claro sudó el quilo y puso en tortura su ingenio, el pobre autor no pudo colmar ni remediar; ora levantándole un caramillo por cada una de tantas hipótesis con que trabaja y se fatiga por amarrar y enlazar suavemente lo cierto con lo dudoso y problemático; ó finalmente poniendo peros á los reiterados atrevimientos con que después de un cuadro seductor, radiante de luz y ornado con sabia combinación de colores y matices, cohechada la imaginación de los lectores y su ánimo enternecido, hace deslizar ladinamente una tras otra afirmaciones sin prueba, consecuencias ó ilacio-

nes sin lógica, que por la aguda chispa de ingenio agradan, por el tono de resolución persuaden y por la novedad de lo inesperado sorprenden, asegurando así el triunfo completo del autor laureado. Así han escrito y escriben muchos la historia, así *hacen historia*, recogiendo más *palmas* del público candoroso y del que no lo es tanto, que no se prodigan en una plaza de toros al diestro más fino, más gentil, valeroso y afortunado.

No se tome lo dicho á mala parte, imputándonos la intención exclusiva de zaherir los usos literarios contemporáneos, de que tanto se prevalen y abusan algunos llamados historiadores y algunos discurseros de nuestra patria, y los más de los novelistas históricos de todas partes, truhanescos forjadores de historia; hasta convertirla, cuando mejor lo hacen, en un espectáculo de fuegos de bengala ó en una pintura de perspectiva teatral; no. Nuestro propósito es más serio; el de dar una lección de sentido común á esa crítica regañona y puntillosa, que mal que bien ha de convenir en la necesidad de acordar á los escritores concienzudos cierta amplitud para lanzarse en alas del razonamiento á suplir injurias del tiempo ó faltas irremediables de olvido, y alguna consideración, que no pecaminosa indulgencia, con las deducciones, que en ausencia de datos positivos, perdidos ó imposibles de adquirir, se fundan en razonables principios de general prudencia para juzgar acerca de las humanas acciones y acontecimientos: con lo cual, á pesar de la odiosa y parcial diferencia establecida entre una y otra clase de historia, reservado todo el rigor y crujidad contra la que trata de los orígenes masónicos, resulta invenciblemente demostrada por la práctica usual la justicia de nuestro criterio anunciado; á saber, que una mediana dosis de voluntad deferente y comedida de una parte, y un entero buen discurso de

otra, bastan y sobran para probar históricamente lo que parecía indemostrable.

A este único blanco fueron encaminadas nuestras anteriores reflexiones, aunque algunos tal vez no lo entrevieran desde luego.

Urgía dejar bien declarada y confirmada una vez para siempre una regla de crítica histórica, cuyo alcance no puede oclutarse á la perspicacia de nuestros lectores, cuya aplicación á nuestro asunto se nos interdecía formalmente, ó injuriósamente se nos regateaba. Que por lo demás para sacar avante nuestros cerrados razonamientos, ni hemos de apelar á extremos de ingeniosidad ó á golpes de efecto literario, ni ponemos en juego el resorte de libres suposiciones ó felices audacias, ni necesitamos mendigar el favor de indulgencias ó aprobaciones generosas, con que integrar y suplir lo que escasea de sólido y fundamental en la discusión. Y en prueba de ello, vamos á especificar el argumento de tradición, ya iniciado, con tales pormenores, como ya los quisieran semejantes para sí muchos compositores y disertantes de historia general en materia de orígenes, cronologías, revoluciones sociales y políticas y sistemas filosóficos de historia.

Descendamos pues al estilo pedestre de este género de investigaciones.

El famoso Condorcet en su muy conocido *Ensayo de un cuadro histórico sobre los progresos del espíritu humano*, en tono de revolucionario convencido no teme decir: "Nosotros indagaremos, si no se debe contar en el número de las *sociedades secretas* aquella orden *célere, contra la cual los papas y los reyes se aliaron con tanta barbarie.*" Es la voz del ma- són tal vez de más talento, de igual ardimiento y decisión, que en su estilo peculiar hablaba seria y filosóficamente de su ma-

sonería, cuando no hormigueaban todavía los escritores de la secta y no se hacían del ojo para transformar los anales de la familia en libros de caballerías ó en un caos babélico. Por lo cual aquel testimonio no tiene precio y es apropiado comienzo de nuestra enumeración.

En efecto. Calientes todavía las cenizas de la hoguera en que ardieron el delincio Guido de Auvernia y el gran maestre Santiago Molay, en 1313, la autoridad eclesiástica de Lyon *por justos y razonables motivos*, reza la sentencia, suprimió una cofradía laica de hermanos pontifices, que había adoptado por insignia una cruz acostada del sol y de la luna, emblema notoriamente templario [1].

Al P. Deschamps debemos este apunte, y al mismo pertenece la siguiente observación:

“Si merecen desprecio los documentos apócrifos, no es menos cierto, que la doctrina del Temple fué conservada por algunas agrupaciones secretas, que en el curso de los tiempos la fueron modificando en armonía con las ideas dominantes sucesivas hasta conformarla con el deísmo judaico. Estos grupos guardaron con especial cuidado la tradición de una terrible venganza que se había de tomar de la Iglesia y de la monarquía cristianísima. Sin esto ¿cómo los fundadores (ó *continuadores*) de los ritos masónico-templarios habrían copiado con tanta exactitud en ciertos detalles las prácticas de los grandes criminales del siglo XIV? Haugwitz llega á declarar, que premeditadamente fué Luis XVI encarcelado en el *Temple*.”

Este Haugwitz es el conde de este título, jefe de la masonería alemana en la segunda mitad del siglo pasado, conocedor de todos sus secretos, que con el carácter de ministro diplomático de Prusia presentó una interesantísima memoria sobre la

(1) V. *Revue catholique des institutions et du droit*, 1877.—*Etude sur le régime municipal de Lyon*, par Vaesen.



secta al congreso de Verona, provocado por la alarma de la explosión masónica del año 1820, que conmovió á España, Nápoles y el Piamonte. Es irrecusable la autoridad del diplomático y de su memoria, de la cual tomó su cita el P. Deschamps y nosotros esta significativa cláusula que arma á nuestro caso: "Ejercer influencia avasalladora sobre los tronos y los soberanos, tal era nuestro objeto [cuando él funcionaba en la asociación], como lo había sido de los caballeros templarios."

El P. Deschamps, además, acepta como del todo verosímil el patronato de los Templarios ejercido desde 1155 sobre los gremios ó corporaciones de constructores masónicos de Inglaterra y Escocia; hecho muy en consonancia con los usos de la época, y confirmado por la historia general de estos países. De donde así como la Orden ya pervertida pudo fácilmente inocular el veneno de su doctrina secreta en tales corporaciones, así en el seno de estas encontrar los restos de aquella, después de la extinción, puerto seguro y eficaz auxilio para mantener y ensanchar su obra de corrupción.

Y para que no parezca esto dicho á humo de pajas, y al mismo tiempo para cerrar firme la cadena de tradición que estamos formando, es muy de observar la relación que entre las *guildas* inglesas y escocesas y las asociaciones congéneres de Francia, *compagnonages* ó gremios, establece la semejanza de leyendas familiares en boga en unas y otras, leyendas que guardan los recuerdos y costumbres, fijan las leyes, expresan la naturaleza, resumen los fines y medios de unión y acción de la sociedad. Esta observación abrirá los ojos á cualquiera y á nosotros campo expedito para la demostración.

En efecto, ¿se quiere saber lo que eran esos *compagnonages* en los tiempos de nuestra averiguación? Véase la noticia que de ellos nos participa un autor caracterizado, que dedicó

á este objeto sus vigilias en estos últimos años: "Los obreros constructores, dice, estaban en contacto frecuente con los francmasones mismos, hasta el extremo de haber tomado de ellos parte de sus tradiciones y prácticas misteriosas. Hacían remontar su cuna á los días de la construcción del templo de Salomón, las diferentes sociedades de obreros reclamaban á este por su patrón ó protector, y unas á otras se acriminaban el asesinato de Hiram, sobrestante de las obras. Los canteros pretendían una ascendencia de 500 años antes de Jesucristo, en el 560 se fijaban los carpinteros y los ebanistas llegaban al 574. De los obreros constructores pasaron estas tradiciones de unos á otros á los socios de otros oficios. En ninguna casi de estas asociaciones faltaban sus *hechiceros*, *aparecidos*, etc., y estas tradiciones misteriosas con seguridad tomadas, lo mismo que algunos usos y formas singulares, de la iniciación en la masonería, se miraron como inherentes á los gremios [1]."

Tales eran los *compagnonages* ó gremios franceses; tales debieron de ser por tanto, en virtud de la notada semejanza de leyendas, las guildas inglesas y escocesas. ¿No habla el hecho por sí mismo y no patentiza la infiltración y el dominio templario?

Tanto más, que estirando no mucho la historia y avecinándonos algo más á los tiempos modernos, como de molde se nos vienen á las manos dos preciosos datos, entre otros, uno referente á Escocia y otro á Francia, que á maravilla parecen confirmar nuestro aserto.

En 1652 se trataba de elegir ministro de la Iglesia (reformada ó anglicana, suponemos) á un tal Jaime Aislic, maestro en artes; pero se le hacía la guerra por su calidad de francmason. "Mas los ancianos de Kelso expusieron, en 24 de Febre-

(1) Levasseur, *Histoire des classes ouvrières*, t. I, p. 501.

ro de 1652, que á su juicio no había escándalo ni pecado en este título, porque en los tiempos de mayor pureza de esta Iglesia habían sido ministros masones calificados de tales; diariamente los hay y asisten á nuestras reuniones, y muchos profesores notados de lo mismo todos los días se ven admitidos á los sacramentos." Adviértase que estos *tiempos de mayor pureza de la Iglesia* (reformada) nos hacen retrogar á la mitad del siglo XVI. Si es verdad que el descubrimiento fué comunicado por el *Freemason (Francmasón)* de 1879, fuente de suyo sospechosa; mas era fácil la compulsación del informe con el original archivado en el presbiterio de Jedburgh, parroquia de Minto, y nadie hasta el presente ha desmentido la nueva.

El otro dato, relativo á Francia nos lo suministran León Gautier y el nombrado Levasseur.

"El ceremonial de las asambleas de esos *compañeros* del gremio, dice el primero [1], era una parodia infernal de las ceremonias cristianas, y alguna vez se celebraba en ella una especie de Misa del sábado, cuyos torpes misterios no tuvo empacho en propalar años atrás M. Michelet. Se sobresaltó la autoridad eclesiástica y condenó aquellos sacrilegios. Con todo en la primera mitad del siglo XVII, dichas prácticas habían logrado horrible popularidad, y continuaron á través de todo el siglo XVIII."

M. Levasseur ha publicado en su citada obra, al tomo II, página 493, "un resumen de las prácticas sacrílegas y supersticiosas acostumbradas por los compañeros silleros, zapateros, sastres, cuéchilleros y sombrereros en la recepción de los compañeros que ellos llaman de deber," con motivo de las cuales fueron consultados los doctores de la Sorbona en 1655. Las prácticas varían en los porvenirios análogamente á los oficios;

(1) *Histoire des corporations ouvrières*, p. 67.

mas en el fondo todas van á parar en una parodia del bautismo, de la institución de la Eucaristía y de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, igual sobre poco más ó menos á la del grado de Rosa-Cruz. "En una cosa convienen todas, dice el documento, en obligar al iniciando á jurar sobre los Santos Evangelios, que no descubrirá á padre ni á madre, á esposa ni á hijos, á sacerdote ni á letrado, ni aun en confesión, nada de cuanto va á hacer ó vea hacer. . . ." Y se añade esta particularidad para aquellos tiempos remarcable: "*Los hugonotes son recibidos compañeros por los católicos, y los católicos por los hugonotes.*"

De grande significación serán estos datos indudablemente para quien discurra en seso, por más que no satisfagan á ciertas gentes mal humoradas, que han de exigirnos seguramente un minucioso diario de todas las pulsaciones de todos los masones de toda la tierra, para cerciorarse de cualquier hecho á ellos relativos. Pero dejémoslas con sus escrúpulos de monja y repulgos de empanada, mientras seguimos escribiendo para los hombres de razón.

Conocida por una parte la institución de los gremios, tales como vivieron en la edad media y prolongaron su existencia hasta muy adelantada la moderna; tomada en cuenta su naturaleza, particular organización y estrecha hermandad de sus socios, que les prestaba fuerza; considerada su independencia, exclusivismo, franquicias y tenaz espíritu conservador, que los hacía á voluntad suya inaccesibles; y por otra atendida la inexorable ley del secreto sectario y no echada de ninguna manera en olvido la especial conformación de la sociedad de aquellos siglos, con aquella sorda fermentación de los espíritus, con aquellos hábitos de conspirar, con aquella multitud de juntas clandestinas, donde quiera que una saludable y vigilante Inqui-

sición no sorprendía, desconcertaba y exterminaba los mil elementos de iniquidad y subversión ¿á quién habrá de extrañar, que una vez infundido en su seno el germen del mal, allí creciese y se desarrollase sin oposición ni estorbo, perpetuándose y transmitiéndose pacíficamente de una á otra generación, mientras algún impensado accidente no venía á atajar ó entorpecer sus progresos? ¿ni á quién asombrará que los herederos y sucesores del Temple encontrasen en dichas corporaciones, por ellos influidas y dominadas, no solo amigable y seguro abrigo contra el rigor de la tormenta, sino también cómodo vehículo para dar expansión á sus funestas doctrinas, brazo fuerte é instrumento dócil y poderoso para dirigir, animar ó cooperar á la acción destructora de las revoluciones de todo género, que desde los tiempos medios hasta fin del siglo XVIII sin cesar agitaron, conmovieron y trastornaron la sociedad y la civilización cristiana?

Después de datos tan elocuentes y de consideraciones tan fundadas en razón, á nadie causará maravilla el *espíritu autonomista* y la *indiferencia religiosa*, lo mismo que los actos de *insubordinación* y *rebelión* de estas asociaciones obreras, conducta que les atrajo la reprobación del parlamento inglés y del obispo de Winchester en 1425: cualquiera se hará fácil cargo de la causa por qué los países, donde buscaron preferente refugio los restos de los Templarios, Suecia, Escocia y Alemania, fueran los más señalados y castigados por el azote del protestantismo: el menos avisado penetrará el misterio de los claros vestigios y alusiones templarias que salpican los escritos de los Rosa-Cruces primero y luego la *Nueva Atlántida* de Bacon, por confesión del mismo Findel, á pesar de su fiera ojeriza contra el origen templario: á nadie sorprenderá, si no es la sorpresa de este mismo doctor de la cofradía, la pasmosa analogía hallada entre las *Constituciones masónicas* de Anderson,

publicadas en 1723, y las *opera didacticia* de un famoso Años Commentus, declarado enemigo de la Iglesia católica y feroz dogmatizante de la primera mitad del siglo XVII, el cual en su *Panergesia* y en su *Pansofia*, habla de regeneración de la humanidad, de tolerancia la más absoluta y universal, de un *nuevo* y real camino de la *luz* y de un templo erigido á la Sabiduría, como podría hacerlo el más consumado masón de nuestros días: ni tampoco dejará de asentir con el P. Pachtler, en su *Guerra pacífica de los francmasones contra el Trono y el Altar*, quien admirado del éxito increíble alcanzado por el *Tratado teológico político* de Spinoza, hijo de judío portugués (no se eche en saco roto este origen); de la protección decidida que al israelita ateo dispensó el elector palatino Carlos Luis, y del celo y actividad extraordinaria con que los amigos del autor, á despecho de los Estados Generales de Holanda que la prohibieron, hicieron circular la obra con títulos supuestos en Francia, Inglaterra, Alemania y Suiza, en vista de hechos tan raros no pudo menos el P. Pachtler de sospechar, que *otras fuerzas se habían puesto en juego*, dado el carácter de la obra, descaradamente panteista y atea.

¡Qué ilación tan constante de hechos y de doctrinas! ¡qué tradición tan sostenida por espacio de tres siglos!

Para mejor persuadir á nuestros sensatos lectores el fundamento de algunas de nuestras observaciones; para acabar de desvanecer con nuestra genial franqueza la prevención de algunos verdaderos preocupados, de qué nuestras alegaciones son inspiradas por el empeño temático de sacar victoriosa una idea; y para dar todo colorido y entonación á la pintura de la sociedad europea en aquellos tiempos tan favorables á la asociación y á la doctrina secreta de los ex-Caballeros; vamos á presentar un resumen cronológico de las revoluciones anticristianas

que sin interrupción se sucedieron en el espacio de dos siglos, á partir desde la extinción de la Orden caballeresca.

No mencionaremos, ni aun por vía de curioso antecedente ó útil preliminar, aquellas escuelas judías de la Edad media, persistentes focos de propaganda anticristiana, y digamos también, masónica, ejercitada por varios siglos en medio de una sociedad que nuestra benevolencia se complace en mirar desde esta grande lejanía como enteramente religiosa y serviente [1]. Ni nos detendremos en la oportuna anotación del P. Deschamps, de cómo la Orden del Temple, infisionada desde principios del siglo XIII según cálculo de los historiadores, pudo mantener envueltas en las sombras sus impiedades y abominaciones durante un siglo entero ó poco menos, hasta su providencial descubrimiento. Ni mucho menos nos fatigaremos en interpretar el enigma de aquella perenne sucesión de cabalistas, rodeados de misterios, filósofos aventureros y á la vez anacoretas de una ciencia universal y desconocida, fundadores á lo mejor de academias y juntas sigilosas, en que se resguardaba el fuego sagrado de doctrinas secretísimas, á cubierto de indiscretas curiosidades del vulgo y de la peligrosa suspicacia de las autoridades. Estimadas en lo justo estas grises y seguras indicaciones, sin entretenernos más, pongamos mano al triste cuadro de humanas aberraciones que nos propusimos trazar, con toda la posible rapidez.

1312.—Beguardos, beguinios ó fraticelos.—Iluminismo, libertinaje y comunismo.

1317.—Arnaldo de Vilanova.—Reforma de la Iglesia en su culto, gerarquía, órdenes religiosas y estudios teológicos.

1332.—Nuevos fraticelos en Italia y Mediodía de Francia.

1336.—Valdenses y otros herejes en Francia, Alemania,

(1) Pouais.—*Les Albigois etc.*, ch. *Ecoles juives au moyen-age*.—París, 1879.

Bohemia y Dalmacia. — En las Islas Británicas, *donde no había inquisidores*, blasfemos, que predicaban de Jesucristo que había sido un malhechor justamente crucificado (como se dice en algunos ritos masónicos), y que inclinaban á los fieles á las prácticas paganas.

1349. — Flagelantes en Alemania. — Superstición.

1372. — Otra vez begardos en Flandes y patarenos en Francia. Libertinaje y maniqueísmo.

1377-1382. — Wiclef y Juan Vallee en Inglaterra [nótese bien.] — Revolución antieristiana y antisocial, germen de la Reforma.

1402. — En Italia, penitentes fanáticos y *escoceses* impostores. Estos eran antisacramentarios y decían que la Iglesia era la sinagoga de Satanás. El wiclefismo es ya *secta oculta*, que por Bohemia penetra en Alemania.

1402-1412. — Juan Hus á las doctrinas de los wiclefistas añade las de los valdenses. El wiclefismo se lo comunica un caballero bohemio que había estudiado en la *universidad de Oxford*.

1413. — Nuevas hazañas de la secta wiclefista en Inglaterra.

1415. — Jerónimo de Praga en Bohemia. Se retracta y por la presión de los sectarios vuelve á profesar el error.

1420-1447. — Los sucesores de Hus en Bohemia: Ziska, taboritas, orebitas, adamitas y calixtinos. — Revolución antireligiosa y antisocial.

1479. — En Worms Juan de Vesel, precursor de la Reforma.

1486. — Juan Laillier, Reinaldo de Peacock y Juan Miloerton siguen en gran parte la tradición wiclefista y preludian la Reforma.

1504. — Hermanos de Bohemia. Reformistas anticipados.

Hemos entresacado estos apuntes con exactitud de la *Historia de la Iglesia*, publicada por el barón de Henrion.

A las fechas y nombres citados en rigor habrían de agregarse los de muchos autores notables, que se distinguieron por la licencia pagana de su literatura, las audacias de su pensamiento en todos los órdenes y sus tendencias desembozadamente hostiles á la Iglesia, como explosiones aisladas, pero muy repetidas, de una hoguera latente, como expresión acentuada de espíritus inquietos y maleados.

En resumidas cuentas: agitación constante y general, conjuras permanentes, desbordada libertad de pensar, proselitismo irreligioso, abierta lucha contra la constitución y los puntos más prácticos de la doctrina de la Iglesia, principios antisociales, desconocimiento de toda autoridad, comunismo el más extremado, desens frenado libertinaje, alianza ó complicidad de los pueblos con dogmatizantes y cabecillas revolucionarios, carácter secreto de la secta wiclefista y de otras, focos de conspiración no extinguidos, origen inglés ó escocés de muchos perturbadores, coincidencia muy singular de alguna blasfemia con la de ciertos grados masónicos, uniformidad de errores radicales y de ataques contra la Iglesia y raro parecido con el inmediato protestantismo, creciente osadía é insolencia de los sectarios como seguros del próximo triunfo; tales son los síntomas de la mortal dolencia que consumía aquella vida social y que reclamaba urgente remedio; tales y tan alarmantes las manifestaciones del espíritu de tinieblas en aquella edad desventurada. En medio ambiente de semejante naturaleza y al amparo y con el auxilio indefectible y organizado de tantos agentes ¿se espantará nadie de que la levadura de corrupción depositada por la extinta Orden militar, se conservase, fermentase, creciese y extendiese muy lejos sus principios deleterios? Y dando un paso más, afirmado en tan numerosos an-

tecedentes de toda clase ¿habrá temeridad en darse á sospechar cuando menos, si los restos de aquella institución nefaria fueron, ya que no los autores acaso, pero sí los fautores y propulsores de la pertinaz y formidable campaña promovida contra la Iglesia, contra la civilización cristiana y contra el orden social?

Más de lo que calculáramos en un principio, nos hemos extendido en exponer el argumento de tradición. Justo es que pasemos ya al último, que si por sí solo se presenta irrefutable, fortalecido con la compañía de los demás, es para derrocar y vencer la obstinación sistemática de los más rehacios.

5º Analogía.

No se pierda de vista, y no estará de más recordarlo, el presupuesto con que caminamos en toda esta discusión, de probar únicamente que el Temple condenado por el Papa fué masonería, no que fuese de esta el primer manantial. Según esto, la analogía ha de existir entre las doctrinas y prácticas del Temple y las doctrinas y prácticas de la masonería actual. Esta confrontación ó paralelo, sacándonos de la historia, lleva la lucha á otro terreno, para volver á la historia, cuando nos toque demostrar el hecho mismo de tales doctrinas y prácticas de los Templarios, que será inmediatamente después; porque no es caso de faltar al solemne compromiso contraido con nuestros lectores, ni es este juego de muchachos y al buen pagador no le duelen prendas.

Quien con más claridad pone de manifiesto esta analogía y mayor partido saca de ella al intentado objeto, es el P. Barruel, el primer doctor indiscutible, bien que profano, en saber masónico. Comienza con esta oportuna introducción:

“Después de la extinción de la orden, un número regular de caballeros culpables, escapados de la proscripción, se reunieron para conservar sus horribles misterios. A todo el código de su impiedad añadieron el juramento de vengarse de reyes y pontífices, que destruyeron su orden, y de toda la religión que condena sus dogmas. Se admitieron iniciados, que transmitiesen de generación en generación los mismos sistemas de iniquidad, los mismos juramentos, el mismo odio al Dios del cristianismo, á los sacerdotes y á los reyes. Estos misterios han llegado hasta vosotros, francmasones, y vosotros perpetuáis la impiedad, los votos y los juramentos. He aquí vuestro origen. El transcurso del tiempo, las costumbres de cada siglo bien han podido modifícarse en parte vuestros símbolos y horrorosos sistemas: pero la esencia es la misma; los votos y juramentos, el odio y las maquinaciones son también las mismas. Vosotros no lo confesaríais; pero fueron enteramente descubiertos vuestros padres: hoy lo son los hijos.”

Y emprende briosa mente la demostración.

“En efecto, dice; cotejemos los dogmas, el lenguaje y los símbolos. ¡Cuántos objetos van á manifestarse comunes! En los misterios de los Templarios empezaba el iniciante oponiendo al Dios que muere por la salud de los hombres, un Dios que no muere. Jurad, decía al neófito, *jurad que creéis en un Dios creador, que ni murió ni morirá jamás*. A este juramento se seguía la blasfemia contra el Dios del cristianismo. Enseñaban al nuevo adepto á decir, que “Cristo no era sino un falso profeta, justamente condenado á muerte en expiación de sus propios crímenes, no del género humano.” ¿Quién desconocerá en este símbolo al masónico *Jehová* y la atroz interpretación del Rosa-Cruz dada á la inscripción: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos?*”

“El Dios de los Templarios, *que nunca muere*, era representado por una cabeza humana, delante de la cual se postraban como ante su verdadero ídolo. Esta cabeza se halla en las logias de Hungría, donde se ha conservado la masonería con el mayor número de sus primeras supersticiones [1]. Se vuelve á encontrar la misma cabeza en el *Espejo mágico* de los masones cabalistas, los cuales la llaman el *Sér* por excelencia, y la adoran con el nombre de *sum*, que significa, *yo soy*, denotando así al gran *Jehová* ó fuente de todo ser y sirviendo de guía al historiador para subir hasta los templarios.

“En odio á Cristo aquellos caballeros celebraban los misterios de su *Jehová* más especialmente en Viernes Santo, y el mismo odio congrega aun hoy á los tras-masones Rosa-Cruces en este día, conforme á sus estatutos, para solemnizarlo con sus blasfemias contra el Dios del cristianismo.

“Encubrían los Templarios la igualdad y libertad con la capa de hermandad, cantando: *¡Qué bueno y grato vivir los hermanos unidos!* que era el cántico favorito de sus misterios. Lo es también de nuestros masones, como disfraz de todos sus errores políticos.

“El juramento más terrible sometía á las venganzas de los hermanos y á la muerte misma, al que hubiese revelado los misterios de la Orden. El mismo juramento hacen los masones y con las mismas amenazas contra el violador del secreto.

“Iguales precauciones en unos y otros, para impedir á los profanos el ser testigos de sus misterios. Los Templarios principiaban con despedir de sus casas á cuantos no eran iniciados; colocaban en cada puerta hermanos armados para alejar á los curiosos; apostaban centinelas sobre los tejados de la casa, que en estas funciones siempre se llamaba *templo*. De aquí entre

(1) Véase el *Rapport de Kleiser á l'empereur Joseph II.*

nuestros masones aquel *hermano terrible*, que siempre vela espada en el puño á la entrada de las logias para rechazar á los profanos. De allí también la frase de rúbrica entre masones: *el templo está cubierto*, para expresar: están en su puesto las guardias; ni por el techo puede entrar ningún profano, y podemos obrar con toda libertad. De allí la otra expresión: *llueve, esto es, el templo está descubierto, no está segura la logia, nos pueden ver ú oír.*

“De suerte que todo, sus símbolos, su lenguaje, hasta los títulos de *Gran Maestre*, de *Caballero*, de *Templo*, los nombres de las columnas *Jakin* y *Booz*, que decoraban el templo de Jerusalén, cuya guarda se suponía confiada á los Templarios, todo en nuestros masones delata á los hijos de los caballeros proscritos.

“Mas ¿y qué prueba no prestan además aquellos terribles experimentos, en que nuestros tras-masones, ó sea masones más graduados ó avanzados, se manifiestan prontos á dar de puñaladas al pretendido asesino de su *Gran Maestre*? *Asesino*, que para los Templarios era Felipe el Hermoso, para los masones todos los reyes. Así que con todos los misterios de blasfemias contra el Dios de los cristianos, se han perpetuado los misterios de la venganza, del odio y de la conjuración contra los reyes. Razón tienen, pues, los masones de ver á sus legítimos padres en los proscritos Templarios. No se podían transmitir con más fidelidad de padres á hijos idénticos proyectos, iguales medios, los mismos horrores.”

Este cuadro de analogías D. Benoit lo amplía con algunas pinceladas más.

“Los Templarios, añade, creían y decían que el *Gran Maestre* ú otras dignidades, aunque fuesen legos, podían absolverlos de los pecados, y así lo practicaban.—A su vez en todos los ritos masónicos hay un grado particularmente dedicado al

sacerdocio de la naturaleza, cuya mira es negar la institución del sacerdocio cristiano.

“Entre aquellos, en la recepción de nuevos hermanos, iniciador é iniciado se besaban la boca, *in umbilico seu in ventre nudo, et in ano seu spina dorsi, item aliquando in parte virili;* según reza el proceso.—No se halla en las logias actuales el *beso del seno*: la Orden del Temple es la última secta maniquea donde se ha usado, bien que los otros signos han pasado á la masonería. Sin embargo, el signo mismo del seno ha dejado rastros no incognoscibles.

“Los superiores decían á los nuevos adeptos que podían vivir sodomíticamente etc. La *fraternidad*, la *beneficencia*, la *humanidad*, y hasta la *moral* y la *virtud*, tales como las entienden los *inteligentes*, admiten ó pasan por esas costumbres de los Templarios.” Por nuestra cuenta, para que los masones no se escandalicen del aserto de D. Benoit, les recordaremos aquellos versos del gran masón entre todos los masones, el desvergonzado Voltaire.

Le plaisir est l'objet, le devoir et le but

De tous les êtres raisonnables; . . .

Que sur la volupté tout votre espoir se fonde

Si hubiésemos de recojer todos los sistemas y máximas inmorales las más extremadas y escandalosas, que enseñan los padres y doctores de la masonería, llenaríamos algunos volúmenes. En la segunda parte de esta obra, daremos á este punto la debida extensión.

“Los Templarios adoraban un gato que se les aparecía en la misma reunión—En las logias es cosa corriente la adoración de la criatura En algunas juntas se ha aparecido visiblemente el demonio.

“Los templarios estimaban lícito apoderarse de lo ajeno por cualquier medio, *per fas et nefas*, bueno ó malo: prestaban ju-

ramento de procurar el medro y el enriquecimiento de la orden por cualquier medio, *per fas et nefas*; y no reputaban pecado el perjurio á este fin.—A los ojos de los masones, *el fin santifica los medios.*” Doctrinal y experimentalmente han profesado esta máxima en todos tiempos: la *mentira* en todas sus formas es sistemática entre ellos.

El P. Deschamps recalca especialísicamente sobre “la negación de Jesucristo y sobre los ultrajes que se le infieren en las sesiones capitulares del Viernes ó de cualquier otro día de la Semana Santa, negación, dice, tan esencial ó característica de la masonería, que no empieza á entrever la luz y no es verdadero masón el que no ha renegado, como lo han atestiguado dos masones entre otros de alta graduación, Chereau en 1806 y Teissier en 1856.”

Recapitulemos y confirmemos con el brillante epílogo de mismo P. Barruel: donde él principia, él mismo debe concluir.

“No, exclama, los profundos adeptos no se llaman descendientes de los Templarios, sino en cuanto los juzgan firmísimamente culpables de la misma impiedad y de la misma conspiración de que ellos mismos lo son ¿En qué concepto, si no, los Condorcet y los Sieyès, los Fauchet y Mirabeau, los Guillotín y Lalande, los Bonneville y Volney, grandes adeptos de la masonería y á la par héroes de la impiedad y de la revolución; en qué concepto hombres de esta ralea pueden reivindicar por antepasados suyos á los caballeros del Temple, si no es por la creencia al menos de haber heredado de ellos todos aquellos principios de esta libertad é igualdad que se cifran en el odio al trono y al altar?

“Cuando Condorcet condensando sus trabajos de treinta años, alterando todos los hechos de la historia, combinando todos los artificios del sofisma, se esfuerza en avivar nuestro reconocimiento hacia aquellas *sociedades secretas destinadas á*

perpetuar á la sordina y á mansalva entre algunos prosélitos, lo que él llama un *número reducido de verdades sencillas*, cual *seguros preservativos contra las preocupaciones dominantes*; cuando en la revolución francesa sólo describe el triunfo de tanto tiempo atrás preparado y suspirado por estas *sociedades secretas*; cuando promete revelarnos un día, que *es preciso contar en el número de estas sociedades* esta misma Orden de Templarios, cuya destrucción pregoná como efecto de la *barbarie* y la *bajeza* (en qué sentido, ó á qué título podían aquellos caballeros excitarle tan vivo interés? Segundo su modo de pensar, las sociedades secretas, merecedoras de nuestro agradecimiento, son las de esos pretendidos sabios “*indignados al ver los pueblos oprimidos* hasta en el santuario de su conciencia por reyes, *esclavos supersticiosos ó políticos del sacerdocio* Cuanto hace y cuanto promete hacer al objeto de descubrir en los Templarios una de estas sociedades secretas, solamente se debe á la esperanza de encontrar entre ellos los principios, los propósitos y los medios que á la larga producen las revoluciones. Este ardiente celo de Condorcet en favor de la sociedad secreta de los Templarios, no es por consiguiente más que el ansia y la esperanza de hallar en ellos todo el odio que abrasa sus entrañas contra los sacerdotes y los reyes.”

Y da la última mano á su magnífico análisis con este golpe maestro:

“El secreto que él indicó solo á medias, otros adeptos lo han cantado más por lo claro, por haberseles deslizado en el fuego de sus declamaciones. En sus raptos furiosos, cual si se hallasen en la caverna de sus ensayos regicidas, públicamente han invocado el auxilio del *puñal* y han llamado á los hermanos á las armas, gritando: “Trasponed de un salto los siglos y guiad á las naciones en la persecución de Felipe el Hermoso. ¿Sois Templarios, ó no? Ayudad á un pueblo libre en la obra

de levantar para sí en tres días y para siempre jamás el templo de la verdad. ¡Mueran los tiranos, y la tierra quede limpia de ellos!"

El lúcido raciocinio y la victoriosa elocuencia del P. Barruel nos relevan de todo comentario y nos dan derecho para concluir:

Luego si los principios, máximas, planes, espíritu interno, medios y demás distintivos de la masonería actual concuerdan ajustadamente con los del Temple degenerado, ese Temple pervertido era á todos luces verdadera, real, pura y positiva masonería.

Esto prometimos demostrar: hélo aquí demostrado.

CAPITULO VII

Condenación de los templarios.—Objeciones contestadas.—Historia de toda la causa: resumen: retoques del P. Barruel.—Un continuador del P. Darras.—Un epílogo del P. Barruel.—Otro nuestro.—Remachan el clavo con documentos nuevos Michelet y Loiseleur.—Una extrañeza de D. Benoit.—El golpe de gracia de la *Civiltà cattolica*.

Incúmbenos ahora probar la certeza de este cargo hecho al Temple condenado, esto es, la profesión, ejercicio ó existencia, respectivamente, de esos principios, máximas, planes, espíritu, medios y demás caracteres masónicos. Este es el punto histórico; este es el punto capital, el eje de toda la presente disquisición, la base y el imprescindible supuesto de nuestros argumentos. Para su examen la cuestión se formula en estos precisos términos:

¿Fueron culpables los Templarios? ¿son ciertos todos estos capítulos de acusación?

Porque si se puede contestar negativamente á estas preguntas; si la condenación de aquellos Caballeros fué un acto de violencia y despotismo gubernamental inspirado por la codicia, los celos y el rencor, una extralimitación y abuso de la auto-

ridad pontificia, aconsejado por la debilidad y el servilismo, borremos todo lo escrito sobre esta controversia; pues se desvanecen como el humo nuestras pruebas, vuélvense gratuitas nuestras motivadas suposiciones, frívolos nuestros paralelos, risibles nuestras acotaciones, pueriles nuestras filosofías históricas, novelescas nuestras narraciones, de ningún valer, tomo ni aprecio el más insignificante nuestro ponderado consentimiento general, nuestra consideración de los grados masónicos, nuestra tradición, nuestra analogía, nada en fin, de cuanto nos ha servido para emborronar páginas sobre páginas con mofa de nuestros lectores, con desencanto de crédulos, con escarnio vergonzoso de la verdad y de la justicia.

Tal sería el resultado de negativa semejante; tal es la transcendencia de la cuestión que venimos á agitar.

Pero no, los Templarios en realidad de verdad fueron criminales y su condenación por los delitos expresados y por otros, fué á no poder más justificada.

Niéguelo ó póngalo en tela de juicio cuanto quiera el barón de Henrión, quien se deja decir: "Restan demasiadas actas contradictorias para tormento de los críticos, que ejercitan tanto tiempo hace sus plumas, sin que jamás hayan llegado á satisfacerse [1]." Conducta inconsiguiente y afirmación estupenda en un escritor católico, que más abajo debía abrir esforzada campaña á favor del origen templario, asido el bueno al irresistible Barruel, transcribiéndole dócilmente, y bien hecho, al igual nuestro y más, de cabo á rabo, y prorrumpiendo con tono de vencedor en esta sentencia: "Examinando los archivos de los mismos masones y todas las relaciones de su orden con la de los templarios, tenemos verdadero derecho para decirles:

(1) *Historia de la Iglesia*, lib. XLII, n. 12.

“Sí, vuestra escuela y vuestras logias provienen de los templarios [1].” Voto de quien se contradice, para nuestro caso voto nulo.

Opóngannos otros en hora buena la absolución otorgada á los Templarios en Alemania y en los reinos de Aragón, Castilla y Portugal; que no les ha de guarecer este amparo. Tocante á Alemania, oígase al mismo Henrión: Reunido el concilio provincial de Maguncia, “el más distinguido de los templarios del país, Hugo, conde del Rhin, entró en él bruscamente al frente de veinte caballeros bien armados y alegó con altivez la negativa que sus compañeros proscritos en otros estados habían sostenido en los tormentos hasta el último suplicio. El arzobispo Pedro manifestó mucha atención con unos solicitadores tan poderosos, les prometió con ademán de interés emplear sus buenos oficios con el Padre Santo, los despidió con urbanidad y diririó la sentencia.” Ese atropello de la santidad conciliar y ese alarde amenazador contra sus legítimos é inermes jueces no deponen en favor de la inocencia de aquellos valientes. Los de Aragón se fortificaron y defendieron en sus castillos de Aragón y de Cataluña, especialmente en Monzón; y se hizo preciso que el rey los fuese sitiando y venciendo. De los de Castilla y aun de los de Aragón, léanse los siguientes informes de Vicente Lafuente [2]:

“Por lo que hace á los caballeros del Temple, no los vemos en España desplegar el brío que en Palestina, ni aun emular á los caballeros de Santiago y Calatrava . . . La historia los sorprende en un acto de debilidad. Habiéndoles confiado la defensa de Calatrava, adelantada en frontera, acudieron al rey D. Alfonso VII manifestándole que no podían sostenerla. De la cobardía de los templarios surgió la noble y valerosa Orden de

(1) *Historia de la Iglesia* I, LXXXVIII, núms. 23 y sigs.

(2) *Historia de las sociedades secretas*, c. I, párrafo VI.

Calatrava. Lo que hicieron el abad San Raimundo de Fitero y el viejo Velázquez, soldado convertido en monje ¿no pudieron haberlo hecho los templarios, que tenían á retaguardia castillos y encomiendas? Poco tuvo que agradecer á estos la independencia de España. . . . En Aragón tampooco se cuenta de ellos ninguna proeza. Llegan tarde los sanjuanistas á la conquista de Mallorca, mas al fin llegan: mas nada se dice de los templarios”

Los indicios no son á estos muy favorables que digamos: pero lo grave es lo siguiente:

“En la preciosa novela de D. Enrique Gil y Carrasco, dice Lafuente en una nota, titulada *El Señor de Bambibre*, en la cual se describe con mucha erudición y bizarría la caída de los templarios de Castilla, dice aquel: “En el Castillo de Ponferrada se conservan todavía entallados encima de la puerta dos cuadrados perfectos, que se intersecan en ángulos absolutamente iguales, y al lado derecho tienen una especie de sol, con una estrella á la izquierda. La existencia de tales figuras, de todo punto desconocidas en la heráldica, basta para probar que la opinión que en su tiempo se tenía de sus prácticas misteriosas y tremendas no carecía absolutamente de fundamento.” Y en el texto dice por su cuenta: “Excavaciones hechas recientemente en el castillo de Ponferrada han hecho encontrar, según se dice, varios objetos de armamentos y utensilios de los templarios: en ellos se ha creído descubrir signos algún tanto sospechosos, y parecidos á las alegorías masónicas [1].”

(1) ¿Por qué Lafuente no enmendaría esos: “según se dice,” “se ha creido” dándonos algo de cierto y positivo sobre el particular? ¿porqué no emprendería el viaje á Ponferrada? Ni es tan caro, ni en el año de gracia de 1881, fecha de la 2^a edición de su obra, era menester hacerlo en las *diligencias aceleradas* de sus años juveniles. Además quien prometía una “Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España, y especialmente de la francmasonería,” estaba obligado á sacarnos de dudas en punto de tanto interés, por la negra honrilla propia y por respeto á los lectores. Lo dicho, Lafuente no era de la madera de los Barriales, ni de los Flores, ni de los Crétineau-Joly.

Con que no se ha dicho todavía la última palabra acerca de la inculpabilidad de los templarios absueltos.

Otros de sus defensores se dan maña á escudarlos, trayendo á colación la suerte sufrida en el siglo pasada por la Compañía de Jesús. Pero ¿qué tiene que ver una con otra extinción? "Los Jesuitas, exclama el P. Barruel, han sido extinguidos; más no fueron juzgados. A ninguno de ellos se oyó, y ni siquiera hay una sola confesión suya contra su orden. Si hubiesen suministrado las mismas pruebas que los templarios, deberían todos convenir en que merecían la misma suerte que ellos." Bien parlado, y que vuelvan por otra. Tanto más que la Compañía fué gloriosamente restablecida, á poco de su extinción, por la Iglesia; y ¿el Temple? También, no por la Iglesia; agazapado en la masonería.

Por último extreman la defensa con la vulgar y pulverizada alegación del ánimo vengativo y la codicia de Felipe el Hermoso. Estas inculpaciones, que del Rey van á caer de rechazo sobre el Papa, como prejuicio en causa dudosa podrían pasar, si no se estrellasen contra la probada criminalidad de los procesados y contra la evidencia de los hechos y la conducta misma del monarca francés. Aun suponiendo válido el cargo de la regia inquina contra la Orden por haberse manifestado adicta á Bonifacio VIII; lo cierto es que en su apología no suena nada de ofensa ó sentimiento vengativo del Rey, y por el contrario constan hasta aquellos mismos días las amistosas relaciones de este con el Gran Maestre, á quien había nombrado padrino de un hijo suyo. Y cuanto á la segunda acriminación, fuera ó no achaque de aquel príncipe la *sacri auri fames* ¿por qué desde la apertura del proceso renunció solemnemente á toda participación en los bienes de los acusados? ó ¿cómo su

sed de riquezas no le sugirió algún pretexto de eludir el solemne compromiso, ó el villano pensamiento de deshacerlo y romperlo con la fuerza? Que es razonamiento muy sesudo de Saint-Albin. Pues, no señor, todos los testimonios, como de su promesa, así dan fe de la fidelidad á su real palabra, concluye dicho autor, y cita tras el inevitable Barruel el legajo correspondiente del proceso, á Rubeis, Bzovio y Mariana.

Del cual también es por todo extremo oportuna la siguiente reflexión:

“Los hombres, dice, que anhelan hoy por ver esclavizada al César ó á la potestad secular la Iglesia con su augusta Cabeza; que con desusado clamoreo denuncian como violación de todas las leyes humanas cualquier acto de independencia del Pontífice y de los católicos; son los mismos que vienen á echar en cara á Clemente V su complacencia con Felipe el Hermoso. Si en estos días se reprodujeran las escenas del siglo XIV, si Clemente V se llamase Pío IX [ó León XIII] y Felipe fuese uno de tantos Césares modernos, delatarían como prueba de la complicidad del Papa en los crímenes de los Templarios su resistencia á creer en tales crímenes, después de haberle dicho un poderoso monarca: Yo creo que los Templarios son culpables: por más que el Papa recordase los servicios prestados á la Iglesia por la Orden y presumiese la inocencia de ésta, hasta tanto no desvanecieran su generosa presunción las diligencias judiciales.” ¡Tanta es la ceguedad y ensañamiento sectario!

Felizmente, después de las *Piezas justificativas*, extracto de los registros, presentadas por Dupuy, con los comentarios y robusta argumentación del incontrastable P. Barruel; después del *Proceso de los Templarios*, publicado conforme á los originales por Michelet, el clerófobo, el impío, el graduado masón Michelet, miembro del Instituto de Francia, donde tantas eminentes

cias sectarias se cobijan; después de *La doctrina secreta de los templarios, acompañada del texto inédito del proceso contra los templarios de Toscana*, estampada y divulgada por Julio Loiseleur en estos últimos años: no cabe ya tergiversación, duda, perplejidad ó esfugio ninguno; se uniformó la opinión, abandonada la contradictria á atropellados enciclopedistas; se ahuyentaron las sombras, si alguna restaba, se aclaró todo el horizonte, se hizo nueva luz, y luz tan resplandeciente, que hasta los ciegos no pueden menos de verla. Si alguno se atreve todavía en el mundo de las letras á tartamudear alguna apología de aquellos caballeros de nefasta memoria, una carcajada universal es el pago de su empedernimiento y arrojo.

Entramos en lo fuerte de nuestro empeño

Hugo de Paganis ó de Paganos fué en 1118 el fundador de una orden militar que se llamó del Templo ó Temple, de la casa ó palacio que el rey Balduino II cedió para alojamiento de los caballeros, situado cerca del templo de Jerusalén ó en el área misina del antiguo de Salomón. La orden á los tres votos religiosos ordinarios añadió el cuarto de proteger á los peregrinos contra los infieles y los bandidos que infestaban los caminos. Sus principales observancias, acordadas por el concilio de Troyes en 1127, se reducían al rezo del Oficio divino, que se consumtaba en Padre nuestros, cuando las atenciones del servicio militar impedían cumplir con el primero; á la abstinencia en cuatro días de la semana y á la prohibición de huevos y lacticinios los viernes. ¡Qué días tan gloriosos para los Templarios aquellos, en que por su generoso desasimiento de los bienes caducos merecían el renombre de *Pobres de la Santa Ciudad*; en que por su integridad, valor y celo de la religión se les encomendaban las más honrosas y árduas comisiones; en que los Pontífices los colmaban de privilegios y la cristiandad entera con dones temporales á manos llenas les testificaba su

admiración y reconocimiento! Pero en este escollo justamente del amor entusiasta de los pueblos, de la prosperidad y la bienandanza dan al través sin remedio todos los institutos religiosos, que no están fuertemente blindados con la coraza de la pobreza más estricta, efectiva y afectiva, ó á quienes no ampara contra el peligro de aquellos insidiosos arrecifes el pilotaje de la obediencia y disciplina más severa y robusta, casi cruel é inhumana: dígalo la historia de todos los siglos con sus lastimosas y resonantes ejemplos de gigantes vencidos, de astros obsecurecidos, de nobles milicias degeneradas. Uno de los más escandalosos fué, á no dudarlo, el de la Orden del Temple, de tanto más saludable enseñanza para futuras generaciones, cuanto á mayor profundidad y bajeza más vergonzosa la precipitó su ruina.

Aquellos guerreros denodados, que superiores á la fatiga, vencedores de la sed y el hambre, habían aprendido á pelear siempre con brazo de acero uno contra tres, no supieron domar el más débil enemigo, el dulce halago de las riquezas, y á él poco á poco se fueron rindiendo flojos, muelles, indolentes, amantes del regalo, del lujo y de las cortes, y hasta !qué decadencia! hasta cobardes. Y no paró aquí la ignominia de su vencimiento moral; sino que poco diestros y prevenidos para resistir, ó mejor, perfectamente preparados con la vida sensual y mundana para recibir las impresiones de cualquier doctrina y máximas viciosas, demás de corrompidos, se tornaron irreligiosos, impíos. Ni era fácil, que en tal enervamiento de la disciplina y con tal soltura de costumbres se sustrajesen al ascendiente ó influjo de aquella secta falaz é insidiosa, que sin abandonar el Oriente, presa suya muy antigua, trajo al Occidente el veneno del error y el germen de la revolución, que amontonó tantas ruinas en la Edad Media y preparó otras mayores para más adelante, punto de reunión y foco de todas los con-

juraciones secretas, mil veces herida de muerte y siempre subsistente, aquella hidra de cien cabezas, el multiforme y multicolor maniqueísmo.

Ya Mateo de París en 1229 los acusaba de haber convertido en tinieblas las luces de sus predecesores, y de haber despreciado su primera vocación por los proyectos de ambición y los placeres de la disolución, portándose como usurpadores injustos y tiránicos. Ya la pública fama les atribuía inteligencias con los infieles, con que hacían abortar los planes de los príncipes cristianos, hasta el extremo de haber traidores comunicado todo el sistema de campaña de Federico II al Soldán de Egipto, quien detestando la perfidia de los Templarios, él mismo dió noticia al emperador. Añade el P. Barruel, que este testimonio se podría corroborar con muchos otros; lo cual hace menos admirable la catástrofe que luego sobrevino á la Orden.

Y en efecto, Wilke en su *Historia de los caballeros de la Orden del Temple* (1), prueba que la doctrina anticristiana fué oficial de la Orden entre 1250 y 1279. Mas el doctor Prutz en sus *Noticias y estatutos secretos de los caballeros de la Orden del Temple* (2), hace subir la corrupción á los principios del siglo XIII, estribando en las acusaciones de Inocencio III y Federico II. La herejía, según él, comenzó en la casa matriz de Tierra Santa, por efecto de la influencia de los caballeros provenzales de origen albigense. De allí se propagaría, sobre todo en Francia, y principiaba á penetrar en Inglaterra y en Italia, merced al auxilio de algunos elevados funcionarios, cuando se le descargó el golpe mortal.

Que los primeros delatores fueran dos caballeros disolutos condenados por el gran maestre á encierro perpétuo, según narra el notorio falsario Villani, cuya palabra no vale nada; ó

(1) *Geschichte der Tempel herren Orden*.—Halle, 1860.

(2) *Geheimlehre und Geheimstatuten Tempel herren Orden*.—Berlín, 1879.

que fuera un tal Squin de Florian, conforme á la relación de su contemporáneo y compatriota Auger de Beziers, el cual Squin preso en un castillo real y próximo á ir al suplicio en compañía de un templario apóstata, por la confesión de este viniese en noticia de los delitos é impiedades de la Orden, no hace mucho ni poco á nuestro caso: lo que importa grandemente es asentar sobre firme la realidad de todos los pasos y diligencias judiciales y de todos los hechos ocurridos en el proceso, tanto para darnos cuenta de la verdad exacta, como para sofrenar bocas y plumas maldicentes, que de la ocultación ó de la tergiversación de las cosas sacan materia de apología para unos y de dicterios para otros, trocados completamente los frenos y lastimosamente cambiados los papeles. Vamos á extractar nuestro relato de la *Historia de la Iglesia* por el barón de Henrión y en el lugar citado; de quien si alguna parcialidad se hiciere sospechosa, sería á favor de los Templarios, conforme á la muestra que arriba presentamos; pero de cuya veracidad y competencia en esta narración no hay derecho á recelar. Y damos principio á nuestra tarea.

La delación no pudo hallar crédito en el ánimo de Felipe, quien interrogó á algunos compañeros del dicho templario apóstata, y confirmaron la denuncia de Squin. Después conferenció en secreto sobre el particular con el Papa, y este mostró aun mayor repugnancia en creer semejantes abominaciones. Es párcese sordo rumor entre el público: combinación de indicios, conjeturas, quejas terminantes y bien circunstanciadas: el Papa concibe sospechas; el gran maestre y varios comendadores le requieren que se proceda en forma; el Papa promete levantar al punto las informaciones.

En esto el rey, temeroso de que huyesen del reino, y previa consulta de algunos teólogos, manda arrestar en un mismo

día á todos los templarios, se apodera del Temple y embarga todos los bienes, que son encomendados á guardias reales.

Se celebró en la casa capitular de Nuestra Señora de París una asamblea compuesta de los canónigos, doctores de la universidad, Guillermo de Nogaret, el preboste de París y algunos otros ministros del rey. Nogaret especifica los delitos imputados á los templarios, que reduce á tres capítulos; renegación de Jesucristo, infamias detestables y adoración de un ídolo.

Presidido por el inquisidor dominico Imberto, procedióse inmediatamente al interrogatorio del gran maestre y de los caballeros presos con él en París. A excepción de tres, que lo negaron todo, los ciento cuarenta acusados confesaron con el gran maestre las impiedades é infamias que se les imputaban. Añadieron algunos que habían procurado expiar estos crímenes con la confesión y la penitencia, y que aun habían ideado dejar la orden; pero que el temor á su gran poderío los había contenido. Más adelante quisieron persuadir, y no sin verosimilitud [palabras de Henrión], que habían sido inducidos á esta confesión á fuerza de amenazas y promesas.

El Papa suspende al inquisidor y á los obispos que tomaron parte en los procedimientos y avoca á sí el negocio. Levanta luego la suspensión, encarga á los metropolitanos el juicio de los particulares acusados, reservándose el conocimiento del estado general de la orden, el examen y el juicio del gran maestre y principales comendadores. Felipe guarda los bienes con destino á Tierra Santa.

El Papa parece estar persuadido de la justicia de los procedimientos; interroga por sí mismo á algunos acusados de la primera distinción y á otros en número de setenta y dos; halla estas confesiones conformes con las anteriores. Uno de los mismos oficiales del Papa, templario de antigüedad, viene por propio impulso á confirmarle estas deposiciones con grandes se-

ñales de arrepentimiento. Clemente escribe á todos los príncipes de la cristiandad, á fin de que abran informaciones con igual exactitud que en Francia.

El Papa teme la precipitación y modera el ardor de Felipe. Este no omite medio para ponerse á cubierto de censuras. Aunque ha consultado ya muchas veces con los doctores de su reino, antes de dar el golpe decisivo, quiere abocarse con el Papa. Previamente junta en Tours los estados generales del reino, los cuales juzgan á los acusados reos de muerte.

Ventilase mucho el asunto en Poitiers entre el Papa y el rey, á presencia de los cardenales y de otras personas ilustradas, eclesiásticos y seglares. Los ministros reales custodiarán y administrarán los bienes de los templarios hasta nueva orden de ambas potestades: las personas no serán castigadas sin consentimiento del Papa.

El Papa tiene designio de hacer por sí mismo la información concerniente al gran maestre y principales oficiales; pero algunos de ellos debilitados por la prisión, y mucho más por la angustia (palabras de Henrón), caen malos y son dejados en Chinon.

Por comisión del Papa, los cardenales de Frédola y de Susí se trasladan á Chinon, donde examinan al gran maestre, al visitador de Francia, á los comendadores de Chipre, Guiana y Normandía. Los cinco confirman las declaraciones hechas contra la orden, se manifiestan sinceramente arrepentidos de sus crímenes y piden con tanta instancia la absolución de las censuras, que los legados se la conceden. El gran maestre, excediendo á los demás en la detestación de los delitos y con el vivo deseo de que cesasen, quiere añadir á las pruebas el testimonio de un hermano sirviente de su propia casa, el cual confesó de una manera clara y precisa lo de la renuncia á Jesucristo. Esta es la segunda confesión del gran maestre. Los

cardenales haeen al Papa en Poitiers relación exacta y circunstanciada y le entregan en forma auténtica las piezas justificativas, que en su mayor parte se insertaron en la convocatoria para el concilio general.

Más informaciones. Ocho comisarios apostólicos hacen las citaciones por sí mismos, según orden expresa del Pontífice, y precediendo las dilatorias ó plazos convenientes, establecen su tribunal en el palacio episcopal de París.

Se les declara á los presos que tienen plena libertad de defenderse. Un desconocido pobre, aventurero é impostor es desechado. El gran maestre empieza á tergiversar. Dijo que su orden había sido solemnemente aprobada por la Sede Apostólica y favorecida con los privilegios más honrosos: luego pro-rumpió en quejas y representó su incapacidad en las letras. Lo único que reconoció reprobable en sus compañeros, fué su excesivo ardor en defender sus derechos contra muchos prelados. Añadió sin embargo que defería á los testimonios de los principes, los señores y los obispos.

Se le leen sus confesiones hechas á los primeros comisionados del Papa. Signos de asombro y horror; se santigua dos veces; provocaciones militares ambiguas. Los jueces impasibles le ofrecen una dilatoria á su voluntad y todos los medios para preparar su defensa. Compareciendo de nuevo, nada dijo de exacto y concluyente, y que habiéndose el Papa reservado el juicio de su persona y de los principales caballeros, estaba pronto á comparecer ante él.

Después de él comparecen setenta y cuatro templarios que habían pedido defender la orden. Los escritos que presentan, se reducen á elogios generales de la orden y de sus funciones y á violentas invectivas contra sus difamadores: extremaron su energía contra la envidia y codicia de los que suponían haber sobornado á sus falsos hermanos, dándoles á entender que una

confesión contraria á su conciencia era el único medio de evitar los suplicios que les hacían temblar.

Es de observar que los setenta y cuatro caballeros, confiando á cuatro de ellos la defensa general, subscribieron con anticipación á cuanto estos dijesen ó escribiesen favorable á la dignidad de la orden, mas protestaron al mismo tiempo contra todo lo que afirmasen en contrario. Declararon además no querer exhibir sus medios decisivos, á no ser en presencia del concilio general. Continúa la causa activamente en París y se oye todavía á doscientos treinta y un testigos, parte caballeros de la orden y parte extraños á ella.

Los templarios del arzobispado de Sens apelan del concilio de Sens al Sumo Pontífice. El Arzobispo de Narbona, en calidad de presidente de la comisión de París, respondió que podían presentar inmediatamente sus defensas con toda libertad.

Es de saber, que Clemente V había encargado á todos los obispos de la cristiandad que hiciesen informaciones sobre los caballeros del Temple, y pronunciasen luego en sus concilios provinciales la sentencia de absolución ó condenación sobre los particulares. Les había facultado para admitir á estas informaciones y juicios á los inquisidores delegados de la Santa Sede en las provincias respectivas. Llevó su circunspección hasta obligar á los obispos, á que tomasen por adjuntos en estas informaciones á dos canónigos de su catedral, dos frailes predicadores y dos menores, religiosos de los más acreditados entonces por sus talentos y verdad.

Del concilio de Sens salieron algunos templarios absueltos y libres de toda carga, otros sentenciados á una penitencia canónica, muchos condenados á prisión perpétua, cincuenta y nueve entregados al brazo secular. El de Reims entregó nueve relapsos al juez secular. Unos y otros retractaron su confesión

en la hora de la muerte y protestaron que el *temor de los tormentos* y las inducciones artificiosas se la habían arrancado. En la Provenza, que pertenecía al rey de Nápoles, tuvieron los templarios la misma suerte que en Francia.

En la provincia de Ravena, en Italia, los acusados negaron todos los crímenes que les imputaban, y fueron absueltos. En Toscana por el contrario la mayor parte de los caballeros convinieron acordes en la justicia de las acusaciones, y los pocos que negaron los hechos, fueron convencidos.

Tal es el resumen fiel que hemos sacado de Henrion, copiadas en lo posible sus propias palabras. Como hemos llegado á unos tiempos de liviandad literaria y de impostura histórica, en que con pasmosa lijeriza se citan autores en falso á troche y moche, de memoria, cuando no es con refinada malignidad ó con obcecado apasionamiento por la opinión presupuesta; ahí van estas páginas, que las confronte quien guste con la narración contenida en la citada *Historia de la Iglesia*, si juzga necesaria esta diligencia.

Una vez comprobada la fidelidad de nuestro extracto, los que no estén conformes con el relato del barón de Henrion, amigos, partidarios ó apologistas trasnochados de los Templarios, sean los tales católicos ó no, á fuer de imparciales y de hombres honrados y de alguna formalidad, se hallan en la obligación estrecha, por pundonor siquiera literario y social, de hacer una de dos cosas, que vienen á parar á una misma; ó enmendar dicha relación, demostrando con datos é instrumentos fehacientes sus sobras, deficiencias, falsedades ó malicias; ó bien probar con igual solidez los propios asertos, patentizando de una manera concreta la injusticia, no decimos de Felipe el Hermoso, cuya defensa no nos apuraría tanto, si no de Clemente V en sus procedimientos con aquellos malha-

dados caballeros. Clemente era Papa, y sobre la Cabeza de la Iglesia no se acumulan gratuitamente cargos de tanta gravedad, y tan sangrientos algunos, con vagas generalidades, por vía de simples afirmaciones categóricas, ó con alguna frase de autor distinguido, que lo primero de todo sería menester compulsar con el texto: conducta que desdice más de autores católicos, máxime tratándose de punto controvertido. á lo menos por ellos, que bien les mereciera los honores de una discusión seria y amplia. Y quien sea costrade, que tome vela: pero se está generalizando mucho la moda de escribir sin meditar ni consultar bastante. Se dice, y con razón, que el periodismo está malando el libro; por esto ahora el libro se escribe como el periódico, por impresiones del momento, y al vapor, y . . . fuerza es confesarlo, aunque duela, á exprimir cuanto antes el jugo al libro, á ganar.

Ahora encerremos en brevísimo cuadro el resultado completo de todos los procedimientos seguidos contra los templarios.

El Papa abre las informaciones á petición de los interesados.—El Rey consulta ahora y muchas otras veces con doctores.—Se anticipa con una asamblea, en que confiesan el gran maestre y otros ciento treinta y nueve: nada de tormentos aquí.—El Papa suspende á los jueces eclesiásticos.—El Papa en persona interroga á setenta y dos, que confiesan; un testigo espontáneo de la casa del Papa: ni palabra de tormentos.—Estados generales del reino: condenan á los acusados.—Ante los cardenales de Frédola y de Susi confiesa el gran maestre con otros cuatro los más principales; confesión calificada del gran maestre: no se habla de tormentos.—Tribunal de ocho comisarios apostólicos en el palacio episcopal de París.—Plena libertad de defensa; el gran maestre empieza á tergiversar; ge-

neralidades de su defensa.—Se le amplía el plazo y vuelve á defenderse; nada de exacto y concluyente.—Setenta y cuatro templarios defensores: elogios de la Orden é invectivas.—Concierto singular de los defensores.—Doscientos treinta y un testigos más, parte de la Orden y parte extraños.—En todo esto nada se reza de tormentos, ni fuertes ni flojos.—El Papa faculta para juzgar y sentenciar á todos los arzobispos de la cristiandad, mandándoles tomar por adjuntos á dos canónigos de su catedral, dos dominicos y dos menores.—Absueltos todos los acusados en Ravena.—Confesos y convictos todos en Toscana.

¿Qué objetaría, ó qué reparos pondría á todo esto, si viviese, el continuador del P. Darras, que en la *Historia de la Iglesia* tan amargamente acrimina á todo un Pontífice Romano, á quien ni por francés perdonó?

Al cuadro ó resumen anterior le faltan algunos retoques del maestro, para mayor gusto y contentamiento de los compasivos abogados de pobres. Agrega el P. Barruel, para no repetir lo dicho:

“El Papa preguntó á los acusados, no como juez que busca delincuentes, sino como persona interesada en hallarlos inocentes, para justificarse de la reconvención de haberlos favorecido: oyó de su boca repetidas las mismas declaraciones y confesiones, confirmadas *libremente y sin apremios*. Quiso que pasasen muchos días y se les leyesen de nuevo sus deposiciones, para ver si perseveraban libremente en sus declaraciones: las confirmaron todas.—Sobre todo, no quiso más juramento que el de responder libremente y sin temor, espontáneamente y sin coacción.—Por espacio de muchos años continuaron y se renovaron las informaciones en París, Champagne, Normandía, Quercy, Languedoc y Provenza: sólo en Francia resultaron más de doscientas declaraciones de la misma naturaleza.

—No variaron las de Inglaterra en el sínodo de Londres, donde se emplearon dos meses en las informaciones que hicieron constar las mismas confesiones y las mismas infamias.—Iguales informaciones se hicieron en Ravena, Bolonia, Pisa y Florencia, aunque en estos concilios todo manifiesta gran empeño de los prelados en absolver.”

Antes de entrar en el examen de este gran acontecimiento del siglo XIV, el P. Barruel había sentado estas juiciosas reglas de crítica histórica: “El historiador, decía, debe apoyar su dictamen sobre las pruebas, declaraciones, procesos verbales y sobre documentos auténticos. Si las confesiones son libres, multiplicadas y acordes, no sólo en un mismo tribunal, sino en diversas provincias y reinos, por enormes ó extraordinarios que sean los delitos confesados, es preciso creerlos, ó desmentir los monumentos más seguros de la historia y los actos más jurídicos de los tribunales.”

La serena razón habla por boca del P. Barruel, y cuando este autor merecidamente es considerado como clásico en la presente cuestión y en otras; cuando por su talento investigador, actividad, rectitud y gravedad de carácter aun ahora, á pesar de su olor á venerable antigüedad, goza entre la gente formal de tanta estima y respeto; no comprendemos cómo un P. Bareille, continuador de Darras, sobre desconocer ó menospreciar los estudios de crítico tan insigne, pudo ignorar ó desentenderse tan á la ligera de estos cánones literarios fundados en el más vulgar sentido común; ni nos explicamos la superficialidad, con que en una *Historia general de la Iglesia* de grande tamaño despacha asunto de tanto interés histórico y eclesiástico en un par de párrafos, poco más, comparables en la brevedad y en el estilo á dos artículos de periódico; ni mucho menos nos cabe en el magín, como en una obra de seme-



jantes pretensiones, cuál la suya, ante la expectación del inundo literario que se las prometía muy felices de su ingenio, acomete con gentil desenfado cuestión tan seria, y para algunos intrincada y obscura, sin más guía, maestro y fiador de la verdad que el falsario de Juan Villani.

Y á propósito de este historiador de mala fe, cumple á nuestro designio, más que nos duela por el crédito del P. Bareille, poner de relieve la flaqueza de este por su autor favorito en el actual debate. Porque en el tomo XXX, á la página 162 de su *Historia*, anota lo siguiente: *Ce résumé fort succinct, pour la raison indiquée dans le texte, est tiré des divers auteurs ou documents habituellement cités au bas des pages.*—Ahora bien, con tal advertencia hecha al principio de la discusión, al recorrer las cortas páginas dedicadas á esta ¿quién no se apresura á buscar en el calce de cada una los nombres o títulos de autores ó documentos fidedignos, que acreditando las fuertes inculpaciones asentadas contra todos los jueces de los templarios, desde Clemente hasta el último curial, á la vez hagan bambolear la fe y autoridad de todos los procesos originales, no sólo de Francia, sino también de Inglaterra y de Italia, y traigan una luz inesperada que esclarezca de una vez la atmósfera caliginosa de estos sucesos y corone con la radiante aureola del martirio á las infortunadas víctimas del despotismo real y del servilismo pontificio? Pero nada de esto desdichadamente: ¡qué decepción! *A partir de aquella nota*, fuera de HOSEM., *in Theob.*, citado á la página 163 sobre el punto del primer acusador de los templarios; fuera de *Continuat. Nang. Spicileg. ACHER, tom. XI* alegado tocante al discurso del gran maestre, á la página 186; en todas las demás páginas concernientes á la materia, no se encuentra al calce más que el nombre deshonrado del predilecto Villani. En este negocio el P. Bareille está juzgado.



Así se escribe la historia, cuando se escribe tanto y tan de prisa.

Volviendo á nuestro P. Barruel, epiloga sus razonamientos basados en los documentos auténticos, con estas frases concluyentes: "Ya sería un hecho muy extraño en la historia, que doscientos de estos caballeros, que confesaron en Francia, se diesen ellos mismos por culpados de los mayores horrores: sería maldad más extraordinaria todavía y más humillante para la naturaleza humana, que tantos obispos, tantos señores de la nobleza, tantos magistrados y tantos soberanos (además del rey de Francia, los de Inglaterra, Provenza y Toscana, en cuyos dominios fueron condenados los templarios), sería, repetimos, un crimen superior á todas las infamias de estos, que tan gran número de sujetos pertenecientes á las clases más respetables de la sociedad y en naciones diversas, hubiesen podido darnos por confesiones hechas libremente declaraciones arrancadas por medio de la violencia; ó que estas diferentes naciones se hubiesen puesto de acuerdo para obtener por la violencia semejantes confesiones. Mas por honor mismo de la humanidad, no fueron examinados de este modo los templarios ni en Francia, ni en los concilios de los otros reinos. Nunca se había litigado causa más importante: según todas las piezas auténticas que restan tocante á este famoso proceso, es imposible desconocer las precauciones que se tomaron para no confundir al inocente con el culpable."

Ni está destituida de fuerza otra reflexión suya. Aun en los países donde se condenó á los acusados, pocos fueron los enviados á la hoguera ó sentenciados á cárcel perpétua. Sobrevivieron muchísimos á Felípe el Hermoso y á Clemente V, unos enteramente absueltos por los tribunales, otros cumplidos y libres ya de sus prisiones ó de otras penas: de número tan con-

siderable ¿cómo ni uno solo de los comprometidos por su confesión, la retractó después exento de temor? ¿cómo ni uno solo protestó contra la injusticia de los pasados procedimientos ó de la condenación, para lavar de toda mancha la propia honra, la honra de su Orden, bien que extinguido? No se dió ni un solo caso. ¿Qué hombres son, exclama el P. Barruel, qué hombres son esos caballeros? O avergonzados lo confirman todo con su silencio, ó son la gente más villana que la tierra sustentó jamás."

Después de haber presentado y refutado lealmente cuantos prejuicios y alegatos suelen traerse á favor de los proscritos caballeros; después de haber expuesto en conformidad con las más seguras fuentes los antecedentes históricos de la célebre Orden en sus dos épocas de integridad y de corrupción; después del resumen exacto y completo de los procedimientos observados en todos los reinos de Europa en este gran litigio, resumen sacado de uno de los historiadores modernos más concienzudos, y uno de los más diligentes en la dilucidación de este punto histórico, y el historiador á su vez con puntualidad suma atenido á la pauta de los documentos auténticos; después de haber precisado bien el objetivo de nuestra prueba y de haber hecho destacar y ofrecido como de bulto los fundamentos intrínsecos de la misma, tanto en el cuadro reducido de todas las actuaciones y providencias, como en las notas y apuntes pedidas al Barruel; después de haber aquilatado el valor de la prueba con el ensaye y piedra de toque de la contradicción ó el contraste, poniendo ante los ojos la derrota de nuestros adversarios en la persona de un renombrado historiador, y haciendo palpable el vicio radical de su argumentación en frente de la nuestra; después de haberlo nuevamente confirmado todo con la autoridad de primer orden, una razón capital y sin-

tética y una oportuna consideración ó llamada histórica del esclarecido P. Barruel; parece que nuestros lectores satisfechos del rigor de nuestra demostración y plenamente convencidos de la culpabilidad del aciago Temple, han de creer agotados nuestros materiales y dar por cerrada y conducida á su término sin más allá la interesante discusión.

Mas si tal se persuadiesen ¡qué error padecerían! Como qué nos falta remachar el clavo, para que nadie en lo sucesivo intente, aunque en vano, destruir ó aflojar la fuerte trabazón de razonamientos basados en los actos jurídicos, en las piezas justificativas ú originales, que tan solicita y sabiamente compiló, explicó, comentó y dió á la estampa el benemérito bibliotecario del rey Du Puy [1]; para que en adelante nadie se deslumbré, como se deslumbraron algunos con aquella luz, hasta ofuscárseles las más rudimentales leyes de toda crítica sensata, empeñados en defender lo insostenible, fenómeno raro é inexplicable según las tendencias pesimistas de la época; para que no se oiga más calificar esta cuestión de obscura é inextricable á algunos autores, que so lo capa de sombras y dudas insolubles pretenden encubrir flojedades de haragán y granjear de camino crédito de sesudos y precavidos; para que nunca jamás por manía de singularidad, ningún hombre de verdad inteligente, ningún escritor medianamente probo caiga en la tentación de resucitar con gloria las cenizas de los templarios, de zaherir irreverente la justificación de un Papa en los procedimientos seguidos contra aquellos malos caballeros.

Por esto vamos á completar nuestra labor con el mismo entusiasmo con que la comenzamos; por esto nos proponemos no cejar en nuestro intento y resolución hasta contemplar rendi-

(1) *Traité sur la condamnation des Templiers.*

dos á los pies de la verdad á los contados enemigos de nuestra tesis y patronos inexcusables del condenado Temple; por esto nos determinamos á invocar en abono de nuestra opinión y en defensa de la Santa Sede ultrajada en los libros de unos cuantos católicos, los documentos y el testimonio de uno de los más furibundos antipapistas que hayan existido bajo la capa del cielo, Michelet, de quien hicimos ya la recomendación que se merece.

El cual entre las pocas buenas obras que hizo, que algunas haría, cuando hasta de los gentiles más escépticos y desordenados se cuentan, un huen día vino en gana de publicar el *Proceso de los templarios* [1], desglosado de la *Collection de documents inédits sur l' histoire de France, publiés par les soins du ministre de l' Instrucción publique*, première série—*Colección de documentos inéditos sobre la historia de Francia, publicados por orden del Ministro de Instrucción pública*, primera serie—y se le antojó encabezarlo con esta introducción:

“Publicamos en este volumen y en las primeras hojas del siguiente EL ACTA MAS IMPORTANTE DEL PROCESO DE LOS TEMPLARIOS. Es el interrogatorio que el *gran maestre y 234 caballeros subalternos* sufrieron en París ante los comisarios pontificios. *Este interrogatorio fué evacuado lentamente, con muchas consideraciones y blandura*, por elevadas dignidades eclesiásticas, por un arzobispo y por muchos obispos. Las declaraciones obtenidas de este modo merecen mayor confianza que las confesiones, por cierto muy breves, uniformes y poco instructivas, que los inquisidores (*no había más que un inquisidor, Guillermo de París*) y las gentes del rey habían arrancado por medio de la tortura (*esto lo afirma Michelet, guar-*

(1) *Histoire politique, procès des templiers*, publié par M. Michelet.

dándose de probarlo) á seguida del arresto. Dos manuscritos se conservan de este grande interrogatorio: uno, copiado en pergamino, fué enviado al Papa y se custodia bajo tres llaves en el Vaticano; el otro, escrito en papel, fué depositado en el tesoro de Nuestra Señora de París. Este, á juzgar por sus enmiendas y tachones, parece haber sido un original primitivo redactado día por día conforme á los apuntes de la audiencia (firmados estos por tres ó cuatro notarios). En su última página se leen estas palabras: *Para mayor precaución hemos depositado dicha información redactada por uno de los notarios en forma de acta auténtica en el tesoro de Nuestra Señora de París, y no será exhibida á nadie, si no es en virtud de letras especiales de Vuestra Santidad.*

“Este grande asunto, tal vez el más grave de la Edad Media, para ser tratado seriamente menester se hacía ofrecerlo á la crítica con todos sus detalles, y en su sencilla y terrible verdad. De aquí en adelante el lector podrá juzgar por sí mismo. Nosotros le ponemos en las manos el proceso criminal más antiguo, de que se conserve una instrucción detallada.”

He aquí la tabla de los crímenes confesados por los Templarios, conforme á este importantísimo documento:

1. Cada uno en el acto de su recepción, y algunas veces más tarde, ó luego, al buen agrado del receptor ó iniciante, renegaba á Cristo, ora como Crucificado, ora como Jesús, ó bien como Dios, y algunas veces á la bienaventurada Virgen, y otras á todos los santos y santas de Dios, según la orden de los receptores: estos le decían que aquel había sido falso profeta y que no había padecido y sido crucificado por la redención del género humano, sino por sus maldades.

2. Obligaban á los iniciandos ó neófitos á escupir á la cruz, esto es, al signo ó á la escultura é imagen de Cristo, aunque tal vez algunos escupiesen á un lado. Algunas veces les mandaban pisarla y la pisaban algunas veces los mismos hermanos ya recibidos. En Viernes Santo ó en otro día de la Semana Santa

se juntaban para perpetrar sobre ella otros *indecentes y execrables ultrajes*, obligando á los demás á lo mismo.

3. Creían y se les decía, y lo practicaban, que podían absolverlos de los pecados aun no confesados, el gran maestre, el visitador ó los preceptores, de los cuales muchos eran laicos.

4. En las recepciones de vez en cuando el receptor y el recibido se besaban en la boca, en el ombligo, *seu in ventre nudo et in ano seu spina dorsi, item aliquando in parte virili.*

5. Les hacían jurar que no saldrían de la orden. Las recepciones eran claudestinas y sin más testigos que los hermanos de esta.

6. Les decían que unos con otros podían cometer el pecado nefando . . . Ellos mismos ó muchos de ellos lo cometían.

7. Adoraban un gato que se les aparecía en su junta. En cada provincia tenían ídolos, ó sea, cabezas ó bustos, de los cuales unos tenían tres caras y otros una, y otros representaban un cráneo humano. Adoraban aquellos ó aquel ídolo, sobre todo en sus grandes capítulos ó congregaciones. A la cabeza de los ídolos tocaban soguillas, con que se ceñían á raíz de la piel.

8. Los que en su recepción ó más adelante rehusaban hacer lo que se les exigía, eran muertos ó condenados á prisión de por vida.

9. Se les mandaba bajo pena de muerte ó de encierro y con juramento, no descubrir ninguna de estas cosas, ni de su modo de recibir, y si alguno era sorprendido en falta, se le condenaba á muerte ó á encierro.

10. Todas estas cosas eran general y comunmente practicadas aquende y allende los mares; las guardaban y ordenaban á los demás el gran maestre, los visitadores, preceptores y otros jefes de alta graduación. Existían observancias generales y largas, antiguas constumbres y preceptos de los estatutos de toda la orden aquende y allende los mares.

11. No se reputaba pecado en dicha orden usurpar derechos ajenos *per fas aut nefas*. Prestaban juramento de procurar el aumento y las ganancias de la orden por cualesquiera medios *per fas aut nefas*. No se tenía á pecado perjuriar á este fin.

12. Los capítulos son secretos, celebrados al primer sueño ó primera vigilia de la noche, y con tal reserva, que se cierran

las puertas de la casa y de la iglesia con tanta seguridad, que ninguno puede llegar, ni acercarse, ni ver ó oír nada de cuanto se hace ó se dice. Además, suelen apostar centinelas sobre los techos de la casa ó iglesia, donde se celebra el capítulo.

El P. Deschamps hace notar lo siguiente: “*Todas las informaciones publicadas por M. Michelet atestiguan*, que de 231 entre caballeros y hermanos servidores, interrogados con el único juramento de decir verdad sin temor ni recelo, juramento repetido tras cada una de las declaraciones, con expresión de que así lo habían hecho, todos (con excepción de unos cuantos, treinta y tantos lo más) confesaron terminantemente y por menor todos uno por uno ó la mayor parte de los crímenes contenidos en el acta de acusación, con todas las circunstancias de lugares y tiempos, y con los nombres de los que los habían recibido y de los testigos asistentes; siendo de advertir, que estas confesiones fueron hechas por los principales de la orden, *el gran maestre, tesoreros, mayordomos, visitadores, provinciales y superiores de las casas de París, Reims, Normandía, Auvernia, Champagna, escuderos, capellanes del gran maestre ó empleados superiores de su casa.*

¿Nos asombraremos después de esto de que Michelet se produjera, como se produjo en su prefacio del segundo volumen [1851]? Estas son sus palabras:

“Por lo demás téngase el concepto que se quiera de la regla de los templarios y de la inocencia primitiva de la orden, “no es difícil formarse juicio de los desórdenes de su edad posterior. Basta observar en todos los interrogatorios que publicamos, una particularidad: las negativas son casi todas idénticas, como dadas en vista de un formulario prefijado; y *por el contrario* las confesiones son todas diversas, con variedad de circunstancias especiales, muy candorosas muchas de ellas, que les imprimen “singular carácter de veracidad.” Lo opuesto debería de haber sucedido, si las confesiones hubiesen sido ex-

primidas por el rigor de los tormentos: entonces todas se parcerían, y la variedad se mostraría en las negaciones."

Hasta aquí Michelet. ¿Cómo se las avendría para citarle completamente al revés un autor por lo demás apreciable, Mr. Guérin, en un artículo que dedica á la defensa de los templarios en su extenso Diccionario? ¡Véyase! como citan frecuentemente autores, datos, hechos y noticias de todo género, equivocándose y trastornándose todo, la mayor parte de compositores de vastas encyclopedias, *a/ias* diccionaristas, y de historias más ó menos generales, escritas á veces por un solo individuo, y no á veces, sino siempre en corto plazo de tiempo, para que cuanto antes se impriman, esto es, *produzcan*.

Vino á coronar la obra de Michelet el editor del proceso de los templarios de Toscana, proceso que una vez más, dice el P. Deschamps, "demuestra la culpabilidad de la gran mayoría de aquellos desde el promedio del siglo XIII por lo menos. En muchas ocasiones antes del concilio de Viena, del Delsinado, se habían elevado á la Santa Sede acusaciones de herejía contra ellos, y la voz popular los señalaba como reos de los mayores crímenes de renegación de Jesucristo, de sodomía, de alianza con los musulmanes, y en especial con el orden de los *asesinos*, el cual por singular analogía constituía igualmente una secta panteísta y racionalista, bien que originario del islamismo. Lo mismo que pasa hoy en la masonería, además de los estatutos públicos tenían artículos secretos infectos de una doctrina análoga á la de los pátaros, bogomilas y luciferianos, ramificación una y otra del antiguo maniqueísmo. Esto es lo último que la erudición contemporánea ha alcanzado sobre la cuestión debatida, que solo el furor de las prevenciones hostiles á la Iglesia pudo obscurecer [1]. Y aun para llegar á este

(1) *Doctrine secrète des templiers, étude suivie du texte inédit de l'enquête contre les templiers de Toscane, par Jules Loiseleur, Paris, 1872.*

resultado se necesitó la real conspiración contra la verdad de la historia tramada y sostenida por los sectarios del siglo XVIII, según que en términos formales lo asevera el historiador de la secta más afamado en nuestros días, el h.^o Findel, director de la *Bauhute de Leipzig*."

De suerte, concluimos nosotros, que los pocos autores católicos persistentes en su tema de apología templaria, son sin percátárselo los dóciles continuadores de la tradición masónica, cándidos instrumentos de un plan dañino. ¡Qué papel tan brillante!

No deja de tener miga la siguiente reflexión por la calidad de su autor D. Benoit, á quien la buena fe, la sinceridad, la virtud cristiana unidas al talento y al saber, le brotan por los puntos de la pluma: Despues de enterados de los documentos que sacó á luz Michelet, "no comprendemos, que en ciertos manuales de historia, publicados por hombres de bien y aun católicos, todavía se insista en negar ó poner en duda la culpabilidad de los Templarios."

Corrija D. Benoit lo de manuales, que bien larga, difusa y pesada es la *Historia de la Iglesia* del P. Darras, anunciada con tanto bombo y esperada con tanta avidez; y en su noble candor no se espante de la humana liviandad, cuando más adelante le pongamos al tanto del modo y de los móviles, cómo y por qué se escriben en el día de hoy la mayor parte de los libros, en Francia sobre todo.

La *Civiltá cattolica* [1] participaba de igual extrañeza en 1866, y después de haber probado magníficamente la culpabilidad de los caballeros templarios, agravaba la imprudencia

(1) Serie VI, t. 6.º y 6.º, año de 1866.

y desatino inconcebible de algunos católicos en dar la cara por ellos, en estos términos que les han de cerrar la boca para siempre:

“Que los enemigos de la Iglesia y de los Papas culpen de inicua la sentencia de abolición pronunciada contra los templarios, nada tiene de particular; pero es cosa para dejarle á uno estupefacto ver cómo algunos católicos se hacen eco de semejantes vituperios, olvidados de la reverencia debida á los más altos juicios de la Iglesia. Como que no se trata de un simple decreto ó breve, acerca del cual pueda tal vez caber la sospecha de alguna pasión interesada ó de algún error de hecho, sino de una Bula solemne promulgada en un Concilio Ecuménico con absoluta y unánime aprobación del mismo: *Sacro Concilio approbante*: según se lee en el venerable documento pontificio.

Además, y es circunstancia gravísima, la sentencia del Papa y del Concilio fué aceptada, reverenciada y puesta sobre la marcha en ejecución por todos los Obispos y los Príncipes de la cristiandad, sin la más leve reclamación ó murmullo. En aquellos días de humillación para el Romano Pontífice, de interminables querellas, celos y rivalidades de pueblos con pueblos y monarcas con monarcas ¿cómo á ninguno de ellos le pasó por las mientes excusar el incumplimiento de la ordenación soberana con la servidumbre y pretendida debilidad del Papa, con la tiranía y villanas miras de Felipe el Hermoso?

A cuya razón se allega la admirable concordia en propugnar la justicia del fallo, de la mayoría y los más autorizados escritores coetáneos ó más vecinos á los sucesos: el Continuador de Nangis, el Cronista de S. Dionisio, Juan de S. Victor, Tolomeo de Luca, Bernardo de Guido, Amalrico Augerio, Nicolás Rossell Cardenal de Aragón, Albertino Mussato, Francis-

eo Pippino, Ferrato, Vicentino, Tomás Walsingham, Alberto Krantz, etc.

Por último, moderno es y muy notorio el principio de la campaña movida para rehabilitar la memoria de la reprobada Caballería. ¿Quiénes fueron los iniciadores? Los protestantes. ¿Y después de ellos, andando el tiempo? Los incrédulos del siglo pasado. De suerte que los caballeros andantes católicos que vienen á desfacer los entuertos de los menesterosos del Temple, van de reata tras los herejes é impíos, ayudándoles bravamente, ¡palomas sin hiel! "en la real conspiración contra la historia, tramada y sostenida por los sectarios del siglo XVIII," según palabra veraz del h.: Findel. Entiéndalo Mr. Guérin, autor de un gran diccionario enciclopédico.

CAPITULO VIII

SISTEMA MANIQUEO.—Un pasaje de Hurter para hacer boca.—Preliminares del P. Barruel.—Un reto victorioso de Bossuet y algunos apuntes.—Noticia metódica é interesantísima de los maniqueos sacada de Bossuet.—Comentarios.—Magnífica prueba del P. Barruel.—¿Quién fué el P. Barruel?—Apéndice de D. Benoit.—Los cuadros sinópticos, y el nuestro.—Un distintivo especial.—Recapitulación y consecuencia.—Candor de los que distinguen entre maniqueos y albigeneses.—La gran objeción del *pudo ser*.—La no menos colosal de la masonería *política*.—Resumen histórico general de la secta.—Testimonios masónicos, y como aquí valen el oro y vienen de perlas.—Consecuencia final.

Lo expone y defiende el P. Barruel, y á este transcribe al pie de la letra Henrión, aunque se guarda prudentemente de decirlo: con tesón igual lo sustenta el P. Deschamps y se coloca á su lado D. Benoit. También aboga por él con ardor el P. Bresciani, el cual si bien llega al mismo término, pero echa por otro camino, tal vez no del todo seguro.

A tan esclarecidos autores hace honrada compañía aquel sabio historiador de la Edad Media, el protestante Hurter, de quien no podemos reprimir el deseo de trasladar un pasaje de su *Historia del Papa Inocencio III y de su siglo*, que sirva de oportuna introducción á este tratado:

"Al comparar, dice, la organización interna de cierta sociedad, la de los francmasones, y sus tentativas contra la Iglesia de unos sesenta años á esta parte [el autor escribía por los años de 30 á 40], con los principios conocidos de la doctrina de los cátaros, se ve uno obligado á reconocer ciertas semejanzas, no sólo tocante á los principios generales, sino también respecto á los más mínimos detalles. Una y otra sociedad tienen por principio la independencia del hombre ante cualquiera autoridad superior. Ambas profesan el mismo odio á las instituciones sociales, particularmente á la Iglesia y á sus ministros; ambas convienen en no franquear el secreto sin la garantía de una larga probación y en prescribir su guarda hasta para con los más inmediatos parientes. En ambas los verdaderos jefes son desconocidos á la muchedumbre: se hace la división por provincias, sujetas á jefes particulares: iguales son los signos de reconocimiento en el modo de hablar y de entenderse; de suerte que podemos decir, con alguna razón, que los trastornos que de medio siglo acá socavan los fundamentos de la sociedad europea, no son más que la obra de los albigenses, transmitida de ellos á sus sucesores, los francmasones A penas temían algún riesgo, se les veía en el acto cumplir con las prácticas exteriores de la religión: hincaban devotamente las rodillas, se llegaban á la sagrada Mesa con señales de profunda piedad y hacían profesión de buenos cristianos (1)."

¡Grave dificultad! y esto que todavía no empezamos. Hurtado habla de Albigenses, y nosotros en el encabezamiento mismo tratamos de Maniqueos.

Tiene vd. razón, señor elefante. Pero nada importa el vocablo, si la cosa es la misma; porque los albigenses eran tan

(1) Obr. cit. Trad. franc. París, 1840.—pp. 284, 286.

maniqueos como el mismo Manés. Sino que imitamos á nuestro doctor eximio el P. Barruel, que en todas las cosas sabía irse al grano: en vez de quedarse en el umbral de la puerta, si entro ó no entro; como muchos tratadistas *profanos* del género, por lo demás excelentes, él sin miedo ni vacilaciones acomete derecho el bulto; y en lugar de hacer dos capítulos de una misma materia, como conquistando el terreno palmo á palmo, él lo despacha todo en uno, y se queda tan campante, y lo que es más, victorioso. Su ejemplo seguimos, y á la mano de Dios.

El cual P. Barruel, después de haber muy justamente condenado y rematado á los templarios, con más de medio siglo de ventaja sobre el calafate de Michelet y Mr.: Loiseleur; después de haber hecho buena la filiación templaria de la masonería, pese á quien pese, tira las últimas líneas de su demostración, con aquella mirada que penetra en las tinieblas de la secta y con aquel su genial desenfado, diciendo así:

“No se engañaron los sabios adeptos de la masonería, al contar á los templarios entre sus predecesores. Esta opinión se hace palpable en la conveniencia de los misterios. Pero ¿de quién habían recibido aquellos el sistema de su impiedad? Esto nos lo han revelado los hermanos, á quienes nada cautivaba tanto como esta impiedad. A este fin se pusieron en campaña, para averiguar si anteriormente á los templarios existían ya en Europa algunas *sociedades secretas*, en las que pudiesen descubrir á sus padres: preciso nos es oír de nuevo al más calificado de los adeptos, al sofista Condorcet. El resultado de sus indagaciones no ha hecho más que señalarse, por haberle sorprendido la muerte cuando aun no desenvolvía su grande obra sobre los *Progresos del espíritu humano*, de la cual sus admiradores no publicaron más que el plan general con el título

de *Bosquejo de un cuadro histórico* [1]; pero nos basta este bosquejo para disipar el resto de la nube y ver algo al través del velo que la secta no tuvo por conveniente descorrer por completo, y para descubrir con la guía de algunas reflexiones el primer origen de los misterios y sistemas masónicos, conociéndolos con esto en toda su extensión.

“En el mediodía de Francia, dice el sofista masón, provincias enteras se pusieron de acuerdo para adoptar una doctrina más sencilla, un cristianismo más depurado, según el cual el hombre, sometido únicamente á la divinidad, juzgase por sus propias luces de lo que esta se ha dignado revelar en los libros emanados de la misma. Estas provincias fueron asoladas por ejércitos fanáticos al mando de jefes ambiciosos: los verdugos, conducidos por legados y clérigos, inmolaron á los que se habían salvado del acero de los soldados; establecióse un tribunal de frailes, encargados de condenar á la hoguera al que apacreciese sospechoso de escuchar la voz de su propia razón.

“Con todo no les fué posible impedir que este espíritu de libertad y de examen con frecuencia hiciera progresos. Reprimido en el país, donde no se atrevía á presentarse, donde distintas veces la más intolerante hipocresía provocó guerras sanguinarias, se reproducía y comunicaba secretamente á otra comarca. Ese espíritu se echa de ver en *todas las épocas*, hasta el momento en que favorecido por la invención de la imprenta, fué bastante poderoso para libertar una parte de Europa del yugo de la Corte de Roma. . . .”

“En prueba de este espíritu filosófico, continúa el P. Barruel, ó por mejor decir, de esta impiedad, que ya entonces tenía sus prosélitos, Condorcet cita de aquella época á Federico II y á su canciller Pedro de las Viñas, el libro de *Los tres*

(1) *Esquisse d'un tableau historique.*

*impostores, los cuentos escandalosos titulados *Fabliaux* y el *Decameron* de Boccacio; y añade aquellas palabras que es preciso repetir aquí: "Examinaremos si en unos tiempos en que el proselitismo filosófico hubiera sido peligroso, dejaron de formarse *sociedades secretas, destinadas á perpetuar y extender á la sordina y sin riesgo entre algunos adeptos algunas verdades sencillas, como seguros preservativos contra las preocupaciones reinantes*. Averiguaremos, si debe contarse entre dichas sociedades aquella célebre orden [el Temple], contra la cual los Papas y los reyes conspiraron con tanta barbarie."*

Luego Barruel concluye así:

"Quiero aprovecharme de estas apuntaciones de Condorcet. Ya sé todo lo que fueron aquellos *hombres del mediodía*, en quienes se propone buscar el origen de las *sociedades secretas*; una horda de hijos de Manes. . . ."

Si el P. Barruel no disimula su satisfacción por el partido que saca de las indicaciones del sofista, más contentos nos ponemos nosotros por la mano que en nuestra investigación nos dan uno y otro á la vez. Y en verdad que si á nadie puede ocultarse la perspicacia y sagacidad del P. Barruel, nadie tampoco negar á Condorcet golpe de vista certero y penetrante para calar en las negras profundidades de su familia; como lo viene pregonando en este mismo punto histórico el acierto de entrumbos.

Y en efecto, antes de venir al fondo de nuestra demostración, que se ha de facilitar mucho preparada con los necesarios antecedentes, véase quiénes eran y lo que significaban aquellos *hombres del mediodía*, con cuya memoria se regocijaba el corazón de Condorcet; cuyas señas, vida y milagros logra tener al dedillo Barruel con no menor alborozo, aunque tan opuestos los motivos de uno y otro contento: véase por el irre-

éusable testimonio del gran Bossuet. Está confundiendo á dos protestantes falsarios con la historia en la mano, y haciendo referencia á la segunda mitad del siglo XII, dice:

“Todos los autores de la época, porque ni uno solo hemos dejado por consultar, nos muestran á esos albigenses como maniqueos; y yo desafío á cuantos protestantes se abrigan bajo la capa del cielo á probarme que en Europa, cuando Valdo se sublevó, existiese secta alguna separada de Roma, que no fuese ó maniqueismo, ó rama y subdivisión del maniqueismo.”

Recojamos las preciosas afirmaciones contenidas en estas breves palabras: 1^a Los albigenses eran maniqueos. Luego disputar, respecto de la masonería, del origen albigense y del maniqueo, es una misma é idéntica cosa. Se les atraganta á los desconsiderados esta consecuencia, porque lleva muy arriba, como á fines del siglo III ó principios del IV, los pañales de la masonería; pero ¿qué le hemos de hacer, si no hay cosa tan brutal como la elocuencia de los hechos? 2^a Por entonces, esto es, en la segunda mitad del siglo XII, no había en Europa secta alguna, que no fuese maniqueismo ó hijuela del maniqueismo. Luego el templarismo, que según los cálculos más cortos ó bajos de los historiadores existía ya á la sazón, era maniqueismo; pero el templarismo era masonismo puro, según acabamos de probar; por consiguiente el maniqueismo fué también masonismo, ó viceversa, el masonismo es y ha sido siempre maniqueismo. Impúgnese, si hay ánimo para ello, la verdad de algunas de las premisas, ó la lógica de las ilaciones. Los hechos asentados por Bossuet no hay en el mundo osadia capaz de negarlos.

Por lo demás la última consecuencia de la ecuación entre masonismo y maniqueismo, con las *prudentes* variaciones que en el error siempre introduce la evolución de los tiempos y la astucia de los malignos, consecuencia que ha de levantar en

vilo á los poco machuchos en ciencias masónicas, se ve manifiestamente puesta en cobro por los tratadistas profanos con el examen de las doctrinas, rituales y símbolos de la actual masonería.

Finalmente por inferencia del gran poderío y extensión que alcanzó el nuevo maniqueísmo en Europa, hasta constituir á principios del siglo XIII un peligro formidable para la cristianidad, y bien ponderada la general afición á juntas secretas, el hervidero de ellas y sus rasgos de semejanza con la secta de Manes en tiempos más avanzados ¿no sería lícito hacer extensiva y aplicar á estos la segunda afirmación del ínclito obispo de Meaux? Entonces el maniqueísmo, ó sea, la masonería más antigua, aparecería á manera de foco y receptáculo peregrino de aquellas más remotas conjuraciones anticristianas y antisociales, así como el Pontífice reinante nos representa á la masonería moderna cual el centro de donde irradian y á donde vuelven á converger todas las sectas actuales [1]: entonces el maniqueísmo, conforme á su principio de *luz* y *tinieblas*, actuaría ante nuestros ojos *iluminando* los vastos horizontes de aquel mundo antiguo, como se vió más tarde á un Saint-Martin y á un Weishaupt *iluminar* el mundo moderno, para renovar, perfeccionar y reformar en consonancia con las circunstancias de la época la primitiva *iluminación*: entonces se debería tomar en serio aquella frase del mismo Weishaupt, que al pronto quisiera uno tachar de arrogante fanfarronada de maestro pretencioso: "Téngase advertido muy especialmente, que nuestro *Caballero escocés*, para hacer *grandes descubrimientos* sobre esta verdadera masonería, se ha de dedicar al estudio de los antiguos *gnósticos* y de los *maniqueos*:" coincidiendo así

(1) *Variae sunt hominum sectæ, quæ..... re congruunt cum secta Massonum, quæ cujusdam est instar centri unde abeunt et quo redeunt universæ.*—Ep. *Encycl. Humanum genus.*

substancialmente en una misma idea el sofista alemán y el francés Condorcet.

Con el sencillo argumento formado sobre las palabras de Bossuet, como no admite réplica al igual de la autoridad en que principalmente descansa, nos podríamos dar por satisfechos y por cumplido nuestro propósito: por otra parte con la interpretación extensiva prestada á aquellas palabras, interpretación nada caprichosa ó arbitraria por su conformidad con las enseñanzas de la historia, se arroja mucha luz sobre los caminos de la masonería desde las más lejanas edades hasta la presente. Pero queremos traer nuestra prueba directamente, buscándola en las extrañas de la cosa misma, y desarrollarla con mayor amplitud; nos prometemos, además, acrecentar aquella luz con nuevas claridades para mayor ilustración y más sólido convencimiento de nuestros lectores. A este doble objeto anticiparemos, como preparativo para lo demás, una compendiosa noticia acerca de los dichos, hechos y procederes de los maniqueos, avechuchos ignorados por algunos y algo como animales fósiles, sólo en confuso conocidos por no pocos. Para esta excursión histórica tomaremos la guía del mismo Bossuet y de la misma obra, que mejor no se nos podía haber dejado. Todo un Bossuet, y en la contienda más reñida, en que todos los protestantes de un solo golpe caen postrados por la única arma de la historia á los pies del glorioso atleta, es cuanto hay que ver ni deseas para confianza del espíritu más receloso. Subrayaremos algunas particularidades por su grande significación ó interés para más adelante, como á su tiempo lo verá el paciente lector que nos siga hasta el fin de nuestra curiosa concertación acerca del origen maniqueo de la maleante masonería.

Comencemos.

Teología de los maniqueos: dos primeros principios enemigos y de naturaleza contraria, uno principio del bien y de la luz, y otro del mal y de las tinieblas; doctrina *venida del paganismo* y de que se encuentran principios *hasta en Platón; reinante entre los Persas*. Manes, *Persa* de nacimiento, se empeñó en infiltrar esta monstruosidad en la religión cristiana bajo el imperio de Aureliano, á fines del siglo III. *Marcion* le había ganado por la mano y preparado el camino con su *secta divina en diferentes ramas*.

Algunas consecuencias de aquella doctrina.—El Antiguo Testamento, una fábula ó obra del mal principio; la Encarnación, una ilusión: la carne de Jesucristo, un fantasma, porque la carne es obra del principio malo. Como de éste proviene nuestro cuerpo, y el alma del principio bueno, de ahí *fuera matrimonio*, ó mejor, *fuera procreación*, etc. S. Pablo había anunciado estos errores (1), y los Santos Padres explican anuncio tan anticipado á causa de la transcendencia de aquellos.

Tres caracteres de los maniqueos.—1º *Espíritu de seducción*: Engañaban á los primeros ingenios: S. Agustín suribundo maniqueo por espacio de nueve años. Era la secta de donde *más difícilmente se salta*. Prestigios ó ilusiones y artimañas no oídas para engañar á los sencillos: *operaciones mágicas*.

2º *Hipocresía*: (Aquí nos ponemos á traducir, que no extractar á Bossuet): "Sabían ocultar lo más detestable que había en la seeta con tan profundo artificio, que no solamente los extraños, sino hasta los que eran de ella, *pasaban mucho tiempo sin saberlo*. Porque bajo el hermoso disfraz de su continencia *encubrían impurezas que no se atreve uno á nombrar*, y que hasta *formaban parte de sus misterios*. Entre ellos se

(1) *Timoth. IV.*

encontraban *muchas categorías*. Los que llamaban ellos sus agentes, *no conocían el fondo de la secta*; y sus *elegidos*, esto es, los que conocían todo el misterio, ocultaban cuidadosamente el secreto abominable, hasta haber sido preparado [el creyente] con diversos grados. Se hacía alarde de abstinencia y de una exterioridad de vida, no sólo buena, sino hasta penitente; y era un atractivo de seducción, el de llegar por grados á lo que se creía más perfecto, por lo mismo de estar secreto."

3º *La disimulación* en confundirse con los católicos en las iglesias y pasar ocultos: era uno de sus artificios para ganar adeptos. Recibían la comunión, mas no bajo especie de vino, porque creían que Jesucristo carecía de verdadera sangre. Por este indicio los descubrió S. León; pero tal era su habilidad para engañar á los católicos á sus propios ojos, por más vigilantes, que siguieron ocultos y no fueron á penas plenamente descubiertos hasta el pontificado de S. Gelasio. Entonces se ordenó la comunión bajo las dos especies, condenando aquella *superstición* ó falsa religión de los maniqueos.

A pesar de haber sido los sectarios sentenciados á la última pena, la secta no cesaba de subsistir y propagarse. Favorecieronla el emperador Anastasio y Teodora, la esposa de Justiniano. Se ve á los sectarios en los tiempos de los hijos de Heraclio en Armenia, provincia inmediata á *Persia*, y con el nombre de *Paulicianos*, de un tal Pablo. Llegaron á tan gran poderío por debilidad del gobierno, por la protección de los sarracenos ó por favor del emperador Nicéforo muy adicto á la secta, que al fin perseguidos por Teodora, esposa de Basilio, se sintieron con fuerzas para construir ciudades y levantarse en armas contra sus príncipes.

Estas guerras fueron largas y sangrientas bajo el imperio de Basilio el Macedonio, á fines del siglo IX. Pedro de Sicilia fué enviado por este emperador á Tíbrica ó Tefrica, en Arme-

nia, plaza fuerte de estos herejes, á negociar un canje de prisioneros. Allí conoció á fondo á los paulicianos por maniqueos y escribió un libro sobre sus errores, dirigido al arzobispo de Bulgaria. Marca, además de lo que ya sabemos de los maniqueos, su *aversión especial á la imagen de la cruz, á la Santísima Virgen y á la Eucaristía*.

Por estos sentimientos se distinguían también los antiguos maniqueos, que además negaban el culto de los mártires y de sus reliquias, según se ve por San Agustín. Lo mismo los paulicianos.

Según resiere Pedro de Sicilia, los paulicianos, después de haber corrompido la vecina Tracia, ansiaban ir á pervertir los pueblos recien convertidos de Bulgaria. En efecto allí echó profundas raíces la herejía maniquea, y de allí se diseminó por todo el resto de Europa; de donde les vino á los sectarios el nombre de Búlgaros.

“Mil años habían transcurrido, añade Bossuet tomando un tono solemne, desde el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y la espantosa relajación de la disciplina hacia temer para la Iglesia de Occidente algún desastre extraordinario. Puede que también fuese llegado el plazo de aquel terrible *desencadenamiento de Satanás*, señalado en el Apocalipsis [1], por mil años; lo cual puede significar desórdenes extremos, mil años después que el *fuerte armado*, esto es, el demonio victorioso, fué atado por Jesucristo al venir este al mundo. Sea lo que fuere, en esta época y en el año 1017 fueron descubiertos en Orleans unos herejes cuya doctrina desde largo tiempo hacía no era conocida entre los Latinos.

Una italiana la trajo á Francia, comenzando por seducir á dos canónigos de Orleans, Esteban ó Heriberto y Lisoio. Pre-

(1) *Apoc. XX, 2, 3, 7.*

senta todos los caracteres del maniqueísmo. La misma herejía por aquellos mismos días aparece en Aquitania y en Tolosa. La habían propagado los maniqueos de Italia, que se llamaban *cátharos*, ó puros, por su continencia y la abstinencia de carne.

“Desde que la herejía de los búlgaros, refiere un autor antiguo, empezó á crecer en la Lombardia, estos tenían por obispo un tal Marco, á quien reconocían los lombardos, los toscanos y los de la Marca; pero después vino de Constantinopla á la Lombardia otro papa nombrado Niceto.”

El mal va en aumento en el Languedoc y en Tolosa. Los maniqueos condenados por los concilios de Tours, de Tolosa y de Letrán: á pesar de esto penetran en Alemania.

Guardan *mayor secreto y encubren la doctrina de los dos principios*, hasta que se la sorprendió Ecberto, teólogo coloniense de la época. “La señal más segura para conocerlos, dice Bossuet, era su empeño de esconderse, hasta el grado de recibir los sacramentos con nosotros, y responder lo mismo que nosotros, cuando se les urgía en puntos de fe. Este fué el *espíritu de la secta* desde su comienzo, según lo notamos en los tiempos de San Agustín y San León.”—Embozaban sus doctrinas con mentiras manifiestas ó con equívocos artificiosos.

—Según ellos el Evangelio prohíbe jurar por causa alguna; mas interrogados sobre religión se creían autorizados, no solo para mentir, sino hasta para perjuriar; conforme á la máxima que habían aprendido de otra rama de maniqueos, los priscilianistas de España, y que refiere San Agustín: *Jura y perjura cuanto quieras; pero no vendas el secreto.*—*Jura, perjura; secreta prodere noli:* Por esto Ecberto los llamaba *hombres oscuros ó impenetrables*; que nunca predicaban, sino hablaban al oído, se escondían en los rincones y que más bien murmuraban su doctrina entre dientes ó en secreto, que no la expli-

eban. "Este era uno de los atractivos de la secta. . . . nada recomendaban tanto como este secreto misterioso."

Enervino, eclesiástico coloñés, manda noticias de los maniqueos á San Bernardo, para que con su saber los confunda: además de todo lo dicho, que huelga repetir, advierte la distinción *entre oyentes y elegidos*, seña mortal del maniqueísmo divulgada ya por San Agustín; da cuenta de que *tenían un papa*, hecho cierto que se confirmó más adelante; y que se gloriaban de que "su doctrina había perseverado hasta nosotros, bien que encubierta, desde los tiempos de los mártires, "transmitiéndose á Grecia y á otros países;" lo cual es muy verdad, como que se derivaba de Marción y Manes, heresiarcas del siglo III. San Bernardo, que respondió á la invitación de Enervino, después de haber desenmascarado y refutado la secta, concluye diciendo, que era el *misterio de iniquidad* [1] profetizado por San Pablo, tanto más temible, cuanto más oculto; y que aquellos hombres eran, en lenguaje del mismo Apóstol, "seducidos por el demonio, que hablan mentira en hipocresía, tienen la conciencia cauterizada y prohíben el matrimonio y los manjares creados por Dios [2]."

Los herejes tolosanos impugnados por San Bernardo son los llamados vulgarmente *Albigenses*. Pedro el Venerable los titulaba también *Petrobrusianos* y *Henricianos*, del nombre de dos de sus cabecillas, Pedro de Bruis y Enrique. En Inglaterra, á donde se refugiaron en 1160 desde la Gascuña, se les conoció por *Poplicanos* ó *Publicanos*. *Piples* ó *Pifles* se les decía en Flandes por corrupción de *poplicanos*. Se denominaban además *Apostólicos* por su afectación de pobreza evangélica.

(1) II Thess. II, 7.

(2) I Tim. IV, 1, 3.

Practicaban una imposición de manos llamada "consolación, pará la remisión de los pecados." Como ya atestiguó S. Agustín, lo que les inspiraba horror, no era tanto el matrimonio, cuanto la concepción ó generación. Los más infames de todos ellos eran los *patarenos*.—Los que más alardean de virtud y pureza de vida, son de ordinario los más corrompidos.

Aquí termina el interesante resumen histórico sobre los maniqueos entresacado de la *Historia de las variaciones, libro XI desde el principio hasta el párrafo 63*. Como aun sobre los asuntos más graves es tan general y escandalosa en nuestros días la costumbre de mentir y citar en falso, unas veces por refinada ó cínica mala fe, y otras por imperdonable ligereza y precipitación en escribir, damos amplia libertad á todos para confrontar rigurosamente nuestra reseña con el texto del autor; en lo cual saldrán ganando, porque aprenderán muchas cosas, que no supieron dentro de los estrechos límites de nuestro plan.

Medianamente conocido el carácter de ardentísima polémica sostenida por un Bossuet en su *Historia de las variaciones* contra los más doctos y orgullosos protestantes de su siglo; y hechos cargo de que esta obra en el terreno de la discusión fué el golpe más rudo y tremendo descargado sobre la cabeza del protestantismo; ya se deja entender que el inmortal polemista no asienta ni pudo asentar un solo hecho, no avanza ni pudo avanzar una sola proposición, que no fuese plenamente comprobado aquél, irrefutabilmente demostrada ésta: contra el templado acero de Bossuet en esta materia quiebra sus dientes la crítica más sañuda y cavilosa.

Ponemos empeño en hacer resaltar el mérito de esta obra magistral por la grandísima cuenta que nos tiene: no sólo por la instrucción tan clara y puntual que nos proporciona acerca

de la secta maniquea, cosa ya de gran provecho; no sólo por la precisión y rigor con que nos pone de manifiesto la uniformidad y constancia invariable del maniqueismo antiguo y moderno, conduciéndonos como por fuerte cadena de eslabón á eslabón desde Manes hasta los últimos albigenenses, punto necesario para inteligencia de nuestros lectores y para la fuerza de nuestra demostración; sino tanto más, y estoy por decir, mucho más por los inapreciables tesoros de noticias importantísimas para todo lo que venimos tratando de masonería, no menos que para lo que hemos de tratar en adelante; tesoros hasta hoy inadvertidos para los tratadistas de esta especialidad, pero que no consentiremos yazgan un momento más inexplorados.

Oígase á Bossuet hablar de masonería.—¿De masonería? No, de maniqueismo.—Sí, señor, de masonería, aunque no llevase este nombre la del tiempo de Bossuet y de más atrás.—Convenido, en fin, para hacer las paces, que nos hablará de maniqueismo como quien habla de masonería, ó al revés.

Comentarios sobre el resumen anterior.

No era cosa vulgar, una de tantas, aquella secta, cuando el Espíritu Santo, dos siglos antes de nacer ella, la dió á conocer al mundo por la pluma divina de S. Pablo: *Misterio de iniquidad*: lo mismo que se dice hoy de la masonería: y además la individualizaba: *hombres seducidos por el demonio que hablan mentira en hipocresía . . . y lo que sigue*.

Y servía para todo la muy bellaca, lo mismo para un barrio que para un fregado, tan antisocial como antieristiana. Antieristiana, no se diga; ahí están sus doctrinas. Lo de antisocial y revolvedora ¿quién se lo quita? Allá por varios siglos estuvo trastornando el Oriente á su sabor, ya emborrachando con el incienso de la lisonja y ganándose con todas las artes emperatrices y emperadores; ya teniéndoselas tiesas á otros emperadores húraños y fanáticos, es decir, católicos, con ejércitos,

plazas fuertes, dominios, etc. Y si nos trasladamos á Europa ¿no ejerció el monopolio de la revolución por lo menos, según cálculo fijo, hasta fines del siglo XII? ¿no tuvo más adelante en jaque serio á la cristiandad? Sin contar aquella red tendida por todas partes de juntas secretas ó minas ocultas, que á lo mejor hacían explosión, hoy aquí, mañana allí, sin dejar nunca en paz á la gente.—A la cuenta por varias señales vd. está describiendo la masonería.—Lo mismo da: secta antisocial y anticristiana el maniqueísmo de hoy; secta anticristiana y antisocial la masonería de entonces.

¡Con qué donaire se rien algunos chuscos, profanos y masones, de algunos inocentes de estos últimos, sólo porque con ínfulas pueriles buscan entronques nobiliarios entre los filósofos griegos, persas y demás orientales? Vamos, que ahora se vuelven las tornas, y aquellos burladores pagan sus jovialidades con las setenas; porque poco es decir, como aseguraban los maniqueos, que sus embelecos habían transcendido á los griegos y á otros desde los primeros años del cristianismo, cuando Bossuet con todo su saber y su gravedad asevera que la secta maniquea descendía de los paganos, que hasta en el divino Platón se divisan principios de ella y que era dominante entre los persas; que al cabo persa era Manes y muy oriental su precursor Marción, aquel primogénito del demonio, según mote de S. Policarpo. Que si á esto se agrega, conforme á la teoría muy fundamentada y documentada del mismo Bossuet, qué maniqueos antiguos y maniqueos nuevos y albigenses pertenecen á una sola casta; y si por remate de desdichas se añade, que los tales albigenses derramados por toda Europa, á semejanza de los microbios en una epidemia, por el hilo de los templarios y otros traspasaron á la masonería actual la herencia de sus venenos más ó menos alterados por la química de las circunstancias; vamos al decir, después de todo esto, que

no es materia de broma sino para mentecatos, ¡vaya! nuestros críticos graciosos quedan lucidos y bien pagados. Lo que es escupir al cielo.

Como el punto es por sí mismo de entidad y además llamativo para los curiosos, si alguno pide más prueba de esa herencia ó continuidad del error maniqueo, á lo menos hasta el siglo XVI, considere el ahínco de todos los protestantes, y en especial de los calvinistas, por emparentar con los albigenses y por ellos subir hasta los primeros siglos de la Iglesia, para echarla de antiguos en el mundo y quitarse de delante el argumento incontestable de su novedad, con que los católicos los aplastaban. Ese afán de antigüedad lo testifica el eminente doctor francés, y aun esto por confesión suya le dió motivo para desenterrar las abominaciones de aquellos sectarios, á ver si así los reformadores se avergonzaban de semejante prosapia. Con que por el curso y contexto de la disputa queda una vez más fuera de duda el hecho de la antedicha transmisión ó herencia.

¿Qué decir de la organización de aquellos masones, digo, maniqueos? Reverenciaban y obedecían á un papa, como los actuales tienen su patriarca invisible: se dividían en oyentes y elegidos; pero no se llegaba á la suprema categoría, sino después de haber pasado por diferentes grados y órdenes: el que entraba, difícilmente podía salir. Siendo una sola la secta, se distribuía en muchos brazos y se diversificaba en los nombres; paulicianos, apostólicos, etc. Como ahora, ni más ni menos: *Varias son las sectas . . . y la masonería es á manera de centro, de donde salen y á donde vuelven á entrar todas* [1]. Y siguen las coincidencias.

(1) *Encycl. Humanum genus.*

Doctrinas y costumbres.— Dos principios, y todo es Dios: Cristo no es Dios: no hay redención: aversión al signo de la cruz: la carne es hechura del mal principio. Esta última máxima es la base de la moralidad maniquea. Por esto exclamaba uno de aquellos doctores, citado por S. Clemente de Alejandría: “Un hijo de la luz, un iluminado debe conocerlo todo: ¿qué mérito hay en abstenerse de lo que se ignora? No consiste el mérito en abstenerse de los *placeres* . . . yo uso de ellos, los abrazo para ahogarlos [1].” O como enseñan los maniqueos, digo, masones martinistas: *¡Al fuego, al fuego los placeres de los sentidos! ¡dad al fuego todo lo que os pide! Nada de esto llega al alma* [hechura del buen espíritu.]—Por consiguiente: ¡fuera matrimonio! ó sea, venga matrimonio civil y divorcio! Eso sí, mujeres de dia y de noche, pero ¡cuidado con la generación! la manzana, pero no la semilla. Bajo disfraz de continencia torpezas que no se pueden nombrar; los que más blasfoman de aquella, más impuros. Y estas infamias formaban parte integrante de los *misterios* de la secta.—¿Habla vd. de los masones ó de los maniqueos?— De unos y otros á la par, hombre.

Tres caracteres.—1º La seducción: hasta *operaciones mágicas*. 2º Hipocresía: en juicio y con escritos se les convenció de ella. Todos los medios lícitos; la mentira, la doblez, el sacrilegio, el perjurio, toda clase de bajezas. Cuando se sentían fuertes, más inhumanos que los tigres. 3º El secreto: en este podían tal vez dar quince y raya á nuestros sencillos masones. Secreto con los extraños: con los de la familia en proporción del grado y categoría. Sobre este punto no se nos pase una observación de sumo interés, recojida de S. Bernardo por Bossuet: que así como los demás herejes por vanidad bebían los

(1) Strom. L. II, C. 20.

vientos pór darse á luz, así estos por el contrario todo sù estudio lo ponían en vivir agazapados: aquellos parlaban; estos ni predicaban, á penas murmuraban al oído ó decían entre dientes su doctrina: aquellos se inflamaban por la victoria; estos más malignos sólo buscaban la manera de hacer daño, y se deslizaban entre la hierba para morder como reptiles venenosos á mansalva. ¡Terrible pintura! Tan numerosos, conocidos y vigilados, llegaron á encubrir por siglos enteros sus doctrinas principales.—En los dos primeros caracteres no se debe mancornar ó emparejar maniqueos con masones; no fueran á ofenderse los maniqueos, y con razón, por no ser tan malditos como sus nietos.

¿Cómo ninguno de los autores, que se ocupan en cuestiones masónicas, se acordó del precioso pasaje, donde tanto bueno hemos aprendido? ¡Si sabía Bossuet de masonería! Como que él solo con sus apuntes, si bien se mira, nos saca airoso de nuestro empeño.

Pero no, tenemos más flechas en nuestra aljaba. ¿Se quieren analogías más individuales, ó por lo menos, más minuciosas entre masones y maniqueos? Por lo pronto se encarga de desempeñarnos el P. Barruel con aquella copia y aquel tino que le distinguen entre mil.

Fíjese la atención en el cuadro magnífico en que con breves y vigorosos rasgos encierra todo el conjunto de la masonería antigua y moderna.

“He estudiado sus dogmas (de los maniqueos), estoy bien enterado de lo que profesaba cada una de sus ramas, y he visto el monstruoso grupo de todos los *Jehovás* de las logias masónicas. En sus dos principios se encuentran los dos dioses de la *cábala* y de los masones *martinistas*. A pesar de la diversidad de sus opiniones convienen en la confederación de los

masones eclécticos contra el Dios del Cristianismo, y en sus mismos principios se halla la explicación de sus más infames misterios y de los que eran propios de los templarios. Suponer la carne criada por el demonio, para tener derecho de prostituirla. Todo está relacionado desde los cátaros á los albigenses, á los caballeros del Temple, y desde estos á los masones modernos: todo manifiesta un padre común de todos ellos. Esta uniformidad se muestra mucho más todavía en esa igualdad y libertad desorganizadoras, que ni reconocen la obediencia á las *potestades espirituales ni á las temporales*. Este fué carácter distintivo de los albigenses, que los denunciaba á la pública magistratura como infractores de las leyes dadas contra la secta."

Para que ni en el capítulo de crueidades fallase el paralelo, apunta algo, tomándolo del Concilio Literanense, 1179, de los "horrores que los maniqueos cometían contra los cristianos, sin respetar Iglesias ni monasterios, sin perdonar á viudas, huérfanos, ancianos ó niños, ni á edad ó sexo, atropellándolo y asolándolo todo á manera de paganos." Cuando al fin, observa diestramente Barroel, la fuerza pública llegó á triunfar de estos feroces sectarios, volvieron estos á retirarse á las cavernas de sus logias, reduciéndose á la clase de juntas secretas. En seguida; para acreditar y apoyar sólidamente sus próximas afirmaciones en la base de una múltiple e incontestable autoridad, se pone á enumerar las fuentes de sus noticias. Además de San Agustín, San Epifanio y de los Concilios de la época, cita á Glaber, testigo de la aparición de los maniqueos en Orleans, 1017: á Reinier, adepto de la secta por espacio de diecisiete años, y después sacerdote católico y religioso dominico; á Philichdorf, Ebrardo y Hermangardo, que vivieron con los sectarios; á San Antonino, Baronio, Fleury, Colliers y hasta á los Centuriadores Magdeburgenses; que son, con pequeña di-

ferencia, las mismas fuentes en qué había bebido Bossuet, y el arsenal donde se proveyó de armas invencibles para su gloriosa campaña abierta contra los protestantes. Como limitada su labor por el objeto particular de esta lucha, no es de extrañar que desdeñase materiales innecesarios para su designio, que más tarde vino á aprovechar sabiamente el P. Barruel. Téngase entendido sin embargo que no repetiremos los puntos de comparación ó analogía entre maniqueos y masones, que suministrados por el grande Obispo ya tocamos más arriba.

Volviendo pues á nuestro insigne maestro, después de haberse parapetado bien tras la firmeza irrefutable de las autoridades referidas, entra con decisión en la extensa y detallada demostración de su tesis, abriendose paso con estas valientes frases:

“Condorcet careció de valor para decir: *el primer francmason fué un esclavo*. Pero hizo asomar al esclavo Cúrbico, más generalmente conocido con el nombre de Manes, en la persona de los sectarios del Mediodía y de los templarios: luego nos presentó á los masones por hermanos y herederos de aquellos sectarios y aquellos caballeros; lo cual es más que bastante para adjudicar á todos un mismo padre.

“Sin embargo no insistamos en esta prueba. Si los misterios de la masonería ascienden hasta Manes, si este es el verdadero padre y fundador de sus logias, se hará patente por sus dogmas, y luego por la semejanza y la conformidad de sus secretos y símbolos.” Atienda el lector á este cotejo.

“Por lo que respecta á los dogmas, hasta la aparición de los masones eclécticos, es decir, hasta el momento en que los impíos del siglo XVIII confundieron con los misterios de las logias todos los misterios de su deísmo ó ateísmo, no se encontrará en el verdadero código masónico otro Dios ú otro Jehová que el de Manes, ó el *Sér universal* distribuido en dios

bueno y dios malo: este es el dios del mañón cabalista, el de los antiguos *rosa-eruces* y el del mañón martinista, que al parecer no ha hecho más que copiar á Manes y á los adeptos albigenses. Si algo hay que deba sorprendernos, es que en un siglo en que los dioses de la superstición debían ceder su lugar á los dioses de los sofistas, con todo se haya sostenido el de Manes en tantas ramificaciones de la masonería.

“2. En todos tiempos las locuras de la cábala y la magia, fundadas en la distinción de esos dos dioses, han figurado en las logias masónicas: Manes hacia también magos á sus elegidos ó escogidos [1].

“3. De Manes en especial deriva esa fraternidad *religiosa*, que para los modernos adeptos se resuelve en la indiferencia de todas las religiones. Este heresiárca quiso ganarse á los hombres de todas las sectas: á todas les inculcaba que todas se ordenaban al mismo fin, y á todas las acogía con igual afecto [2].

“4. Lo que sobre todo importa comparar entre el código de Manes y el de los recientes masones, son los principios de igualdad y libertad desorganizadoras. Para impedir que hubiesese príncipes y reyes, superiores y súbditos, decía el heresiárca á sus secuaces, que las leyes y magistraturas son obra del principio malo [3].

“5. Para evitar que hubiese pobres y ricos, decía que todo es de todos, y que nadie tiene derecho de apropiarse un campo, una casa ó dinero [4].

“Este artículo debía ser modificado tanto en las logias como

(1) *Magorum quoque dogmata Manes novit et in ipsis voluntatur.*—Centur. Magd. ex Aug.

(2) Vid. Baron. in Manet.

(3) “*Magistratus et politias damnabant, ut quae á Deo malo conditae et constitutae sunt.*” (Centur. Magd. t. 2. in Manet).

(4) “*Nec domos, nec agros, nec pecuniam ullam possidendum.*” (Ibid. ex Aug. et Epiph.).

entre los discípulos de Manes. Su fin no era otro que la abolición de las leyes y de todo cristianismo, la igualdad y la libertad por conducto de la superstición y del fanatismo: nuestros modernos sofistas debían dar á sus sistemas un nuevo giro, el de su impiedad. El altar y el trono habían de ser igualmente sus víctimas: la igualdad y la libertad contra los reyes y contra Dios son siempre, tanto para los sofistas como para Manes, el postre término de sus misterios.

“6. La misma conformidad se observa en las graduaciones. Manes tenía sus creyentes, elegidos y perfectos, además de otros grados. Aquellos tres corresponden á los de aprendiz, compañero y maestro perfecto.

“7. El mismo número y casi identidad de signos. Los masones tienen tres, el del *signo*, del *tacto* y de la *palabra*. Los maniqueos tenían también tres, á saber: el de la palabra, el del tacto y el del seno [1]: este último era de una indecencia tal, que debieron suprimirlo; pero se conservó entre los templarios. Los otros dos han continuado usándose en las logias. El mason que desea saber si *habeis visto la luz*, principia por alargar la mano, para observar si la tocáis como hermano: esto mismo precisamente hacían los maniqueos á fin de reconocerse y felicitarse por haber visto la luz [2].

“8. Si en la actualidad penetrámos en el interior de una logia, donde quiera vemos imágenes del sol, de la luna y las estrellas. Todo esto no es más que el símbolo de Manes y de su dios bueno, que hacía derivar del sol, y de sus espíritus que suponía estar distribuidos en las estrellas. Si el iniciando no entra en la logia sino con una venda en los ojos, es para sig-

(1) *Signa oris, manuum et sinus* [Ibid. ex Aug.].

(2) *Manichæorum alter alteri obviam factus, dexteras dant sibi ipsis signi causa, velut a tenebris servati*” Ibid, ex Epiph.

nificar que todavía se halla bajo el imperio de las tinieblas, de las cuales Manes hacía emanar su dios malo.

“9. No sé si hay aun masones bastante instruidos con respecto á su genealogía, para saber el verdadero origen de sus decoraciones y de la fábula en que se funda la explicación de sus últimos grados; pero en esto justamente se revela su descendencia de Manes. En el grado de maestro todo indica dolor y tristeza: la logia está cubierta de colgaduras negras; en el centro se alza un catafalco sobre cinco gradas, cubierto con un paño mortuorio, y al rededor están los hermanos en profundo silencio, cual si llorasen la muerte de aquel cuyos restos se suponen encerrados en el féretro. La historia de aquel hombre representa primeramente la de Adonhiram y luego la de Molay, cuya muerte es preciso vengar matando á los tiranos. La alegoría es amenazadora para los reyes; pero es demasiado antigua, para no referirse á una época anterior al trágico fin del gran maestre de los templarios.

“Esta decoración tenía uso en los antiguos misterios de los hijos de Manes: á esta ceremonia le daban precisamente el nombre de *Bema*. Reuníanse también en torno de un catafalco sostenido por igual número de gradas y cubierto de decoraciones análogas á la ceremonia, y entonces tributaban grandes honores al hombre encerrado en aquel féretro; pero estos honores se tributaban á Manes, su muerte era la que se honraba. Justamente hacían coincidir esta fiesta con la época del año en que los cristianos honran la muerte ó la resurrección de Jesucristo [1].

“Esta es otra de las reconvenciones que con frecuencia les hacían los cristianos, y la misma que hoy dirigen á los maso-

(1) “Plerumque Pascha nullum celebrant..... sed Pascha suum, id est, diem quo *Manichæus* occisus, quinque gradibus instructo tribunali, et pretiosissimis linteis adornato, ac in promptu posito et objecto adorantibus, magnis honoribus prosequuntur [Aug. cont. epist. *Manich.*].

nes *rosa-cruces* sobre la práctica de renovar sus fúnebres ceremonias en la misma época [1].

“10. En las farsas masónicas, todo el sentido de la ceremonia se contiene en las palabras misteriosas, *Mac Benac*. Su interpretación literal según los masones es esta: *la carne se separa de los huesos*. Esta interpretación es en sí misma un misterio, que se explica muy naturalmente por el suplicio en que perdió la vida Manes, desollado vivo *con puntas de caña* por el rey de Persia, á quien había prometido sanarle el hijo enfermo por medio de prodigios, y no lo logró. Muerto el joven príncipe, huyó Manes; pero fué cogido y pereció en aquel suplicio. He aquí la rigurosa interpretación de *Mac Benac*, *la carne se separa de los huesos* [2].

“11. Las cañas mismas que figuran en esta ceremonia apoyan esta comparación. Parece cosa extraña ver á los *rosa-cruces* principiar sus ceremonias con sentarse triste y silenciosamente en el suelo y levantarse luego llevando sendas y largas cañas en la mano (3). Todo esto se aclara, al recordar que esa misma postura guardaban los maniqueos, aparentando sentarse ó mejor recostarse sobre cañizos, para conmemorar el género de muerte que padeció su maestro (4): de aquí que los llamaran *Matarri*.

“En el proselitismo de los masones se descubre el espíritu propagandista de Manes. Este expidió á Addas, Herman y Tomás á implantar sus misterios, uno en Judea, otro en Egipto

(1) Lefranc, grado de rosa-cruz.

(2) Si se dijere que en este grado todo parece estribar en la fábula de Adonhiram y el templo de Salomón, responderemos que sí, cuanto á las palabras; pero que cuanto á los hechos, nada hay en la historia de Salomón ó del templo relativo á esta muerte de Adonhiram. Todo es alegórico, y la alegoría se aplica exclusivamente á Manes. El *Mac Benac* es inaplicable á los caballeros del Temple. Es ceremonia además muy anterior á ellos; por consiguiente pudieron acomodar la fábula á su propósito, dejando las cosas y la palabra esencial, *Mac Benac*, que de lleno se refiere á Manes.

(3) Vid. Lefranc, grado de rosa-cruz.

(4) Cent. Magd., Baronio, etc.

y otro en Oriente, mientras él quedó disundiéndolos en Persia y Mesopotamia. Luego tuvo doce apóstoles, que ascendieron al número de veintidos, según algunos historiadores. En muy corto tiempo vió sus adeptos propagados, como hoy los masones, por toda la tierra [1].

“Para concluir, todos los últimos grados de la masonería están fundados en el *Bema* de los hijos de Manes. Este era á quien se debía vengar de los reyes que le habían hecho desollar, de esos reyes que por otra parte, según su doctrina, habían sido hechura del *Genio malo*: todos sus esfuerzos se encaminaban á cimentar su doctrina sobre las ruinas del cristianismo. Los templarios, instruidos por los prosélitos diseminados en Egipto y Palestina, á Manes sustituyeron su gran maestre Molay como motivo de su venganza; pero en el espíritu de los misterios y de la alegoría no hubo alteración: Siempre perseveró el mismo anhelo de acabar con el cristianismo y con los reyes; con el altar y el trono, para establecer la *igualdad* y la *libertad* del género humano.

“Por humillante que sea proceder de un esclavo desollado vivo por sus imposturas, preciso se hace confesar que es el único camino posible para llegar hasta el principio de los misterios de la masonería. Sus modernos secretos se fundan todos en la idea de vengar á un hombre sobre esa palabra ó doctrina que se les ha de revelar en el grado tercero, que sólo es una evidente reproducción del *Bema* de los *elegidos* de Manes: el célebre *Mac Benac* no se explica satisfactoriamente sino por el género de suplicio dado á Manes, y de esta suerte todo se va gradualmente remontando hasta ese esclavo de *la viuda del Escita* (2). Bien puede desasistirse á los masones, á que encuen-

[1] Cent. Magd. ex Epiph.

(2) Esta circunstancia no explica también una costumbre de los masones? Cuando se ven en algún peligro y creen poder ser oídos de alguno de sus hermanos, para darse á conocer é invocar su socorro, levantan las

tren nada parecido al grado de *Mac Benac*, ni antes ni después del *Bema* de los maniqueos, como no sea ese mismo *Bema*. Hasta él, por consiguiente, fuerza es subir para hallar el origen de los misterios masónicos."

Hasta aquí el P. Barruel.

Hemos transcritto este largo pasaje con íntima complacencia; y le hemos transcritto de arriba abajo, en vez de compendiarlo, parte por temor de deslucirlo, parte porque tan preciso es en los términos, á pesar de su extensión, que un resumen exacto es imposible: mucho más, que la fría disección de los miembros ó puntos de la comparación entre maniqueos y masones, apagaría los colores y la vida que comunicaron al cuadro la perfecta posesión de la idea y el amor del asunto. El P. Barruel vivió en los días de la revolución francesa, comprendió toda su transcendencia y sintió como todos los buenos traspasado su corazón á la vista de aquellas espantosas tragedias y general cataclismo: dotado de vivaz inteligencia, de voluntad activa y robusta y de ánimo fogoso, en una época en que la pluma era la única arma libre para el ejercicio del celo apostólico, se puso á indagar las causas de los acontecimientos extraordinarios de su patria, y dando con la principal de las inmediatas, la masonería, con toda la pasión de su alma generosa se entregó al estudio de ella para salud de la humana sociedad, ahondando de tal suerte en el conocimiento de la secta nefaria, que en el campo de sus labores á penas dejó espiga por recojer, y cuantos obreros le han sucedido en la misma tarea, se han confesado tributarios de su talento y espíritu investigador. Le volveremos á encontrar, cuando en su lu-

manos sobre la cabeza, gritando: *¡A mí los hijos de la viuda!* Manes fué adoptado por aquella viuda del Escota y heredó las riquezas que ella poseía por parte de su marido. Luego este grito, *¡A mí los hijos de la viuda*, designa naturalmente á los hijos de Manes.

gar correspondiente convirtamos nuestra atención al iluminismo alemán, acerca del cual tanto descubrió, recopiló y profundizó, que á penas se ha podido añadir una línea á sus escritos, y hoy después de un siglo de trabajos históricos, el P. Barruel es el único autor de texto sobre la materia.

Este es el hombre y este el escritor, que consagró todos los afanes de su vida y todos los recursos de su activa y poderosa inteligencia al estudio de la secta anticristiana y antisocial. El fátno que menosprecie sus narraciones ó sus fallos, ó no le conoce, ó carece de simérésis, ó está dejado de la mano de Dios.

Completemos nuestra analogía, que muy poco falta.

De D. Benoit son tomados los esclarecimientos y semejanzas siguientes:

1. Acerca de los dos principios, uno bueno y otro malo.— Desde el primer grado están representados en la logia por las dos columnas *Booz* y *Jakin*.

2. De la adoración del *sol*.—El Rosa-Cruz Renan declara que “el culto del sol es el único razonable.” En la logia el puesto más digno es el *oriente*.

3. Arte de reclutar.—“Me decían, refiere S. Agustín, que en la Iglesia los fieles son esclavos de la *superstición* y que la fe es imperada con prioridad á la razón, mientras que ellos no obligan á nadie á creer, sino después de haberle convencido por medio de la discusión (1).” ¿No es este el racionalismo masónico expresado en sus propios términos?

4. Los maniqueos exponían sus doctrinas con fórmulas de doble sentido; uno honesto y ortodoxo para los profanos, y otro impío é infame para los iniciados: ya lo nota Bossuet. Así

(1) *Ad Honor De utilitate credendi.*

entre los masones el vocablo de *libertad* á los profanos suena exención de toda sujeción injusta, y para los iniciados significa la sublevación contra toda ley ó regla, por justa que sea, que humilla ó mortifica á la naturaleza, y el *derecho de insurrección*. Y así de otros puntos.

5. Los maniqueos se preciaban de verdaderos *cristianos* y á los católicos despectivamente los apodaban *romanos*. Así los masones nos regalan el mote de *cléricales* y ellos se venden por los únicos seguidores del *cristianismo primitivo*.

6. "Manes, atestigua Baronio, imitó casi todo lo de la Iglesia: bautismo, misa y comunión, jerarquía. Farsa igual en la masonería.

7. "Los *poplicanos* ó *publicanos* maniqueos decían que las mujeres eran comunes; que lo mismo daba el comercio carnal con la hermana ó con la madre, que con cualquiera otra mujer; que no podía haber pecado del ombligo para abajo, y que por *caridad*, así se expresaban, . . . todo género de abominaciones eran lícitas (1). Entre los masones comunismo perfecto, *emancipación* de la mujer, *rehabilitación* de la carne, etc.

8. *Signo del seno* (*signum sinus.*)—En las logias el iniciando pega la boca á la letra *G*, *emblema de generación* . . . *La cabra de Salomón* Mopsos y mopsas, etc. A su tiempo con el lenguaje más honesto ó decente que sea posible, y solamente obligados por la precisión y el compromiso de retratar á la secta tal cual es, hablaremos de esas porquerías, que han reemplazado en la masonería moderna el *signum sinus* de los maniqueos y templarios.

Y con todo lo que nos han enseñado Bossuet y el P. Barruel, amén de los apuntes de D. Benoit, basta ya de analogías. Hora es ya de finalizar con la conclusión victoriosa de tan detenido

(1) Petrus Vallis Cernai.

examen, y para que más de bulto resalte, vamos á formar el cuadro clasificado y ordenado de tantas semejanzas, conveniencias é identidades descubiertas entre los masones de antes y los maniqueos de ahora.

Esos cuadros sinópticos, valga por vía de digresión, están en moda, y no nos desplacen, con tal que no se extreme el uso, y se acomoden á materias proporcionadas y en sus lugares oportunos. ¿Enseñar filosofía ó cualquier otra ciencia de las llamadas racionales por cuadros y casillas, como vistas de una ciencia á ojo de pájaro? Halago de la pereza, superficialidad del maestro, ilusión del discípulo, ciencia de papagayo. Los antiguos con pocas ideas iluminaban vastos espacios con la claridad del sol: esos otros, como enseñan por panoramas, con una lámparita se contentan para alumbrarlos. Ni hubo jamás quien quisiera aprendiese historia por medio de cuadros sincrónicos, que sirven fructuosamente para asociar ideas y refrescar la memoria al que antes supo. Por lo demás cierto, que en no abusando del análisis á fuerza de divisiones y subdivisiones que conviertan un libro en una serie de tablas frías y descarnadas, aprovecha á maravilla esa industria del método para dar lucidez y vigor á un argumento; á cuyo fin vamos nosotros á emplearla.

ANALOGÍAS É IDENTIDADES
ENTRE MASONES Y MANIQUEOS.

1. *Texto escriturístico.*—*Misterio de iniquidad*—desde S. Bernardo hasta el Ilmo. Sr. Gay, óptimamente aplicado á la secta anticristiana y antisocial.

2. *Doctrinas especulativas.*

a. Dos principios de las cosas, uno bueno y otro malo; luz y tinieblas.

b. Panteísmo. Sér ó substancia universal, actuada en los dos principios opuestos.

c. Racionalismo. A la fe ha de preceder la discusión.

- d. Naturalismo. La naturaleza es Dios: adoración del sol.
- e. Negación de Cristo. Cristo no es Dios: no hay redención: horror al signo de la cruz.
- f. Indiferencia religiosa. Todas las comuniones y todas las ideas caben en la secta.
- g. Libertad. Toda potestad y toda ley procede del principio malo: derecho de insurrección.
- h. Igualdad. De derecho no hay ricos ni pobres: en derecho la propiedad es un robo: todo es común.
- i. Fraternidad puramente *natural*, se entiende: en virtud de los principios anteriores: aplicada por los maniqueos hasta las últimas abominaciones; pregonada por los masones en todos los tonos.
- j. La carne es hechura del principio malo: la carne no es el *yo*.

3. *Doctrinas prácticas.*

- a. Ilícita la prostitución de la carne. Ilícito el matrimonio, ilícita la generación: lícita cualquier torpeza, con cualquier sexo, cualesquiera que sean los lazos naturales: emancipación de la mujer: comunidad de mujeres: rehabilitación de la carne.

b. Magia.

c. Bautismo, Eucaristía y sacerdocio.

d. Socialismo y comunismo.

4. *Organización.*

a. Un Papa ó un Patriarca.

b. Jerarquía completa.

c. Diversidad de muchos grados.

- d. Unidad. Reto de Bossuet á los protestantes respecto de los maniqueos: sentencia de León XIII respecto de los masones: *varias sectas . . . la masonería á modo de centro, de donde salen y á donde vuelven á entrar todas.*

5. *Símbolos.*

Luz, tinieblas, sol, luna, estrellas: vendar los ojos al iniciando.

6. *Signos.*

Palabra, tacto, *signum sinus*.

7. *Notas características.*

El Bema; Mac Benac, las cañas de los rosa-cruces.

8. Lenguaje.

Luz, tinieblas; apodo de los maniqueos á los católicos, *romanos*; de los masones, *cléricales* y otros; otros moteos á Roma y al Papa.

9. Proselitismo organizado y seducción.

10. Procedimientos:

Hipocresía: mentira: ficción: disimulo: perjurio: fórmulas de doble sentido para exponer las doctrinas: secreto: dificultad para abandonar la secta: empleo de la fuerza, y cuando esta falta, recurso á la conjuración secreta.

11. Orígenes.

Origen oriental: lo reconocen los mismos doctores masónicos más enemigos del sistema que atribuye antigüedad á la secta, entre ellos el primer autor canónico de la misma, h.º Ragón, certificándose así el nacimiento de los padres con el testimonio de los nietos.

12. Carácter general.

Secta anticristiana y antisocial, conforme á las doctrinas y á la historia de maniqueos y masones.

13. Distintivo especial.

Se cifra en la singular y marcada relación de la existencia perseverante y uniforme del maniqueísmo testificada por la historia con la naturaleza y fines trascendentales de la masonería puestos en evidencia por León XIII. Los Santos Padres, como nos asegura Bossuet en el lugar citado, leen, ven y advierten en la 1^a carta de San Pablo á Timoteo, al capítulo 1, la formal profecía del maniqueísmo: San Bernardo invitado, provocado y comprometido en calidad de primer doctor de su tiempo, á combatir, y lo hizo, á esta secta en los días de su mayor dilatación y auge en el Occidente, la señala á grandes voces como el *misterio de iniquidad* anunciado por el mismo Apóstol. Bossuet á su turno la considera como aquella soltura y *desencadenamiento de Satanás* fijado en el Apocalipsis á los mil años después de la venida de Jesucristo: el mismo Bossuet

asienta perentoriamente la completa identidad de la secta propagada por el Occidente en los siglos XI y XII con la secta engendrada ó divulgada por Manes en persona á fines del siglo III; y á mayor abundamiento reta á todos los protestantes del mundo, á probarle que á fines del siglo XII existiese ninguna secta en Europa, que no fuese el maniqueismo mismo ó una ramificación de él.

Una secta, que al decir, no de algún intérprete más ó menos caracterizado, sino de los Santos Padres, merece distinguida predicción del Espíritu Santo; una secta calificada unánimemente por S. Bernardo y Bossuet en los términos solemnes que acaba de verse, y esto en candente polémica con los enemigos, donde á cualquiera de los dos habría costado caro á su prestigio el más leve desliz ó renuncio; una secta que firme é inmutable traspasa los siglos, y no contenta con haber sojuzgado el Oriente, viene con osadía á invadir el Occidente en los tiempos de más exaltación religiosa y á presentar campal batalla en sus propios dominios á la Iglesia católica y á la Silla de Pedro en los días del más robusto y encumbrado poderío de esta; que vencida y destrozada por el brazo de Dios en esta lucha sangrienta, en que había echado el resto de su fuerza y de sus bríos, con todo no se ve morir, si bien desaparece, ni en ninguna parte se encuentra su partida de defunción, antes al contrario se la siente latir en el organismo social y da fe de vida con periódicas llamaradas y explosiones salidas como de un fuego ó cráter oculto; secta de tal calidad que en nada se parece á ninguna de todas las otras vulgares y pasajeras, las cuales después de haber producido algún estrépito y parciales conmociones, á poco fueron debilitándose y acabaron por agotamiento de fuerzas; esa secta ¿no es providencial? ¿no está destinada á la realización de superiores designios? á no dudarlo. Pero ¿cuáles son esos designios?

Desde el siglo XIV para adelante, de generación en generación, algo hubieron de presentir los pensadores cristianos y algunos temores debieron de perturbar á los hombres de fe, cuando el grito de reforma, á modo de conjuro diabólico, evocó de las sombras y arrojó sobre el mundo una plaga de sofistas, novadores y libertinos; y Socino funda escuela y secta que se perpetúa, para demoler un templo y levantar otro nuevo; y viene Jansenio con su camada de hipócritas á seducir almas y á enseñar á destruir el templo antiguo con arte; y entre protestantes, deistas y jansenistas que á porfia trabajan por todos lados en la obra de destrucción, todo parece anunciar á la infeliz Europa un nuevo orden de cosas, algún fenómeno imprevisto; tal vez nuevas luchas y mayores desventuras. En esto, cuando se cree llegada la hora oportuna y al parecer todo está preparado, salta á la escena del mundo y muéstrase á la luz del sol, soltados ya inútiles disfraces, siera, terrible y amenazadora otra secta. Los hombres observadores y reflexivos desde luego aseguran haberla adivinado en agrupaciones, escuelas y sociedades de no lejana fecha; pero los de vista más penetrante y más feliz memoria recuerdan perfectamente haber contemplado su imagen en los cuadros históricos de pasados siglos; en la fisonomía de ella, en su lenguaje, procederes, costumbres, misterios, propósitos y tendencias reconocen con toda claridad á la secta de Manes reaparecida, y sin la menor vacilación le aplican lo del *misterio de iniquidad*, lo del *desencadenamiento de Satán*, los anuncios del Anticristo con todos los caracteres que le han de distinguir, con los antecedentes y circunstancias que le han de acompañar, confundiéndolo así en una sola la secta antigua y la secta moderna, y dando ya por descubiertos aquellos designios de la providencia de Dios, ante quien los siglos son cortos plazos que se toma para el desarrollo de sus planes sapientísimos en orden á su gloria

y á la salud de los hombres, y en cumplimiento de su palabra.

No son varias sectas dispersas y desatadas en el espacio del tiempo, sin conexión ni parentesco de unas con otras, sino una sola secta desde Manes hasta el actual patriarca invisible de la masonería moderna, una sola secta enemiga de Jesucristo; como única es la Iglesia, esposa del mismo, con una Cabeza visible, el Papa; para que logren realidad efectiva las palabras de San Agustín, con que puso magnífico encabezamiento á su Encíclica-*Humanum genus*-el esclarecido León XIII: *Dos amores contrarios fundaron dos ciudades enemigas: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios la terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo la celestial.*

Este argumento, valga lo que valiere, es de nuestra propia cosecha: bien ó mal forjado y esgrimido por nuestra impericia á nosotros nos parece invencible, no hay por qué decir. A otros ha de parecer sueño de calenturiento, idealismo estrafalario. Mas nosotros descansamos en terreno firme: hemos partido de datos y hechos precisos y determinados, que hemos ido anotando en todo el curso de la obra; hemos procurado dar razón filosófica á la aglomeración de aquellos con las consideraciones que naturalmente se desprendían de su estudio: hasta aquí se podrá tachar la falta, pero no cabe la ilusión, sino es al modo general que todos la padecemos cuando erramos. Luego nuestro gran pecado y nuestro idealismo ¿consistirá únicamente en haber acercado la luz de las Escrituras, y esto con gran parsimonia, á la luz de la historia, y tratándose de objetos tan trascendentales para la humanidad, en haber acudido á la providencia cristiana para llegar á la más elevada filosofía de la historia? Tengan entendido esos críticos, que la historia no es un sistema, no se hace; ni son capaces de leerla los miopes; ni el cristianismo es para un filósofo cristiano un mueble

de lujo ó una ropa de gala para lucirla sólo en ciertas fiestas más sonadas.

Ahora, resumiendo, á ese distintivo especial ó relación íntima que acabamos de ponderar, juntemos el imponente grupo de analogías ó identidades evidentemente descubiertas entre el maniqueísmo y la masonería, y dígasenos con la mano sobre el pecho, si no resulta del cotejo una igualdad é identidad completa. Doctrinas especulativas y doctrinas prácticas con numerosos puntos de admirable concordancia, organización, símbolos, signos, notas características, lenguaje, proselitismo seductor, procedimientos, noticias de orígenes, carácter general y constante; desde lo más fundamental que constituye una secta, tanto en el orden social, como en el religioso, hasta los más triviales lineamientos que la dibujan, cual su lenguaje y signos de reconocimiento; desde lo más exterior, visible y vulgarizado, como son el primer grado de oyentes, ciertos principios de creencia más sabidos y algunos procedimientos, hasta lo más íntimo y recatado, como son los misterios de la magia, ciertas máximas perversas de conducta y reglas infames de costumbres; desde lo que podría estimarse común en todas las sectas, cierto proselitismo por ejemplo y alguna ley de secreto, hasta lo más singular, propio, connotativo y característico, á saber, el horror á la cruz, los símbolos de luz y tinieblas, el *bema*, el *Mac Benac* con las cañas de los rosa-cruces; todo es uno en ambas sectas, en todo se asemejan ó coinciden con maravillosa armonía, en todo se reproducen y retratan una á otra, sin que sea posible no ver en la una la imagen de la otra; todo finalmente publica en alta voz, que el maniqueísmo fué la masonería de entonces, así como la masonería es el maniqueísmo de hoy. Luego... ¿á qué tener por más tiempo suspenso el ánimo del lector? luego el maniqueísmo fué verdadera y posi-

tiva masonería; ó en otras palabras, cierto es, y bien fundado, é incuestionable el origen maniqueo de la masonería, en la misma forma que concluimos el origen templario de la misma. Y con esto saldo mi deuda.

Luego, sigo insriendo para mayor satisfacción de impertinentes, no es una opinión tan nueva, ni una idea tan estrambótica, ni un propósito tan risible, el de buscar masones entre los primitivos adeptos del esclavo Cúrbico y retrotraer hasta allá los principios de la maléfica hermandad. Porque es de saber, y ya de cuenta sin malicia, que algunos hombres ilustrados, no en historia, se escandalizan grandemente ¿Qué, se escandalizan? hacen burla de esa antigüedad fabulosa y quimérica, y entre chanzas y veras hasta compadecen al desdichado mortal que dió en tales fantasías. Ellos, inclinándose ante el prestigio de ciertos nombres respetables, como el del P. Bresciani y otros, no se mofarían tan licenciosamente de un origen albigense, esto es, llevado hasta el siglo XIV ó XIII á lo más; pero retrogradar al siglo III, cuando Manes empezó á dar que hablar á las gentes y á trastornar el mundo, ¡qué temeridad! y ¡qué candor! Mas ya vieron nuestros avisados lectores, con qué desparpajo asienta Bossuet la perfecta identidad de maniqueos antiguos con nuevos, álias albigenenses, con qué abundancia de testimonios y paralelos la sostiene contra los protestantes, como si en su vida hubiera sabido otra cosa él, que sabía tanto. Así nos toca la vez de exclamar: ¡Qué buenos informes! ¡qué ilustración! hasta el extremo de ignorar ó de haber olvidado, en fuerza d' saber, la *Historia de las variaciones*, ahí es nada, una de las obras más clásicas debida á uno de los primeros genios de la edad moderna. Sea por Dios: que semejantes á esa en gran parte son, no digo objeciones, sino las cuchufletas que contra los orígenes más distantes de la masonería disparan algunos autores, y para muestra hemos dado este botón.

Mas ya nos tocan á rebato, y quiera Dios que de esta hecha no se hunda todo el castillo de nuestras hipótesis, teorías y sistemas de orígenes antiguos, según son de aviesas las intenciones de nuestros adversarios. Los cuales, es decir, los modernistas ¿quiénes habían de ser? cierran el paso á nuestras conclusiones con una dificultad seria, que por lo mismo hemos de presentar con toda su fuerza, examinarla muy detenidamente y no parar hasta dejarla pulverizada, so pena de perder todo nuestro trabajo y de hacer á los ojos de nuestros lectores el papel más desdichado.

Dicen, pues, los tales, ó pudieron decir, lo siguiente: Enhorabuena que existan todas estas analogías y coincidencias entre maniqueos y masones, que son innegables.—¡Alto aquí! antes de pasar más adelante. Si todos estos puntos ó términos de comparación que hemos expuesto á la larga, resumido, vuelto á resumir y probado hasta la evidencia, son los que constituyen la naturaleza propia, la organización y la acción ó funcionamiento de la masonería, que toda entera se contiene en ellos, claro está que estos mismos términos ó cosas en que se basa la comparación, hallados, como se han hallado, en el maniqueísmo, unifícan á éste con la masonería, de tal suerte que aquél maniqueísmo es esta masonería, ó viceversa; que es lo que acabamos de demostrar. Quede esto fijo y clavado, y admitido por concordia de ambas partes, porque no hay más remedio.

Bueno, replican nuestros opositores; pero de esta analogía reconocida y confesada, no se sigue la filiación histórica de la masonería respecto del maniqueísmo.—Aquí entra lo riguroso de la dificultad: este es el caballo de batalla de nuestros adversarios, la gran negación en que se encastillan para inutilizar todas nuestras investigaciones, para desvirtuar y entregar

al escarnio todas nuestras versiones y sistemas. Veamos, como hacen bueno su dicho temerario.

En efecto, continúan: sabido es por noticias del h.: Favre que Askmol pasa por autor de los rituales adoptados en 1717 por la gran logia de Londres; conocidas son las aficiones arqueológicas de Jorge Payne, uno de los tres cofundadores de la sociedad dada solemnemente á luz en 1723. Siendo así ¿no pudo el anticuario Askmol ó otro erudito extravagante, por amor á sus estudios favoritos; no pudo el arqueólogo Payne por igual móvil, desempolvar libros y mamotretos viejos y desenterrar memorias del paganismo ó de la Edad media, para introducir en la cofradía ese elemento de antigüedad? Merced á este inocente ardid se imprimía un sello venerable á la flamante creación; se picaba la curiosidad de los neófitos con el cebo de lo raro y extraordinario, se daba ostentoso aparato á los actos y sesiones con la representación de farsas y misterios desconocidos, y lo que importaba más todavía, bajo el ropaje de bien estudiadas alegorías se recataban las doctrinas más sospechosas y alarmantes. Si lo pudieron, ni dudar que lo ejecutaron, pues era lo conveniente.

Hasta aquí ellos, que se guardarán muy bien de presentar ningún sostén ó apoyo de sus dichos en hechos positivos, porque no existen. Que *pudo* Askmol; que *pudo* Payne, ó cualquier otro. Vagamos en la región de las hipótesis puras ó desvirtuadas de todo antecedente ó fundamento en la realidad, que es decir, en el país de las fantasías: allí todo cabe, hasta lo más inverosímil.

Que era lo conveniente por las razones apuntadas. Ni los hombres eligen siempre lo conveniente, porque se les oculta, ó porque á sus ojos unas conveniencias se contrabalancean con otras opuestas, ni aquellas son razones valederas ó de algún

momento ante la siguiente consideración. ¿Con que de buenas á primeras una sociedad recién nacida, y no buena, y de tendencias menos buenas aún, y por su carácter de secreta, llamada á suscitar murmullos y recelos, había de hacer su presentación en el mundo con el sambenito sobre sus hombros de una ascendencia tan asfrentosa, y con la recomendación de doctrinas, prácticas, costumbres y máximas tan vituperables y repulsivas, como las de los maniqueos? La conveniencia estaba en entrar abominando y renegando siquiera singidamente de todo aquello, para encubrir manchas de origen, ganar honra y alejar sospechas; en vez de anunciararse con descaros de inmoralidad, amenazas de procedimientos subterráneos y perspectivas de trastornos y novedades peligrosas.

Por consiguiente ni Askmol, ni Payne, ni masón alguno *pudo* en su sano juicio tener la desgraciadísima ocurrencia de adaptar á su pretendido engendro la substancia y las formas maniqueas, ni por capricho, ni por interés de las ventajas referidas; cuando contra ellas prevalecía el sumo inconveniente de desenmascarar por sus propias manos á la sociedad desde el primer día, de imposibilitar ó dificultar sus primeros pasos, de tiznarla y deshonrarla para siempre con la nota infamante, sea de su origen en suposición ficticio, sea de imitación de un ejemplar vergonzoso, sea de la adopción de un sistema no menos reprochable. Justamente el hito y el tesón constante de la masonería ha sido lo diametralmente opuesto, á saber, encubrir, disimular, velar, negar ó atenuar al menos todo lo qué podía producir impresión desfavorable; torcer y tergiversar el sentido de las cosas; ostentar bandera de moralidad, de virtud, de pura filantropía; hacer pasar, como lo hacía Bacón con otros filósofos de la misma estofa, bajo apariencias de aficiones y formas literarias y científicas, ideas racionalistas, teorías dañinas y planes subversivos. Farándula y redomada hipocresía

fueron aquellas fábulas alegóricas del Verulamio reputado por brillante antorcha de cierta filosofía, si bien en lo justo y razonable de su sistema no le corresponde el honor de la primacía; pero aquella farsa fué imitada por la trinidad fundadora de 1717; fielmente sostenida por las generaciones masónicas de casi dos siglos; y hoy es, á pesar de haber venido abajo los bastidores teatrales y haber sido rasgadas las caretas, cuando los masones mil veces sorprendidos en flagrante delito de falsia, otras tantas convencidos de embusteros é impostores, prosiguen imperturbables con la misma cara de baqueta representando iguales comedias de estudio de la ciencia, de amor á la filosofía, de celo por el bien de la humanidad, y repitiendo las acostumbradas monsergas de fraternidad íntima y universal, de moralidad y virtud filosófica, con la obligada raspería de ayuda, favor y socorros mutuos, que no es mal anzuelo para pescar imbéciles y paganos. Por donde se ve, cuán metido tiene la masonería en las entrañas el espíritu de ocultación, sanguinario y disimulo, y con qué tenacidad lo ha conservado aun á prueba de burlas y confusiones motivadas. ¿Y esa masonería debía de haberse denunciado ella misma á las gentes por lo que realmente es, y en los días mismos de su primera aparición, al decir de nuestros adversarios, con la paladina profesión de fe, usos y prácticas maniqueas? Esto no cabe en ninguna cabeza bien organizada, y ningún masón pudo sacrificar el crédito y porvenir de la sociedad entonces, en sentir de nuestros contrarios, recién formada al necio alarde de erudición anticuaria ó al deseo de divertirse con ridículas escenas vacías de sentido.

Tanto más, para desbaratar de un manotazo el castillo de naipes y la simpleza de nuestros opositores, que es falso de toda falsedad lo de haber la masonería considerado como objeto de pasatiempo, mera engaño y tapujo de otras cosas el

sistema, lenguaje y aparato maniqueo; pues consta de la manera más inequívoca y perentoria, que siempre los ha tomado por lo serio en sus actos, ceremonias y enseñanzas más formales, y tan por lo serio, que á la mayoría de los mismos sujetos con la más vigilante cautela, ó bien los deja de todo en todo ayunos de ellos, ó bien se los adereza y reboza de tal suerte, que ni por asomo los menos suspicaces caigan en la cuenta del gato encerrado. De aquí que muchos babiecas, á pesar de lo babiecas altamente criminales, nieguen haber visto ningún *espanto* en las logias: de aquí que aun hoy día, después de tanta luz como se ha hecho sobre la materia, la atrocidad del rito paládico ó luciferiano haya cojido hasta á algunos hombres entendidos como una cosa nueva de ayer; cuando tan bien diseñado y coloreado nos lo encontramos desde el grado tercero, progresivamente realzado y puesto en acción en los grados superiores. Toda esa cábala, magia y demás instructivos adhierentes ¿qué son sino puro y escueto maniqueísmo? Negado y retenegado, jurando y perjurando, á los profanos; celado y tapado mañosamente á la mayoría de los adeptos. ¿Ven vdes. la sáñez de nuestros modernistas?

Con que desistan de acumular al bueno de Askmól ó de Payne la insigne fechoría de haber forjado lo que nunca forjaron ni pudieron forjar; ni cuelguen el milagro á ningún otro masón inglés, francés ó aleman, coetáneo ó posterior á ellos, pues tampoco ningún otro pudo cometer el desvarío ó perpetrar el crimen de vender tan á cara descubierta á la madre y á los hermanos de sus entretelas, so color de darles juego y animar las fraternas reuniones con superfluas mojigangas.

Ni se nos objete agudamente, véase como no amenguamos en lo más mínimo la fuerza de la dificultad, que el mismo peligro de revelación é igual denuncia contra la masonería envuelven esas farsas, déseles ó déjese de darles la interpretación

maniquea. ¡Ah! es muy cierto, con una sola diferencia, que ahí es grano de anís, que en un caso la traición se consuma por el gusto no más de divertirse ó entretenerte, como por guasa, mientras en el otro caso de significado propio y real, los símbolos y alegorías tienen motivo razonable y justificado en la necesidad de conservar la tradición y enseñar las doctrinas de la secta; y si riesgo se corre de manifestación, que se corre innegablemente; ya se cuidará de negar con el mayor descaro jurando y perjurando; ya se echarán velos y más velos sobre la fea realidad y se disfrazará con todo linaje de artificios; y si aun así llega á transpirar, que no puede ser menos, con la misma frescura se seguirá negando, encubriendo, fingiendo y desfigurando hasta el fin del mundo, como si nada hubiera pasado. Ahora un puro juego ó pasatiempo no merecía ese derroche de embustes, perjurios, simulaciones é hipocresías; por consiguiente esa solicitud y tenacidad del secreto es testimonio diario y brillantísimo de la torpe realidad, que la masonería esconde bajo el manto de emblemas y ceremonias carnavalescas. En conclusión, que nuestros modernistas, pensando ir por lana, volvieron trasquilados, sin saber por donde.

Mas prosigamos tranquilamente en el examen de la objeción primitiva y fundamental, para no dejar de ella ni el polvo, ¿En qué quedamos? ¿la masonería es una sociedad antes política que religiosa, ó antes religiosa que política? Tomen la opción que les acomode. Mas ¡ya! ellos la definen así: *Una sociedad político-religiosa*, etc. (1). Estamos. Con que ¿es una sociedad antes política que religiosa? Pero si los masones, que deben saberlo mejor, afirman todo lo contrario. En primer lugar echan por

(1) *La franc-maçannerie, étude de la Civiltà cattolica*, par Auguste On-clair, 2ieme. port, 1. I. c. 1. pár. 3.

cimiento de sus doctrinas, las políticas inclusive, la base antireligiosa, aquello de que las leyes y magistratura proceden del espíritu malo, según vimos, ó en otros términos, aquello de que la autoridad no es de derecho divino, conforme garlan ahora; y no digamos nada del famoso exioma de inmoralidad, de que la carne es hechura del mal principio, de la necesaria *rehabilitación de la carne*, etc., etc. ¡Rara coincidencial doctrinas inaniqueas, antireligiosas ante todo por de contado.

En segundo lugar, óigase al pontífice sumo de la masonería describiendo la historia de sus modernos comienzos, óigase á Condorcet, ya citado: "En el mediodía de Francia provincias enteras se pusieron de acuerdo para adoptar una doctrina más sencilla, un cristianismo más depurado Con todo no les fué posible impedir que este espíritu de libertad y de examen con frecuencia hiciera progresos Ese espíritu se echa de ver en todas las épocas, hasta que favorecido por la invención de la imprenta, fué bastante poderoso para libertar una parte de Europa del yugo de la Corte de Roma Examinemos . . . si dejaron de formarse sociedades secretas, destinadas á perpetuar y extender . . . algunas verdades sencillas, como seguros preservativos contra las preocupaciones reinantes." Un cristianismo más depurado . . . espíritu de libertad y examen . . . emancipación de la Corte de Roma . . . preservativos contra las preocupaciones reinantes: nada de político, todo antireligioso.

En tercer lugar, ábranse todos las obras masónicas doctrinales desde más de un siglo á esta parte; regístrese toda la historia de las faañas y empresas masónicas; estúdiense el espíritu de todos los libros oficiales de la secta; léanse y considérense todas las *planchas, columnas, balaustres y bóvedas*, según las diferentes graduaciones de los jueces ó legisladores, es decir, todos los decretos de las logias de todo el mundo; y dí-

gannos los que tienen uso de razón, cuál es el son que en esta danza macabra predomina, si no es el antireligioso, antes que el político, antes que todo y por encima de todo.

De suerte que ni en punto de tanto interés, cual es el carácter principal que distingue á la masonería, nuestros modernistas saben lo que se moderúizan.

Pero vamos tomándoles las vueltas y supongamos que en la masonería la nota dominante sea la política, por más que en el análisis para venir á esta deducción dan á entender y prueban lo contrario. No importa: inviertan ó revuelvan como quieran los dos elementos, el político y el religioso, de ningún modo escapan al rigor del hecho demostrado: los principios de la masonería tanto sociales y políticos, como religiosos, son maniqueos. Los encontramos en las logias actuales, á pesar de las reformas últimamente introducidas en algunos rituales; los vieron y estudiaron en las logias de su tiempo el P. Lefranc y el P. Barruel. Esta igualdad de principios entre una y otra secta, se corona con la más exacta uniformidad en los otros puntos. Repásese la exposición anterior sobre la materia.

Un solo extremo falta para completar nuestro estudio, y es, determinar y señalar el primer autor ó introductor de todas esas invenciones. ¿Quién fué? ¡Silencio profundo! Ni nos contestan, ni pueden contestarnos.

Nosotros damos una respuesta, diciendo: Maniqueismo en el siglo III: por conservación providencial ó extraordinaria de la secta, maniqueismo perfectamente igual en todos los siglos siguientes hasta el XIV. Sin noticia alguna de su muerte en esta fecha ni más adelante, otra vez maniqueismo en el siglo XVIII.

La existencia de la secta en el período del siglo III al XIV es palpable en la historia.—Por todo lo dicho en su lugar co-

rrespondiente, está fuera de duda la iniciación del Temple.— Tradición templaria.— A la par tradición sectaria en general.— Socianismo.— Sigue la tradición sectaria.— Libre pensamiento.— Masonería moderna.

Tales son las etapas de la secta consignadas por la historia, conforme á nuestras anteriores investigaciones, ratiocinios y testimonios. La secta se inaugura con el maniqueísmo del siglo III; allá lejos de la vigilancia y del ascendiente de Roma y aprovechando las ventajas del genio, de las ideas y de la política griega, domina en Oriente; fuerte por el número de sus legiones y alentada por las victorias de siete siglos, transporta al Oriente sus doctrinas de perdición y sus planes revolucionarios; en Occidente con táctica infernal establece su centro de operaciones y se sostiene entre prosperidades y derrotas; vencida en lucha armada, se pone á trabajar en regiones subterráneas, manteniendo vivo el espíritu de novedad y perturbación, tendiendo por toda Europa la red de juntas clandestinas, promoviendo frecuentes explosiones y preparando tiempos más bonancibles; logrados estos gracias á las maniobras secretas y á la acción eficaz de otras sectas dependientes ó auxiliares, surge de las tinieblas en el país clásico de las revoluciones sociales, se da á conocer por su nueva organización y por su activa propaganda en todas las naciones del continente, y á poco andar se ostenta en Francia con el semblante, porte, lenguaje y cualidades de hija genuina de Manes, fiera, implacable, sanguinaria y trastornadora universal; de entonces acá, alcanzado el dominio de la tierra y disponiendo de fuerzas y recursos increíbles, á vista de los pueblos obcecados y á cara descubierta se entrega impasible con diabólica estrategia á la obra de asolación religiosa, moral y social del mundo, para convertirlo todo en una lamentable ruina, para no dejar, á ser posible, la huella de Dios y de Jesucristo en ninguna par-

te, para manifestar con la tremenda elocuencia de los hechos como sobre ella recaen los antiguos presentimientos y los vaticinios apostólicos.

Ni para venir á parar á esta consecuencia necesitábamos invocar el proceso histórico de la reprobada institución, que antes formamos con tan numerosos datos; como en la desembocadura de un gran río, por las cualidades y accidentes de sus aguas y turbia corriente venimos á conocer sus nombres y procedencia, sin precisión de recorrer todas las sinuosidades de su curso irregular. ¿Qué, cuando de las fuentes envenenadas por el esclavo Cúrbico vemos precipitarse por la pendiente de largas edades el río bravo y caudaloso del maniqueísmo, si llega hasta nosotros su imponente caudal, no podremos en el acto reconocerlo por noticias precedentes, sin echarnos á peregrinar por todas las tierras de su tránsito, ó sin haberlo seguido con la vista desde que nació hasta el momento actual? Así vimos el maniqueísmo antes; maniqueísmo vemos hoy. Esto basta para nuestro juicio: es el mismo río, es la misma secta.

Mucho más, si contamos con la luz y guía de duchos exploradores y prácticos, que poseen del río invasor excelentes informes. ¿Quiénes son esos? Los masones de mayor prestigio, que por su preeminencia de jefes y maestros, por sus títulos oficiales, por su representación y la especialidad de sus estudios, gozan de indisputable derecho á ser creídos.

Pero ¿cómo se entiende, si el testimonio masónico, se dijo, es nulo? No lo es, sin embargo, conforme á la excepción hecha no una sola vez, cuando ese testimonio depone contra ellos mismos y los ofende con las mismas armas que ellos nos prestaron; cuando, repitiendo lo dicho, lo explotamos en calidad de argumento *ad hominem*. Y que esto se verifica en el presente caso ¿quién lo duda? Puesto que en este reconoci-

miento del origen maniqueo se implica la profesión de los principios y la moral más condenables; se contiene la revelación de los misterios más nefandos; se pone de relieve el verdadero carácter de la secta; se sacan á la plaza sus malvados fines y se rasgan los velos de su más recóndito secreto; se da la explicación de su historia de ignominia y se descubre la clave de sus obras actuales y de sus futuros designios; se encierra su propia condenación y la aprobación de todos los cargos acumulados contra ella; se envuelve su total descrédito y se da el alerta contra ella misma á individuos, pueblos y gobiernos, que quieran apercibirse contra sus planes enemigos de toda autoridad, de todo orden, de toda sociedad.

Y no nos venga alguno, para aminorar la fuerza de nuestro raciocinio, diciendo, que á tan franca y traidora confesión de la estirpe maniquea fueron impulsados aquellos hermanos por indisculpable lijereza y desahogo de necia vanidad, ambiciosa de timbres ficticios; ó bien que se determinaron á ese paso, aparentemente indiscreto, con fino ardor de la más consumada política sectaria, para desorientar á los profanos, divirtiendo su atención y derramando sombras sobre la naturaleza y designios propios de la cofradía, suponiendo que nadie se acordaría de quiénes fueron aquellos maniqueos, para hacer comparaciones, ó nadie había de penetrar jamás en el retrete de sus pensamientos y consejos.

Ninguna de estas dos escapatorias ó descartes es sostenible. Quédese esa necia presunción y pujos de nobleza para los peñafustanes de la hermandad, que no conocen su derecha, ni saben lo que se masonizan; que de no abundar tanto y tanto ¿qué fuera de la madre que los cobija? En los protestantes era explicable ese prurito de antigüedad, pues con ella confiaban legalizar su situación religiosa, tocando á los tiempos apostóli-

cos y á la primitiva tradición cristiana, según vanamente presumían, por el tronco de los maniqueos. Ni vale tampoco la otra evasiva, que quiere tener sus ribetes de ingeniosa; porque ni los hijos de la Iglesia podían estar tan desmemoriados acerca de una secta cual la de los maniqueos, tan funesta, tan poderosa, tan duradera y de tal transcendencia; ni andaban tan desacordados, que no respondiesen á la voz de alarma dada por el Vicario de Cristo, no espiesen los movimientos de la masonería con celosa vigilancia y no calasen buena parte de las doctrinas, intenciones, misterios y manejos de la misma; ni en sana razón era de suponer otra cosa. Ahí están, para comprobación de nuestro aserto, la *Instrucción pastoral* del valeroso Obispo de Vintimilla Ilmo. Justiniani, las publicaciones de V. Angiolieri, Banier y un religioso trinitario liburnés; ahí el opúsculo precioso del aragonés Fr. Juan de la Madre de Dios, compuesto en latín y extractado de los citados autores; ahí los escritos del P. Larudan, ó bien de Peraud, donde fuera de una importante exposición de dogmas masónicos, se describe el grado de *Escocés*; ahí el famoso libro del P. Lefranc, ilustre víctima de los jacobinos en el Carmen de París, en el cual libro se pone al descubierto la malicia del grado de *Caballero Kadosch*; ahí principalmente para ampliar y coronar todos los estudios precedentes, la obra inmortal de nuestro maestro el P. Barruel, martillo de sectarios y sabedor cual ninguno de historia y ciencia masónica.

Se sigue de lo dicho que aquellos masones, al declararse herederos y sucesores de los maniqueos, no lo hicieron por satisfacción de la vanidad ó por otros móviles imaginarios, sino por formal convicción: porque en la historia advirtieron el rastro de aquella sucesión; ó porque en sus investigaciones al encontrarse entre las manos el patrimonio de las ideas maniqueas, lo atribuyeron al primer posesor ó fundador, no pudien-

do señalar otra derivación; porque en fin, elevándonos á consideraciones de otra esfera, aunque se encojan de hombros ciertas gentes, porque no es cosa ajena, antes muy conforme al orden de una providencia superior que vela por la Iglesia y por sus hijos á fin de preservarlos contra los enemigos de su salud, hacer que estos les sean conocidos, y para que mejor y más ciertamente lo sean, que ellos mismos se les muestren y descubran, movidos como por ignorado resorte aun en contra de su propio interés. Pensamiento que no parecerá nuevo ó raro á ningún creyente, que en los anales del cristianismo haya parado mientes en las innumerables veces que la iniquidad por sus propios hechos ó por su boca se ha vendido, *mintiéndose á sí misma*, en frase de la Escritura; ó que por moción del que dió la palabra al hombre, el malo haya profetizado, al menos en el sentido lato de la palabra, sin saberlo, para lección ó aviso de los buenos. Pensamiento que menos sorprenderá aún, para insistir en lo ya recalcado, á quien se fije en las amenazas que consigo trae la secta para la Iglesia, en parte ya ejecutadas; á quien reflexione sobre la profundidad del secreto masónico, que parecía impenetrable; á quien demás de esto y sobre el fundamento de la más estupenda analogía, relacione ó confronte las sentencias de los Santos y de los varones ilustres tocantes al maniqueísmo con los dichos é iluminaciones de los hombres doctos y piadosos de la edad presente concernientes á la masonería. ¡Qué conformidad en ideas y lenguaje! ¡qué tristes presentimientos!

Mas dando de mano á este discurso, á que nos estrechó la necesidad de cimentar sólidamente nuestra alegación, vengamos á la revista de los masones calificados que de plano confiesan ser su sociedad originaria del maniqueísmo.

Confesor medio vergonzante es Condorcet, quien sin em-

bargo, tomando en manos la historia de las sociedades secretas y haciendo pie en capitales analogías, habló bastante claro, para que con toda razón el P. Barruel le sentenciase por reo convicto. No hay para qué repetir sus palabras.

Explícito á no poder más es el otro gran cabecilla, Weisshaupt, cuya sentencia adujimos más arriba: "Téngase advertido muy especialmente, que nuestro *Caballero escocés*, para hacer *grandes descubrimientos sobre esta verdadera masonería*, se ha de dedicar al estudio de los antiguos *gnósticos y de los maniqueos*."

Por categoría, después de los dos doctores máximos acabados de citar, le corresponde el turno al h.º. Ragón, autor canónico de la maligna grey, el cual en su *Curso de iniciaciones para los grados masónicos*, remite frecuentemente á los *gnósticos* y á la *gnosis*, para completar ó realzar el sentido de los ritos y símbolos. "En el centro de la estrella flamígera, dice en el *grado de compañero*, luce la letra *G*, emblema de la unión de la materia con el espíritu. Los gnósticos, conocedores é inteligentes, poseedores de la *Gnosis* ó verdadera ciencia, tienen la misma letra por inicial." Y en el *grado de maestro*: "La alegoría de luz y tinieblas, que constituye una parte de la enseñanza propia del maestro, ha sido causa de que se tomase á los masones, ya por *maniqueos*, ya por *priscilianistas*, etc. ó *gnósticos* [1]."

Repárese bien entre paréntesis la confusión con que estos dos autores revuelven gnósticos con maniqueos, sea por considerar á estos originarios de aquellos, sea por no querer distinguirlos á causa de la similitud de principios. Los dos autores siguientes van más allá, suprimen el nombre de maniqueos, aunque bien se entiende que los incluyen bajo la denominación

(1) Obr. cit. págs. 130-149.



más genérica de gnósticos. Anden nuestros lectores con esta inteligencia.

Clavel hace resaltar la identidad doctrinas entre la *Gnosis* y la masonería, y recuerda que los gnósticos se llamaban los *hijos de la luz* (1).

El h. Redares, en sus *Estudios históricos y filosóficos sobre los tres grados de Masonería simbólica*, se produce así acerca de los gnósticos:

“Los gnósticos, iniciados todos ellos en los antiguos misterios, todos masones, escogidos y notables por la ciencia y el talento, distribuyeron los trabajos masónicos en dos clases: una, con el sobrenombre de *rito antiguo*, escogió por bandera la *estrella flamígera*, denotando bajo este velo misterioso la única y verdadera luz que alumbría el mundo intelectual; otra, con el título de *rito cristiano*, puso la cruz en su bandera, para significar la vida inmortal y la regeneración del género humano.

“No pretendo examinar á fondo las doctrinas. . . . Pasaré ligeramente sobre estas cosas, para manifestar la perfecta analogía que existe entre las creencias, ritos y usos del *Gnosticismo* y los de la masonería [2].”

Willaume afirma: “Nosotros hemos recibido todos los misterios actuales por conducto de los iniciados de Oriente [3].”

Así se expresan los prohombres de la secta, rindiendo testimonio á la verdad contra sí mismos: ¡Prueba incomparable la qué en empeñados litigios tiene á su favor la confesión espontánea de los reos! Ella por sí sola corta la controversia y disipa todas las dudas. Así lo hemos comprendido nosotros, según en su lugar notamos.

(1) *Historia pintoresca de la masonería*, pág. 342 y sig.

(2) Obr. cit. págs. 72, 72, 254 y sig.

(3) *Manuel maconnique*, pág. 7.

Mas es hora de cerrar este debate. Resumamos.

Conformidad la más cabal y perfecta que pueda concebirse entre maniqueísmo y masonería: luego se identifican ó confunden, exclamará el hombre de buena fe. Ahora ese maniqueísmo no es pasajera llamada que hoy luce en Oriente y en breve es extinguida por la mano del tiempo ó por ley común de las cosas humanas, que á poco de nacer, se desvirtuan, desfallecen y caen: fuerte y exuberante de vida atraviesa los siglos del III al XIV con tanto poder de expansión, con tanta firmeza de organización y con tales propiedades, que atrae las miradas de los hombres más grandes y les obliga á declarar con espanto que hay en él algo de nuevo, de extraordinario, de temible para la cristiandad. La historia presenta luego á los más conocidos representantes del mismo, á los templarios, perpetuándose á pesar de la desgracia y disfundiéndose su acción por Europa; recelosa descubre en todas partes la continuación organizada de una vasta y secreta conjuración, cuando ¡héla aquí reaparece la secta igual, entera, pujante y avasalladora, cual un día se ostentara en Oriente y en el mediodía de Francia! extraño acontecimiento! En este concepto salúdanla con alborozo sus hijos más distinguidos y la reconocen por madre: el juicioso Hurter y otros perspicaces historiadores se aplican á estudiar sus facciones y con desinteresado convencimiento dicen: ¡Ella es! antes maniqueísmo, hoy masonería.

Este es el voto de todos los hombres observadores y desapasionados.

CAPITULO IX

SISTEMA JUDAICO.—Cuadro brillante de La Fuente.—Lástima de perezoso!—Noticias judaicas del mismo.—Espigas de la *France juive*.—Síntesis de una raza y filosofías.—Otras espigas del campo del P. Deschamps y Janet.—La famosa carta de Simonini con comentarios.—Sistema de los grados de Tirado.—Puntos y comas á la exposición de Tirado.—Entre paréntesis un respicte á León Texil.—Un drama soberbio en cuatro actos ó jornadas.—Los más y los menos del sistema tiradense.—Sistema complejivo del P. Heurclmans.—Su examen.—Una autoridad notable: una prueba apuntada por varios,—Prueba histórica invencible á la luz de la filosofía cristiana y con el apoyo de todas las pruebas auxiliares.—Se fija la época del antiguo origen masónico.

Muy de pensado reservamos para el último lugar esta nueva opinión acerca del origen de la masonería. Bien la podemos llamar nueva, puesto que de pocos años á esta fecha ha salido á campear. Algún indicio de ella se vislumbra en el tomo II de la grande obra del P. Barruel, y toma algún cuerpo la idea con la interesante carta dirigida al autor por aquel Simonini, de cuya *probidad y veracidad* el Papa, por conducto de su Secretario, hablaba con estimación á dicho P. Barruel.

De intento, repetimos, hemos diferido esta discusión hasta ahora; porque si los numerosos datos y razones de aquí y de allá recogidos, no llegan tal vez á constituir una prueba victo-

riosa, nos servirán admirablemente para robustecer más los ratiocinios y consideraciones históricas con que hemos demostrado la persistencia y continuidad de la secta desde Manes hasta nuestros días. A este respecto téngase en debida cuenta, nótese con particular cuidado y pésese en todo su justo valor esta explicación, para añadirla á las muchas que llevamos dadas, porque es de importancia suma.

Entremos ya en materia.

El que con más desenfado sienta la tesis del origen judaico y con mayor brevedad y gallardía expone sus fundamentos generales, es Vicente de la Fuente; y como el hermoso cuadro que traza no es largo, y extractado perdería mucho de su gracia, lo vamos á dar íntegro á pesar de las sombras que lo obscurcen:

“Desde el siglo I de la Iglesia, dice, existe una sociedad maldita con la execración de Dios, semejante á Satanás en su caída, en la privación de sus antiguas preeminencias, en el destierro perpetuo de su patria, en el deseo de venganza, en el odio encubierto á todo principio de autoridad legítima, en aborrecer á todos y ser de todos aborrecida. Esa sociedad proscrita en todas partes, y que en todas partes se halla sin patria; que varias veces ha querido constituir nacionalidad y nunca lo ha logrado; que en tal concepto desprecia las ideas de nacionalidad y de patria, sustituyéndolas con un frío y escéptico cosmopolitismo, esa tiene la clave de la francmasonería. El calendario, los ritos, los mitos, las denominaciones de varios objetos suyos, todos son tomados precisamente de esa sociedad proscrita: *el judaísmo*.

“Pero ¿cómo han de confesar los francmasones que su origen es judaico, y que por espacio de mucho tiempo han sido unos dóciles instrumentos de los judíos, á quienes parecían avasallar? Esto los rebajaría en el concepto público. . . .

“Ese principio de odio, de venganza, subversión de todo principio de autoridad legítima, misterio impenetrable, sensualidad encubierta, superstición, hipocresía, encono rabioso contra el cristianismo, ritos sanguinarios, apego á vanas fórmulas y ridículas exterioridades, el francmason necesita inventarlos y remediarlos; pero el judío los tiene como ingénitos, los siente desde que nace y no puede menos de tenerlos en su situación abyecta, despreciada y de proscripción. A la luz de estas verdades innegables se aclara todo lo obscuro y desaparecen los orígenes misteriosos. La francmasonería en su principio es una institución peculiar de los judíos, hija del estado en que vivían, creada por ellos para reconocerse, apoyarse y entenderse sin ser sorprendidos en sus secretos, buscarse auxiliares poderosos en todos los países, atraer á sí á todos los descontentos políticos, proteger á todos los enemigos del cristianismo, incorporarse á todos sus renegados, halagar las pasiones de los poderosos para sojuzgarlos por medio de sus mismos vicios, cobijándose luego bajo el manto de esos ilustres afiliados para eludir la ley y la justicia, proporcionándoles para sus vicios dinero que no podían devolverles, y que los aprisionaban á ellos con aquellas cadenas, hijas de sus propios extravíos, y hablando de libertad, instrucción y beneficencia, para encubrir sus verdaderos fines.

“Claro está que la masonería ha mudado de carácter de un siglo á esta parte, y prescindido de los israelitas. En su genio altamente revolucionario, las sectas derivadas de aquella, como la Internacional, prescinden de la francmasonería, y aun se burlan de esta, como esta desprecia á los israelitas, lo que no impide que estos sean en todas partes sus más poderosos auxiliares. Es público que todos los periódicos más revolucionarios é impíos de Europa están comprados por los judíos, ó re-

ciben subvenciones de ellos y de sus poderosos banqueros, los cuales á la vez son francmasones.

“Por lo que hace á las logias, sucede lo mismo. Cuando han reñido sus adeptos, cuando todos se van cansando de sus farisas y charlatanismo, el judío no se cansa, el judío no consiente que se abatan las columnas, y sigue asistiendo á la casi desierta logia.—¿Sois muchos en la logia? preguntaba Napoleón III á sus hermanos de Argel, al recibir la comisión que pasó á cumplimentarle con fraternal cortesía.—No por cierto, respondieron ellos: ¡solamente hemos quedado los israelitas!”

Vamos marcando ahora los no escasos lunares de este valiente discurso.

Primeramente ¿dónde prueba D. Vicente que los ritos masonicos son judaicos? Sin que lo neguemos, era caso de manifestarlo.

En segundo lugar ¿quién le dijo á nuestro incomparable historiador, álias *doctor resoluto*, que bien merece este apodo por el tono magistral que usa de vicio, quién le dijo, que los francmasones necesitaban *inventar* todas aquellas cosas, si otros se las daban hechas, los maniqueos, por ejemplo? ¿Y quién fué á divertirse con el pobre enjaretándole los cuentos de que la masonería *ha mudado de carácter* de un siglo á esta parte, de que la masonería *prescinde de los israelitas*, de que *los desprecia*, de que *las sectas derivadas*, como la *Internacional*, justamente la *Internacional* fundada y dirigida por judíos, *prescinden y se burlan de la masonería*? Respecto de lo último, otra cosa nos enseña León XIII, cuando observa, que las demás sectas *de la masonería salen y á la masonería vuelven*. Pero ¿quién le mintió tales noticias tan contrarias á lo que todos sabemos y palpamos diariamente? ¡hoy, cuando el judaismo está más prepotente y descollado que nunca?

Y es que nuestro D. Vicente hablaba mucho de cabeza, poniendo por sello y garante de sus magistrales sentencias el gentil desembarazo con que las profería. Este defecto lo accentuaba más al tratar de masonería, porque no veía en ella más que puro saneite, á pesar de que lo opuesto nos está predicando el Sumo Pontífice; y estoy cierto como si lo hubiera visto, que sin embargo de haber anunciado su historia con el rumboso título que conocemos, él á sus solas se reía del camelo del siglo que estaba dando á sus lectores con la pobreza y superficialidad de las noticias y la falta absoluta de sistema fijo, motivadas parte por aquel su miserable concepto de la secta, parte por la inconstancia de sus ideas, mucho por la pereza de investigar y ahondar en sus exploraciones y algo por otra dolencia crónica de su espíritu, el miedo de extralimitarse en hablar. De aquí que la historia completa é íntima de la masonería en España esté por hacer, pues también es pobre la de D. Mariano Tirado.

Con todo fuera injusticia negar á La Fuente buen golpe de vista y pulso firme para dar con breves rasgos la recapitulación de todas las razones fundamentales, en que puede basarse la defensa del origen judaico: calendario, ritos, alegorías, denominaciones; naturaleza y particularidades del carácter judío, situación, circunstancias, procederes usuales, costumbres, pasiones, vicios, fines y esperanzas de ese pueblo, todo se halla sobria y énamicamente compendiado. No es de extrañar que en ese alarde de fuerzas ó probanzas, el autor, lleno de confianza, prorumpa en involuntarias exclamaciones, que denotan lo firme y arraigado de una convicción: esa raza "tiene la clave de la francmasonería;" con esto "se aclara todo lo obscuro y desaparecen los orígenes misteriosos;" "la francmasonería en su principio es una institución peculiar de los judíos." A pesar de aquellas pisias ó desafinaciones en que sorprendimos al au-

tor, ¿quién al leer estas frases y reparar en el sentido enfático del pasaje íntegro, no se goza de antemano con la perspectiva de un plan fijo, sabiamente combinado y ricamente desenvuelto? Quien acariciara tal ilusión, no contaría con la huéspeda, es decir, con La Fuente, el informal de siempre. El cual después de referirnos varias atrocidades de los judíos perpetradas en épocas muy distantes entre sí, de improviso los hace desaparecer de la escena española como figurantes de tres al cuatro. Y el plan se desvaneció, y nuestras ilusiones lo mismo. Así es el hombre: propone, se olvida, no prueba y se va por otro camino ejerciendo de maestro y de gracioso.

De todos modos, para agregarlos á la cuenta general que hemos de llevar á los semitas deicidas, es preciso marcar sumariamente sus proezas conmemoradas por La Fuente.

En el siglo III el Concilio de Ilíberis prohíbe las supersticiones fomentadas por los judíos entre los cristianos. Se organizaron después en sociedad secreta, hasta que Sisebuto los obligó á rebautizarse ó expatriarse, y no mejorando con el tiempo, Chintila se vió precisado á volverlos á expulsar.

Sublevados los narbonenses contra Wamba, encuéntrase al punto á los israelitas al lado de los rebeldes. Procura Egica honrarlos y favorecerlos, y en agradecimiento al año siguiente faltan desleales á todos sus juramentos, burlándose de la credulidad de sus favorecedores, y conspiran para alzarse con el país y la corona. Hecho que no se explica, nota muy bien La Fuente, sin una organización secreta, misteriosa y pujante.

Witiza por contrariar el sentimiento católico, llegó á colocarlos en dignidades y cargos de jurisdicción. No hicieron esperar su pago largo tiempo; por cuanto hicieron estallar en el reinado de D. Rodrigo la conspiración tramada en tiempo de Egica, y aun quizá abortada en tiempo de Chintila. Unidos los

judíos de España con los judíos de África, vendieron á los musulmanes la independencia de la patria, combatiendo bajo las banderas enemigas, entregando á los invasores las ciudades más importantes, sin exceptuar la de Toledo, capital de la monarquía, poblando al par de los árabes en varios lugares y aun pretendiendo formar una monarquía independiente en la parte del Pirineo.

Su comportamiento entre los musulmanes fué tal, según las crónicas árabes, que llegaron á ser más aborrecidos de ellos que de los cristianos mismos.

Aquí el historiador da un grande salto hasta el siglo XV, sin habernos dicho una palabra de las relaciones que probablemente los judíos de España mantuvieron con los nuevos maniqueos en los siglos XI y XII, á imitación de los de Francia en el mediodía de este país. Eso sí nos cuenta lindezas de nuestra gente en aquel siglo, y lo mejor de todo, que sus relatos proceden de buenas fuentes, verídicos por lo tanto.

Nos pinta á los judíos unidos en sociedad tenebrosa, con los tres caracteres principales de secreto jurado hasta la muerte, hipocresía, la más maliciosa, y rencor inextinguible contra los cristianos con sed insaciable de su sangre y espíritu de venganza: item más, fanáticos, incrédulos, hechiceros, asesinos salvajes y en correspondencia continua con sus correligionarios de toda Europa y de Levante. Eran abogados, jueces, oidores de las chancillerías, doctores de universidades, consejeros de la Corona, sus banqueros, recaudadores de tributos; véselos en fin, dice La Fuente, "apoderados de los tribunales y cargos públicos en Aragón y Castilla, dueños, por tanto, de la administración de justicia y de la administración económica, encubriendo los crímenes de sus correligionarios y aumentando sus fortunas á expensas del pueblo y del tesoro."

Entre sus innumerables crímenes de este período, además de horribles profanaciones bien comprobadas á satisfacción de la crítica más exigente, se cuentan varios asesinatos muy sonados, y más que todos, indubitablemente confirmados contra el escepticismo y la impiedad más trámposa é impudente, el martirio de S. Pedro de Arbués, acaecido en 1485, y el del Santo Niño de la Guardia, en 1492.

Los Reyes Católicos, de memoria imperecedera, escuchando la voz de la razón, de la justicia y del bien procomunal, y cediendo á las reiteradas instancias de todas las clases y al general clamor de sus pueblos, expulsaron por fin de sus reinos á aquellos grandes malhechores de la cristiandad y traidores jurados de la patria, imitando en esto los ejemplos antiguos de los soberanos de Inglaterra, Francia y de otras naciones.

Resumen de lo anterior en lo que dice relación á nuestro objeto conocido.

Partidas de cargo á la cuenta de los judíos rápidamente apuntadas por *La Fuente*:

Carácter general.—Sociedad secreta y cosmopolita organizada.

Carácter religioso.—Incredulidad—fanatismo antireligioso—odio á Cristo (crucifixión de cristianos, etc.)—espíritu de venganza contra los cristianos—alianza con infieles—superstición.

Fines.—Destrucción del nombre cristiano—dominación universal.

Medios y procedimientos.—Hipocresía—simulación—perjurio—todos los medios lícitos—auxilio mutuo y exclusivo—favor de poderosos—sistema de corrupción—acción política—traición á la patria—conspiración permanente.

Esto es secta; esto es masonería.—De secta lo tiene todo: corporación numerosa y organizada con fines y medios deter-

minados; su molde, su ley y código religioso, moral, político y social es el Talmud.

Una especie de tantas como suelta La Fuente, sin volver á acordarse de ellas después:

“Los judíos fueron expulsados de Francia pocos años después de la extinción de los templarios, *de quienes algunos los suponen cómplices.*”

En resumidas cuentas La Fuente indica y enumera los argumentos principales en que puede apoyarse el origen judaico de la masonería; pero ni los desarrolla, ni los unifica, ni los sostiene: huesos sin músculos ni carne [1].

Los que intentan una verdadera demostración de la misma teoría, bien que por caminos diversos, son D. Mariano Tirado y Rojas, masón convertido, y el P. Heurclmans, de la Compañía de Jesús. Examinaremos sus pruebas.

Prepararemos esta discusión formal con multitud de antecedentes recojidos de Mr. Drumont en su *France juive*, del P. Deschamps y de Mr. Claudio Janet.

Del primero aprovechamos las observaciones acerca del carácter y costumbres de los judíos, noticias y apreciaciones históricas.

Conocido es de todo el mundo el estrecho espíritu de cuerpo, ó solidaridad, como ha dado en decirse, de los judíos. Esta es su fuerza: todos los judíos son solidarios unos de otros, conforme lo proclama la *Alianza israelita*, que ha tomado por emblema de su publicación dos manos que se traban y estrechan bajo una aureola: cualquier desventura que le pasa á un judío en el último rincón del desierto, toma luego las proporciones de un acontecimiento.

(1) *Historia de las sociedades secretas etc.* C. I. párrafos 1, 3, 9.

El judío por necesidad es cosmopolita. Claro está: la primera condición para adoptar otra patria es renunciar á la propia. Pero el judío no renuncia jamás á la suya, que es Jerusalén, la santa y misteriosa ciudad. Jerusalén, triunfante ó perseguida, triste ó gozosa, sirve de lazo de unión entre todos sus hijos, quienes todos los años en su gran fiesta de *Rosch Haschana*, se animan recíprocamente con esta palabra: "¡El año entrante á Jerusalén!" Para ellos ningún otro país es patria.

Otro rasgo muy peculiar del judío es la profunda creencia de su superioridad sobre todos los pueblos y todas las razas de la tierra, sea la *arrogantia Judaorum*, insolente é insoportable á la verdad, de que habla Drumont, sea extraño presentimiento de su futuro destino anunciado por San Pablo. De aquí el pensamiento de la dominación universal y la invención de todos los medios á este fin supremo conducentes, *cualesquiera que sean*. Es digno de excitar la más seria atención de los pensadores ese sentimiento de la raza maldita, exaltado en la actualidad por el desvanecimiento de las riquezas hasta el grado de una verdadera demencia colectiva, extraviado por la ceguera de la infidelidad y la degradación más innoble.

Paralelo al anterior y fiel herencia de sus padres, el judío presenta el otro rasgo de odio infernal á Jesucristo y al nombre cristiano. De *infiel* trata al cristiano, y con el Talmud todos los días repite:

"Hay precepto de matar al *infiel* que más valga.

"La palabra empeñada á un *infiel* no obliga.

"Cada día en sus plegarias los judíos deben por tres veces echar maldiciones contra los ministros de la Iglesia, contra los reyes y contra todos los enemigos de Israel."

A esas condiciones de la infame raza añádase su tenacidad en los propósitos; su paciencia para esperar el logro á prueba de todos los desprecios, ultrajes, penalidades y tormentos; su

espíritu abyecto; su propensión al crimen y á la prostitución; su innata doblez y sangre fría, y se tendrá la materia más apta para francimasones de uno y otro sexo. Otra bella cualidad del judío se nos pasaba por alto, su afición constante á toda clase de supersticiones.

Un judío envenena á Carlos el Calvo, de Francia: un judío envenena á Enrique III, de Castilla: un judío propone en 1477 al Consejo de los Diez de Venecia el envenenamiento de Mahometo II: el judío Goldsmith sirve de espía á Talleyrand en Inglaterra durante el primer imperio francés; el judío Michel es guillotinado por haber entregado á Rusia documentos militares; otro Goldsmith escamotea, hace poco, los planos del Estado mayor prusiano etc.; los judíos hacen traición á los Cruzados; los judíos de la Edad media están en continua inteligencia con los sarracenos y les entregan las ciudades de Bezieres, Narbona y Tolosa.

Los reyes de Francia se ven repetidas veces obligados á expulsarlos.

Los templarios en tiempo de las Cruzadas eran los báñqueros de los reyes y señores, pero hacían el juego á los judíos, que se servían de ellos como testaferros, dice Drumont.

La rapidez del golpe, afirma el mismo autor, con que Felipe el Hermoso arrestó en un mismo día á todos los templarios, salvó á la cristiandad del semitismo, al modo igual que seis siglos antes Carlos Martel la había salvado en Poitiers del mismo azote.

Conocida es la influencia maléfica de las escuelas judías en las creencias, costumbres y revoluciones de la Edad Media.

De alta significación son los pasajes siguientes que Drumont transcribe de Michelet.

“El elemento semítico, judío y árabe, dice Michelet, estaba pujante en el Languedoc: Narbona había sido por mucho tiem-

po la capital de los sarracenos en Francia. Innumerables eran los judíos: maltratados, pero tolerados, florecían en Carcasona, Montpellier y Nimes, y sus rabinos tenían escuelas públicas, poniendo en relación á cristianos con musulmanes, á Francia con España. Las ciencias aplicables á las necesidades materiales, la medicina y las matemáticas eran cursadas á la vez por individuos de las tres religiones. Más relacionada estaba Montpellier con Salerno y Córdoba, que con Roma. Después de las Cruzadas, el alto Langüedoc sobre todo parecía haberse inclinado al Mediterráneo y vuelto la cara hacia el Oriente."

Aquel terrible levantamiento de los albigenses, acaecido en el mediodía de Francia y que puso en grave conflicto á la cristiandad, Drumont lo imputa, si no en un todo, en grandísima parte á los judíos, y apoya su sentir en palabras de Michelet, el cual se expresa así:

"Los judíos, imagen viva del Oriente en el centro del cristianismo, parece que solo estaban allí para fomentar el odio á la religión. En los días de azotes de la naturaleza ó de catástrofes políticas, ellos se ponían, según se decía, en correspondencia con los infieles; y los llamaban."

Y el mismo autor señala el estado de perversión á que los judíos habían conducido aquellas comarcas y carga á su responsabilidad los horrores cometidos.

"La nobleza del mediodía, prosigue, que se distinguía poco de la clase media, se componía por entero de hijos de judíos y de sarracenos, gente culta muy distinta de los ignorantes, y piadosos caballeros del norte, y contaba por suyos y mostraba afecto á los montañeses. Estos pecheros lo mismo maltrataban á los sacerdotes que á los campesinos, de las ropas sagradas hacían vestidos para sus mujeres, golpeaban á los clérigos y les hacían cantar la misa por escarnio. Una de sus diversiones era también ensuciar, hacer pedazos las imágenes

de Jesucristo, romperles los brazos y las piernas. Por esto cabalmente los querían los príncipes, á causa de su impiedad que los tornaba insensibles á las censuras eclesiásticas. Impíos como nuestros modernos, impíos y feroces como los bárbaros, hacían estragos en el país, robando, secuestrando, degollando al primero que se presentaba, haciendo una guerra de exterminio. Las damas más encopetadas tenían el alma tan corrompida como sus maridos ó sus padres, y las poesías de los trovadores no eran más que sartas de impiedades amorosas."

Tocante al parecer antes mencionado de Mr. Drumont sobre la revolución albigense, sin negar una parte muy activa y personal en aquellos trastornos é iniquidades á los judíos, nos parece que los maniqueos eran muy hombres para semejantes hazañas; á no decirse, ó que los judíos habían penetrado en esta secta conforme á su imprescriptible tradición de aliarse con todos los enemigos de la Iglesia, ó que al cargo de los judíos se haya de aplicar el mayor refinamiento de impiedad y exceso de barbarie en aquella guerra ominosa.

Continuando la hoja de servicios que trazamos á los judíos ¿qué plan más diabólico por ellos tramo para perdición de la cristiandad y por ellos alentado á riesgo de todas sus fortunas, que el de principios del siglo XIV? Dirigir á los países cristianos la expedición más numerosa posible de leprosos que por todos los medios esparciesen el contagio, mientras los endemoniados autores de la espantosa conjuración con todo género de drogas y malesficios procuraban envenenar á los perros cristianos entre quienes vivían; y en seguida, en medio del general azoramiento y consternación, arrojar sobre el mediodía de Europa las armadas y ejércitos del rey moro de Granada y del sultán de Túnez, decididos á echar el resto y ciertos de que sus aliados habían de secundarlos con armas y con traiciones para asegurar el golpe. Consta de esta conjuración infernal por

documentos, cuya autenticidad vindica Mr. Drumont contra las negativas y falacias de los amigos públicos y vergonzantes de la raza maldita.

Por último, dando fin á nuestra caza de fieras, judío era el padre del iluminismo francés ó martinista, el español Martínez Pascual ó Pascual Martínez; judío el inventor del iluminismo alemán, Weishaupt; judíos Hertzen, Karl Marx y Lasalle, fundadores de la Internacional y maestros de nihilismo y anarquismo; judíos muchos diplomáticos y directores de la política moderna en todos las naciones europeas; judío, por no dejar, hijo de un judío aragonés, nuestro gran bandido, el ministro Mendizábal, según testimonio de Disraëli, que le trató, en su *Coningsoy*; judíos los reyes de la banca, que hoy imponen la ley al mundo, y así anda él; judíos los que visitaron á Cromwell masón, y en opinión de algunos, fundador de la masonería; judío quien brindó á Guillermo de Orange con los millones necesarios para destronar á Jacobo II de Inglaterra, etc.

Todo hasta aquí espigado de Drumont. No hicimos mal acopio.

Tal es y tal ha sido el judío.

Antes de pasar adelante, no podemos dispensarnos de una reflexión que abona y fortifica nuestros razonamientos ó consideraciones históricas, con que en las disquisiciones sobre el origen templario y el maniqueo hemos cuidado de mostrar ante la buena fe y despreocupación de nuestros lectores la cadena no interrumpida de la tradición masónica desde Manes hasta nuestros bienhadados tiempos de masonismo universal; cadena nunca rota, aunque no siempre fácil de percibirse, invisible en algunos momentos históricos, y forzosamente invisible en cualquiera versión, aun la más modernista, que se adopte para satisfacer la curiosidad acerca de la primera cuna de la

secta condenada; forzosamente invisible, digo, á lo menos en algunos momentos históricos, en razón de su carácter secreto; secreto imperioso, necesariamente exigido é impuesto por la naturaleza misma de los dogmas, fines y medios de la secta, ó no es tal secta, ó nunca existió y se desvanece en sombra como un fantasma, contra el cual han esgrinido y esgrimen los Santos Padres, los Concilios y los Papas sus armas espirituales en la obscuridad de la ignorancia más absurda, como el necio de D. Quijote blandía su tizona contra los gigantes de la ventata, que no eran gigantes ni la madre que los parió, sino viles y fementidos pellejos de vino.

Mi reflexión es ésta. La raza judía es la raza, que habiendo crucificado al Señor de la gloria, desde la triunfante resurrección de éste y desde el día de la solemne promulgación de la Iglesia por S. Pedro como arca de salud para el género humano, desde este instante se convierte en secta para perseguir, crucificar y sepultar según su siniestra intención el cuerpo moral de Jesucristo, como antes hiciera con el cuerpo real, en Jerusalén, en Oriente, en Grecia, en Roma; descomponiéndose muy luego en fracciones ó partidos subalternos de error y malignidad varia, pero informados del mismo espíritu, para alargar gentes y dar más fiero impulso al ataque: es la raza, que dispersada por todo el mundo y aniquilada su nacionalidad, reconociendo en este riguroso cumplimiento de los oráculos otra victoria de su incontrastable enemigo, entra en nuevo paroxismo de furor y sedienta de sangre por todo el mundo busca á su vencedor para acabar con él; cual si un sino fatal, y así es, pesase sobre ella; cual si el mismo Satanás hubiese transfundido, y también es cierto, en las venas y en las entrañas de ella todo su odio inmortal: es la raza, que arrebatada por el frenesí de la venganza, escoje para sí un código de impiedad, de injusticia, de rabia y exterminio, el Talmud, y alzándolo

por bandera y al grito de "muerte al perro cristiano," se lanza á la guerra desesperada contra Cristo en su Iglesia y en sus fieles, guerra de perfidía y traiciones, de corrupción, de violencias, de planes infernales, de activas é incesantes conspiraciones, por todos los caminos, con todas las artes reprobadas, en todas las formas, con todo género de alianzas, y así atraviesa las edades sin agradecer beneficios, sin respetar leyes ni moral ninguna, sin aceptar paces ni treguas, sin cejar ni descansar un punto en su nefando intento, siempre igual, tan sañuda, rencorosa é implacable hoy como ayer, como el día mismo que en el Gólgota cayó sobre su cabeza la sangre del Justo. Esto enseña y testifica la historia; este fué el clamor de todos los siglos; esto denuncian los archivos de todos los pueblos; esta es la trama de la política moderna; esta la llaga social de nuestra era desdichada; esto vieron nuestros padres y esto presenciamos nosotros hoy mismo con doloroso y general escándalo. Esta es la raza, esta es la secta judía.

Ahora bien, y aquí en breve discurso condensaremos toda la fuerza de nuestra observación: una secta que nunca inuelve, que nunca duerme, que en medio de su aparente indolencia nunca está quieta, que nunca ni por un solo instante pierde de vista su objetivo único, que nunca jamás dejó de trabajar por él; esta secta, digo, habría pasado inactiva los largos siglos de la Edad media y algunos de la Edad moderna, mucho antes de los albigenses y después de ellos, se habría estado con los brazos cruzados, sin hacer nada ó casi nada en orden á su fin perseverante, á su destino providencial, á la satisfacción de su odio inextingible, que es todo su goce, aliento y vida, contentándose con la diversión de escamotear fortunas á los cristianos y de cometer, en persona de ellos por supuesto, asesinatos sueltos más ó menos salvajes? ¿Esta secta vilipendiada, con razón perseguida, maltratada,

exasperada por los mismos á quienes con solo el ceño de su rostro sombrío habría querido exterminar, nada habría intentado para compensar tantos ultrajes y penas tantas con un desquite de algo mayor cuantía que sus montones de oro, algo más sabroso que la sangre de unos cuantos cristianos? ¿una secta inagotable en dolosas industrias y destituida de toda honradez y vergüenza en la elección de medios? ¿en siglos primero de tanto desquiciamiento social y en medio de una sociedad tan desprevenida y poco cautelada contra secretas maniobras y osadas empresas? ¿en tiempos posteriores de tanta confusión é inquietud de los espíritus, de tanta afición á juntas clandestinas, que constituía un vicio de la época, de tan hondas revoluciones que traían á los pueblos perturbados y brindaban con la oportunidad del desorden? De tal secta no es creíble ni siquiera verosímil el perdón, el olvido, la insensibilidad á los agravios, la apatía ó el descuido en preparar la revancha, ni aun el aplazamiento á sus proyectos vengativos, cuando ve en frente y siente pesar sobre sí al cristiano á quien ofender, á quien dañar, á quien tal vez aplastar bajo su planta y perderlo para siempre.

Ni para invalidar nuestro raciocinio se nos venga á decantar unas cuantas valientes muestras de la innata protervia de los judíos, que de buen grado admitimos; como la detestable y colosal traición, con que pór las columnas de Hércules abrieron las puertas de Europa al torrente asolador del Islam; la execrable perfidia con que al decir de algunos autores, inutilizaron las expediciones de los Cruzados, imposibilitando sus grandiosos efectos prometidos; su eficaz participación en los preparativos y en los lances de la guerra impía y más que vandálica de los Albigenses; sus tratos continuos con los árabes y el temible proyecto abortado de entregar nuevamente los países cristianos en las garras de los musulmanes; su actual pre-

dominio en fin é insoportable tiranía ejercitada para esclavitud y aflicción de la Iglesia, para ruina de la civilización cristiana. Mas el recuento de todas estas importantes manifestaciones del espíritu judaico en nada aminora el valor de nuestro razonamiento, antes lo acrecienta, demostrando por una parte la vitalidad enérgica de la raza ó secta maldecida, y confirmando por otra nuestros juicios acerca de su genio y abominables designios.

Por consiguiente ¿quién podrá persuadirse que su acción funesta no se haya hecho sentir, bien que encubierta é invisible algunas veces, en todas las épocas de la historia; y que aquél odio ingénito del nombre cristiano, ya que no se considere como la explicación total y adecuada de todas las contradicciones y amarguras sufridas por la Iglesia, deba á lo menos numerarse entre las primeras causas parciales y haya influido con mayor ó menor extensión en todos los sucesos y revoluciones que la conturbaron y á las veces la pusieron en grave peligro? ¿Quién, después de todo lo dicho, y aquí de una vez desembocamos nuestro pensamiento, quién se asombrará de aquellas singulares demostraciones anticristianas y antisociales, que de cuando en cuando vienen á despertar fuertemente la atención del hombre pensador al recorrer la historia de los últimos tiempos de la Edad media y primeros de la moderna? ¿quién se manifestará sorprendido de ciertas obscuridades y lagunas imcomprensibles, que á veces se interponen entre la mente del observador y la realidad de algunos notables acontecimientos, para darse perfecta razón de ellos? ¿quién no se li sonjeará de haber encontrado la cifra ó solución de varios enigmas históricos relativos á la masonería en la intervención é influjo pertinaz del elemento judaico? ¿quién atendida la naturaleza de este elemento y su ordinario modo de funcionar, será tan exigente en lo sucesivo, que no preste crédito sino á los

comprobantes de cosas y hechos, que no los pudieron dejar tras sí, ó raras veces los dejaron, ni siquiera rastro de ellos sujeto á examen ó revisión?

Entiéndanlo de una vez ciertas gentes; para estudiar la verdadera historia masónica, ó no se ha de contar en absoluto con la raza judía, y esto fuera un absurdo histórico, ó se cuenta con ella, como es razón, y entonces se le ha de dar cabida tal cual ella es, con su invariable é inflexible carácter tradicional, con su diabólico ideal conocido,- que es el aliento de su vida, con sus acostumbrados procedimientos; y entonces cesan las dificultades, *se aclara todo lo obscuro y desaparecen los misterios*, repetiremos con La Fuente: entonces por fin la tradición masónica desde Manes hasta el día de hoy, no solo se hace aceptable, sino forzosa, para el hombre que con voluntad resuelta y ánimo libre de prejuicios y pasiones ahonda en las cosas y se aplica al conocimiento de la historia.

A esta conclusión veníamos encaminando esta larga plática: ya llegamos.

Si alguno dijere, que el alcance de nuestros argumentos pudiera tal vez habernos llevado más lejos de lo que nos propusimos, hasta probar el origen judaico de la masonería; si es que en realidad esto prueban los argumentos, dése por probado, pues suponiendo que la verdad por su propia fuerza se abre paso, nadie en el mundo es dueño de cerrárselo.

Después de la precedente digresión, que era necesaria, restan completar los datos de Mr. Drumont con algunos de Mr. Janet, que evidencian el papel preponderante desempeñado por los judíos en todo el teje manejo de la perniciosa institución.

En el capítulo especial que Mr. Janet dedica á este objeto, comienza por asentar, que "los israelitas fueron por largo tiem-

po excluidos de la mayor parte de las logias alemanas, inglesas y francesas." Mas ya corrige luégo él mismo su aserto, declarándose abiertamente contra la vulgar creencia de que los judíos no habían sido admitidos hasta estos últimos tiempos, y asegurando que en la "época primitiva," como él la llama, eran recibidos en las logias simbólicas; como que en una de Londres por más señas el autor de los *Franemasones aplastados* vió por sus ojos ingresar á tres de aquellos.

La invención de la *Masonería cristiana* fué ardid sectario del apóstata alemán Fessler, aconsejado por las circunstancias del momento. Ni por chanza puede pasar semejante desatino de un voto esencialmente antimasónico, cuando los dos patriarcas *iluminadores*, Pascual Martínez, en Francia, y Weisshaupt, en Alemania, eran judíos.

Dice Janet, y á fe tiene razon, que es cosa para dar golpe á cualquiera observar, que los principales agitadores nihilistas y comunistas, los capataces de los partidos radicales en Alemania, en Rusia y en Suiza, son todos israelitas, y acentúa su observación con un artículo, *La aurora de una época revolucionaria*, del *Nineteenth Century*, de 1882, del cual entresaca estas frases:

"El rasgo más notable de todos los trastornos que acaecen en el continente, es el papel preponderante de los judíos. Mientras una parte de ellos se enseñorea de los dominios de la banca, otros miembros de la misma raza se ponen á la cabeza de los movimientos revolucionarios que hemos bosquejado. . . ."

Y confirma este sentir con las siguientes llamadas al P. Deschamps:

1. *El rito de Misraim ó de Egipto*, engendro de Cagliostro, es judaico de pies á cabeza.
2. En 1811 el conde de Maistre, hombre de tan seguros informes, escribía al rey de Cerdeña:

“He leido un papel muy secreto y muy importante sobre la representación que tienen los judíos en la revolución actual y sobre su alianza con los Iluminados para la destrucción, como objetivo capital, del Papa y de la casa de los Borbones. Es documento sumamente curioso. . . .”

En 1816 el mismo De Maistre hablando, en una memoria dirigida á Alejandro II, de los artificios de la masonería para embauchar á los soberanos, y de su habilidad para proporcionarse alianzas, dice:

“La secta que de todo saca raja, parece que en estos momentos cuenta por mucho con los judíos, de los cuales importa sobre manera desconfiar.”

3. La *Alta Venta*, compuesta de algunos grandes señores corrompidos y de *judíos*, era la continuación de la *orden interna*, que ya vimos como se formó antes de la revolución de 1789.

1. Eckert, Gougenot, Desmousseaux, d'Israëli afirman que los judíos son los verdaderos inspiradores de la masonería y que se hallan siempre en mayoría en el consejo superior de las sociedades secretas. . . . El judío domina hoy al cristiano por el poder del oro, de la prensa y de los primeros empleos científicos.

El Congreso de Berlín en 1879 decretó la emancipación de los judíos en Rumania contra el clamor de todo el pueblo. El célebre h. Bluntschli entonces publicó un folleto á favor de los judíos rumanos. Bismarck en aquella ocasión no hizo más que pagar su deuda con los judíos: porque estos con abandonar á Mazzini contribuyeron poderosamente á traspasar á manos del canciller la dirección de las sociedades secretas; y ellos fueron los que prepararon, sostuvieron y completaron la obra de la unificación alemana.

Los judíos también en 1830 habían estado al frente de la *Joven Alemania*.

5. Conocida es la participación de los judíos en el nihilismo ruso, que es hechura de la masonería.

Mr. Janet cita además aquellas palabras intencionadas de Israëli:

“El mundo es gobernado por personajes muy distintos de los que se imaginan los que no pueden ver entre bastidores. Esa misteriosa diplomacia de Rusia, que es el terror de la Europa occidental, la organizan los judíos, y ellos son sus principales agentes Esa potente revolución que á esta misma hora se está preparando y amasando en Alemania, donde de hecho tendrá la importancia de una segunda reforma y aun mayor que la primera, y de la cual Inglaterra está casi en ayunas, se desarrolló por entero bajo los auspicios del judío . . [1]”

Gougenot-Desnousseaux, alegado por Janet, recapitula todas sus interesantes pesquisas acerca de la judería en relación con la masonería, en estos términos:

“¡La masonería, esa inmensa asociación, cuyos *contados iniciados*, es decir, cuyos jefes reales muy diversos de los jefes nominales, viven en estrecha é intima alianza con los miembros militantes de la judería, principes é imitadores de la sublime cabala! Porque esta porción escogida, estos jefes *reales*, á quienes *tan pocos iniciados* conocen, y aun esto por lo general bajo los nombres de guerra, funcionan sometidos á la saludable y oculta superioridad de los cabalistas israelitas. Esto se obtiene merced á los hábitos de rigurosa discreción impuesta por terribles juramentos y amenazas, y merced además á la *mayoría* de los judíos que la misteriosa constitución de la masonería hace sentar en su consejo supremo.” — En Lon-

(1) *Connigsby*, p. 183-184,

dres, donde se halla el foco de la revolución bajo el mando del gran maestre Palmerston, existen dos logias judías que nunca vieron su umbral pisado por cristianos. Allá van á parar los hilos de todos los elementos revolucionarios cobijados en las logias cristianas.—Después del recrudescimiento revolucionario de 1845, hice conocimiento con un *judío*, que por vanidad, vendía el secreto de la sociedad en la cual está afiliado, y me daba aviso, con ocho ó diez días de anticipación, de todas las revoluciones que iban á estallar en cualquier punto de Europa [4].”

La *Alianza israelita universal* fundada en 1858 lanzaba al mundo su programa por boca del *judío* h.: Crémieux en los términos siguientes:

“La *Alianza israelita universal* se dirige á todos los cultos, quiere penetrar en todas las religiones, como penetra en todos los países del mundo . . . Unanse todos los hombres ilustrados, sin distinción de cultos, dentro de esta *asociación israelita universal*. Tender una mano amiga á todos esos hombres, que nacidos en religión distinta de la nuestra, nos alargan su mano fraterna, con la persuasión de que todas las religiones que tienen por base la moral y por corona á Dios, deben ser amigas unas de otras, derribando así las murallas que separan á los que un dia han de estar juntos; tal es, señores, la hermosa, la grande misión de nuestra *Alianza israelita universal* . . . Llegó la hora de fundar sobre base indestructible una asociación inmortal.”

¿A quién no llama la atención, exclama Janet, la identidad de este programa con el de la masonería?

Judaísmo y masonismo, continúa, son dos instituciones paralelas. No lo digo yo solamente, sino que hace alarde de ello

(1) *Le juif, le judaïsme et la judaïsation des peuples chrétiens.*—París.

el gran rabino de Francia en la distribución de premios de las escuelas profesionales israelitas, celebrada en 1879 en el hotel del Gran Oriente: nótese el lenguaje:

“Escuchad, amigos míos: esta reunión presenta una coincidencia que me embelesa y que no puedo menos de manifestaros. ¿Sabéis dónde os hallais y dónde nos hallamos todos? En los salones de los francmasones, quienes tuvieron á bien ponerlos á nuestra disposición, favor por el cual les envío la expresión de mi agradecimiento.

“¡Los francmasones! ¿Cuánto no se ha dicho contra ellos? Los han tratado de perturbadores de la tranquilidad pública, de impíos, de ateos y de qué se yo cuantas cosas más. Los han hartado de aflicciones, los han columpiado, perseguido. Han intentado desterrarlos, exterminarlos como á nosotros.

“Mas allí están en pie como nosotros. No son rebeldes ni ateos . . . , son hombres de corazón y de honor. Predican, al igual nuestro, la tolerancia y la caridad; predicen lo mismo que nosotros, la fraternidad, el trabajo, la solidaridad humana. Por esto vivimos unos y otros, y vivimos á despecho de todos y contra todos.”

¡Ah, bellacos! ¡ah, descarados!

En 1869 se reunía en Leipzig un gran sínodo de judíos ortodoxos reformados, y liberales de todas las naciones, y se adoptaba la siguiente proposición:

“*El sínodo reconoce que el desenvolvimiento y la realización de las IDEAS MODERNAS son la más segura garantía para el presente y el porvenir de la nación judía y de sus hijos.*”

Estas *ideas modernas* son las ideas masónicas y por consiguiente la masonería trabajando por ellas, está al servicio de los judíos [1].

(1) *Les sociétés secrètes, etc.* T. III. Ch. prélím. pár. 9.

Buena cosecha nos ha proporcionado Mr. Janet en compañía del P. Deschamps. Dios se lo pague.

Solo nos falta para cerrar esta última información levantada á la secta judía, poner el complemento con la carta que un tal Simonini dirigió al P. Barruel. Es documento de importancia grandísima, de autenticidad incontestable y de veracidad justificada. El original de Simonini, lo mismo que la carta del P. Barruel al Papa, se guardan en los archivos del Vaticano, donde la *Civiltá cattolica*, en 1882, consultó ambas misivas. La presente traducción está sacada de la copia que hizo el mismo P. Barruel, conservada en los archivos de Friburgo, de Suiza.

*Copia de una carta, que yo, Agustín Barruel,
canónigo honorario de Nuestra Señora, recibí en París,
el 20 de agosto de 1806.*

J. M. Florencia, 1º agosto 1806.

“Muy señor mío: Hace pocos meses tuve por casualidad la dicha de leer vuestra excelente obra titulada: *Memorias de los jacobinos*: que he leído, ó mejor dicho devorado con indecible placer, y de la que he sacado grande utilidad y mayores enseñanzas para mi propia conducta, tanto más cuanto que en ella he encontrado pintadas infinitad de cosas de que en el curso de mi vida he sido testigo ocular, aunque sin comprenderlas del todo. Recibid, señor, por todo ello de este ignorante militar, que tal lo soy, las más sinceras felicitaciones por vuestra obra, que con justo título puede llamarse la obra por excelencia del pasado siglo. ¡Ah, qué bien habeis quitado la careta á esas sectas infernales, que preparan los caminos del Anticristo

y son las enemigas implacables, no sólo de la religión cristiana, sino también de todo culto, de toda sociedad y de todo orden!

“Hay sin embargo entre esas sectas una, á la que no os habeis referido sino muy de pasada, quizá porque es la más conocida, y en este concepto la menos temible; aunque en mi opinión es hoy el poder más formidable, si se consideran sus inmensas riquezas y la protección de que goza en casi todos los Estados de Europa. Ya comprendereis que me refiero á la secta judía. Parece en un todo enemiga y separada de las demás; pero realmente no lo es. En efecto basta que cualquiera de ellas se declare enemiga del nombre cristiano, para que el judaísmo la favorezca, la auxilie y la proteja. ¿No le hemos visto y no le vemos todavía ahora prodigar el oro y la plata para sostener y dirigir á esos modernos sofistas, francmasones, jacobinos é iluminados? Los judíos por consiguiente no forman con todos los otros sectarios sino una sola asociación para aniquilar, á ser posible, el nombre cristiano. Y no creáis, señor, que en esto exagero lo mas mínimo; pues yo no sostengo sobre este punto nada, que no me haya sido declarado por los mismos judíos, y ved de qué manera.

“Cuando el Piamonte, de donde yo soy nativo, se hallaba en revolución, tuve ocasión de frecuentar el trato y tener confianza con ellos, aunque ellos fueran los primeros en buscarme; y como yo entonces escrupulizaba poco, afecté estrechar con ellos grande amistad, y llegué á decirles, suplicándoles el más riguroso secreto, que había nacido en Liorna de familia judía; que muy pequeño todavía, había sido educado por no sé quién, que ni siquiera sabía si había sido ó no bautizado, y que á pesar de vivir y obrar exteriormente como católico, pero en mi corazón pensaba como los de mi nación, por la que había conservado siempre tierno y secreto amor. Entonces ellos me hicieron

los mayores ofrecimientos y me franquearon toda su confianza. Me prometieron el ascenso de general, si me prestaba á entrar en la secta de los francmasones; me enseñaron grandes cantidades de oro y plata que distribuían, me decían, entre los que abrazaban su partido, y se empeñaron en regalarme tres armas adornadas con las insignias de la francmasonería, que yo acepté para no disgustarlos y animarlos á que me dijeran sus secretos. He aquí lo que los principales y más ricos judíos me descubrieron en diferentes ocasiones.

“1.º Que Manes y el infame Viejo ó anciano de la Montaña habían salido de su nación;

“2.º Que los francmasones y los iluminados fueron fundados por dos judíos, cuyos nombres me dijeron, mas que por desgracia se me han borrado de la memoria;

“3.º Que de ellos, en una palabra, habían tomado origen todas las sectas antierísticas, tan numerosas al presente, y cuyos afiliados ascendían á muchos millones de ambos sexos, de todo estado, categoría y condición;

“4.º Que solo en nuestra Italia contaban como adeptos más de ochocientos eclesiásticos, regulares y seculares, entre ellos muchos párocos, públicos profesores, prelados, algunos obispos y algunos cardenales; y que no desesperaban de tener dentro de poco un Papa de su partido [cosa que fuera posible, suponiéndole cismático];

“5.º Que igualmente en España tenían gran número de partidarios, aun entre el clero, á pesar de estar en ese reino vigente todavía la maldita Inquisición;

“6.º Que su mayor enemigo era la familia de los Borbones, á la cual dentro de pocos años esperaban aniquilar;

“7.º Que para mejor engañar á los cristianos, ellos fingían serlo también, viajando y andando de un país á otro con par-

tidas falsas de bautismo, que compraban á algunos párocos avaros y corrompidos;

“8.º Que esperaban á fuerza de astucia y dinero obtener de todos los gobiernos el estado civil, como lo habían conseguido en muchos países;

“9.º Que una vez en posesión de los derechos civiles como todos, ellos comprarían casas y tierras cuantas pudiesen, y por medio de la usura bien pronto despojarían á los cristianos de sus bienes raíces y tesoros, como está sucediendo en Toscana, donde los judíos ejercen impunemente la usura más exorbitante y continuamente están haciendo inmensas adquisiciones de fincas rústicas y urbanas;

“10.º Que por consiguiente esperaban en menos de un siglo hacerse dueños del mundo, abolir todas las demás sectas para que la suya tuviese exclusivo dominio, convertir en sinagogas todas las iglesias de los cristianos y reducir á estos á una verdadera esclavitud.

“Ved aquí, señor, los terribles proyectos de la nación judía, que yo he oido con mis propios oídos. Ciertamente es imposible que los realicen todos, como contrarios á las promesas infalibles de Jesucristo, á la Iglesia y á las profecías, las cuales anuncian que ese pueblo debe andar errante y vagabundo en desprecio y esclavitud, hasta llegar al conocimiento del verdadero Mesías que él crucificó, y hasta abrazar la fe para consuelo de la Iglesia en los tiempos posteriores. Sin embargo, ellos pueden causar mucho daño, si los gobiernos siguen favoreciéndolos, como lo hacen de muchos años á esta parte. Sería por lo tanto mucho de desear, que una pluma enérgica y excelente como la vuestra abriese los ojos á dichos gobiernos y les persuadiese de volver á reducir á este pueblo á la abyección que se merece, y en la cual nuestros padres, más políticos y juiciosos que nosotros, tuvieron siempre cuidado de man-

tenerlos. A conseguir este fin, señor, os invito de mi parte, suplicando dispenseis á un italiano, á un militar las faltas de toda clase que encontráreis en esta carta. Deseo que la mano de Dios os otorgue la más abundante recompensa por los lúminosos escritos con que habeis enriquecido á la Iglesia; y el que los leyese cobre por vos la más alta estimación y el más profundo respeto, con que yo, señor, tengo la honra de ser vuestro humildísimo y adictísimo servidor,

Juan Bautista Simonini;

“P. S. Si en este país puedo serviros en algo y si teneis necesidad de nuevos informes acerca del contenido de la presente, hacédmelo saber y sereis complacido.”

A continuación de la copia de la carta se leen las siguientes anotaciones que escribió el P. Barruel en tres épocas sucesivas.

“N. B. 1.—Bien pensado, el contenido de esta carta parecería inverosímil, y al menos en sana crítica [cuántas pruebas exigiría, cuya adquisición es imposible! Por esta razón me he abstenido de publicarla, si bien creí deber comunicarla al cardenal Fesch, para que hiciese de ella cerca del emperador el uso que juzgase conveniente. Lo mismo hice con M. Desmaret, á fin de que hablase de ella al jefe de policía, si le parecía útil.

“Creo haber acertado en no publicar nada de esto.—En dar noticia á toda esa gente, me proponía impedir los resultados que pudieran originarse del sanedrín convocado en París por el emperador. La carta produjo en M. Desmaret tanto mayor impresión, cuanto que entonces andaba haciendo indagaciones acerca de los judíos, los cuales, me decía él, son peores en Alsacia que en Toscana. Me pidió el original; mas yo me negué á entregárselo, para enviarlo al Papa, como lo efect-

tué, rogando á este tomase respecto de M. Simonini los informes conducentes á saber qué grado de confianza merecía su carta. Después de algunos meses Su Santidad me hizo escribir por conducto del abate Tetta, su secretario, que *todos los indicios eran favorables á la veracidad y probidad de aquel que me había descubierto todo aquello de que decía haber sido testigo.*

Posteriormente no habiéndome permitido las circunstancias ponerme en relaciones con M. Simonini, consideré de mi deber guardar sobre el objeto de la carta el más profundo silencio, por estar seguro, de que si se me daba crédito, podría ocasionar una matanza de judíos, y si no, tanto y más valía no haber dicho nada.

N. B. 2.—A la venida del rey, hice llegar á sus manos copia de la carta.—Para concebir este odio de los judíos contra los reyes de Francia, es preciso remontarse hasta Felipe el Hermoso, quien el año de 1306 arrojó de Francia á todos los judíos, apoderándose de sus bienes; por lo que hicieron causa común con los templarios, y de ahí el origen del grado Kadusch.

“N. B. 3.—Por conducto de un francmاسón iniciado en los grandes misterios de la secta, he sabido que esta cuenta muchos judíos, sobre todo en los grados superiores.”

Mr. Janet da por muy verosímiles las antecedentes revelaciones é indicaciones, y las corrobora con multitud de hechos, parte de los cuales nos son conocidos.—La grande influencia de los judíos en el consejo de la Alta Venta. El alerta dado por el cardenal Consalvi á los gobiernos de Europa. Las ardientes simpatías de los judíos por el gobierno de Napoleón, particularmente en el asunto de la abolición y secularización

de los principados eclesiásticos, llegando en Alemania, dice Janssens, á aclamarlo como á Mesías, esto es, destructor de la Iglesia. La prisa y alborozo con que acudieron á Inglaterra en los días de la reforma, colmando de lisonjas á Eduardo VI y á Isabel. La estrecha unión que tuvieron con Cromwell, quien los protegió cuanto pudo y les otorgó derechos civiles. El gran sanedrín de París, por efecto del cual entraron en el goce de todos los derechos al igual con los cristianos. Las advertencias hechas por el conde de Maistre al rey de Cerdeña y al emperador de Rusia respecto á los mismos judíos.

Por nuestra propia cuenta adjudicarnos mayor importancia todavía al documento y prestamos más fe á sus revelaciones.

Desde luego su autenticidad no consiente la más leve sombra de duda. La *veracidad* y *probidad* del narrador aparecen suficientemente garantidas por la respuesta del Papa. ¿Que los judíos le mintieron á su sanguido hermano? ¿En qué? si de los diez capítulos de confesiones ó revelaciones espontáneas sólo uno hay, el primero, que pueda ofrecer dificultad? Corregida en el número 10º la bravata de convertir en sinagogas todas las iglesias cristianas, todo lo demás son ó afirmaciones históricas que no es lícito negar, ó anuncios de lo futuro que con nuestros propios ojos vemos hoy desgraciadamente realizados: todo este largo proceso que acabamos de formar á la maldita raza, y para el cual Mr. Janet en compañía del P. Deschamps nos ha aportado tan excelentes materiales, á gritos nos está convenciendo de ello.

Y descendiendo á algunos particulares, tocante á los Borbones, el odio de los judíos en nuestro humilde concepto y salvo el respeto debido á nuestro maestro el P. Barruel, más que por el acto de Felipe el Hermoso, se explica por el hecho de ser aquellos, á la fecha de las confianzas ó revelaciones, los principales y casi los únicos representantes de la realeza

más ó menos católica; aunque en ese odio los judíos pecaron de muy ingratos; pues ¿qué habría sido de la planta revolucionaria, si no hubiesen preparado y abonado sin pensar el terreno, primero desde muy atrás los Borbones de Francia, y más tarde los de España y de Italia? La alegoría del grado Kadosh sabido es qué en su malicia comprende á todas las monarquías, no solo á las borbónicas.

Por lo demás, ¿qué resta de la aciaga familia? Un solo representante sentado en el trono de España por gran merced de la revolución y *ad tempus*, mientras España acaba de madurar para la república, según verídicos informes de la masonería recojidos por el P. Deschamps [1]. Ya se vió en 1868 con qué facilidad la masonería despachó á Isabel II á tomar aires extranjeros: con la misma colocó en el trono á Alfonso XII por convenir á los fines de la secta, para sacudirse la amenaza de Carlos VII que acaudillaba el partido católico. El designado por la solicitud amorosa de la masonería para la ejecución del plan, fué el general Martínez Campos. Léanse los citados informes.

En consecuencia no era fanfarronada de los judíos lo de acabar con los Borbones.

Vengamos á la cuestión más obscura del número 1º de las confianzas, si Manes y el Viejo de la Montaña eran judíos. Si Manes, persa de nacimiento al parecer, no era prosélito judio, á lo menos sin gran trabajo se aclara la genealogía judaica del maniqueísmo hasta el judio Simón Mago, como veremos adelante. ¿Y el Viejo? el famoso Hassan creó una verdadera secta, con su sistema de incredulidad la más completa é inmoralidad desenfrenada, con su rabioso fanatismo, con su estricto secreto, con sus *tres grados*. . . . La amistad de Asesinos y tem-

(1) *Les sociétés secrètes*. L. II. Ch. XII, pár. 3.

plarios parece constar asaz, testigo César Cantú, y antes de él, otros. El Viejo mandó presentes á S. Luis. ¡Grande ascendiente el del heroísmo cristiano! Pero S. Luis en Francia, si había prosperado el Talmud, no había perseguido á los judíos, antes con altas miras de su conversión los había honrado.

Sobre el número 3º de los descubrimientos. Que si todas las sectas anticristianas han nacido del judaísmo. El judío siempre se alió con los enemigos del cristianismo; cualesquiera que ellos fueran, si bien maquinando en secreto. Del predominio é señorío actual del judío sobre todas las sectas sobran los testimonios.

Resultado final: que aquellas expansiones de los judíos con su hermano de mentirijillas son algo más que verosímiles.

Moralidad general: que la carta del militar italiano es documento á todas luces aprovechable y de interés grande.

Basta ya de preliminares. Venga la discusión de los dos sistemas que pretenden demostrar el origen judaico de la masonería, y sea primero en el examen el de D. Mariano Tirado y Rojas, fundado en los ritos masónicos, y que el autor en su primer tomo de *Masonería en España, Introducción*, párrafo III, propone en estos precisos términos:

“Basta repasar los rituales masónicos, para convencerse de que en todos los actos de la masonería, en todas sus ceremonias y ritos, y en todos sus planes y procedimientos, palpita viva, constante, eficaz y activamente el espíritu del judaísmo.”

Querrá decir el autor seguramente, aunque no lo expresa con la deseada claridad, que estando esos ritos impregnados del espíritu judaico y representando con su simbolismo los actos, planes y procedimientos de la secta judaica, claro es que al adoptarlos la masonería, se confiesa por ende heredera ó he-

chura del mismo judaísmo. De consiguiente al autor le incumbe ante todo probar el antecedente, esto es, que los ritos masónicos son y representan lo que de ellos se afirma. A nosotros nos toca inquirir; primero, si se prueba el antecedente; segundo, si concedido el antecedente, fluye la consecuencia.

El autor desarrolla su prueba con el análisis e interpretación de los grados masónicos. Sin seguirle punto por punto, porque sería tarea muy entretenida, no cencenaremos lo substancial de su estudio, ni rebajaremos en lo más mínimo el valor de sus observaciones; tampoco le interrumpiremos, reservando para el fin nuestro juicio.

El autor se explica así:

Desde el grado 1º hasta el 9º nada hay que no sea exclusivamente judaico y que no se refiera al capital y único objeto que persigue el pueblo hebreo, á saber: la reivindicación de su nacionalidad y su reinstalación en aquellos Santos Lugares. . . . Al neófito se le habla de una grande obra, para la que se necesita el concurso de todos los *hermanos esparcidos*, y se le arma de una escuadra, un compás y una piedra tosca que ha de desbastar. Al *compañero* se le pone en la mano un martillo y un escoplo. Al *maestro* se describe el templo de Jerusalén, y se representa la dispersión de sus obreros ocasionada por la muerte del maestro Hiram. Los grados sucesivos de *maestro secreto*, *maestro perfecto*, *secretario íntimo*, *preboste* y *juez*, *é intendente de los edificios*, son como la prolongación plañidera por la muerte de Hiram y la expresión continua del deseo de ver reedificado el templo.

El grado 9º, que para muchos es realmente el último de la masonería, encierra todo el secreto masónico, que en el 13º se descubre con una sola palabra, y contiene todos los fines y propósitos de la masonería.

Acción de la fábula: la muerte del principal asesino de Hiram.—Principales personajes: Salomón, el rey de Tyro, los tres asesinos Jubelas, Jubelos y Jubelum, cuyos nombres auténticos son Abibala, principal asesino, Sterkin y Otersfurt, cómplices; un muñeco, que debe de representar al hijo que Hiram hubo de la reina de Sabá.—Decoración y disfraces análogos, escenas de puñales y gritos de ¡Nekam! ¡Nekar! [¡Venganza!]

—Desenlace: muerte de Jubelas ó Abibala, y fuga de los otros dos.

Grado 10º 6 de los *Elegidos de los Quince*.

Jubelos y Jubelum se refugiaron en el país de Geth, cuyo rey es Maaca: Salomón expide en su persecución á *quince* maestros de los más celosos en 15 de Junio: estos cautivan á los dos fugitivos y llegan con ellos á Jerusalén el 15 de agosto: los asesinos son desbarrigados y decapitados.

¿Quiénes son Hiram, Salomón, Jubelas, Jubelos y Jubelum, los maestros elegidos y el rey Maaca, tributario de Israel?

Hiram.—Es el judaísmo aferrado á la Ley antigua.

Abibala.—Jesucristo, que da muerte á Hiram ó á la ley antigua.

Salomón y los Quince.—La sinagoga, que mata á Jesucristo y persigue de muerte á sus discípulos.

Jubelos y Jubelum.—La Iglesia y sus fieles.

Maaca.—El Estado moderno, tributario de los judíos y obligado á entregar en manos de la sinagoga á la Iglesia.

Este, y no otro, concluyé el autor, es el verdadero secreto masónico.

La interpretación y la conclusión se comprueban:

1º. En el grado 11º Salomón, para recompensar á los *Quince* escoje doce de entre ellos y les confía el gobierno de las doce tribus de Israel.

2º En el grado 12º Salomón organiza la administración de las doce tribus y enseña los medios para llenar las arcas del Tesoro, exhaustas por los gastos de construcción del templo y los de guerra.

3.º Con el grado 13.º se descubre más el secreto.

Grado 13.º 6 del *Real Arco*.

El profeta Enoch escondió debajo de nueve arcos un delta ó triángulo equilátero de ágata, que lleva escrito el *Nombre Inefable* [de Dios], junto con dos columnas, una de bronce y otra de mármol, en la cual se explica la pronunciación de dicho *Nombre*. Salomón manda buscar todo esto á tres Grandes Maestros Arquitectos.—Los iniciados han de bajar de tres en tres á un subterráneo: allí encuentran la columna de bronce y el delta con la escritura del *Nombre inefable*, pero no la columna de mármol.

Fruto ó resultado del grado 13º, comunicar la escritura del nombre con que los hebreos conocen á Dios, *Jehová*.

Grado 14º ó del *Gran Elegido de la bóveda sagrada, ó sublime masón*.

Preside Salomón.—Decoración: una mesa con los Doce panes de la Proposición, y el Arca de la Alianza.—La pronunciación del Nombre Inefable se perdió en la catástrofe del diluvio; pero Dios se la revela á Moisés, este la graba en una medalla de oro y deposita la medalla en el Arca de la Alianza. Es hallada la medalla.

Fruto de este grado, la pronunciación del Nombre Inefable, *HHHHOH*.

Grado 15º ó del *Caballero de Oriente ó de la Espada*.

Versa sobre la libertad del pueblo judío.—Zorobabel “con la espada en una mano y la llana en la otra” trabaja en la redisección del templo y pelea contra los samaritanos.

Grado 16º ó de Príncipe de Jerusalén.

Zorobabel acude á Dario, y este ordena que los samaritanos se sometan á los judíos y les paguen tributo.—Los *samaritanos* somos todos los cristianos.

El grado 17º, de *Caballeros de Oriente y Occidente*, da enseñanza de gnosticismo y proclama antes que Lutero el derecho de reunión y el libre examen.

Grado 18º, de Caballeros ó Soberanos Príncipes Rosa-Cruz.

Preside Herodes, el que escarneciendo como loco á Jesucristo, le negó su divinidad. Trata de explicar á los aspirantes la inscripción INRI, diciéndoles:

“Muchos ignorantes han interpretado: *Iesus Nazarenus Rex Iudeorum*, esto es, Jesús Nazareno, Rey de los Judíos. Esta interpretación no puede aceptarse como verdadera, puesto que Jesús no fué jamás rey de los Judíos.”

Que es la misma protesta del sanedrín hebreo, representado por el capítulo de la logia.

Otra interpretación del INRI.—“Sabido es, dice el P. Barruel, que la interpretación verdadera es, *Jesús Nazareno Rey de los Judíos*. Pero el adepto Rosa-Cruz aprende á sustituirla con esta otra: *Jesús Nazareno conducido por Rafael á Judea*; interpretación que hace de Jesucristo un judío ordinario conducido por el judío Rafael á Jerusalén, para ser allí castigado por sus crímenes.

“Por esta razón, desde que las respuestas del aspirante demuestran que este conoce el sentido de la inscripción INRI, el *Muy Sabio*, es decir, Heródes, exclama: *Hermanos míos, la palabra ha sido hallada*; y todos aplauden á la aparición de este rayo de luz, por medio del cual les hace ver el *hermano* que Aquel cuya muerte es el gran misterio de la religión cristiana,

fué ni más ni menos un simple judío crucificado por sus crímenes."

A esto sucede una sacrílega parodia de la institución de la Eucaristía, en que el *Muy Sabio*, que para mayor escarnio representa á Heródes, hace besa del Sacramento de amor.

Para poner un sello inequívoco de su procedencia judaica á este grado, viene la cena ritual, que todos los *Caballeros Rosa-Cruz* han de celebrar precisamente en la noche del Jueves al Viernes Santo, siendo obligatoria la asistencia de todos los miembros del capítulo que habiten en el radio de 25 kilómetros del centro de reunión. Se comienza con la profanación sacrílega de la Sagrada Eucaristía: luego observando todo el ceremonial con que los judíos celebran la Pascua, se come el cordero pascual, que en algunos capítulos es presentado con una corona de espinas en la cabeza y las extremidades de sus remos delanteros y posteriores atravesados con clavos; cabeza y remos que con los restos de la comida son arrojados al fuego: se concluye con una francachela gastronómica, que suele degenerar en completa orgía.

Para quitar escrúpulos á algunos adeptos, los masones les dicen que si efectivamente el origen de la masonería pudo ser judaico, pero que desde la Edad Media la masonería se ha ido transformando, y que hoy el judaísmo no tiene otras relaciones con ella que aquellas de origen que tiene con el cristianismo. Mas se prosigue el argumento judaico.

Grado 19º, ó de *Grandes Pontífices de la Jerusalén celeste*.

Aunque con apariencias místicas se sigue en él tratando de la conquista de Jerusalén de un modo ambiguo, ya hablando de la celeste, ya dejando entrever la terrestre, concluyendo de todos modos contra la divinidad de Jesucristo é infiriendo el derecho de los judíos á dominar la Jerusalén terrestre.

Grado 20º

En él el Areópago, pues desde el grado 19º toman ese título las lógias, está presidido por el rey Asuero, y el candidato vuelve á convertirse en Zorobabel y á disertar sobre la necesidad de dar libertad al pueblo hebreo.

Grado 21º, de *Caballeros prusianos*.

Es una adulteración hecha en gracia de Federico de Prusia, pero al qué sucede en calidad de apéndice el del *Patriarca Noaquita*, que antes ocupaba este lugar en la serie. El jefe de la logia es un descendiente de *Phaleg* [Faleg], arquitecto de la torre de Babel. Simbólicamente el judaísmo es reintegrado en los bienes que en diferentes ocasiones le fueron confiscados; los cristianos y la Iglesia condenados á indemnizarle. Se explica la historia de Babel, se dan como palabras de pase, *Federico y Noé*, y como consigna, los nombres de *Sem, Cam y Japhet*.

Grado 22º, *Príncipe del Libano ó Real Hacha*.

Se vuelve á hablar de la construcción del templo de Jerusalén; se saca la figura del rey Salomón; Jubelos, Jubelos y Jubum son entregados á los compañeros del maestro Hiram para ser castigados.

Grado 23º, *Jefe del Tabernáculo*.

El presidente es Aarón, con el dictado de Gran Sacrificador, y los miembros del capítulo son llamados y visten de Levitas hebreos. Al hijo del maestro Hiram se le dice:

“Si es preciso sacrificar hombres para vengar la muerte de vuestro ilustre padre, no lo serán los esclavos ni los prisioneros de guerra, sino los traidores, los hipócritas y los viciosos.” Estos últimos son los sacerdotes de la Iglesia, aquellos los judíos.

Grado 24º, *Príncipe del Tabernáculo*.

Recuerdos sobre la construcción del templo de Jerusalén. El graduando dice, que "él no ha tenido parte en el asesinato de Hiram."

Esto parece indicar que á este grado sólo son admitidos los judíos, como los únicos que no contribuyeron á la sustitución de la Ley Antigua por la Ley de Gracia: esta creencia corre válida en las logias. Entre los masones bautizados y revestidos de grados superiores al 24°, no hemos hallado ninguno que haya recibido dicho grado, si no es por comunicación, y en cambio hemos conocido á muchos judíos que lo poseían, y cuando hemos querido visitar sus capítulos, nunca hemos podido lograrlo.

Los rituales modernos dicen, que en este grado se explica el gran símbolo de Salomón, el doble triángulo, los dos ancianos de la cábala, el Dios de luz y el Dios de los reflejos. . . el Jehová blanco y el Jehová negro.

En este grado además, dicen esos rituales, se enseñan "los elementos de las ciencias ocultas," ó sea, la magia. Conocida es la afición antigua de los judíos á ella.

Grado 25°, Caballero de la serpiente de bronce.

El monte Sinai, al rededor del cual hacen pasear al aspirante, el delta con el nombre de Jehová, la serpiente de bronce. "Unos caballeros cruzados libertaron de los musulmanes á unos israelitas, y estos les enseñaron la tradición de la Serpiente, con lo cual los Cruzados se dedicaron *al culto del verdadero Dios* y al rescate de los cautivos, abandonados sus errores. "El pueblo tiene necesidad, dice el orador, de la libertad que fué devuelta á aquellos israelitas por tan valerosos caballeros; es decir, los caballeros de la masonería darán al pueblo la libertad, y esta no se obtiene sino rompiendo sin piedad las pesadas cadenas del despotismo civil, religioso, militar y económico."

O lo que es igual; la masonería dará á todo el pueblo judío la libertad, etc.

Grado 26.^o, *Príncipe de la Merced.*

Parodia sacrílega de esta Orden religiosa. Se insiste en la necesidad de libertar al pueblo oprimido, esto es, al judío.

Grado 27.^o —Commemoración de la sentencia que condenó á los templarios.

Grado 28.^o —Conjunto de obscenidades.

Grado 29.^o —Repetición de los actos de idolatría de los templarios

Grado 30.^o —*Caballero Kadosch.*

Se advierte que á muchos, de cuya irreligión se desconfía, se confiere este grado sólo por *comunicación* y dándoles una falsa explicación de su significado.

Kadosch, voz hebrea, equivale á santo ó justo. —En la apariencia este grado representa la muerte de Santiago Molay. — El areópago ó cámara ha de contar doce miembros precisamente, número de las tribus de Israel.

El aspirante da muerte á un cordero. Sabida es la significación mística que tiene el cordero en la religión católica.

En una de las cámaras de recepción se figura un sepulcro *rodeado de guardias*, y en él se tiende uno de los Caballeros Kadosch, que en el momento de entrar el graduando se incorpora, diciendo:

«Quién eres? ¿qué quieres? ¿por qué te atreves á turbar mi reposo?»

Apaga la única luz que hay en la cámara y se sale sigilosamente. El introductor llama al presidente del capítulo, el cual provisto de otra luz se acerca al sepulcro y levantando el sudario exclama con acento de cólera y sorpresa: *¡Vacio!*

Con este mismo acento debieron pronunciar la misma palabra los príncipes de los sacerdotes, al tener noticia de que Je-

sús no se hallaba en el sepulcro al tercer dia de su muerte.

Dicen los rituales masónicos que ese sepulcro representa el de Santiago Molay. Pero ¿á qué viene entonces la desaparición del supuesto cadáver y la exclamación dicha?

El acto sacrílego de escupir y pisotear el crucifijo, dicen los masones que está tomado de las iniciaciones secretas de los templarios. Pero ¿quién pudo inspirar á estos tan horrendo crimen, sino aquellos israelitas. . .?

Aquí Hiram es sustituido por Molay; pero en todo lo demás la enseñanza de este grado es igual á la de los grados 9º y 10º. En estos se quiere exterminar á Jubelos y Jubelum, que han de ser entregados por Maaca: en el grado Kadosch se excita sin velos ni figuras al exterminio del Papado y la monarquía cristiana contando con el apoyo de Federico de Prusia.

La palabra sagrada de este grado es: *Nekam, Adonai*.—¡Venganza, Señor!—con el puñal en la mano y el ademan de tirar una puñalada al cielo.

Pharasch-chol.—Todo está explicado—contesta el presidente del capítulo levantando la sesión.

Grado 31º.—Los masones de este grado son los jueces de la secta, que condenan á los masones que faltan á sus leyes, unas veces á deshonor perpetuo y otras á la muerte. Se le advierte al aspirante, que ya no se le habla por paráboles ni símbolos, sino que todo lo ha de tomar en el sentido literal.

Grado 32--- *Príncipe del Real Secreto*.

En el centro de la sala se ve trazado en relieve ó de bulto un campamento, que representa el ejército masónico universal: este ejército se halla preparado á emprender campaña, para apoderarse de Jerusalén y reedificar el templo de Salomón. Se dice al candidato:

“El primer cañonazo y la primera concentración se verificó, cuando Lutero se puso á la cabeza de la rebelión de la in-

teligencia; el segundo cañonazo y la segunda concentración, cuando se proclamó en América la afirmación de que todo gobierno humano recibe su autoridad del pueblo, y nada más que del pueblo; el tercer cañonazo y la tercera concentración, cuando en Francia se proclamaron los derechos del hombre, contenidos en la fórmula *Libertad, Igualdad y Fraternidad*. El cuarto y quinto cañonazo no se han disparado todavía y no se han realizado por lo tanto la cuarta y quinta concentración. Cuando esta última se verifique, Jerusalén será conquistada y quedará definitivamente constituido el Santo Imperio.

Téngase presente la advertencia hecha en el grado anterior, de que todo se ha de entender en sentido literal; así no se trata aquí de una Jerusalén ideal, sino de la Jerusalén de Palestina.

La masonería se alía y concierta con todos los errores opuestos á la verdad católica, y todos ellos encuentran en la secta los medios de propaganda y acción para extenderse. Y unas veces aparece gnóstica, otras templaria, hermética ó filosófica, pero sin abandonar su ropaje hebreo, ni perder un momento de vista su objetivo, que no es otro que la conquista de Jerusalén, el imperio avasallador de los judíos que hacen del resto de la humanidad un pueblo de esclavos. Esto ha de suceder á la venida del Anticristo, y este conforme á una de las versiones, ha de pertenecer á la raza judía.

Grado 33°

En el centro del dosel presidencial, en Oriente por lo tanto, campea el triángulo con la inscripción de Jehová en letras hebreas, HUHI. Al pie de las gradas del estrado presidencial hay un pedestal y sobre él un Antiguo Testamento abierto por el libro de la Sabiduría, y una espada.

El aspirante en su juramento besa tres veces el libro, al cual dice considerar como la palabra sagrada del Ser Supremo

Eterno. Luego el Nuevo Testamento no es la palabra de Dios. Es muy de notar que todos los documentos masónicos se prestan sobre un ejemplar del *Antiguo Testamento*; se jura por la Ley Antigua y en ningún caso por la Ley de Gracia. El graduando jura adorar *al solo verdadero Dios vivo*, al Padre, á Jehová; por consiguiente se excluye al Hijo y al Espíritu Santo.

Se le dice:

“Los tres infames asesinos de nuestro Gran Maestre son: la Ley, la Propiedad y la Religión

“De estos tres infames enemigos la Religión deberá ser el objeto constante de nuestros mortales ataques (*sic*), porque un pueblo jamás ha sobrevivido á su Religión, y matando á la Religión, tendremos á nuestra disposición la Ley y la Propiedad, y podremos regenerar la sociedad, estableciendo sobre los cadáveres de aquellos asesinos la Religión, la Ley y la Propiedad masónicas.”

Para que el iniciando no se deje llevar demasiado lejos por las doctrinas socialistas y anarquistas que se le predicen, ni crea que el comunismo es la última palabra de la masonería, se le avisa:

“Sin embargo, evitad con el mayor cuidado inclinaros con exceso al proletariado; porque este reclama, mas no trae ningún beneficio.

“Nuestro verdadero objetivo son las clases que dirigen, cuya instrucción superficial e inconsiderada ambición constituyen el medio más favorable para el desarrollo de nuestras doctrinas.

Por consiguiente de lo que aquí se trata es de despojar á los burgueses y á la Iglesia principalmente para provecho de la secta.

¿Quién va llevando á cabo esa expliación? El judaísmo. La

guerra de este á la propiedad se demuestra con todos los hechos de la época actual.

¿No es el judaísmo quien en todo y por todos los medios combate la Ley cristiana para reemplazarla con la Ley judaica?

La masonería quiere acabar con la Religión, pero no con todas las religiones, pues dice tener la suya. Ahora bien:

¿La religión de la masonería es la misma cuyo triunfo procura el judaísmo? Punto importantísimo.

Es la misma; la prueba:

Idea repetida de la libertad del pueblo judío y reedificación del templo.—Palabras de reconocimiento de todos los grados, excepto unas pocas, todas judías.—La palabra inefable es *Je-hová*.—Los meses masónicos son los meses judíos.—El calendario masónico es judío.—El *Rosa-Cruz* se supone circuncidado: “*¿Sois caballero de Oriente y Occidente?*” y responde: “*He derramado mi sangre* (de Oriente) y he sido *purificado con el agua* (bautismo, de Occidente).—*Rosa-Cruz* obligado á la Pascua en forma judía.—*Caballero Kadosch* inmola un cordero.—Con desdenoso apresuramiento se le dice al *Rosa-Cruz*, que Jesús no fué jamás rey de los judíos.—Parodia sacrílega de la Sagrada Eucaristía.—Acto sacrílego de escupir y pisotear el Crucifijo.—Odio formal á Cristo.

El libre pensador niega la divinidad de Jesucristo, pero le respeta como á gran filósofo: el protestante adultera su divinidad, pero la reconoce á su modo: hasta el musulmán le reverencia como á profeta: solamente el judío le profesa odio formal, y no sólo niega su divinidad, sino que además escarnece y ultraja su Humanidad sacratísima.

En este grado 33º se cuenta una historia de Cristo llena de las más atroces é infames blasfemias: que el glorioso patriarca San José era un brutal soldado que sedujo á la Santísima Virgen María; que Nuestro Señor Jesucristo fué su hijo

natural, legitimado después por San José, y por este estílo se blasfema de la Sagrada Familia.

Y todo esto á modo de coronamiento de la instrucción para el grado último de la masonería.

Con esto el autor hace punto en su revista de grados masonicos y resultante defensa del sistema judaico. La hemos reproducido substancialmente con toda puntualidad, sin tomarnos la licencia de alterarla en lo más insignificante, ni para atenuar ni para acrecentar su fuerza, como fácilmente podrá convencerse quienquiera que haga la diligencia de confrontar nuestro resumen con la exposición original.

Ahora nos llega el turno de satisfacer á nuestro compromiso, de poner en claro los dos puntos arriba enunciados: 1º el antecedente, á saber, si esos ritos que acabamos de revisar son judaicos en su letra y en su espíritu; 2º si dada la verdad del antecedente, se infiere en rigor la consecuencia, el origen judaico de la masonería.

El primer punto es de palmaria evidencia por lo que hace á la letra de los ritos. Basta dar un repaso á las leyendas: personajes, ceremonias, historia cierta ó fabulosa, alusiones, lenguaje, todo es judío en ellas, con excepción de las concernientes á unos pocos ritos ó grados, que se pueden mirar como incidentales.

¿Sucederá lo mismo respecto de la expresión y del espíritu entrañado en las leyendas? La contestación no puede menos también de ser afirmativa.

En efecto, por una parte el espíritu y carácter singular del pueblo judío disperso por la redondez de la tierra, blanco de justo castigo por el execrable deicidio, contumaz en su incredulidad y ánimo rencoroso, se cifra por entero en dos ideas y sentimientos, que son los que llenan la mente y el corazón de

los judeos, los que á los ojos de todo recto pensador hacen de ese pueblo maldito lo que es y le presentan tal como le conocemos; idea de protesta y de venganza contra sus enemigos, así reputados por él, idea de rehabilitación y reconstitución del pueblo judío. En la primera se encierra el odio á Cristo; odio á su Divinidad, que el judío niega; odio á la sagrada Humanidad, á la cual escarnece; odio al cristiano como á hijo de Cristo. En la segunda cabe y se sobreentiende la restauración del culto de un solo Dios, negada la Trinidad de Personas, la reconstrucción del templo, símbolo y centro de este culto, la reconquista de Jerusalén, capital de su imperio universal. Estas dos ideas no son fantásticas; son ideas de tomo y lomo, son elementos reales que constituyen la realidad del ente judaico, tal como se nos muestra visible, sensible y activo; no son postulados facticios inventados á discreción para dar valer á una teoría imaginaria, para prestar ser á una quimera.

Lo dicho por una parte. Por otra si recorremos las leyendas de cada grado, no con la ligereza despectiva de quien no espera encontrar por de contado mas que charlatanería, embeleco ó farándula, sino con la atención del hombre cuerdo y ladino que en asuntos de la artera institución tiene por virtud la suspicacia; si con este pulso y madurez nos aplicamos á considerar dichas leyendas, haremos dos preciosos descubrimientos. Primero, que la leyenda de cada grado, esa leyenda tan extraña, pueril y majadera con sus puntas y collar de mentirosa en ocasiones, es la que forma lo esencial de la ceremonia, la que da tono, substancia y carácter al grado respectivo. Segundo que leídas de un tirón las leyendas y con juicioso detenimiento comparadas, todas ellas se relacionan y enlazan, componen una serie perfecta y ordenada con referencia á un fin ó intención dominante, vienen á ser como un tejido de acciones parciales, de escenas varias y graduadas, in-

terrumpidas con algunos episodios, que tienden á un natural desenlace, indicado desde la primera escena.

Este es el drama del pueblo judío, que partiendo del hecho de la reprobación divina, se distribuye en cortas y múltiples jornadas, se desarrolla por sus pasos contados y llega derecho á término feliz, para expresar los odios inmortales de la proscrita raza, para poner de manifiesto los inicuos planes de su política infernal, para celebrar el próximo cumplimiento de sus esperanzas en el futuro Mesías temporal con la total destrucción del nombre cristiano, el triunfo y reinado universal sobre los hombres.

Tal es, á no engañarnos, la genuina significación de estas leyendas, que algunos pasan tan de ligero, sin reparar de ellas más que en algún símbolo ó ceremonia tan grave, que sería capaz de despertar la atención de un muerto, y reservando casi exclusivamente su estudio para las moralidades y discursos masónicos, que si bien son significativos algunas veces, pero otras no tienen otro objeto que el de embrujar ó disfrazar el pensamiento y atolondrar al lector ó al aspirante, y los mejores no llegan nunca en fructuosa importancia á la directa interpretación de las leyendas mismas.

Tal es nuestro sentir y tal nuestra teoría, que ahora se verá cuán fundada está en la verdad, con la reseña de los diferentes grados que en su variedad conspiran todos á la unidad del conjunto y á la confirmación de nuestras apreciaciones.

Los dos primeros grados [de *aprendiz* y de *compañero*] cabe tomarlos por el prólogo del drama y manifiestan los preparativos de la acción. En ellos se habla de un templo que se ha de construir, de hermanos dispersos por la superficie del globo, de necesidad del trabajo para la obra: se reparten algunos instrumentos proporcionados y para ensayo se ofrece una piedra tosca que desbastar.

Grado 3º con decoración negra salpicada de lágrimas. Argumento general del drama, la fábula de Adónhiram, y principio de la acción, el asesinato de dicho maestro.

Grado 4º Llanto por tan sensible tragedia.

Grado 5º —Viene á descubrirse el nombre de los asesinos y se muestra la urna, en que está depositado el corazón de Hiram.

Grado 6º —Escena episódica. Otro Hiram, el rey de Tiro, se presenta á reclamar de Salomón el fiel cumplimiento del trato, con relación al templo.

Grado 7º —Se ostenta y todos besan con suma reverencia la gran llave del recinto donde yacen los restos del maestro Hiram.

Grado 8º —Se trata de buscar sucesor al maestro Hiram.

No comprendemos por qué Leon Taxil á los cinco últimos los llama grados de eliminación, tachándolos de superfluos, como hechos exclusivamente al decir suyo para contentar y entretenir con ellos á los masones codiciosos de *aumento de salario*, pero ineptos para los grados superiores: alega en pro de su extraña opinión la facilidad con que pasan rápidamente por ellos ó los reciben por comunicación los que han de ser ascendidos á grados superiores, y el defecto de no encerrar ninguna particular instrucción.

Son grados preparatorios. Por consiguiente já qué detener en ellos á los que están ya preparados, dado que en suposición existe el propósito de ascenderlos? Tanto más que hasta los grados fundamentales, como el Rosa-Cruz y el de Kadosch, á veces se otorgan por comunicación en virtud de atendibles circunstancias; luego la razón viene por tierra. Que no contienen especial noticia ó revelación alguna. Si son preparatorios, como lo son, con fortalecer el ánimo en cierto orden de ideas,

que el adepto no conoce, pero sospecha, y disponerlos para otras, cumplen su objeto. Además ¿quién le ha contado á León Taxil, que estos grados carecen de interés particular? En nuestro sistema lo tienen muy grande, según se irá descubriendo: la base de toda la acción dramática descansa en esa muerte de Hiram, del prodigioso maestro, autor de tantas maravillas en la fábrica del templo é hijo predilecto de Eblis, que á su vez es ángel de luz y mortal enemigo de Adonai. Siendo así ¿no era conveniente recalcar en ese punto fundamental por medio de cinco grados consecutivos? No son ociosos estos; se equivoca León Taxil por no haber profundizado en el estudio de las leyendas.

Grado 9º desde este grado camina la acción desembarambada y se anima por inomertos. El asesino de Hiram pagó con la vida: por primera vez salen á relucir los puñales, resuena el grito de venganza. *¡Nekam! ¡Nekar!* Quedan todavía en pie los cómplices ó compañeros del asesino.

Grado 10º.—Se prosigue la venganza en los cómplices. Haciendo algunas reminiscencias de la fábula de Adonhiram, que se narró por extenso en el grado de *maestro* [3º], comienza á entreverse la significación del simbolismo. Hiram, fundador de la masonería, padre de una raza escojida entre toda la humana sociedad, y él mismo hijo predilecto de Eblis que habita en las regiones subterráneas del fuego, que es ángel de luz [Lucifer], que fué el seductor de Eva y es enemigo implacable del cruel Adonai; y aquel Hiram acabando á manos de un partidario seguramente de Adonai, por no haber querido entregar la *palabra*, que es el todo, y luego el mismo Hiram vengado. . . . ¿por quién? por Salomón, [emblema de la sabiduría judaica] y *Quince elegidos* de su pueblo (esto es, judíos). . . ¿Quién no ve levantarse una punta del velo que encubre la

realidad horrenda del impío drama? Razón tenía Tirado para inferir, bien que su deducción sobrecoja al lector por el modo brusco de traerla y la falta de antecedentes preparatorios; pero en el fondo razón tenía para desenmascarar así, sobre poco más ó menos, los personajes de la alegoría:

Adonáí.—El Dios verdadero, Dios de los cristianos, que repreueba al pueblo judío, y por lo mismo cruel para este.

Eblis.—El primer homicida del mundo, Lucifer.

Hiram.—El judaísmo, amigo de Lucifer, matado por Jesucristo.

Abibala.—Jesucristo.

Salomón y los Quince.—Judíos vengadores de Hiram en la persona de Jesucristo y de sus secuaces.

La *palabra* perdida.—Representación del Dios y de la Antigua Ley abolida.

Grados 11° y 12°.—Salomón nombra jefes de las doce tribus y organiza la administración de estas; esto es, el pueblo judío mantiene con ardor la iniciada campaña de venganza y guerra.

Grado 13°.—El pueblo judío encuentra la *palabra inefable*, cuya interpretación dimos.

Grado 14°.—El pueblo judío pronuncia la *palabra inefable*: panes de proposición y arca de la alianza. El pueblo judío perfectamente reorganizado.

Grados 15° y 16°.—Libertad del pueblo judío por Zorobabel con el auxilio de las potestades infieles, y los samaritanos hechos tributarios de aquél. Predominio de los judíos. Los samaritanos somos los hombres de Cristo.

Grado 17°.—Episodio gnóstico-templario.

Grado 18° ó de Rosa-Cruz.—Grado fundamental. Herodes; el INRI interpretado judaicamente; parodia de la Sagrada Eucaristía; cordero pascual coronado de espinas y atravesado

con élavos; cabeza y extremidades arrojadas al fuego. La Sinagoga y el pueblo judío presentados de cuerpo entero: cuadro al natural.

Grado 19º —Conquista de la Jerusalén celeste.

Grado 20º —El presidente del Areópago es Asuero, monarca propicio á los judíos, y el candidato es Zorobabel que refiere su empresa libertadora del pueblo israelita. Al *Oriente* se le llama *Santuario*.

Grado 21º ó del *Caballero prusiano*. —Por imposición de Federico II este grado reemplazó al de *Caballero Noaquita*, descendiente de Phaleg, arquitecto de la torre de Babel; grado que antes figuraría como episódico en el argumento general. La palabra de pase es, *Federico y Noé*, y la consigna la forman los nombres de *Sem, Cam y Jafet*.

Grado 22º —Se habla de la construcción del templo: Salomón es disculpado de la muerte de Hiram por haber mandado matar á los asesinos. Ya se sabe á quiénes simbolizan estos.

Grado 23º —El presidente es Aarón con el dictado de Gran Sacrificador y los demás visten de Levitas hebreos. Se perfecciona el culto.

Grado 24º —Nueva mención del templo. El graduando dice, que él no tuvo parte en el asesinato de Hiram. Sistema de los dos principios de la divinidad figurados por el *gran símbolo de Salomón*. Cábala judía. Se perfecciona el culto.

Grado 25º —Se confirma la idea del culto satánico. Eblis, cuyo emblema es la serpiente, fué quien sanó á los hebreos en el desierto. Con pretexto de la invención de este grado, se alude á la libertad de los judíos.

Grado 26º —Grado episódico con alusión á la misma libertad.

Grado 27 ° —Grado episódico. Recuerdo de la condenación de los templarios.

Grado 28 ° —Lección de *alta magia*. El aspirante es Hiram.

Grado 29 ° ---Sigue la magia. Idolatría templaria.

Grado 30 ° Grado fundamental. El areópago ha de constar de doce miembros, cuantas son las tribus de Israel. Se da muerte á un cordero. Sepulcro rodeado de guardias, y *vacío*. Se escupe y pisotea al crucifijo. *¡Nekam, Adonai!* dicho con ademán de tirar la puñalada al cielo. *Pharasch-chol*-todo está explicado.

Grado 31 ° ---Grado preparatorio. Como ya todo está explicado, se advierte al adepto, que se acabaron los símbolos y que todo se ha de tomar en sentido literal.

Grado 32 ° ---Campamento masónico. Conquista de la Jerusalén terrena y reedificación del templo. Las cinco concentraciones.

Grado 33 ° ---Coronamiento de todos los grados y desenlace final del drama.

Triángulo satánico con el HVHI en el centro, colocado en el *Oriente*. Antiguo Testamento, *palabra Sagrada del Ser Supremo Eterno*. Adoración *al sólo verdadero Dios vivo*. Imperio judaico. Odio formalísimo á Jesucristo. Religión judaica.

*Síopsis
de la acción dramática.*

Prólogo de la acción.—Construcción de un templo.

Acto 1 ° —Muerte de Hiram.—Llanto-Asesinos descubiertos.—Se enardece al pueblo para la venganza.—Sucesor para Hiram.—Ejecución del asesino principal.—Percépción de los cómplices.

Acto 2º ---Preparativos de guerra: organización política y administrativa del pueblo judío; la bandera, o sea, *palabra* encontrada y pronunciada.—En campaña: libertad del pueblo; los samaritanos hechos tributarios.—Victoria simbolizada en las ceremonias del *Caballero Rosa-Cruz*.

Acto 3º —¡A la conquista! ---Programa de la conquista: el culto del pueblo judío ante todo, pero del pueblo rebelde á Dios [como en tantas épocas de la historia judaica], ó sea, culto satánico.—Se funda este culto, se organiza y se perfecciona.—Alianzas: de gnósticos y templarios.—Próximo triunfo celebrado en el grado de *Caballero Kadosch*.

Acto 4º ---Plan de la última campaña.—Profecía en acción: última campaña; la conquista, el imperio y la religión judaica, ó sea, el *Judaismo triunfante*, título del drama.

Drama algo mejor urdido, mejor graduado, más interesante, más transcendental y con mayor perfección desenlazado que los calebrones de Galdós y comparsa masónica.

Un vistazo á las leyendas de los diferentes grados; otra ojeada al análisis de Tirado puntualmente compendiado por nosotros y un repasito á nuestras filosofías y consiguiente propia recapitulación; y hable quienquiera, que hablará por hablar; y enfádese enhorabuena León Taxil de este cuento estúpido de Hiram, cuyo recóndito y transcendente sentido no atinó á desenrañar por falta de juiciosa consideración.

Nosotros tenemos bastante con lo dicho para concluir lógicamente.

Luego los ritos masónicos en la letra y en su espíritu son judaicos; que era el antecedente propuesto.

¿Se podrá con igual certeza deducir: luego el origen de la masonería es judaico? Lo deduce con mucho garbo y lo afirma rotundamente con el mayor aplomo Tirado, sin avisarnos por

donde se descuelga, ó mejor, dando el salto mortal del antecedente á la consecuencia. ¡Ah, que no parece claramente la conexión necesaria entre uno y otra! ¡ah, que esta es cuestión peliaguda!

Lo que sí por de pronto se colige sin género de duda, es esto: luego la masonería actual tal como se contiene en sus grados y se manifiesta en sus ritos, es judaica, no hay que darle vueltas; pues ritos y grados son lo que son y significan lo que significan impregnados de judaísmo hasta la médula, y la masonería está en esos grados y ritos. Lo mismo, por si hacía falta, se patentiza más con el absoluto dominio que hoy ejerce el judaísmo sobre la masonería en virtud de lo anteriormente expuesto.

Ni debilita ó anula nuestra consecuencia la insinuación ó reparo, que pudo una mano extraña á la raza judía, sea por aficiones anticuarias, sea por artificio sectario, haber inventado ó ordenado los ritos y grados masónicos conforme á un plan ó sistema cualquiera, optando entre muchos antojadizamente por el sistema judaico. No invalida tal suposición nuestra consecuencia, porque la intención se muestra enteramente judaica hasta en sus perfiles, y el espíritu general que rezuma por casi todos los poros, no puede ser más judaico; de suerte que el inventor, fundador ó introductor del sistema, si no fué judío por la circuncisión, con prepucio y todo tan judío era de corazón como los mejor circuncidados; y lo mismo sostenemos, aunque fueren muchos los que se hubieren sucedido en la composición de la obra. A más que por algo anticipamos aquellos datos y noticias preliminares, según las cuales por evidentemente judaica se vende la acción presente de la masonería en todo el mundo. Por lo tanto queda bien sentado, que la masonería actual es judaica por sus cuatro costados.

¿Luego la masonería en su primer origen fué judaica?

Aquí se da el salto mortal. Tanto valdría decir; luego la masonería fué siempre judaica. Y esto ¿cómo lo probamos exclusivamente ateniados, en el presupuesto hecho desde el principio, á los ritos y grados masónicos, que son ciertamente judaicos, pero no llevan en sí mismos el sello de la época de su importación ó fundación, para poder argüir; más arriba ó más atrás no se dió masonería; luego aquí comenzó? ¿Cómo determinar por lo tanto esta época sin más consideración que la de los grados y ritos, por más que algunos de ellos, y de los principales, se refieran á tiempos lejanos, al decir de autores masónicos? Mas aún, saliéndonos del supuesto convenido ¿qué presta, segun vimos, el desnudo testimonio masónico?

A no ser que la demostración tomase otro rumbo ó medio, diciendo por ejemplo: es así que la masonería no puede menos de ser judaica. . . . Pero á esta proposición no se viene á parar con el sólo fundamento de los ritos y grados, so pena de probar lo mismo con lo mismo, lo cual es un sofisma neto; ó se prescinde para ello de los grados, y esto es prescindir del supuesto, al rededor del cual gira toda esta discusión. Mas: aunque discursivamente, sin hacer ya hincapié en los grados, se pueda tal vez con más ó menos probabilidad inferir aquella proposición auxiliar de algunos especiales caracteres de la masonería, pero abiertamente la contradicen algunos hechos bien probados. Masonería, esto es, secta antieristiana y antisocial, fué entre otros el socianismo, y aun á él atribuyen algunos despues del P. Lefranc el origen; como León Taxil, que ni por semejas lo demuestra; como Claudio Jaret por dicho de Taxil; como el Ilmo. S. Favá. Masonería, secta antieristiana y antisocial, fué también el templarismo y á él adjudican otros autores la paternidad masónica, y sin embargo ni el socianismo ni el templarismo presentan el sistema judaico desarrollado en los grados aludidos, ni tampoco lo manifiesta el maniqueis-

mo, á pesar de constarnos de él tan ciertamente, como nos consta, de ser el verdadero progenitor de la nefanda secta.

¿Qué se sigue de todo este razonamiento? Con toda evidencia se sigue que la sola y aislada inspección de los grados y ritos masónicos jamás demostrará el origen judaico de la secta, mientras previamente no se establezca con firmeza el hecho de haber existido siempre dichos grados en la secta desde su nacimiento, hecho que parece venir negado y destruido por otros hechos bien comprobados de la historia, como los antes citados.

En consecuencia la argumentación de Tirado es insubstancial por falta de ilación lógica.

Pero si cae Tirado, se levanta el P. Heurelmans, de la insigne Compañía de Jesús, en defensa de la misma hipótesis, estrenando armas y desplegando distinto plan de campaña. Viene en cierto modo á sostener la proposición que acabamos de rechazar, condensando en ella las pruebas capitales: La masonería no puede menos de ser y haber sido judaica, sea que se atienda al carácter y naturaleza del judaísmo, sea que lo mismo se considere respecto á la masonería. En el desenvolvimiento de estos dos puntos va reproduciendo muchos de los datos que anticipamos nosotros, acompaña el peso de algunas autoridades y termina con ciertas alusiones bíblicas. Analizaremos, consecuentes en nuestro método, la disquisición del P. Heurelmans, y luego ponderaremos el valor de cada prueba una por una.

“La fraccmasonería, define el autor, es una conspiración contra el trono y el altar.” “Los fraccmasones además, añade, trabajan por su objeto con una malicia diabólica.”

Ninguna secta herética, ni los templarios, ninguna conspiración contra reyes y príncipes reviste este carácter único de la masonería. Únicamente los judíos pueden ser los autores.

1^ª parte.---Sólo en los judíos encontramos el *objeto* persistente de esta conspiración, *el restablecimiento de la nacionalidad judaica*.---Sólo el judío puede alimentar ese odio jamás apagado contra Cristo, contra la Iglesia y sus instituciones.---Lo dicho *se confirma con la historia*: perseguidos por los judíos los Apóstoles y los cristianos, lo mismo S. Pablo; por aquellos atizados los emperadores romanos; levantamiento de judíos para la restauración del reino de Israel; Juliano protector de los judíos; lo mismo Sapor II de Persia el perseguidor; los judíos contando con los musulmanes; revoluciones modernas por los judíos.---Los judíos buscan el apoyo de los poderosos del día.---Encuentran sus aliados en la misma sociedad cristiana.---Con esto se hace manifiesto el motivo del secreto de la Logia, pues los cristianos no trabajarían á sabiendas únicamente para aquel *objeto* de los judíos.---Los verdaderos directores de la Logia son desconocidos aun de sus propios miembros.---Los judíos son los verdaderos dueños de la masonería y sus jefes ignorados.---Influencia de los judíos en la sociedad moderna.---Organización material de las logias, denominaciones, etc.

2^ª parte.---Los planes de Dios, humanamente hablando, no pueden ser realizados sino por los judíos.---Según tradición el Anticristo será un judío.---Los judíos son los naturales precursores del Anticristo, porque no han querido conocer al verdadero Mesías y esperan otro.---La masonería prepara directamente el camino al Anticristo por medio de la *república universal*, destructora de todo lo existente y *animada del espíritu del Anticristo*.

Autoridades aducidas por el autor:

Pasaremos por alto las que ya conocemos, y citaremos las nuevas solamente.

“En 1744 el señor Joly de Fleury, procurador general de Francia, contestaba al procurador del rey en Orleans, quien le había denunciado la existencia de una logia en esta ciudad: ‘Hace más de dos siglos que se ha introducido este abuso en Inglaterra, donde subsiste casi al descubierto. Aun preténdese que es más antiguo y que tuvo su origen en Palestina, donde algunos creen que se deriva de una especie de secta que se suscitó entre los judíos, la que predecía el restablecimiento del templo de Salomón, y cuyos prosélitos llevaban por este motivo el nombre y los atributos de albañiles (maçons) . . .’ [R^evue des questions historiques, t. XVIII, p. 547].”

Civiltá cattolica, 20 de noviembre de 1886---“La masonería, de origen casi enteramente judaico. . . . aprovecha más que á nadie á los judíos: les sirve de poderoso instrumento para chupar la sangre de los cristianos y arrebatarles su dinero; para extinguir ó debilitar la fe en Jesucristo. . . . Puede decirse sin temor de equivocarse, que todo el simbolismo masónico está sacado de los libros judaicos, como puede decirse que toda la vida de la francmasonería reside en el judaísmo moderno. El es quien la sostiene, quien la dirige y la lleva á sus fines de dominación y de odio anticristiano.”

Mr. Enrique de l' Epinois decía en abril de 1882, en la *R^evue des questions historiques*: “Tan íntima es la alianza del judaísmo y la francmasonería, que ha de concluirse, ó que la francmasonería se ha hecho judaica, ó el judaísmo se ha hecho francmasón.”

El Rdo. P. Lémann, judío convertido, dice: “Si es por desdicha de notoriedad histórica, que contra Jesucristo, su Iglesia y sus obras el antagonismo hebraico, anheloso de una revancha, lejos de desechar el concurso de las sociedades clan-

destinas, las ha utilizado constantemente más ó menos, según sus propios intereses y en la medida que esas mismas sociedades se prestaban á ello; si de más de un siglo acá el poder y la dirección de la francmasonería están manifiestamente en manos de los judíos; si otras muchas razones vienen á añadirse á las anteriores; somos de parecer que debe atribuirse el origen de la francmasonería al judaísmo, no ciertamente al judaísmo todo entero, sino por lo menos á un judaísmo pervertido," (*L'entrée des israélites dans la société française et les états chrétiens*, 1886).

Cita además algunas frases de Drumont, á quien ya nosotros alegamos más extensamente, y la carta de Simonini, que también insertamos con las notas del P. Barruel y reflexiones de Mr. Janet.

Hasta aquí el resumen exacto del opúsculo (1), con que el P. Heurclmans pretende demostrar el origen judaico de la masonería.

¿Lo prueba? En honor de la verdad nos parece que donde cayó Tirado, cae asimismo el P. Heurclmans, á pesar de su buena voluntad.

Ese dominio incuestionable de los judíos sobre la prensa masónica; el doble hecho innegable de que los verdaderos jefes permanecen ocultos y son judíos; el poder de los judíos en la sociedad moderna; la organización, ritos y usos judaicos de la logia; estos apuntes y muchos otros, de que ya tenemos impuestos á nuestros lectores, son buenos, dignos de mención y de ser tenidos en cuenta, y nos conducen ciertamente á un resultado, pero no al pretendido por el P. Heurclmans. ¿La masonería es judaica? Sí: esta conclusión sale de las premisas.

(1) *Judaísmo y francmasonería. Esta jes de origen judaico?*

¿La masonería ha sido siempre judaica, ó es judaico su origen?
No: esto no sale de las premisas.

El carácter antimonárquico y anticristiano de la masonería, y su astucia diabólica.—Siempre ha sido diabólica la astucia de las sectas anticristianas; desde Simón Mago, Manes, Arrio, etc. hasta Jansenio inclusive. También hay mucho que decir sobre ese carácter antimonárquico. Ayer, como quien dice, la masonería deshizo de un soplo en España una república y restableció y sostiene un trono; y vamos, que en Alemania con el cesarismo de Bismarck se halla más á gusto que con la confederación semirepublicana. Hoy por hoy, lo mismo que antes, cuando los tronos estaban robustos y los masones ostentaban en Francia las célebres iniciales emblemáticas L. P. D., el sello propio de la institución, mejor que antimonárquico, debe decirse anárquico, ó sea, destructor y subversivo de todo género de principado ó potestad. Sino que ordinariamente la república es buen conductor y auxiliar para la anarquía, recurso é intermedio forzoso por lo regular en épocas de realismos más ó menos cristianos, más ó menos autoritarios.

La *persistencia* de la conspiración masónica.—Se explica *congruentemente* por la idea *persistente* del restablecimiento de la nacionalidad judía; no se demuestra: una congruencia ó conveniencia aislada, sin otro sostén de hechos ó raciocinios, queda en simple congruencia, desnuda por lo tanto de fuerza demostrativa. ¿Cómo nos explicaría el autor la *persistencia* histórica del maniqueísmo desde el siglo III hasta el XIV y su perpetuidad, á traves de canales invisibles, hasta nuestros días, vivo y poderoso en la actual masonería, según lo evidencia la sola inspección de los grados? A no salirnos con que aquello era un judaísmo pervertido, dando por sentado y cierto lo mismo que está en cuestión; sofisma que tiene su nombre.

El odio implacable á Cristo.—Dejando á un lado á mani-

queos y socinianos, que ya sabemos como trataban á Cristo, los templarios también escupían y pisoteaban el crucifijo y reputaban al Dios-Hombre por un malhechor. ¿Que los templarios estaban ya judaizados? Vuelta al sofisina anterior.

Apoyo de los judíos en los cristianos—Nada tiene de particular, cuando abundan los semicristianos y los malos cristianos declarados.

Las circunstancias del secreto masónico.—Las mismas del secreto maniqueo, tanto con relación á los misterios, como al gobierno: también los maniqueos tenían su papa invisible.

El Anticristo judío.—No dice el autor en qué apoya esta tradición.

Que los judíos han de aceptar al Anticristo.—El autor lo funda en lo del Mesías no creído y lo del otro Mesías esperado. El Espíritu Santo que nos anuncia el retorno de Israel á la verdadera fe y la segunda venida de Jesucristo ó del verdadero Mesías, nada nos participa de la conversión de los judíos al Anticristo.

Autoridades.—Los pasajes de la *Civiltá cattolica* y de Enrique de l'Epinois manifiestamente se refieren á los tiempos modernos. La misma interpretación cabe dar al texto del P. Lehmann, mucho más con la salvedad del autor, al decir del cual este Padre hace abstracción de los orígenes masónicos.

Consecuencia resultante á favor del origen judaico.—Nula.

Reservamos aparte una prueba y una autoridad, merecedoras de especial advertencia.

La autoridad, que suponemos bien comprobada por la *Révue des questions historiques*, es de Joly de Fleury, procurador general de Francia, y su data de 1744. Este personaje aseveraba que desde más de dos siglos antes se había introducido en Inglaterra el abuso de las logias, y por cierto *secretas*,

cuando nota que en su tiempo ese *abuso* se cometía casi á las claras: por consiguiente desde la primera mitad del siglo XVI por lo menos, según dictamen del procurador general, existían logias secretas en Inglaterra. Menciona la opinión de los que las hacían provenientes de la *Palestina* y las imputaban á una *secta judía* que predecía el *restablecimiento del Templo*; con más que los adeptos llevaban el *nombre* y los *atributos* de albañiles-*maçons*. Si el documento, repetimos, es auténtico, como lo induce á creer el carácter de la revista citada y su calidad de *profana*, en verdad que tales afirmaciones y tales referencias de parte de semejante personaje, son más que un rayo, un nuevo golpe de luz en la historia de la masonería, y además un nuevo eslabón de la cadena tradicional, de tantos como indudablemente yacen esparcidos en el mundo.

La prueba, que nos guardaremos bien de tachar en absoluto, es la histórica, sacada de la persecución y guerra incessantemente promovida por los judíos contra los cristianos, desde Jesucristo y los Apóstoles hasta nuestros días; lo mismo en Palestina que en todas partes del globo; por propias manos de los judíos ó por instrumento de gentiles, herejes ó mahometanos. Este hecho universal y constante en la historia del cristianismo, sin más excepción, tregua ó intersticio que el impuesto accidentalmente por la total impotencia de la raza maldita, ya de suyo es altamente significativo: hecho que reflexivamente ponderado y revestido de la importancia que le prestan la índole conocida, las tradiciones, la constitución particular, los ideales y designios con todas las demás propiedades y circunstancias que forman la peculiarísima entidad judaica, separada y enteramente distinta de cualquiera otra entidad social; pueblo estigmatizado, repulsivo, aislado en medio de las mayores muchedumbres, peregrino en toda la extensión de

la tierra, cordialmente aborrecido y despreciado de todas las gentes, en todos los países enemigo de su patria nativa por el ansia rabiosa de otra patria originaria; naturaleza pervertida y abyecta; espíritu sombrío y tétrico, maquinador fecundo y sempiterno de planes tenebrosos; política de dolo y perfidia, ley tradicional de injusticia, maldad y venganza; unión corporativa indestructible, prodigo de tenacidad y paciencia obstinada, gigante de fuerza por el dinero y el promiscuo empleo de todos los medios, alma réproba que con un mismo impulso detesta á Cristo y se entrega familiar á Satanás, inteligencia extraviada y delirante por la fiebre de la ira y del rencor sanguinario, maldición viva de Dios y azote infernal de la humanidad, cuyas aspiraciones y empresas se explican todas, cuyo corazón, cuya vida y ser se compendian y cifran en dos solos afectos, inspiradores de todos sus pensamientos y motores de todas sus operaciones; un afecto de odio y otro afecto de esperanza; odio entrañado en su substancia, siempre vivaz, activo é insaciable, odio satánico é inextinguible, odio de muerte y exterminio al cristiano; esperanza ardiente é inmortal, encanto único de su alma, divinidad de todas sus potencias, ídolo á quien sacrifica sus haberes y existencia, la esperanza de reinar en Jerusalén y de reinar con el avasallamiento, ruina y esclavitud perpétua de todos los infieles de la tierra; el hecho, decimos, de esta enemiga mortal jamás aplacada, de esta persecución encarnizada y perpetua contra el nombre cristiano; este hecho estudiado en sus accidentes y en su causa, en su principio, en los móviles, en el carácter, modo de ser y proceder y en todos los antecedentes de sus actores, no puede menos de representarnos al pueblo judío como al pueblo ciego, cubierto con aquel velo de que nos habla el Apóstol, como al pueblo desheredado y maldecido por Dios, empapado en esta maldición por la sangre del Cordero que cayó sobre él; y por

consecuencia inmediata, como al pueblo primogénito de Sata-nás, compañero y copartícipe suyo desde la tragedia del Calvario en sus odios y saña contra el Redentor y los redimidos; aliado perpetuo de aquel en sus obras de venganza; instrumento suyo el más grato y el más apto para llevar á cabo sus planes de perdición contra el género humano, *daemones organa quærunt per quæ operentur* (1); sujeto el más apropiado por tradicional propensión para recibir sus inspiraciones; cabeza y director nato de todas las empresas que tienden á la consumación de aquellos dañados intentos, que envuelven deshonor y agravio de la Majestad divina, mal temporal y eterno de los hombres.

Ahora bien: si por unánime confesión de todos los que necesariamente no se ciegan acerca de la imponderable transcendencia de la secta malvada; si por el clamor mismo que los Pontífices han levantado contra ella, dando el más vigoroso alerta á la cristiandad en la época moderna, hemos de persuadirnos que la masonería en nuestros tiempos es el grande enemigo de Cristo, de la Iglesia, de sus instituciones y sus hijos, y más aún, la concentración suprema de todos sus enemigos de cualquier procedencia: si además razonablemente debemos admitir que la masonería ha sido siempre lo que es, ó de lo contrario no habría sido tal masonería; cualquiera que sea la hipótesis adoptada acerca de su origen, y según que asimismo lo proclaman de conformidad los más justos é inteligentes conocedores; la masonería es el verdadero *mysterium iniquitatis* de la Escritura, la precursora del Anticristo ó el Anticristo mismo, en opinión de los que atribuyen este papel á una sociedad entera ¿qué sigue de todo esto? Se sigue y por su propio peso se nos viene encima la consecuencia, á lo cual se enderezaba este raciocinio,

(1) S. Joan. Chrysost.

de que siendo la masonería satánica por esencia, expresión de todo el pensamiento y malicia del ángel exterminador y rey del abismo; y siendo el pueblo judío la sociedad, generación ó raza primogénita de Satanás, escojida con especial predilección por Satanás como representante, órgano y ejecutor de sus obras maléficas, se deduce con la más severa lógica, que así como en los tiempos más conocidos de la secta nefaria los judíos fueron y son sus celosos y constantes promotores y directores, así forzosamente hubieron de ser los judíos los naturales autores de ella, cualquiera que sea la solución que se dé á la controversia de los orígenes, de la cual por el momento prescindimos. Por lo tanto, sea en una época, sea en tal otra, cuando la massonería fué instituida, en aquel día reconoció por sus legítimos é incontestables padres á los judíos. Con lo cual no perdamos más el tiempo en investigaciones, no nos devanemos más los sesos; ya encontramos lo que andábamps rastreando, ya puede quedar satisfecha la curiosidad más exigente y quisquillosa, ya lo sabemos, ya nos consta de una vez para siempre en adelante; la masonería es de origen judaico.

Y no nos vengan algunos espíritus mezquinos y apocados con que esto es mucho sutilizar, esto es traer las cosas por los cabellos, esto es meterse en muchas honduras teológicas, para tratar y formar juicio de una institución tan casera y terrena como es la cofradía masónica ¿Qué me cuenta vd? Ampliamente probado está por una parte el satanismo de la secta, satanismo innegable y relevante, el más completo, el más resuelto y descarado, el mejor demostrado por actos y doctrinas desvergonzadísimas de aquellos en sus ritos y grados, demostrado con multitud de hechos que ya pasaron á la historia, con innumerables hechos que diariamente se suceden á la vista de todos, si no la ciega una venda semejante á la de los judíos; y por otra parte á buen seguro que esos mismos contradictores, mientras

con prudente disimulo, para esquivar intempestivas prevenciones, dejábamos deslizar nuestras premisas, á buen seguro que ninguno de ellos echase de ver en estas, claras é indubitables como son, nada de excesivamente sutil ó inoportuno, nada que tachar ó reprender, hasta que de súbito sintieron el golpe de nuestra inevitable consecuencia. ¿No fluye esta natural? ¿no es lógica? Descarguen sobre ella su furor, anonádenos con el poder de sus razones, por las cuales, en siendo valederas, nos daremos ingenuamente á partido; que mientras esto no alcancen, sus exclamaciones y alharacas solo se traducirán por señales de despecho á causa dē la sorpresa bien dada á la preocupación sistemática, ó al orgullo de quien con una magistral negativa ó con una pésida suspensión de su juicio cree remediarlo todo, salir del paso y satisfacer á las exigencias de una crítica infatuada.

Mientras tanto queda en pie victoriosa de prejuicios é incredulidades inexplicables nuestra tesis: la masonería es de origen judaico. Proposición presentida por el claro entendimiento de La Fuente en aquel célebre pasaje transcrita; pero entendimiento voluble ó perezoso, que no se cuidó de explotar la rica veta que acertó á abrir con su piqueta, ni de desenvolver el germen de las pruebas que supo atisbar: proposición que no es original nuestra, desde que varios autores tuvieron el valor de darla á los vientos de la publicidad, á pesar de su aparente extrañeza: proposición que se ha de corroborar más y más con los días merced á los datos de la experiencia, en virtud del dominio avasallador del judaísmo en todo el contexto de los acontecimientos políticos y sociales: proposición en fin que entre los cuerdos investigadores de los orígenes masónicos, después de la justificada reacción moderna obrada á favor de los orígenes antiguos, es la que ha de privar entre todos los sistemas y teorías.

Antes de pasar adelante, no hay para que decir, á menos de tenerse por ociosa é impertinente nuestra cauta maniobra, que entendemos confirmar nuestro argumento principal con todo el interesante conjunto de preliminares y avanzadas que echamos por delante del presente debate, con todo lo que favorable á nuestro propósito nos suministra la exposición de los dos sistemas examinados, el de Tirado y el del P. Heurelmanns. Así que aprovechamos en beneficio nuestro el análisis de Tirado sobre los grados y ritos masónicos, con los puntos y comas que nos tomamos la libertad de ponerle; trasladamos á nuestro peculio las autoridades y apuntaciones utilizables del P. Heurelmanns; ilustramos y robustesemos nuestra prueba con la multitud de indicaciones históricas, sacadas ya de La Fuente, ya de Drumont, del P. Deschamps y de Janet, acerca de la acción judaica, ora descubierta, ora embozada y tenebrosa con respecto á la política anticerístiana; con las revelaciones de Simonini acompañadas de sus correspondientes notas; con la enumeración de las diferentes propiedades que retratan é iluminan el carácter del pueblo judío; con todas las reflexiones intercaladas en esta enumeración y en la serie de aquellas noticias; con todos los testimonios, que sea de un modo genérico, sea bajo algún aspecto particular, hacen relación á nuestro intento. No hay duda que todo este cúmulo de indicios, hechos, afirmaciones y observaciones, bien meditadas y pesadas, necesariamente han de herir cualquiera inteligencia recta y desimpresionada, han de contribuir á esclarecer nuestra prueba y á fortalecerla grandemente en el ánimo del lector.

Después de esto, aquí aguardamos á pie firme la brava acometida con que los adversarios de nuestro modo de pensar, han de pretender flanquearnos é inutilizar nuestras posiciones sobre el origen sociniano, sobre el templario, sobre el maniqueo, di-

ciéndonos por ejemplo: Puesto que el origen de la masonería es judaico y que no se puede fijar al parecer época determinada al judaísmo masónico, se seguirá por precisión una de dos: ó que las versiones más arrimadas á cierta antigüedad, como la sociniana, la templaria, la maniquea, flotarán en el aire sin cimiento ninguno sólido y consistente; ó bien que en esta incertidumbre nos veremos obligados á optar por la opinión que cuenta en su favor alguna fecha segura, como la moderna, desde la cual se experimenta de una manera sensible el influjo del judaísmo en la masonería, esto es, desde el siglo pasado. Reparo que de siyo se le habrá ocurrido á alguno de nuestros lectores, y que nace de no haber penetrado todo el alcance de nuestra argumentación. De molde nos viene esta dificultad para poner más de relieve la fuerza de nuestro razonamiento y ofrecernos ocasión de redondear y dar la última mano á nuestro sistema.

La objeción propuesta, que mirada á distancia competente entre las nieblas que la preocupación y un fátilo criticismo esparcen en torno de los orígenes masónicos, se agiganta formidable como el coloso de Monjuí asentado majestuosamente sobre su base de granito; en cuanto se le aproxima uno con los pasos del raciocinio, se desvanece lo mismo que la tenue gasa de vapores levantada de la humedad de la tierra, cuando el hijo de Latona los hiere con las primeras flechas vibradoras de sus rayos. Y perdónesenos esta ampulosa perífrasis, para decir en prosa muy pedestre, que la objeción no vale un pepino.

Vamos á ver, si no. ¿Cuál es el nervio de ella?—Que al judaísmo masónico no se le puede señalar época fija.—Alto aquí: que ahí sorprendemos la ambigüedad ó sofisma envuelto en esa proposición, ambigüedad que nos apresuramos á deshacer ó distinguir. Porque cierto es, que en la hipótesis del origen

judaico probada con el simple sistema de ritos y grados, como estos no traen en sí mismos la marca inequívoca de ninguna época, esta queda indecisa, y así argüímos sin vuelta de hoja contra Tirado; inconcluso también, que con la última demostración, si bien resulta firmemente establecida la unión inseparable del judaísmo con la masonería, no se precisa decretoriamente la época primitiva de la tal unión. Pero en virtud de esta no se ha de tener por menos indubitable, que en cualquier momento histórico que se dió masonería, se dió judaísmo conjunto con ella; ó más claro: bien que con nuestra argumentación no fijemos la primera época del judaísmo masónico, mas afirmamos y evidenciamos su existencia en todas las épocas de la masonería. Así, para hablar en concreto: ¿no fué verdadera masonería el socianismo, por ejemplo? Allí hubo de estar sin falta el judaísmo masónico. ¿No se ha de reputar igualmente por masonería genuina el maniqueismo? Pues indefectiblemente hubo de hacer con él buenas migas el judaísmo masónico: á no ser que de una plumada borrásemos cuanto llevamos dicho sobre la necesidad de haber sido siempre judaica la masonería, si en los casos particulares había de fallar nuestra sentencia bien probada. De donde resalta la falsedad de aquella aserción gratuita de no aparecer ninguna época determinada para el judaísmo masónico, cuando tan determinadas están las épocas recorridas.

Al mismo término se llega por otro camino, ó sea, variados los términos de la prueba, para que se destaque más de hulio; y es de esta manera. Prescindiendo del colorido especial y alusiones judaicas que brillan en las leyendas y ritos de la masonería actual, es incontrovertible que esta substancialmente se revela en sus doctrinas, fines, medios y procedimientos. Mas por todos estos capítulos se demostró extensamente que la masonería fué y sigue siendo maniquea. Luego habiendo de ser

toda masonería forzosamente judaica, hubo de serlo también la maniquea; y con esto ya tenemos una época fija para el judaísmo masónico, la época maniquea, aunque tal vez no sea la primera, según vamos á ver dentro de poco.

Ahora esa comunidad de doctrinas, fines, medios y procedimientos entre masonería actual y maniqueísmo, en su lugar correspondiente la hicimos manifiesta hasta la saciedad: panteísmo dualista, racionalismo, naturalismo, negación de Cristo, indiferencia religiosa, la libertad, igualdad y fraternidad revolucionarias, prostitución de la carne, magia, socialismo y comunismo, organización, unidad corporativa, proselitismo, seducción, hipocresía, disimulo, perjurio, secreto, etc., todo es uno, igual é idéntico entre los dos.

De todo lo dicho sale corriendo la consecuencia deseada.

CAPITULO X

SISTEMA GNÓSTICO, complementario del maniqueo y del judaico.—Un ilustre académico español.—Masonería, maniqueísmo y gnosticismo comparados ó igualados.—Tiene la palabra Bergier en persona, y no su continuador.—Nuestros comentarios.—Una nota sobre las sociedades gnósticas degeneradas del Sr. Menéndez Pelayo.—D. Benoit empuja más arriba y se da la mano con Negroni.—Una noticia del P. Darras y del Ilmo. S. Fava—Lo dicho, dicho.

Ahora pasemos á otras consideraciones para dar vado á la última dificultad del capítulo precedente y rematándola de un golpe, vengamos á señalar definitivamente la época primera de ese judaísmo masónico ó de esa masonería judaica.

Antes conviene repetir y recalcar lo expuesto, sentado y demostrado más claro que la luz del día: la masonería es maniquea, ó mejor, el maniqueísmo fué masonería y viceversa. Este es nuestro punto de partida.

Bajo tal supuesto se nos ocurre preguntar, si el maniqueísmo fué criatura única y exclusiva de Manes, quien lo bautizó con su nombre; ó en otros términos, si fué obra toda original de Manes. Estamos resueltamente por la negativa; por la cual

se trasluce, que en otra parte y más arriba del maniqueísmo colocamos el origen primero de la masonería. Y avanzamos más, y decimos que este origen fué también judaico; para que así haciendo de un camino dos mandados, con una sola demostración, al par que la estirpe judaica del maniqueísmo, manifestemos la fuente primordial de la masonería, igualmente judaica. Manos á la obra.

No es la empresa tan ardua como alguno tal vez se figuraría, por encontrar en este punto la historia connivente con nosotros; para comenzar con el argumento que es más del agrado de ciertas gentes, el histórico. En efecto ¿no están contestes los autores que se consagraron á la especialidad de estas investigaciones, en afirmar que el verdadero padre del maniqueísmo es el gnosticismo? Y por cierto judaico, avanzamos nosotros basados en las mismas expresiones de aquellos. Entre tantos que fuera lícito aducir, bástenos por todos el testimonio de Menéndez Pelayo, quien no por ser español sabe y vale menos que el primero de cualquiera otra parte; sabe y vale más que muchos otros en la presente materia: á él me atengo. El cual en su excelente *Historia de los heterodoxos españoles*, t. I, p. 96, asegura:

“Así murió la *gnosis* egípcia, mientras que la de Persia y Siria . . . legó su *negro manto* á otros herejes, si herejes fueron al principio y no teósofos, educados fuera de la religión cristiana y del judaísmo. Tales fueron los Maniqueos . . .”

Por consiguiente, al decir de Menéndez Pelayo, que en esto no discrepa de otros historiadores, los maniqueos vinieron del gnosticismo ó de la *gnosis*, y entre las varias clases ó escuelas de ella, de la siria. Ahora la invención ó procedencia de toda *gnosis*, de la siria en particular, fué judaica, según nos informan á una los aludidos autores: habremos de concluir por lo tanto que los maniqueos fueron oriundos de la *gnosis* ó *gnos-*

ticismo judaico. Con lo cual nuestro aserto queda firme, y no habria más que decir.

Sié lo que nuestra premisa es atajada por el dicho del ilustre académico con aquel inciso, de que los tales maniqueos, hijos de la gnosis "fueron educados fuera de la religión cristiana y del judaismo;" cosa que á ser cierta, con echar á los maniqueos fuera de la educación judaica, por tabla nos echa á nosotros fuera de la lógica en nuestra deducción final. Más no hay que asustarse por tan poco, ni hacer aspavientos de que el eruditísimo académico incurra, como cualquier simple mortal, en flagrante contradicción consigo mismo, si se atiende á todo el contexto del pasaje. ¿Como así? Veámoslo despacio.

Suponemos que esa educación negada á los maniqueos, aquí tanto valdrá como participación ó imitación de principios, enseñanza, institución ó amaqestramiento doctrinal, ó cosa así. En este sentido no se le puede rehusar ciertamente alguna educación cristiana á Manes, autor del maniqueismo, si antes fué cristiano, como testimonia Bergier y con él otros. Aunque vaya con Dios lo de la educación cristiana; que lo que interesa á nuestro propósito es lo de la educación judaica, de la cual se excluye á los maniqueos. En este punto hacemos hincapié, repitiendo que la contradicción es de bulto, y vamos á señalarla con el dedo.

Unas cuantas páginas más arriba de la citada, en la 89, el clarísimo historiador, después de haber distribuido las escuelas gnósticas en *siria, esporádica y egipcia*, á renglón seguido añade:

"Adoctrinados los sirios por Simón, Menandro y Cerinto, muestran en sus teorías menos variedad y riqueza que los de Egipto ó insisten antes en el principio *dualista*, propio del zoroastrismo, que en la emanación por parejas ó *syzygias*. El principio del mal no es una negación ni un límite como en

Egipto, sino un principio intelectual y poderoso, activo y fecundo."

Bástannos estas palabras para hacer de dos maneras patente la contradicción indicada: 1º Según el autor los maniqueos fueron engendro de la gnosis siria, cómo antes vimos, y ahora se nos advierte que de esta gnosis fueron inspiradores y maestros Simón Mago, Menandro y Cerinto, tres judíos; de donde legítimamente se infiere, que ó estos judíos se olvidaron de su patria, de su profesión y del propio ser, suposición desmentida por la historia, ó la gnosis siria por fuerza hubo de ser judaica, y judaica su hijuela el maniqueismo. 2º Nos marca el autor como propiedad individual de la gnosis siria su insistencia en el principio dualista, su concepción del principio del mal, no como negación ó límite, sino como principio *intelectual* y poderoso, activo y fecundo; que es precisamente la inteligencia maniquea acerca del principio malo. Judaico fué por consecuencia el maniqueismo en orden á sus padres y maestros.

Con otro texto, de la pág. 84, se encarga el mismo señor Menéndez Pelayo de manifestarnos la ascendencia judaica de los maniqueos y su propia contradicción:

"En las enseñanzas como en los símbolos, dice, el gnosticismo era doctrina bastante nueva, pero no original, sino *sincrética*, por ser el *sincrétismo* la ley del mundo filosófico . . ." Y unos renglones más abajo: "La primera escuela sincrética de Alejandría, anterior al gnosticismo, fué la de los judíos Aristóbulo y Filon. . . Filon es progenitor de la gnosis."

¡Filon! Filon! ¡judio! ¡judio! Resulta pues judaico por entronque directo el maniqueismo [1].

[1] Para nosotros es incuestionable la alianza de los judíos con los maniqueos, y como prueba histórica ya vimos la grandísima parte que aquellos tomaron en la guerra de los albigen-

Queda resuelta la dificultad en el sentido expuesto, probada la contradicción y servido el señor Menéndez Pelayo.

Para mayor ilustración y refuerzo de lo dicho favorecerá la siguiente tabla de los principales gnósticos:

Simón Mago.—Samaritano: caudillo de los gnósticos, según Menéndez Pelayo.

Menandro.—Samaritano: discípulo de Simón.

ses: también hemos insinuado otra vez la idea, de que por el mundo andan muchos monumentos perdidos ó ignorados acerca de este y de otros puntos de la acción y conexiones secretas de la masonería. Ahora no queremos privar al lector de un dato precioso suministrado por D. Lucas de Tuy en su libro histórico apologético.—*De altera vita fideique controversiis adversus Albigensium errores.* Tomamos la cita entera de la *Historia de los heterodoxos españoles*, t. I. pp. 442 y sigg.

D. Lucas de Tuy se propuso acabar con los albigenses que en León, patria de aquel, causaban horribles estragos en la grey cristiana, durante la primera mitad del siglo XIII. Desde luego los llama formalmente *maniqueos*.—“Con apariencia de filosofía quieren pervertir las Sagradas Escritura . . . gustan de ser llamados filósofos naturales: . . . Su fin es introducir el maniqueismo, confesando dos Dioses, de los cuales el maligno creó todas las cosas visibles.”—Y más abajo:—“Algunos de estos sectarios toman el disfraz de sacerdotes seculares, frailes y monjes, y en secretas confesiones engañan y pervierten á muchos.”—Y por fin de lleno á nuestro propósito:—*Los más de los herejes con refinada malicia se circuncidan y á título de judíos vienen á tratar polémicas con los cristianos. Tienen por fautoras todas las sinagogas, para captarse la voluntad de los príncipes con cuantiosos dones y sobornan con el oro á los jueces en favor suyo.*—¿Esos maniqueos eran judíos? A lo menos se circuncidaban, se daban por judíos, y estos como de los suyos los trataban. Hecho más expresivo no cabe encontrarlo.

Y ya que estamos con las manos sobre la masa, no lo dejemos sin referir las artes de propaganda empleadas por aquellos maniqueos, que parecen robadas á épocas posteriores de la secta anticristiana y antisocial. Copiamos á Menéndez Pelayo:

Cerinto.—Hijo de familia judía: cristiano judaizante, le llaman Menéndez Pelayo. Perfeccionador de la gnosis siria después de Simón y Menandro.

Saturnino.—Discípulo de Menandro.

Bastilides.—Compañero de Saturnino y discípulo tal vez de Simón y Menandro, según Menéndez Pelayo.

Bardesanes.—Modificó la gnosis de Saturnino, según Menéndez Pelayo.

“Para inculcar sus errores al pueblo, se valían de fábulas, comparaciones y ejemplos: de que trae el Tudense algunas muestras. Así para disminuir la veneración debida á nuestra Redención, decían: “Dos caminantes encontraron una cruz: el uno la adoró, el otro la apedreó y pisoteó, porque en ella habían clavado los judíos á Cristo: acertaron los dos.” Si querían reprender la piadosa costumbre de encender luces ante las imágenes, contaban que “un clérigo robó la candela encendida por una mujer ante el altar de la Virgen y que esta reprendió en sueños á la mujer por su devoción inútil. Para inculcar el *laicismo* (a) y el odio á la jerarquía eclesiástica, contaban esta otra fábula: “Un lego predicaba sana doctrina y reprendía los vicios de los clérigos. Acusáronle estos al Obispo, que le excomulgó y mandó azotarle. Murió el lego y no consintió el Obispo que le enterrasen en sagrado. Una serpiente salió de la sepultura y mató al obispo.”

El P. Mariana relata esta otra superchería de aquellos mismos maniqueos: «Publicaron que en cierto lugar muy sucio y que servía de muladar, se hacían milagros y señales. Estaban allí sepultados dos hombres facinerosos: uno hereje, otro que por la muerte que dió alevosamente á su tío, le mandaron enterrar vivo. Manaba también en aquel lugar una fuente, que los herejes ensuciaron con sangre, á propósito que aquellas gentes tuviesen aquella conversión por un milagro. Cundió la

(a) Ese *laicismo* es de la cosecha personal del Sr. Menéndez Pelayo, y la intención no puede ser más inocente. ;Duro, *opportune, importune*, á esos *laicos*, convertidos ya en maniqueos!—Un abrazo, Marcelino-Gracias, Alejandro.

Nicolás diácono. — Primero gentil, después judío.

Carpócerates. — Siguió la doctrina de Basílides, á quien probablemente alcanzó, y oyó sus lecciones.

Cerdón. — Adoptó los principios de Simón y de Saturnino.

Marción. — Conquista de Cerdón, cuando andaba por Roma desesperado, solicitando el levantamiento de su excomunión.

Apeles. — Discípulo de Marción.

Obsérvese como descuella el tronco judío, y desde Simón Mago á Apeles, por intermedio de Saturnino y Basílides, se teje una genealogía gnóstica.

fama, como suele, por ligeras ocasiones. Acudían gentes de muchas partes. Tenían algunos sobornados de secreto con dinero que les daban para que se fingiesen ciegos, cojos, endemoniados y trabajados de diversas enfermedades, y que bebida aquella agua publicasen que quedaban sanos. De estos principios pasó el embuste á que desenterraron los huesos de aquel hereje, que se llamaba Arnaldo, y había diez y seis años que le enterraron en aquel lugar; decían y publicaban que eran de un santísimo mártir. Muchos de los clérigos simples, con color de devoción, ayudaban en esto á la gente seglar. Llegó la invención á levantar sobre la fuente una muy fuerte casa, y querer colocar los huesos del traidor homiciano en lugar alto, para que el pueblo le acatase, con voz que fué un abad en su tiempo muy santo. No es menester más, sino que los herejes, después que pusieron las cosas en estos términos, entre los suyos declaraban la invención, por ella burlaban á la Iglesia, como si los demás milagros que en ella se hacen por virtud de los cuerpos santos, fuesen semejantes á estas invenciones (b)'.

¿Quién no ve en esta reseña una imagen de las viles imposturas que efectuaron más tarde los jansenistas en el cementerio de S. Medardo? ¿Quién en aquellas fábulas y chascarrillos no reconoce la misma marca de fábrica de mil cuentos masónicos y protestantes?

(b) *Historia de España*, cap. IX, lib. III.

Para nuestro conocido intento ¿cuál es la síntesis de todo lo disputado? La siguiente: gnesticismo judaico; maniqueismo gnóstico; maniqueismo judaico, judaica masonería.

A este mismo puerto arribamos por diferente rumbo, mostrando primero el carácter gnóstico de maniqueismo y masonería juntos por rigurosa analogía, que nos da hecha D. Benoit, y que reproducimos simplificada y retocada;

1. *Gnóstico* tanto quiere decir como *sabio* ó *iluminado*.—Esta *iluminación* no puede ser más peculiar del maniqueismo y la masonería, según noticia ya vulgar de puro sabida.

2. La mayor parte de los gnósticos distingúan á sus adeptos en tres grados, el superior el de *elegido*.—Tres grados fundamentales se conocen tambien en el maniqueismo y la masonería, ni falta en ellos la categoría de *elegidos*.

3. Dos bases del gnesticismo eran panteísmo y dualismo.—Las mismas que en el maniqueismo y la masonería.

4. Los gnósticos consideraban á Nuestro Señor Jesucristo como un *genio*, un *espíritu inferior* ó un simple hombre, negada su divinidad, desconocida la Encarnación real y la Redención.—Iguales blasfemias del maniqueismo y la masonería, conforme notamos en sus lugares respectivos.

5. Artes ocultas entre los gnósticos.—Igualmente en el maniqueismo y la masonería por testimonios irrecusables.

6. Signos secretos de reconocimiento en unos y otros.

7. Los gnósticos enemigos de la procreación.—Doctrina averiguada como la que más de maniqueos y masones.

8. Comunidad de mujeres, principio *común* de aquellos y de estos.

9. Principios los más irreligiosos é inmorales en los gnósticos, como lo testifican los Santos Padres de la época.—Lo mismo consta respecto de maniqueos y masones.

De donde maniqueismo y masonería gnósticos. ¿Consecuencia último? Idéntica á la anterior: maniqueismo y masonería judaicos tambien.

No necesitamos mas para nuestro objeto, reducido á demostrar el origen judaico de la institución maldejida que venimos desenmascarando y combatiendo, y por cierto origen primero de la misma. Aquí nos detenemos, aquí damos punto á nuestras investigaciones; porque ya felizmente acertamos con la última explicación de los misterios que solicitaban nuestra curiosidad nunca plenamente satisfecha con las anteriores hipótesis. Estas nos hablaban algo, pero no nos entregaban la clave del enigma; como voces sueltas, que declaran á medias el pensamiento, en parte lo descubren, sin comunicar la inteligencia cabal y perfecta de la cosa. Ahora sí la poseemos: se rasgó el velo de oscuros celajes que limitaban nuestra vista; se iluminó con desusada claridad el horizonte y dominamos todo el vasto panorama; panorama horrible, pavoroso, que ofende la vista y aflige el corazón, pero realidad viva, teatro animado, donde se desarrollaron ya dramas de catástrofes espantosas, donde se representan hoy á la vez escenas cómicas y trágicas, cuyos actores son todos seres monstruosos, monstruos de imbecilidad y estolidez unos, monstruos de malicia más que humana otros; presididos y agitados todos como infantiles maniquíes por un personaje que no es de esta creación visible, el rey de los abismos, cruel tirano de los hombres. Bajo el negro manto de Manes sorprendimos al judío, y á la luz de este acontecimiento, segun la repetida frase de La Fuente que profetizaba sin sospecharlo ni quererlo, *se aclara todo lo oscuro y desaparecen los orígenes misteriosos*: más aún, lo presente se descifra por lo antiguo y lo futuro amenaza por lo presente, se colman las lagunas de la historia, se explican sus deficiencias, el secreto sistemático da razón de muchas cosas, la filosofía

de la historia se encuentra casi por entero desde Jesucristo acá en la historia de una raza, la crítica escéptica, vana y descor- tés sale con las manos en la cabeza, se disiparon las dudas y el mundo ve claro en el fondo de los grandes acontecimientos á pesar de las tinieblas amontonadas por enemigos y por inú- tiles amigos.

Algo de todo esto supo entrever el abate Bergier, bien que ceñido por la singularidad de su objeto, al trazarnos el cuadro histórico del maniqueísmo, que de muy buen grado trasladamos aquí, tanto para completar la noticia dada en su lugar, como para corroborar algunas de nuestras ideas.

“Los maniqueos, narra el ilustre apologista, desde el año de 285 hasta el de 451 fueron desterrados del Imperio, privados de sus haberes y condenados á varios géneros de suplicios: registranse en el código teodosiano las leyes dictadas contra ellos. Mas siguieron multiplicándose en la sombra, por medio de sus habituales recursos, la disimulación, la mentira, la hipocresía, el perjurio, etc.: á fines del siglo IV aparecieron en África, y fueron combatidos por S. Agustín; penetraron en España, y Prisciliano sostuvo aquellos errores con los de los gnósticos.

En 491 la madre del emperador Anastasio, al cabo maniquea, hizo suspender el rigor de las leyes dadas contra ellos, gozando estos de franquicia por espacio de veintisiete años; pero se la quitaron Justino y sus sucesores. En el comienzo del siglo VII un maniqueo, Gallinico, mandó educar en el error á sus hijos Pablo y Juan y los envió á predicar en Armenia, donde Pablo logró abundante fruto de maldad y dió nombre á los *paulicianos*. Sucedióle un tal Silvano, que emprendió la tarea de enmascarar el maniqueísmo con textos de la Sagrada Escritura y con fraseología ortodoxa; con cuyo artificio persuadiendo á muchos que aquello era una regeneración del cristianismo, revistió á la secta de nueva forma,

“Se suscitó la discordia entre los paulicianos, que sosegó Teódoto. La aversión de estos sectarios al culto de la Cruz, de los Santos y de las imágenes les ganó la benevolencia y el favor de los sarracenos, ocupados á la sazón en sus invasiones del Imperio. La herejía de los iconoclastas, á fines del siglo VIII, de la doctrina maniquea y de las ideas musulmanas se originó.

“En 841 la emperatriz abrió campaña contra ellos con tanta severidad, que á cien mil se hace elevar el número de los muertos en los suplicios. Pero se aliaron con los sarracenos, levantaron fortalezas y más de una vez sostuvieron la guerra contra los emperadores, hasta que al expirar aquel siglo fueron derrotados en una batalla y dispersados.

“Refugiáronse algunos en Bulgaria, y de aquí su sobrenombre de *búlgaros*; introdujéronse estos en Italia, hicieron fundaciones en Lombardía y expidieron misioneros á Francia y á otros países. En 1022 (*otros dicen que en 1018*) algunos canónigos de Orleans se dejaron cautivar por la singida moral austera y piedad de los maniqueos y acabaron en la hoguera. La secta alcanzó mayores progresos en Provenza y en el Langüedoc, particularmente en la diócesis de Albi, por esto llamados albigenses; y á pesar de los concilios celebrados contra ellos, de los esfuerzos empleados en su conversión, de la cruzada misma levantada contra ellos y de los suplicios á que se les condenaba, no pudieron ser extirpados. A despecho de todo en los siglos XII y XIII la secta se reproducía con las denominaciones de *henricianos petrobrusianos*, *poplicanos*, *cátaros*, etc. La semilla por ella despararamada en Inglaterra y Alemania fué el gémen de las herejías de Wiclefistas y Hussitas, que allanaron el camino á los protestantes.

“En esos últimos tiempos los maniqueos renunciaron en apariencia al dogma fundamental de la secta, la hipótesis de los

dos principios, no expresándose acerca del mal principio sino como nosotros hablamos del demonio, bien que haciendo resaltar el imperio de este por la multitud de desórdenes reinantes en el mundo. Mantuvieron sin embargo sus demás errores acerca de la Encarnación y los Sacramentos, su oposición al culto de los Santos, de la Cruz y las imágenes, su odio contra los pastores de la Iglesia y su resñado libertinaje."

Hasta aquí el abate Bergier en el correspondiente artículo de su *Dictionnaire de Théologie*, última edición francesa; cuyo relato no podemos dispensarnos de acompañar con algunos oportunos comentarios.

Es muy de notar primeramente la robusta vitalidad de la secta y su larga duración: crudamente perseguida desde su cuna, toma creces mayores cual árbol lozano á los golpes del hacha que lo poda; nuevamente combatida después de corto respiro, mantéñese pertinaz y vigorosa; ahogada al parecer en la sangre de cien mil de sus adeptos, renace mas poderosa y floreciente, se reproduce casi aniquilada, transfunde su savia á otras sectas perturbadoras y se ve resflorecer en la edad moderna á nuestros propios ojos. ¡Extraño fenómeno! En esta carrera de largos siglos y de no interrumpidos combates, es tal la exuberancia de su vida y su fuerza de expansión y proselitismo tanta, que por toda la tierra se difunde: envía en los mismos días de sus quebrantos distinguidos emisarios al África, Francia y España, se enseñorea más tarde de Armenia y Bulgaria, invade á la vez Italia, Francia, Alemania é Inglaterra, y Bossuet la proclama la secta universal del siglo XII. Tan firme y consistente en su organización, que en duración tantas veces secular una sola se habla de disensiones producidas en su seno, que como por ensalmo fueron apaciguadas por uno de sus prohombres, y la secta corre con admirable uniformidad de doctrina sin la más leve mutación substancial

desde Manes hasta expirar el siglos XII, según informe irreprobable de Bossuet; desde el siglo XII hasta hoy, por noticias posteriores de la historia y por el testimonio de nuestra experiencia. Ni asombra menos su constancia en mantener la inviolable ley del secreto, para desmentir con su ejemplo la poco meditada afirmación de Menéndez Pelayo [1], de ser achaque de las sectas gnósticas degeneradas ó decadentes su transformación en sociedades secretas, cuando el maniqueismo desde

(1) El pasaje de referencia, *Historia de los heterodoxos españoles*, t. I, p. 99, es como sigue: "Fuera de estar averiguado que todas las sectas gnósticas degeneraron en sus últimos tiempos hasta convertirse en sociedades secretas, con todos los inconvenientes y peligros anejos á semejantes reuniones, entre ellos el de la murmuración (á veces harto justificada) de los profanos."

Se nos han de permitir algunas observaciones. Siempre habíamos entendido que las sectas gnósticas tenían enseñanza y prácticas *esótericas* aun antes de degenerar, y esto bastaría para calificarlas de secretas; ni en la masonería, verdadera sociedad secreta, si no lo lleva á mal el señor Menéndez Pelayo, es todo secreto: aunque dejemos esto. Pero no comprendemos como podía haber desdecido ó descaecido la secta de los *agapetas*, á la cual se alude, si el maniqueo Marco fué su fundador, y maniquea por ende había de ser la secta; porque ¿cómo se entiende eso de la senectud ó degeneración del maniqueísmo, cuando no ajustaba aún el primer siglo de su existencia, cuando algunos siglos más adelante tan imponente muestra de vitalidad había de dar en Oriente y en Occidente, en la guerra albigense sobre todo, á los nueve siglos de su imaginada decadencia?

Además causan sorpresa aquellas palabras—"con todos los inconvenientes y peligros anejos á semejantes reuniones [secretas]"—Con todos ellos vivió y prosperó muy largos siglos el maniqueísmo, ni podía subsistir de otra suerte. Mas vamos á ver, de tautos inconvenientes y peligros cuál nota con marca singular el autor.—*Entre ellos el de la murmuración...*—De mo-

sus primeros años se constituye en sociedad secreta y en secreto se propaga en medio de persecuciones; con el más absoluto silencio y secreto persiste hasta el siglo VII, conforme acabamos de leer; el secreto lleva inscrito en su bandera, según otra vez nos instruye Bossuet; solo por medio del secreto pudo perpetuar su obra revolucionaria con la sectas derivadas y preparar los caminos á la reforma; y rodeada en fin de se-

do y de manera es, que lo hablado contra el maniqueísmo por toda la gente honrada desde el primer emperador católico de Oriente hasta el último Concilio de Occidente, fué murmuración nada mas; y extendiendo la regla á favor de la masonería [¿porque no, si es sociedad secreta?], murmuración hubo de ser á la cuenta la interminable serie de cargos acumulados sobre las espaldas de aquella por los Pontífices Romanos desde Clemente XII hasta el Papa reinante. Bien es verdad que el autor para el golpe con este quite:—á veces *harto justificada*.—Seguro que en estas veces entendió salvar las veces de los Papas; pero segurísimo que en las *otras veces* bajo reato grave de falta de caridad, de injuria, de detracción y calumnia nos comprende en montón á los demás murmuradores de la infeliz masonería. Co-sas tenedes el Cid. . . .

Ni es menos curioso el párrafo siguiente, en que el autor continua sus reflexiones sobre los desórdenes de los *agapetas* en esta forma: “Si los discípulos de Marco eran *Carpocracianos*, como se inclina á creer Matter, nada de extraño tiene que si guiesen la *ley de la naturaleza* y enseñasen que todo era *puro para los puros*.” Marco era gnóstico maniqueo ¿no es verdad? Lo mismo habían de ser por lo tanto sus discípulos, ó no fueran discípulos de tal maestro. ¿Qué mejor recomendación de picardía? O ¿qué antecedentes de moralidad habrá logrado cazar el señor Menéndez Pelayo á favor de tales sectarios, en los Santos Padres y demás escritores de la época ó en el libro undécimo de la *Historia de las variaciones*, ya que tan bien los conoce? Vamos, que sin ser carpocracianos, les bastaba á agapetas y priscilianistas la simple calidad de gnósticos y maniqueos, para ser buenas alhajas y dignos racimos de horca.

éreto hoy obra al exterior y commueve al mundo. Por último, y es la particularidad observada por Bergier que hiere más profundamente el ánimo y le obliga á recapacitar sobre los misteriosos destinos de la secta fatal, ésta en el postrero período de su funcionamiento ostensible, según parece deber interpretarse Bergier, ella invariable en su táctica de seducción, disimula, encubre su error fundamental, la teoría de los dos principios, bien que sin renegar jamás de él ni borrarlo de su credo, como para ocultar su ascendencia gnóstica que la hacia repulsiva, como dando á entender con su conducta, que por interés del reclutamiento y por el prestigio de la idea revolucionaria era bien remover el escándalo, sacrificando la gloria de una divisa que al cabo en los adentros de la familia se cuidaría de estampársela á los neófitos en medio del alma.

Resultado final.—Justamente la masonería reverencia por sus padres á los maniqueos; y como estos son digna prole del corrupto gnosticismo, hasta los días de los gnósticos con toda seguridad se remonta el origen de la secta infernal; que es decir, hasta el primer siglo de la era cristiana.

Aquí pensábamos detenernos y plantar nuestra bandera, seguros de nuestra tesis y satisfechos con el fruto de tan prolongado análisis, de tan laboriosas investigaciones, teniendo por empresa atrevida la de avanzar más arriba contra la corriente de las edades. Pero viene á empujarnos D. Benoit, quien impelido por la fuerza del raciocinio y más animoso que nosotros para llevar las cosas hasta el extremo que los hechos mismos señalan, plantea resueltamente esta cuestión:

“¿Se habrá de decir que el gnosticismo es la fuente primera de la masonería?”

Y él mismo se contesta:

“No nos lo parece. Porque la masonería no solamente se enlaza por no interrumpida cadena con las primeras doctrinas anticeronianas y antisociales de la era evangélica, sino que es la continuación de los antiguos cultos del paganismo, y especialmente de los misterios infames que los deshonran todos.

“Pruébalo desde luego la conformidad de las prácticas masónicas con las del politeísmo y sus misterios. En las logias modernas, lo mismo que en los antiguos templos de Egipto, de Persia, de Grecia y de Roma, se encuentra la adoración del sol, de la luna y de toda la *milicia celeste*, la del sueño y de la naturaleza, la del órgano más vergonzoso del cuerpo humano.

“Satanás que con tan ventajoso resultado en pro de su nefando imperio supo reemplazar el culto del verdadero Dios con el de la criatura, divinizando todos los vicios y pasiones que no había de buscar el desquite de la derrota sufrida en el Calvario, por los mismos medios con que antes sojuzgara el mundo á sus plantas?

“Tras Weisshaupt y Cagliostro, dicen Chereau, Branville, Redares, Ragón, etc. . . (D. Benoit presta fe á los dichos de los masones.)

“Hacen mofa algunos autores de esas pretensiones masónicas. A mí me parece más acertado decir, que así como “la orden de los Templarios sirvió de puente para traer á Occidente el conjunto de misterios impíos y sediciosos de Manes,” según Schlegel, así el gnosticismo fué el fétido caño por el cual la basura de las prácticas politeistas del mundo antiguo pasó al mundo cristiano.”

Nadie en justicia estimará desatinada la proposición de D. Benoit, ni hará menosprecio de su autoridad universalmente respetada; y con todo cuando por primera vez insinuamos la

teoría de Negroni acerca del origen totalmente primitivo de la secta maldecida ¿cuántos á buen seguro no se reirían de ella en sus adentros como de un sueño descabellado? Pues bien, Negroni no está solo, y en estos últimos años de gracia, después de tantos dares y tomares y de tanto ahondar en los arcanos masónicos, viene por sus pasos con admirable frescura á sentar plaza bajo su bandera y hacerle honrosa compañía un hombre de la talla de D. Benoit. Si no, digannos aquellos inconsiderados sisgos que sabrían determinarnos la precisa línea divisoria, que separa las opiniones de entrabmos? D. Benoit de los templarios asciende á los gnósticos; por el rastro de estos llega á los politeístas del mundo antiguo, y hace el politeísmo parte legítima de Satanás; de suerte que su cadena se compone de estos eslabones: Templarios-gnósticos-politeístas Satanás: yendo de abajo para arriba. Negroni recorrió antes el mismo camino á la inversa: Satanás-politeístas, etc. procediendo de arriba abajo. Diferencia de método nada más. Siendo así, pregunto ¿cuál es la contrariedad ó distinción substancial?
—Ninguna.—Pues eso decíame.

De tan maravillosa é inesperada coincidencia saque la gente burlona esta moralidad: que antes de reír, conviene aprender ó escuchar.

Ahora para reforzar el aserto de D. Benoit sobre las relaciones de gnósticos con politeístas, si se tiene en cuenta el papel de corifeo y padre del gnosticismo que representó indudablemente Simón Mago, no es de echar en saco roto la noticia que encontramos en el estudio que á este abanderado y patriarca dedicó el P. Darras en su *Historia de la Iglesia*, t. V: “El reciente descubrimiento, dice, del manuscrito de los *Philosophoumena* [como si dijéramos, filosofías ó razonamientos] nos descubre el vasto sistema gnóstico organizado por Simón Mago. Los considerables fragmentos reproducidos al pie de la

letra del evangelio de este pseudo-Mesías por el autor desconocido (que parece ser el mártir S. Hipólito) de los *Philosophoumena*, nos permiten conocer el cuerpo de doctrina de aquel. En su titulada *Apophysis* [revelación] Simón Mago junta en orgullosa síntesis los principales errores del Zend persa, del boudismo indiano, del esoterismo [doctrina secreta] egipcio, de la cábala judía, del platonismo alejandrino y de las *mitologías politeistas*.—Cuando Felipe fué á predicar en Samaria, corrió al instante el Mago á iniciarse en los principios evangélicos, como anteriormente se había hecho iniciar en la doctrina de los hierográmatas de Oriente.”

Igual noticia confirma ó repite el Ilmo. Sr. Fava en su *Jesucristo rey eterno*, t. II, p. 96, diciendo: “Recordemos que este hombre, nacido en Gitta, de la Samaria, estudió la filosofía y demás ciencias en Alejandría: luego impelido por su ardiente deseo de saber, se dió á las doctrinas de la India, Persia y Egipto, á la cábala judía, al platonismo alejandrino y á las *mitologías politeistas*. Despues de lo cual, arrebatado de loca soberbia se aplicó á la refundición de todos estos sistemas, para formarse uno peculiar de su cosecha” [el gnosticismo].

Sabido es, fuera de esto, el amor de Simón Mago á las supersticiones gentílicas, á cuya práctica vivió entregado.

Por lo demás en su lugar harto nos extendimos en el análisis y ponderación del sistema negroniano, y por cierto que en el desarrollo sostenido de él y en la solidez de sus fundamentos el autor italiano, en medio de rarezas, audacias y demásias, á nuestro juicio lleva gran ventaja al francés.

Por nuestra cuenta, mientras no se cave más hondo en los misterios del politeísmo, según es de desear y esperar; mientras no se demuestre el acuerdo formal, dependencia, sucesión

ó conexión organizada y sectaria de los politeistas con los hierofantes, maestros y directores de los cultos y filosofías del Asia, del antiguo Egipto, de la cábala judía y de la escuela alejandrina; en el judaísmo gnóstico hacemos nuestra parada final, y ahí á no dudarlo clavó sus primeras tiendas y por primera vez izó su negro estandarte la verdadera masonería.

¿Quereis por el estudio de sus *Orígenes* saber *á priori* y á ciencia cierta lo que ella es? Por lo pronto no fatigueis la erudición de consumados doctores en solicitud de la verdad sincera; ni vayais á perderos en el dédalo inextricable de ceremonias, alegorías, gongorinos discursos, monsergas y gerigonzas de libros secularios; ni abrumeis la memoria con el fárrago intolerable de leyendas, anécdotas, programas, relatos de complotes, pasos cómicos y misteriosas tragedias, de que andan por el mundo atestadas novelas é historias: levantad los ojos y contemplad el lema de la ominosa bandera: *Judaísmo gnóstico*. El judaísmo extraviado, protervo, de corazón incircunciso, sensual, interesable, rebelde, hipócrita, dado á idolatrías, fecundo en malas artes, amante de sortilegios y de todo género de magias, incrédulo, deicida, renoroso, con más el obligado séquito de pasiones desenfrenadas, amen de todo lo que al judaísmo degenerado aportó el gnosticismo de vanas filosofías, de sueños orgullosos, de prácticas estúpidas, de impiedades, blasfemias y torpezas paganas; todo esto envuelto en el más oseuro misterio, todo esto puesto en acción por el despotismo más feroz y sanguinario, todo esto y más encierra en su preñada significación aquel sencillo mote; todo esto y más constituye la esencia de la masonería iniciada, de la más escondida y perfecta masonería. No ya de la masonería cómica, vulgar é ignorante, bien que no menos rebelde á Dios y á la Iglesia, y por tanto criminal; de la masonería contribuyente, tropa ciega y esclava, carne

de cañón, masa revolucionaria, dócil instrumento de manos ocultas, fanática ejecutora de perversos designios: sino de la masonería con verdad iluminada, superior y directora, que penetra hasta el fondo en la malignidad de los fines, abarca entero el conjunto de planes destructores, encierra en sus entrañas todo el veneno de abominables principios, que sabe y ve á toda luz lo que quiere y adonde va, que pide y recibe inspiraciones del príncipe infernal, acata sus voluntades, se avasaña á su poder, se identifica con su espíritu, y poseida de él sostiene y empuja adelante con rabioso frenesi la irreconciliable guerra en todos los campos, órdenes y esferas contra Dios y su Ungido, preparando el reinado del Anticristo, para dar la gran batalla contra el Altísimo, para hacer concordar en el mundo mismo el fin y postrimería de los tiempos con el principio de la creación, cuando resonó en los cielos el grito execrable del primer maldito: *Non serviam.*

Esto quiere decir *judaísmo gnóstico*: tal es el implacable enemigo de Dios y de los hombres: esta es la masonería estudiada en sus *Orígenes*.

Con el favor del cielo, en cuya bondad libramos desde el primer día el éxito de nuestra no fácil empresa, dimos cima á ella; si feliz ó desdichada, júzguenlo los entendidos lectores que con atención nos hayan acompañado por los escabrosos senderos de nuestras investigaciones.

Cuando en vía de poner en efecto mi antiguo y decidido propósito de escribir contra la masonería, logré juntar, libro por libro, una regular biblioteca de obras concernientes á la maléfica institución, y me determiné por anticipo de cuentas, antes de descender á otras profundidades, á poner el cimiento

de posteriores estudios con el tratado de estos Orígenes; te confieso, lector amable, que más de una vez se confundió la mente y desmayó la voluntad á vista de la carga abrumadora que iba á echar sobre mis flacos hombros con la dificultad de ver claro en tan espesa cerrazón, con la escasez de noticias y documentos seguros para escojer y asentar una como vencedora de todas las demás, entre el dédalo y fárrago de opiniones que sobre el primer origen de la nefaria secta se disputan la primacía, se destruyen unas á otras, se enredan y se confunden, dejan el ánimo aturdido y mareado. Te aseguro además, y no me causa rubor publicarlo, que mis primeros pasos fueron vacilantes y llenos de tropiezos, como de quien transportado de improviso á una espaciosa y oscurísima caverna, y perdido el tino, cayendo y levantando, no divisase para guiar su rumbo y dar con la boca de salida, mas que algunas tenues y pequeñas claridades sembradas aquí y allá al parecer sin plan ni concierto; hasta que el angustiado cautivo de aquella negra mansión, en fuerza del temor mismo y con la necesidad apremiante de orientarse, para no yacer sin esperanza sepultado en las tinieblas, se repone, estuérzase, y clavando tenazmente la mirada á través de tan espesas sombras en aquellas luces mortecinas, comienza á distinguir las distancias de unas á otras, la sucesión ordenada con que están dispuestas y como que señalan un hilo ó sendero que conduce á algún término presijado: este es un derrotero providencial. Levántase animoso el prisionero, y tras mucha fatiga, después de largas y reforzadas vueltas, con ardoriento marcha y contramarcha siguiendo el rastro de aquellos puntos luminosos, se va ensanchando su corazón, ve cercano el fin de su angustioso viaje, ya viene á alborozarle una ráfaga brillante de luz, ya toca á la salida de la cárcel tenebrosa, ya pisa el umbral, ya se goza al aire libre en un campo de claridad resplandeciente.

Con esta fábula, lector caro, te doy la historia de mi libro y de los trabajos que pásé en componerlo para tu instrucción y comodidad, si es que tú lo estimas. En medio de mis primeros desmayos y perplejidades, sostenido por la voluntad firme y constante de acabar mi empresa á gloria de Dios y por el empeño de tomar noble venganza de un agravio inolvidable, reanimé las fuerzas, reconcentré en la soledad todos los alienatos de mi espíritu para absorberme en el único objeto de mis indagaciones; hasta que á través de las nieblas de cien inútiles versiones, brillaron á mis ojos las luces de los principales sistemas que tratan de descifrar el gran secreto, aquella primera paternidad, aquella más antigua cuna, aquel manantial originario de la negra y pizmienta masonería; hasta caer en la cuenta de la relación y encadenamiento que naturalmente enlaza los diferentes sistemas; hasta profundizar en la inteligencia de cada uno de ellos con todos los accesorios y datos que los acompañan y redondean; hasta contemplar por la trabažón estrecha de unos con otros, formado históricamente con el auxilio de la sana filosofía, el más vasto y comprensivo sistema que los abarca todos y que en sí presenta á nuestra vista sorprendida el cuerpo compacto y bien proporcionado de la prueba general, de la prueba única con que es dable explicar el origen verdadero de la anatematizada masonería.

Tal fué nuestro procedimiento; tal nuestro plan; tal su desarrollo. Si es el único racional y posible, si es el más acertado, si plenamente satisface al objeto deseado; si en la ejecución no desdijo, si mereció tu aprobación, lector amigo, *vale et fruere*.

D. O. M.

S. N. BB. V. M.

P. L.

APÉNDICE I.

MASONERÍA JESUÍTICA.

¿Se acuerdan nuestros lectores del incomparable h.º Rebold, de aquel delicioso Rebold, amigo del alma de los candidos modernistas, que él con ellos y ellos con él tan divertido juego nos dieron en aquella ocasión? Pues el mismo gran Rebold de nuestros pecados, talento fecundo é inventivo, si los hay, y precioso costal de verdades, es quien con el gentil desembarazo é indiscutible autoridad que ya le conocemos, va á proporcionarnos otro grato solaz con la historia no menos verdadera y maravillosa que la célebre de la cueva de Montesinos narrada por la facundia del Ingenioso Hidalgo á sus aturdidos oyentes; la historia, digo, como quien no dice nada, de la *Masonería jesuítica*.

Porque han saber ustedes, y lo cuenta Rebold [1]—dijo lo Blas: punto redondo —que “un partidario de los Estuardos, el caballero de Bonneville, uno de los más celosos emisarios de los Jesuitas [¡agua va!], abrió muchas logias bajo los auspi-

(1) *Précis historique des rites à hautes grades.*

cios del Capítulo dicho de Clermont, fundado á su vez en 1754 [hasta citar la fecha!] por los Jesuitas del colegio de Clermont, los cuales listos como son, habían destinado para la explotación de esta masonería un soberbio edificio sito en las afueras de París y conocido con el nombre de Nueva Francia (ó *joven Francia*, al estilo de todas las *jóvenes* de Mazzini). Después de haber fabricado en 1756 un nuevo sistema masónico con el título de *Clérigos de la Estrecha Observancia*, cuya creación se atribuyó erradamente al citado caballero, lo propagaron en Alemania sirviéndose de un tal Starck, y en Francia por medio de otros emisarios, distinguiéndose entre todos Bonneville (de 1756 á 1758): verdad que en Francia poco se adelantó. . . .”

Ya tenemos á los Jesuitas en campaña y metidos de hoz y de coz en la masonería. Bueno: pero já qué no saben ustedes quiénes fueron los ingeniosos inventores é institutores de los ritos y grados masónicos más elevados? ¿Quiénes habían de ser? Los demontrés de los jesuitas. Oigan si no á nuestro verídico historiador:

El cual, “un tal Pirlet, continúa, presidente de una logia de París, hombre estrafalario y ambicioso, llegó á husmear quiénes eran los autores de los nuevos sistemas masónicos y trató de contrabalancearlos con otro, parte de su cacúmen, implantando el Capítulo de Caballeros de Oriente (1757). Mas como el tal Capítulo no diese fuego, los miembros aceptaron el cargo de vulgarizar otro rito, compuesto en Lyon por los incautables Jesuitas con una escala de veinticinco grados, y al cual ennoblecieron con el pomposo dictado de *Consejo de los Emperadores de Oriente y Occidente, Soberanos Príncipes masones*, contando á los neófitos que era la más sublime de todas las masonerías usadas en Oriente, y de allá transplantada á Francia: rito que más tarde se nombró de *Perfección* ó de

Herodom. Pirlet dirigido bajo cuerda por los Jesuitas, que estaban agazapados tras la cortina, dió al nuevo rito un origen fabuloso, según constumbre de todos los inventores en este género de industria. Algunos capataces de la Gran Logia de Francia recibieron esta iniciación, á despecho de las constituciones de la Logia que con juramento los comprometían á no admitir más grados que los tres simbólicos del rito inglés moderno. Los Jesuitas extendieron en 1761 á favor de Esteban Morín patente ó poder para difundir por América el rito *de Perfección.*"

El diablo eran esos Jesuitas, exclama aquí chistosamente nuestro Antiguo Rosa-Cruz, de quien tomamos estas curiosas noticias: sin saber como ni por donde enganchan á Pirlet y le convierten en el más acérrimo propagandista de su rito predilecto, y luego engatusan á todo un judiazo como era Morín y le despachan á los Estados Unidos, para hacer brillar allí la luz masónica. ¡Si serían listos!

Mientras el judío les conquistaba el Nuevo Mundo, los oficiales del ejército de Broglie y un ministro luterano, de nombre Rosé, se les humillaban y ponían á sus órdenes, inaugurando 17 logias al otro lado del Rin. Mas ¿qué, no llegaron los muy ladinos á invadir la Gran Logia de Berlín? ¡Qué escándalo! Federico 2.º al enterarse soltó un voto redondo, lleno de coraje. Las Grandes Logias de Alemania, Hamburgo y Suecia fueron á su turno *enjesuitadas* con éxito feliz y sorprendente. Verdad es que esas obras jesuíticas vienen á tal postración y menosprecio, que en 1780 el rito *de Perfección*, para sostenerse en París, solo podía reclutarse entre la gente de baja estofa. Por dicha de los Jesuitas Esteban Morín en el entretanto se había dado buena maña en afiliar judíos y mas judíos, y estos con su contingente salvaron, sin saber por quien trabajaban, la masonería clerical de la más desastrosa ruina.

Todas estas nuevas estupendas nos comunica Rebold, el cual

con la misma imperturbable seriedad reanuda 'el hilo de su cuento en esta forma:

"Conocedores los Jesuitas de la naturaleza y del corazón humano, plantearon una serie de grados inferiores pintilados para mantener siempre viva la expectación de los neófitos y tenerlos así sojuzgados bajo incondicional obediencia. Esta les exigían como precisa condición para adelantar, con la promesa de hacerles nuevas revelaciones á cada grado superior que les conferian. Con tal arte lograron desviar á los hermanos de la sencilla, pura y humanitaria doctrina de la masonería inglesa, y empeñarlos á cooperar, sin ellos sospecharlo, á la edificación del templo y obra jesuítica, haciéndolos pasar al efecto por diez grados llenos de exaltación y productores de extravío. Para que la fe en los misterios y el ansia de profundizarlos penetrasen hondamente en el espíritu, al sistema se añadió *la doctrina de la obediencia prestada á superiores desconocidos*, los cuales disponían de la orden para la ejecución de planes secretos solamente comunicados á los adeptos del último grado, y aun á ellos no más en parte."

"Los jefes é inventores del sistema siempre andaban confundidos entre los individuos de los grados inferiores, que alternaban con los primeros como con sus iguales."

Esta maniobra se deja entender, sin que nos la advierta Rebold. Lo que este calla es, que la habilidad de los Jesuitas llegó al extremo, para esquivar sospechas, de hacerse excomulgar por los Papas. ¡Eran muy hombres aquellos ignacistas!

Otra prueba de la socarronería sin par de la Compañía de Jesús. ¡Atención!

"Como las instituciones monacales y las tendencias eclesiásticas de esta falsa masonería no se acomodaban á todos los genios y naturales, idearon crear una asociación de más ancha base, que fuese susceptible de establecerse en los países pro-

testantes; plan de más ventajosos resultados que todos los anteriores. Tal fué el sistema de los Templarios seculares denominados de la Estrecha Observancia, cuyo asiento y foco principal continuó fijo en el colegio llamado de Clermont en París, y que fué transportado y propagado en Alemania por el barón de Hund y por otros emisarios, quienes sin percatarse de ello algunos, servían de instrumento á los Jesuitas. La idea fundamental del sistema era esta: *la cofradía francmasónica no es otra cosa que la continuación de la orden de los Templarios, que extendieron muchos de estos al refugiarse en Escocia por motivo de seguridad personal.* Además los apóstoles del sistema embauocaban á los neófitos con la esperanza de reconquistar andando el tiempo los tesoros de los antiguos Templarios."

La verdad, pedir más á los hijos de S. Ignacio fuera golosería. ¿No habían convertido en ganchos y propagadores de su primer sistema á los mismos fanáticos del Judaísmo? Ciertamente esta fué una jugada soberbia. Mas como á ellos nada se les para delante, van á salir con otra aun más estupenda. El encantador Merlin en persona, dice con gracia nuestro Antiguo, al lado de ellos pasaría por un vulgar prestidigitador. Habían transformado el Sanedrín en su instrumento de dominación: ahora se las componen con los hijos de Lutero y de Calvino, diciéndoles: Habeis de ser para con los vuestros los dispensadores de la luz masónica, cuyo secreto nosotros heredamos de los Templarios. Y los protestantes con alma y vida como borregos pusieron manos á la obra.

Y cátate á los Jesuitas hechos judíos, hechos protestantes, cualquier cosa en fin.

"Los célebres religiosos dividieron la antigua Europa en nueve provincias, á saber: 1. Alemania, Polonia y Prusia; 2. Auvernia; 3. Occitania [Este de Francia]; 4. Italia y Grecia;

5. Borgoña y Suiza; 6. Alta Alemania; 7. Austria y Lombardía; 8. Rusia; 9. Suecia."

El duque de Brunswick fué el Gran Maestre de los ritos jesuíticos y el humilde servidor de la Compañía de Jesús, según el evangelio de Rebold.

Algunos, concluye con su habitual donaire el Antiguo, tildearán de inverosímil toda esta narración, y aun tendrán la osadía de exigir pruebas. ¡Miren qué ocurrencia! Unicamente los profanos son capaces de abrigar dudas tan injuriosas. Los prosélitos de la masonería simbólica no son tan desconfiados y sin discusión aceptan el relato de h.c. Rebold. Mucho más que la opinión de este se asegura y se da la mano con la del doctor canónico Ragón y de otro gran número de escritores simbolistas.

Y aquí hay otro prodigo mayor todavía, y es que los representantes de la seeta jesuítica solicitaron en 1776 y 1781 la afiliación en el Gran Oriente, y este sin la menor dificultad los recibió cariñosamente en sus brazos. Con cuya treta los muy rodavallos de ignacistas se hicieron también dueños de la masonería simbólica, como con dolor de su alma lo lamentan Rebold y Ragón.

Y aquí da fin la famosísima, verdaderísima, por todo extremo maravillosa y divertida historia de la *Masonería jesuítica*.

¡Ah mamarracho de Rebold! ¡ah bellaquísimos de Ragón y consortes!

APENDICE II.

MONITA SECRETA.

El gran camelio de la Masonería jesuítica se asocia y arrastra consigo la fenomenal invención de las *Monita secreta*, como un abismo llama á otro abismo, el abismo de la más descarrada belliquería al abismo de la más torpe calumnia; ó nosotros no sabemos iota de achaques sectarios. Porque á no dudarlo con unas *Monita secreta* jesuíticas se llega á cualquier parte, y hasta se confecciona una Masonería jesuítica.

Por lo cual es de oportunidad hablar aquí de las traidas y llevadas *Instrucciones secretas* (*Monita secreta*). Tanto más que no hace arriba de cuatro meses un tal h.: Pilliers, sacerdote apostáta, *ex*-vicario de Claraval [Jura], *ex*-benedictino de Solesmes, *ex*-superior de la abadía Acey [Jura], editaba nuevamente en París y con una *plancha* ó circular masónica recomendaba á todas las logias francesas ese *Código infernal* [lenguaje de la *plancha*], el libro más fatal para la *grande enemiga* (la Compañía de Jesús) y el más temido por “esos hombres negros, mitad rapiñas mitad lobos, cuya regla es un misterio;”

y el *Boletín Masónico*, órgano de la francmasonería universal anunciaaba á son de bombo y platillos á los hermanos de la hoja esparcidos por las cinco partes del globo terraqueo la nueva edición de un tal libro "sin igual en el mundo, obra infernal de los generales de la Compañía de Jesús."

Lo que sea este libro bien se deja entender por las señas que de él nos dan los hermanos: monumento de astucia, malignidad y bandolerismo, código infame, maquiavelismo el más consumado que enseña á sacrificarlo todo al bien temporal, Dios, los hombres, el alma, la conciencia. . . . con el uso indistinto de todos los medios; estratagemas, malas artes, crímenes; instrumento chapado para alcanzar la dominación universal, etc.

¿Quién es el autor de este código de perversidad la más refinada?

El buen h.^c. Pilliers tiene la franqueza de proponerse esta duda: "Las *Monita secretas* emanaron realmente de los superiores ó generales de la Compañía de Jesús?" Y él mismo da la respuesta: "¿Quién podrá afirmarlo con certidumbre y demostrarlo de una manera indubitable?"

Y á renglón seguido añade con increíble frescura: "¿Pues qué, hace falta por ventura esta demostración para atribuir extraordinaria importancia á este código infernal sin igual en el mundo?"

Es decir, no se puede asegurar ni se puede probar que ese libro sea de los jesuitas; lo reconozco y lo confieso: y sin embargo yo aseguro que es de ellos. ¡Qué discurso! y sobre todo ¡qué impudencia!

Pero lo que dirá el *ex*-benedictino, *ex*-vicario y *ex*-superior h.^c. Pilliers: por calumnia más ó menos, tratándose de los Jesuitas ¿quién se para en barras?

Más ya que él no se para en barras, vamos nosotros á pararle los pies, regalándole hecha la historia de las famosas *Ins-*

trucciones secretas [*Monita secreta*] con los datos que nos suministra el P. E. Abt en los *Etudes religieuses*, etc., revista mensual de los Padres de la Compañía que se publica en París.

Pues, señor, han de saber vds. que las famosas *Monita secreta* fueron amasadas y aderezadas por Jerónimo Zahorowki, jesuita polaco *expulsado* de la Orden en 1613; y la primera edición apareció en Cracovia, en 1614, con el título de: *Monita privata Societatis Jesu*; y con carácter de anónima, bien que muy pronto fué descubierto el autor [1]. Este para burlar pesquisas, decía en el encabezado que las *Instrucciones* habían sido compuestas en castellano, fielmente traducidas al latín en Pavia, de allí mandadas á la capital de Austria, y de esta por fin llegadas á Polonia. Por de contado que la novela de la generación y de las peripecias ó lances del pretendido hallazgo ó descubrimiento había de ir variando más tarde en las diferentes ediciones posteriores y según los países de la publicación.

Las *Monita secreta*, después de proceso judicial en forma, fueron solemnemente condenadas por Andrés Lipski, administrador del obispado de Cracovia, en calidad de "libelo difamatorio, falsamente titulado: *Instrucciones secretas de la Compañía de Jesús.*" [20 Agosto de 1616]. El mismo año fueron igualmente proscritas en Roma por la Congregación del Indice "como falsamente atribuidas á la Compañía de Jesús, llenas de acriminaciones calumniosas y difamatorias, etc."

Sentencias á no poder más justificadas.

En efecto por su composición ó contenido mismo las *Monita* al instante descubren la hilaza del falsario apasionado: la perversidad atribuida á los Jésuitas rebasa todos los límites humanos de la verisimilitud. Una asociación de religiosos consa-

(1) Véase el *Historicum diarium domus professae ad S. Barbaram, Cracoviae*, recientemente [en 1889] publicado por la Academia de Cracovia, y el estudio del P. Somnergoval inserto en los *Précis historiques*, febrero de 1890.

grados por deber á la práctica del bien, trasformada en una vasta cuadrilla de bandidos que ejerce por siglos este oficio y cuya ocupación principal consiste en desbalajar viudas ricas (1), es una enormidad tal, que para pasarla, y más sin ninguna prueba, como lo confiesa el h. Pilliers, se necesita la robusta fe, dice el P. Abt, y nosotros decimos, todas las anchas tragaderas de los libres pensadores. Y no digamos nada de otros mil indicios que quitan la careta al malvado libelista.

El sabio P. Gretsero tomó á cargo las *Instrucciones secretas* pocos años después de su divulgación, en 1618, refutándolas en toda regla.

El engendro habría sido sepultado en el olvido que se merecía, si no lo hubiese mantenido á flote la saña de los enemigos de la Iglesia que no desperdiciaron ripio, y que hicieron de él numerosas ediciones en Alemania, Holanda, Bélgica, Inglaterra y Francia.

Eso sí los nuevos editores no han tenido empacho en modificar, ampliar el texto primitivo y hasta adicionarle desde 1676 con un capítulo entero, el XVII, con este rubro: *De modis promovendi Societatem*: donde se leen cosazas como esta:

“Después de haberse granjeado el favor de los grandes y los obispos, convendrá echar el guante á las parroquias y á las canongías. . . y en fin hacerse presentar para las abadías y prelaturas, cuando lleguen á vacar: *porque sería muy ventajoso para la Iglesia, que todos los obispados cayesen en las uñas de la Compañía.*”

¡Los Jesuitas dados por pretendientes á todos los obispados del mundo! Vamos, que el primer autor del libelo no habría cometido baborra semejante.

(1) Los tres capítulos más largos de las *Monita* se refieren á este importante asunto: c. VI, *De cuiuslibet Societati viduis opulentis*; c. VII, *Quomodo conservandae viduae et disponendam de bonis quae habent*; c. VIII *Quomodo faciendum, ut filii et filia; vilium trum religiosum et devotionis statum amplectantur.*

Los editores sucesivos además, para dar á su obra sello de actualidad, se han creído en la obligación de inventar, á quien mejor sabía, un cuentecito nuevo sobre el fresco, fortuito y prodigioso hallazgo del famoso escrito, *con tanto empeño ocultado por los Jesuitas*. El de Gaspar Scioppio, otro que bien baila en la danza de esos falsos menederos literarios, es el siguiente:

“Hace algunos años, cuando Cristiano, duque de Brunswick, que se titulaba obispo de Halberstadt, saqueó el colegio de Jesuitas de Paderborn, donó su biblioteca y archivos á los Padres Capuchinos. Estos encontraron la presente instrucción entre los papeles del Rector.”

Por supuesto que en consultando los documentos históricos, se palpa con la mano la imposibilidad y falsedad material de esta invención ó fábula. Esto no quita que en multitud de ediciones subsiguientes se siga propinando el embuste con la misma cómica gravedad, deciendo: “Hace *algunos años*, que un duque de Brunswick, etc.”

En las ediciones de Bélgica, para dar más color local á la *historia*, se asegura que las *Monita* fueron encontradas en Lieja y en Gante. Otros editores más fecundos y atrevidos inventan cuentos nuevos, como este por ejemplo: “Habiendo los Holandeses apresado un navío expedido por los Jesuitas á las Indias, dieron con un ejemplar de este libro.” O bien: “Un oficial prusiano lo sorprendió en un archivo de los Jesuitas de Glatz.” O este otro: “Fué sacado de un escondrijo que los Jesuitas de Heidelberg habían hecho en el cierre de una guardilla muy alta.”

De los editores más modernos Carlos Sauvestre es el más cuco, porque envuelve en la vaguedad de las sombras el feliz hallazgo del libro en estos términos:

"Durante las guerras religiosas, de que fué teatro Alemania, fueron asaltados y saqueados *muchos colegios de Jesuitas*. En sus archivos se encontraron ejemplares manuscritos de las *Monita secreta*."

Vaya vd. á saber dónde, y adivina quién te dió.

El nuevo editor, el h.: Pilliers, se da maña á probar la autenticidad del libelo con estos irrefutables argumentos: 1º Los Jesuitas niegan esta autenticidad; mas son parte interesada por un lado, y por otro saben usar de restricciones mentales; luego las *Monita* son auténticas. 2º El comportamiento de los Jesuitas está ajustado á estas Instrucciones secretas; luego . . . El antecedente se prueba con el *Recueil des assertions*, condenado bajo este título y bajo otros mil disfraces por la autoridad eclesiástica y por la civil, y del cual los buenos masones que rodeaban al gran Carlos III de España sacaban los potajes de sus diatribas contra la Compañía. Luego . . . probado el antecedente.

El carácter apócrifo de la obra de Zahorowki ha sido reconocido por todos los verdaderos sabios y hombres más inteligentes que han estudiado la cuestión, sin exceptuar los más adversos á la Iglesia Católica y á la Compañía de Jesús. De estos Pablo Sarpi, el grande Arnaldo, el protestante Forster, diputado á los Comunes de Inglaterra, el doctor protestante Stahl en su requisitoria compuesta contra la Compañía, el profesor Huber de Munich, Döellinger, los doctores Paulus, Friederich, Reusch, etc. Barbier, el sabio autor del *Diccionario de anónimos y seudónimos*, hombre competente en la materia, y á quien nadie acusará de parcialidad á favor de los Jesuitas, coloca palatinamente las *Monita secreta* entre las obras apócrifas. Por consiguiente para hacer el más mínimo caso del inicuo libelo, conviene ser ó completamente ignorante ó de una descarada mala fe.

Y aquí abandonamos á la pública vergüenza á nuestro h.c. Pilliers, quien por no dejar nos da una reseña de las inauditas riquezas de los Jesuitas, despidiéndose con esta bomba final:

“Hoy por hoy la Compañía está al frente de multitud de bancos en ambos mundos. Es dueña única ó principal de una verdadera flota de vapores que hacen la carrera del Brasil y que tienen su apostadero principal en Burdeos. Posee intereses tal vez más considerables todavía en el Havre y dirige en comandita el transporte de emigrantes y los arsenales. Las fundiciones de hierro más importantes de Francia son suyas; como las de Bessèges, Alais, etc. En California tiene minas de oro y una calle entera de S. Francisco es de su propiedad. Allí también se dedica el préstamo á los moderados réditos del 30, 40, 50, 100 y 200 por ciento.”

Estos desatinos hacen reir á un muerto. Pero en las logias masónicas no es lo mismo. Al oír estas estupendas reseñas de los tesoros maravillosos de las Mil y una noches de la Compañía, los hh.c. aprendices, maestros y hasta los caballeros Kadusch braman de coraje y á gritos reclaman que estos bancos, estas fundiciones, estas minas de oro de California y de otras partes sean arrancadas á viva fuerza á la Compañía de Jesús y entregadas cuanto antes á los francmasones y á los judíos, que son sus legítimos propietarios.

Nota.—No existe ninguna edición española, que sepamos, de las *Monita secreta*. Y por más que allí se puso el origen del libro, no se descubrió de él ni un sólo ejemplar, cuando Carlos III al arrojar á los Jesuitas, de repente y por sorpresa se incautó de cuanto les pertenecía, libros, manuscritos, correspondencia, etc. Allí debería haberse encontrado, y nada se encontró. Si tal hubiera sucedido, no habrían armado mala gresca los enciclopedistas, regalistas y demás ganapanes de la camada masónica.

APÉNDICE III.

ORIGEN MANIQUEO DE LA MASONERIA SEGUN EL PADRE BRESCIANI

El P. Bresciani, autor jesuita de primera nota, en su *República romana* (1), prolongación del *Hebreo de Verona*, sostiene y desenvuelve el origen maniqueo de la masonería con un sistema, de cuyo conocimiento se nos resiste defraudar á nuestros lectores por lo instructivo é interesante.

Comienza por referir el deplorable estado de general malestar y desolación, en que las irrupciones de los bárbaros por un lado y la invasión de los musulmanes por otro sumieron á la angustiada Europa, y luego con los animados colores de su paleta describe aquel portentoso movimiento de restauración y regeneración moral y material inaugurado, organizado y sostenido por la Iglesia; patente en el fructuoso heroísmo de las Cruzadas, en la variadísima institución de monjes, frailes y órdenes militares con los inmensos beneficios reportados á

(1) Art. IX, par. 12 *Masonería*.

las ciencias, las artes y á la universal cultura, y en la construcción de obras monumentales consagradas á la caridad cristiana en todas sus formas, á la pública utilidad, al pábulo de los sentimientos religiosos y al cultivo de la piedad cristiana.

Más adelante entra en materia en esta forma:

“Pero sobre todo á lo que más atendía la materna piedad de la Iglesia, era á la reedificación de puentes, hospitales, monasterios y templos del Señor, y por esto fueron concedidas las mismas indulgencias, que á los cruzados que se armaban para la Tierra Santa, á todo el que con dinero, trabajo, protección ó consejo contribuía á la restauración, ornato y utensilios de semejantes edificios destinados al bien público. . . .”

A continuación empieza á declarar su pensamiento:

“Pero como quiera, dice, que donde entra la Iglesia con la sabiduría de su consejo, todo se reduce á orden, harmonía y ley, y se forma un cuerpo animado con miembros activos y dispuestos á obrar de acuerdo con la cabeza que los gobierna, los Obispos y Abades determinaron que todas aquellas turbas se distingiesen por clases y órdenes, teniendo cada una su respectivo director, y que estos directores reconociesen como jefe á un guia común, con autoridad bastante para dictar estatutos convenientes á la recta dirección de aquellas santas empresas.”

“De aquí se organizaron, pues, primero en Francia y luego en Inglaterra y en Alemania, las religiosas confraternidades de *Masones* ó constructores, que se ocupaban en la edificación de iglesias, monasterios, prioratos, escuelas de cantores, colegiatas, presbiterios, hospicios de peregrinos, hospitales de enfermos, refugios de leprosos, puentecillos para las riberas y puentes de barcas para pasar los ríos.

“El jefe de estas confraternidades se llamaba *Gran Maestro* de los masones; los directores particulares eran titulados sim-

plemente *maestros*; los operarios *masones*, y los peones *aprendices* ó *iniciados*. Los grandes cobertizos inmediatos á las fábricas de las iglesias, donde se recojían y descansaban los trabajadores, se nombraban *logias*, y los adscriptos á la confraternidad, según exige la sencillez y caridad cristiana, se llamaban *Hermanos*."

Ya nos hallamos en plena *Masonería*, pero cristiana.

En seguida el autor pasa á apoyar su relato con multitud de datos y citas históricas, y se detiene en la expansión de sus religiosos afectos.

¿Cómo esta masonería cristiana se transformó en maniquea? Por los siguientes pasos contados.

"Navegaron de Oriente (*ó caminaron por tierra*) y aportaron primero á Francia [*no, al parecer de Bulgaria pasaron primero á Lombardía*] las inicuas falanges de cátaros, búlgaros, valdenses (*estos todavía no*) patarinos, maniqueos (*todos eran maniqueos*), que apestando las naciones cristianas de Occidente con sus impiedades, herejías y falacias del peor género, esparcieron la cizaña de Satanás entre el grano escojido de Jesucristo."

Disimulo-seducción de cristianos-predicaciones irreligiosas y subversivas-Sólo en Picardía, Bría y Artesia en quince días, al frente de turbas fanatizadas, destruyen más de cien castillos, saqueando, atropellando, incendiando y matando--los exterminan los reyes y los señores de Francia, Inglaterra y Alemania.

Los impíos se ocultan y simulán haber desaparecido--trabajan á escondidas y se cuelan en los antiguos gremios de constructores, entre los cuales infiltran sus errores y fundan sociedades secretas de *francos* ó *libres constructores* [francmasones], conservando los nombres y atributos de los gremios.

Con dolo é hipocresía seducen á los señores, diseminan sus máximas, hostilizan por mil modos á la Iglesia, promueven el horroroso alzamiento de los Albigenses--son derrotados.

Nueva ocultación y trabajo de zapa--en 1459 celebran en Ratisbona pública asamblea bajo los auspicios de los emperadores, quienes confundiéndolos con los antiguos gremios, los colman de privilegios, y el duque de Milán les pide un arquitecto que dirija las obras del *Duomo*.

Se funden con los Templarios abolidos y refugiados en Mull, de Escocia--reforman leyes y estatutos.

Rebelión de Lutero en Alemania; de Knox en Escocia; de Enrique VIII en Inglaterra; de Calvin en Francia, Suiza y Holanda--los francmasones concitan rabiosamente á la plebe á arrasar los más sumptuosos edificios sagrados.

“Los mismos protestantes lamentan tan desenfrenada barbarie y tan impío furor de destrucción, y convienen en este juicio, de que *una secta secreta y poderosa impulsó la ira de los más desalmados, para que desmantelasen y destruyesen aquellos grandiosos monumentos*. Es esto tan exacto, que donde los francmasones no tenían logias, á pesar de haberse rebelado aquellas provincias contra la Iglesia, dejaron intactos los antiguos edificios, como puede verse en el Genovesado, en todo el país de Vaud, en mucha parte de Suiza, y en algunas comarcas del Rin y de Bohemia.

“Luego que el protestantismo echó raíces y reinó como soberano, la masonería que encontraba ya en gran parte verificada la destrucción de la fe y de los templos de Dios, se redujo y limitó á Inglaterra. . . . Enviando luego delante á los jansenistas, para que rozasen y allanasen el monte, salió nuevamente de sus infernales cavernas y poco antes del pasado siglo se transplantó á Francia, etc.

Lo demás es conocido.

Como se ve, la versión del P. Bresciani está muy lejos de contradecir en el fondo á nuestros sistemas, antes viene á fortificar algunas de nuestras apreciaciones; como la del origen de ciertas revoluciones antirreligiosas y anárquicas, que en el siglo XIV. conmovieron buena parte de la sociedad europea; la de la alianza existente entre masonería y protestantismo, y de la subordinación del jansenismo á la confraternidad sectaria.

Por lo demás, según comprenderán nuestros lectores avisados, en lo que toca á la comprobación é interpretación de ciertos hechos y al tejido general de estos anales masónicos, nosotros no entramos ni salimos por nada, dejándolo todo al cargo del sabio historiador novelista.

APENDICE IV.

SISTEMA DE D. BENOIT SOBRE EL ORIGEN MANIQUEO.

Extractamos de D. Benoit.

En la Edad Media los albañiles y constructores, lo mismo que las demás clases de obreros, se distingúan en *aprendices, compañeros y maestros*, con sus respectivos signos de pase y reconocimiento.

Al fin de aquella época ingresaron en la asociación muchos que eran extraños al oficio.

Las corporaciones constructoras, con sus franquicias que las aislaban y les prestaban independencia, con sus signos é insignias, peligraban de ser convertidas en sociedades secretas: así que no es de estrañar que se deslizasen en ellas poco á poco doctrinas anticristianas y antisociales. Desde ese punto los signos, las insignias y los útiles del arte fueron tomando sentidos alegóricos: comenzó á hablarse de obreros de un templo simbólico: se introdujeron los emblemas y ceremonias de los maniqueos: al progreso en las doctrinas de estos, y no en los primores del arte, correspondieron los grados. . . . "La co-

fradía de los masones, dice Findel [*D. Benoit siempre amigo del testimonio masónico*], gracias á ese soplo ó inspiración *nueva*, que recibió de fuera, vino á ser la cuna de los misterios de la humanidad."

Unos dicen que esta transformación se operó á raíz de los templarios, los cuales buscando un escondite en aquellos gremios, les habrían pegado su odio á la autoridad eclesiástica y á la potestad civil.

Otros opinan que los maniqueos penetraron entre los libres constructores, tan pronto como en la orden del Temple. Ciertamente desde el concilio de Viena no faltaron denuncias y quejas contra los francmasones: las iglesias del abolido Temple se llamaban iglesias de los francmasones. De donde, según esos autores, desde el siglo XIII y XIV el maniqueísmo infectó á la masonería.

Cuenta además D. Benoit que en el siglo XVI los masones secundaron los progresos de la Reforma.

Aunque el relato de D. Benoit, no nos enseña nada de nuevo, y peca en su base por estar calcado sobre el testimonio masónico, sin embargo tiene de bueno la cita del gran maestro Findel. ¡Oh gran Findel! ¿no eres tú el acérrimo modernista, adversario furibundo de antiguas prusapias? ¿cómo te convertiste al origen maniqueo?

Despierte el alma dormida, y advierte, ó lector caro, lo que es consecuencia en pluma y testimonio masónico.

¡Y pensar que nuestro Findel es hoy día en verdad y saber masónico el *pater patrum* de todos los masones de las cinco partes del globo!

APÉNDICE V.

UNA PUERTA FALSA CERRADA A LOS TEMPLARISTAS.

Encaprichados algunos en la defensa de los templarios por dureza de cascós y por no dar su brazo á torcer, se asen de un cabello, de una partícula—*de jure*—atriñcherándose en aquellas palabras de la Bula de extinción, en que el Papa en unión del Concilio decide: *Sententiam super hoc non possumus ferre de jure*: y luego explica el carácter de la sentencia con la conocida fórmula: *Per modum provisionis seu apostolicae ordinationis*. Mas de cuatro escritores católicos han tropezado en estas palabras, sea por falta de consideración y por negligencia de estudiar el documento original, sea por desdén ó menosprecio de los autores que á conciencia emprendieron este trabajo.

Dice la Bula—“Sobre esto no podemos sentenciar *en derecho*”—Luego, objetan los muy perpicaces, los templarios no fueron condenados *en derecho*. ¡Qué agudeza y qué lógica! ¿De dónde diantres sacan su consecuencia? El texto reza—*sobre esto*—Y ¿qué cosa es esto? Iba, á leer la bula, cuyo texto

auténtico é íntegro era generalmente desconocido, hasta hace una treintena de años, poco más, que acertaron á leerlo en el *Viaje del español Villanueva*, y dieron con él en el archivo de Ager, en Cataluña; y entonces sabrán qué cosa es *esto*, sobre lo cual el Papa y el Concilio "no pueden pronunciar sentencia en derecho," contentándose con proceder *por modo de provisión y ordenación apostólica*. ¡Oh virtud de una partícula! Tres letras, un *hoc*, bastaron para tirar de bruces á los empedernidos abogados del Temple.

La *Civiltá cattolica*, Serie VI, t. VII y VIII, año 1866, con todo rigor crítico nos informa de las investigaciones hechas en busca del texto íntegro de la mencionada Bula, distinta de las otras dos complementarias què le sucedieron, así como participa su feliz hallazgo y da la significación genuina de aquel acto pontifici-conciliar.

Con tan buena guía é intérprete ya nos enteramos de qué se trata; ya comprendímos á qué hace referencia el manoseado *super hoc*, objeto inocente de las capciosidades y aberraciones de nuestros contrincantes. ¡A la condenación de los caballeros templarios? Nada de eso: la tal condenación buena estuvo y fundada en todo derecho: vienen por tierra las halagüeñas esperanzas de nuestros contradictores. La Bula versa únicamente sobre la abolición de la Orden templaria, y sobre este punto singular pronuncia el Pontífice, *super hoc*; no podemos dictar sentencia en derecho, venimos en extinguir la orden por modo de provisión y ordenación apostólica.

Porque es de saber, así discurre en substancia la *Civiltá*, que dos procesos totalmente distintos mandó instruir el Papa: uno contra los individuos para indagar su culpabilidad y castigarla, y otro contra el orden como tal orden. Aquel se cometió á los Obispos respectivos asesorados de los Inquisidores y de otros eclesiásticos respetables, y de ellos se elevó á los concilios pro-

vinciales: este fué encargado á comisiones de los más altos personajes de la Iglesia, y de ellos p sado á la sentencia del Papa y del próximo Concilio general. El primer proceso siguió los pasos y surtió los resultados que ya conocemos: declarados inocentes los templarios de España, Portugal, Maguncia y Ravena; culpables un número cuantioso de ellos, que D. Benoit hace ascender á 30 ó 40,000, guarisino tal vez exagerado. Respecto del segundo proceso, la totalidad de los Padres conciliares, con excepción de cuatro, dictaminaron que la culpabilidad de la orden como tal orden no resultaba suficientemente demostrada, y que por consiguiente la orden no podía ser extinguida jurídicamente, *de jure*. Este es el sentido legítimo é incontrovertible del atormentado *super hoc*, que deja intacta y á salvo la justicia de aquella condenación de los individuos y que harmoniza perfectamente los fallos y procedimientos diversos observados en uno y otro caso.

Para nuestro objeto bastaría esta explicación. Pero será provechoso completar aquí, siquiera de corrida, el excelente análisis de la *Civiltá*.

La depuración y conclusión de la causa era obra de largo tiempo; grande la incomodidad y molestia de los Obispos congregados, y graves los perjuicios resentidos por tantas diócesis con la ausencia de sus pastores: además con la prolongación de las tareas conciliares el asunto habría probablemente quedado en la misma ambigüedad. Por otra parte avanzaban los musulmanes; urgía la cruzada; era menester cuanto antes proveer definitivamente acerca de los bienes de los templarios, que no sufriesen menoscabo. ¿Se había de disolver el concilio sin dejar nada fijo y decretado acerca del objeto y motivo de su convocatoria? Esto no se podía consentir; precisaba dar un corte al asunto. De aquí la Bula, promulgada *sacro Concilio approbante*, el cual adoptó la resolución y la fórmula dicha,



como lo *decentius, expedientius et utilius pro Dei honore et pro conservatione fidei christianæ ac subsidio Terræ Sanctæ, multisque aliis rationibus validis.*

Sobre la justicia y prudencia de la decisión conciliar ¿quién moverá litigio?

De un lado cierto que pesaba en la balanza la inocencia de muchos Caballeros, la rectitud é incolumidad de las constituciones de la orden; pero del lado contrario mucho más la hacían bajar las depravadas constumbres de gran número de aquellos, los estatutos secretos con que se regían y la existencia, en el seno mismo de la orden, de otra sociedad clandestina, que amenazaba inficionar todo el cuerpo; allegándose á otras consideraciones el que la maldad, por ser de tantos, manchaba en cierto modo la orden entera, la infamia general resultante de ello, el escándalo dimanado á los fieles, la consiguiente inutilidad de aquella milicia para la defensa de Tierra Santa, la imposibilidad moral de una reforma.

Con la sapientísima fórmula excogitada-*per modum provisionis*-mientras por una parte se ponía en cobro y se honraba la inocencia de los menos, por otra se sofocaba el escándalo y se remediaba á todos los demás inconvenientes.

DOS NOTABLES ERRATAS.

En la pág. 108 la fecha de 1721 ha de ser 1621.
 En „ „ 109 „ de 1840 „ 1640.

INDICE

	PÁG.
Al lector.....	3
Necesidad de estudiar los orígenes de la masonería.....	7

CAPITULO I.

Andaluzada de un masón y de muchos, y chanza de otro. —Devoción de la masonería á Lucifer expresada en prosa, en verso y de mil maneras.—Hablemos claro.—Luciferismo ó satanismo.—Un paseo aprovechado por los rituales de la secta para quitar telarañas de los ojos.—El Dios auténtico de la masonería, su culto y su templo.—Sacramentos y ceremonias sacrílegas de la masonería—Misa del diablo y demás diabluras ciertas.—Sobre magia.—A ciertos católicos.—Satanismo masónico probado con autoridades razonadas: Barruel, Ilmo. S. Gay, Saint-Albín, Gautrelet.—La masonería á la vez secreta y pública.—Ilmo. S. Fava, Excmo. Dechamps.—P. Bresciani.—Negroni.—Un desahogo motivado:	13
--	----

CAPITULO II.

EL ORIGEN MÁS ANTIGUO.—Sospechas.—Un razonamiento Autoridades.—Distinciones y proposición atrevida de Negroni.—Textos sorprendentes de S. Agustín con notas ó comentarios.—Citas de Pío IX y León XIII.—La Sagrada Escritura.—Definición y bosquejo histórico de la masonería.—¿Qué decir de la teoría de Negroni?—Un pasaje de la Encíclica <i>Humanum genus</i> .—Criticismo de muchos católicos	57
--	----

CAPITULO III.

SISTEMA MODERNISTA.—Un preliminar.—El testimonio masónico según peso y medida, y una vez para siempre.—Sistemas.—Estado de la cuestión y noción exacta de la masonería.—El sistema modernista expuesto y sus cuatro argumentos.—¿Es cierto que la masonería no fué condenada hasta 1738?—Palabras de la Encíclica *Humanum genus*.—Masonería jansenista.—Masonería sociniana—*Con la historia en la mano!*—Palmetazos previos.—La historia y los historiadores de los modernistas.—Un rato de buen humor.—Los otros dos argumentos de los modernistas se disparan por sí mismos contra ellos.—El gorigori.—Un apologista inconsciente de la masonería y admirador de Proudhon.—Unos plumazos sobre filosofía de la historia.—Un Mr. Bois de madera *oriental*.—¿Cromwell fundador?..... 89

CAPITULO IV.

SISTEMA SOCINIANO.—Defensores: Lefranc, P. Bergier, Feller, Ilmo. S. Fava, Ilmo. Ketteler.—Exposición.—Argumentos,—Contra un doctor masónico valor y necesidad de la analogía en asuntos masónicos.—Un Antiguo no lerdo y alegre.—Nuestro parecer..... 137

CAPITULO V.

La carta ó constitución de Colonia mirada al derecho y al revés, comentada y discutida por masones y profanos.—Una inspiración de Vicente La Fuente, y unas puntadas sobre su *Historia de las sociedades secretas ... y especialmente de la francmasonería en España*.—Un templo masónico muy antiguo en España.—*Para casualidad son muchas casualidades*..... 154

CAPITULO VI.

SISTEMA TEMPLARIO.—Su exposición y algunos de sus patronos: Saint-Albín, P. Gautrelet, Eckert, Gyr, P. Barruel, Henrión, P. Deschamps, D. Benoit, Excmo. Dechamps, Schlegel, etc.—1^{er} argumento: Historia masónica: no vale pizca.—2^o Autoridad elevada á la categoría de consentimiento general de los hombres ilustrados.—3^o Grados masónicos: larga instrucción sobre ellos: reyerta fingida y amenazas entre simbolistas y escoceses.

Colonia y Avila otra vez en escena.—49 Tradición: filosofías, datos sueltos y encadenados, historia, testimonios á manos llenas y á qué quieres boca.—59 Analogía: clara como el sol: un jesuita incomparable. 180

CAPITULO VII.

Condenación de los templarios.—Objeciones contestadas.—Historia del Temple.—Historia de toda su causa: resumen: retoques del P. Barruel.—Un continuador de la *Historia de la Iglesia* del P. Darras.—Un epílogo del P. Barruel.—Otro nuestro.—Remachan el clavo con documentos nuevos Michelet y Loiseleur.—Una extrañeza de D. Benoit.—El golpe de gracia de la *Civiltà Cattolica*. 221

CAPITULO VIII.

SISTEMA MANIQUEO.—Un pasaje de Hurter para hacer boca.—Preliminares del P. Barruel.—Un reto victorioso de Bossuet y algunos apuntes.—Noticia metódica é interesantísima de los maniqueos sacada de Bossuet.—Comentarios sobre la noticia.—Magnífica prueba del P. Barruel.—¿Quién fué el P. Barruel?—Apéndice de D. Benoit.—Los cuadros sinópticos y el nuestro sacado de Bossuet, Barruel y Benoit.—Un distintivo especial.—Recapitulación y consecuencia.—Candor de los que distinguen entre maniqueos y albigenses.—La grata objeción del *pudo ser*.—La otra no menos colosal de la masonería *política*.—Resumen histórico general de la secta.—Testimonios masónicos, y como aquí valen el oro y vienen de perlas.—Los dichos testimonios.—Consecuencia final. 251

CAPITULO IX.

SISTEMA JUDAICO. —Cuadro brillante de La Fuente.—¡Lástima de perezoso!—Noticias judaicas del mismo.—Espigas de la *France juive*.—Síntesis de una raza y filosofías.—Otras espigas del campo del P. Deschamps y Janet.—La famosa carta de Simonini con comentarios.—Sistema de los grados de Tirado.—Puntos y comas á la exposición de Tirado.—Entre paréntesis un réspice á León Taxil.—Un drama soberbio en cuatro actos ó jornadas.—Los más y los menos del sistema tiradense.—Sistema complejivo del P. Heurcmans.—Su examen.—Una autoridad notable: una prueba apuntada por varios.—Prueba histórica invencible á la luz de la filosofía cristiana y con el apoyo de todas las pruebas auxiliares.—Se fija la época del antiguo origen masónico. 304



CAPITULO X.

Sistema gnóstico, complementario del maniqueo y del judaico.—Un ilustre académico español.—Masonería, maniqueismo y gnosticismo comparados ó igualados.—Tiene la palabra Bergier en persona, y no su continuador.—Nuestros comentarios.—Una nota sobre las sociedades gnósticas degeneradas del Sr. Menéndez Pelayo.—D. Benoit empuja más arriba y se da la mano con Negroni.—Una noticia del P. Darras y del Ilmo. S. Fava—Lo dicho, dicho. 375

APÉNDICES.

I. Masonería jesuítica.....	397
II. Monita secreta.....	403
III. Origen maniqueo de la masonería, según el P. Bresciani	410
IV. Sistema de D. Benoit sobre el origen maniqueo de la masonería.....	415
V. Una puerta falsa cerrada á los abogados del Temple. 417	



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

BNB



1103227239